

Décimo Libro

Retazos del Apocalipsis

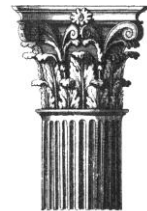


J.A
Forteza

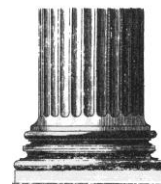
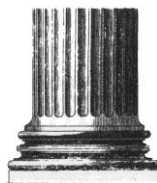
Editorial Dos Latidos
Benasque, España
Versión para libro electrónico, año 2012
Copyright José Antonio Fortea Cucurull
www.fortea.ws
versión 4



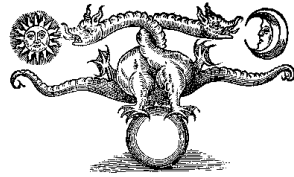
EL X LIBRO



Chronica et annales de
Antichristi tempore
scripta ad maiorem
Dei gloriam



índice



- El monje paciente perfilando su querida letra inicial
 - El interior del templo Dagoniano
 - El reposo de los médicos
 - El Estado de Israel y los dos testigos
 - La bodegas de fuego
 - El cuidador de los huevos
 - Heidrich Trondhäuser
 - La batalla de Strömsund
- Un paseo solitario por un campo nevado
 - La última bifurcación
 - Los colores del otoño
- Los títulos nobiliarios en el Imperio
 - El Northumberland
 - La Carta
 - La Licodredaina
 - El entierro del senador Lallemand
 - Dura lex
 - Una servidora del Templo
 - El paraíso perdido
 - El cielo: caos o armonía
 - La Defensa de los Ministerios
- La Defensa del Templo Dagoniano
 - La Columna
 - Epílogo



El monje paciente perfilando su querida letra inicial



Pausadamente el monje iba trazando los delgados rasgos de letra merovingia que explicaban una parte de la pintura. La pintura representaba a la Virgen María con el Niño en brazos, en medio de una representación esférica del mundo y del universo románico. La letra, uniforme, con rasgos verticales que iban más allá de los moldes de las líneas.

El pío religioso en hábito negro, benedictino, trabajaba inmerso en un total y absoluto silencio. Únicamente flotaba en el ambiente el rumor lejano de las voces de los novicios ensayando un himno cuaresmal gregoriano. El fraile levantó la cabeza del escritorio, alrededor de él sólo las paredes de piedra, una cama sencilla y un modesto estante con libros. Sus ojos estaban cansados. *Sit nomen Domini benedictum*, musitó entre labios. Siempre que interrumpía su labor unos segundos para descansar, gustaba de decir una jaculatoria.

Sin prisas, sin hacer ruido, el anciano corrió la silla y se levantó hacia la ventana. Mirar a lo lejos era el mejor descanso para sus pupilas fatigadas. Lentamente se aproximó al arco que, entre capiteles y columnillas, se abría en la pared. Se apoyó y miró a lo lejos.

Ante sus ojos se ofrecía una espléndida panorámica de Nueva York en el año 2181. El monasterio estaba situado a una gran altura del suelo, si bien el edificio en el que estaba incluido elevaba todavía más su cúspide hacia una distancia de vértigo. Desde la privilegiada posición de la ventana en la que se apoyaba el monje, podía ver allá a lo lejos el tráfico rodado en las atestadas calles.

Un poco más arriba, pequeñas aeronaves se deslizaban suavemente por el aire, formando hileras entre las inmensas moles de las megaestructuras, cuyos últimos pisos se perdían de vista en medio de las nubes de un día encapotado.

Había pequeños edificios aquí y allá, pero el centro de la ciudad estaba casi del todo ocupado por aquellos anchos, pesados e inmensos rascacielos. El monasterio estaba situado a cien pisos de distancia del suelo, pero en aquella megaestructura habitada por 200.000 personas había otros 300 pisos por encima.

El monje volvió a su mesa de trabajo. Se sentó, echó su capucha hacia atrás y tomó un lápiz de punta muy afilada y blanda, pues su mano miniadora tenía necesidad ahora de un trazo breve, muy negro pero que se fuera difuminando hacia un entrelazamiento céltico que había ideado bajo las aguas inferiores en la esfera que contenía su románica visión del mundo y el cosmos.

En el amplio folio blanco en el que estaba situada la letra inicial, había varias columnas de texto escrito con gruesa letra gótica. Entre las columnas se podían ver otras anotaciones menores.

De lo que trataba ese escrito era algo que ya había sido muy comentado en el monasterio, era algo que representaba la miniatura del folio de al lado, también rodeado de columnas de texto: Babilonia la Grande embarazada. El dibujo representaba eso, una mujer hermosa de vientre muy abultado por la criatura que portaba en su seno, una criatura todavía oculta. Los vestidos de la bella mujer reposaban sobre siete colinas sobre las que se hallaba tumbada, mientras su codo se apoyaba sobre una extraña criatura monstruosa.

Los pecados, crímenes y perversiones de aquella civilización habían llegado

demasiado lejos. Era evidente para los creyentes que aquella sociedad iba a romper aguas y que el mundo iba a ver algo distinto. Y ellos, aquellos monjes, vivían justo en el umbral de época que iba a ser testigo de ese alumbramiento. El mundo desde que era mundo, había visto muchas cosas. Había visto mucha luz, había visto nobleza y hombres buenos, también maldad, mucha iniquidad. Sí, se habían visto muchas cosas. Parecía que ya todo estaba visto. Ahora le quedaban por presenciar las obras consumadas de la oscuridad.

El interior del Templo Dagoniano



un otoño del año 2199

La perenne hilera de naves se movía a media velocidad por su pasillo aéreo entre los rascacielos del sector financiero del admirable foro. Perpetuo y continuo el tráfico aéreo entre las moles arquitectónicas de las megaestructuras que se elevaban en el mismo centro de la Urbe. A trechos esa hilera se bifurcaba, a trechos se fusionaba con otras, suavemente, en un proceso dirigido al milímetro por el Sistema Central de Tráfico de la Urbe. Las hileras subían, bajaban, se desplazaban como un mecanismo perfecto. En medio de esa fila móvil de aeronaves iba cómodamente sentado en su sillón de cuero Giovanni Genzaro, recostado, ocupado en mirar plácidamente por la ventanilla. Su conductor, con impecable uniforme, se encargaba de pilotar el vehículo.

El foro siempre era un espectáculo de poder. Con sus instituciones bancarias materializadas en grandes sedes, con la ostentación de las grandes corporaciones, con sus parques de césped verde sembrados de columnas conmemorativas, con sus gigantescos museos y sus cementerios monumentales.

La nave de Giovanni enfiló hacia una calle menor, una calle más estrecha, menos iluminada. La iluminación era necesaria incluso al mediodía pues entre los desfiladeros de los rascacielos, al nivel del suelo, reinaba bastante oscuridad. Pero claramente ese sector de calles era menos transitado.

Enfrente de ellos, no tardó en aparecer el edificio del templo de Dagón. Transmitieron su inminente llegada a los que les esperaban. El templo de planta cuadrada y unos treinta metros de alto mostraba un aspecto de reminiscencias egipcias. En sus gruesos costados, muros inclinados, se abrían centenares de ventanas perfectamente cuadradas. La nave de Giovanni se detuvo justo delante del pórtico de cuatro columnas de la fachada. Del interior salió un grupo de personas a recibirlos, les esperaban.

La nave había aterrizado en la plataforma que a tal efecto había delante del santuario. También el zócalo sobre el que se elevaba el templo propiamente dicho, presentaba la forma de una pirámide escalonada.

-Mi estimado Giovanni... cuanto me alegro...

Ése fue el saludo del sacerdote dagoniano vestido con una túnica negra con capucha mientras se aproximaba a él abriendo los brazos. El sacerdote iba seguido de un grupo de ocho servidores del templo, servidores de menor importancia, vestidos asimismo con túnica negra pero sin capucha.

Giovanni, el masón, que acababa de salir de la aeronave se dirigió a él para saludarle, respondiendo con el abrazo que se le ofrecía. Giovanni también iba acompañado de cuatro colegas que iban vestidos como él, de un modo correcto y funcional. Tras las corteses palabras de los recién llegados, el sacerdote insistió:

-Giovanni, Giovanni, no sabes la alegría que me da el verte aquí.

Todo eran sonrisas y amabilidades entre los dos hombres. Claramente los acompañantes era personas muy secundarias. Aunque entre los dos grupos, el de los dagonianos y el de los recién llegados, hubo presentaciones y saludos.

-Oye, qué bonito se ve el templo desde el comienzo de esta escalinata -comentó Giovanni volviéndose hacia delante y levantando un poco la vista.

-Vamos, no exageres, son muros desnudos y sencillos, grandes, pero eso es todo.

-Pero esta piedra de tono marrón claro...

El templo, aun mostrando unas dimensiones considerables, aparecía como pequeño y misterioso enmarcado entre los ostentosos rascacielos de las grandes firmas multinacionales. Giovanni y el sacerdote dagoniano subieron las escaleras blancas. Los acompañantes de ambos se quedaban abajo charlando.

-¿Cuál es tu nombre aquí en los círculos dagonianos? -le preguntó Giovanni.

El sacerdote se sonrió.

-Orctus -contestó.

Los dos atravesaron el umbral del templo custodiado por los cuatro guardas del pórtico ataviados con corazas de escamas y gruesas telas de tonos apagados. Los ojos que bajo el yelmo de aspecto asirio observaron al recién llegado no hicieron preguntas al ir

acompañado del relevante sacerdote dagoniano.

-Qué curioso, portan espadas -comentó Giovanni tras traspasar la guardia.

-Sí, pero no te engañes. Bajo esas tiras de cuero del faldón hay también armas automáticas, comunicadores y hombres de músculos bien entrenados.

-¡Qué bonito es este atrio con todos estos bajorrelieves!

Mientras avanzaban, el sacerdote de Dagón comenzó a explicarle cómo en ese lugar consagrado se guardaban los vasos rituales: 302 vasos de oro, 201 de plata, 100 de hierro y 6 que eran una mezcla de marfil, cobre y ámbar.

Las dimensiones y magnificencia del lugar se explicaban porque aquél era, ni más ni menos, que Wrohvorth, el Templo de los Cinco Círculos. El único lugar del mundo donde tenían lugar las ocultas ceremonias de los círculos interiores de los sacerdotes de aquella religión. No sólo era el templo más importante de la más pujante creencia que había visto el siglo XXII, sino también la sede donde deliberaban sus sumos sacerdotes y el lugar donde vivían no pocos de ellos.

-Este templo en realidad son tres templos uno dentro de otro -le explicó Orctus. Esta zona del tercer círculo es una replica exacta del interior del templo egipcio de Karnak. Se ha copiado tal cual. Si te fijas, toda la luz que hay es la que entra de los centenares de ventanas cuadradas que has visto en el exterior. El juego de luces y sombras corriendo y variando a lo largo del día es embelesador -Giovanni alzó sus ojos hacia el techo, altísimo, y cubierto por un artesonado de madera.

-¿Y qué hay dentro de esos... nichos? ¿Qué son esas figuras?

-Aquí en estos cubículos guardamos todas las divinidades de las que tenemos constancia.

Giovanni observó los muros cubiertos de estatuas de deidades. Siguieron andando. En algunos trechos, las estatuas no estaban colocadas dentro de nichos, sino apoyadas cada una en su ménsula. En otras partes del templo, había deidades con estatuas mucho más grandes que el resto. En algunos sitios había una multitud de figuras de bronce dorado, ninguna de ellas de más cuarenta centímetros de altura. Sólo en los muros de una de las salas debía haber un par de millares.

-Más allá tenemos las divinidades babilónicas. En la sala siguiente están las deidades filisteas. En este costado del santuario están los dioses egipcios y romanos.

-¿Cuántas representaciones y estatuillas puede haber en este templo?

-No menos de 200.000 ídolos. Este templo es el panteón universal, todo dios recibe adoración, damos culto a todos.

-Pero en el centro está Dagón, ¿no?

-Nuestro culto está articulado según el sistema de creencias dagoniano. Dagón es el dios central. La más grande de todas las estatuas que guardamos aquí es la de él. Pero la gran estatua no está en el centro. En el centro de este templo hay una sala circular bajo una bóveda. Una sala siempre oscura y clausurada. Sólo entramos en ella para nuestras ceremonias. El resto del tiempo se halla cerrada bajo varias llaves. También entramos para las deliberaciones a las que asistimos todos los miembros del primer círculo.

-¿Esto es ya el segundo círculo?

-Sí, como ves, el camino es recto desde el pórtico, como en los templos egipcios. Hay puerta tras puerta, pero todas abiertas y en línea recta. Aquí hay menos luz.

Sólo a determinadas horas del día los haces de luz atraviesan los aperturas de los muros practicados a tal efecto. Aquí -y señaló una zona de claridad- sólo llega la luz a esta hora y esta época del año. Los sacerdotes se suelen mover por la zona del segundo círculo del templo con candiles.

-¿Con candiles? ¡No me lo puedo creer!

-Esto no es una fábrica, ni un edificio de oficinas, es un lugar cultural. No queremos turbar la oscuridad que debe reinar en el interior del Wrohvorh. Observa que allí, en esa hornacina de la pared hay candiles. Hay hornacinas así repartidas por todo el edificio.

-El templo, el interior del templo, por lo que veo, está sumido en las tinieblas.

-En efecto. Y en el verdadero corazón del templo reina una perfecta e inalterable oscuridad sólo rota por nuestros candiles rituales cuando entramos para los ritos. Es la lóbrega zona del silencio. Incluso a mí, sólo entrar en el atrio de la cámara del interior y ver el rostro furioso y terrible de la estatua de Dagón es algo que me eriza los pelos. Ya debería haberme acostumbrado, pero no. Los candiles, como esta túnica oscura, son obligatorios dentro de este templo. En este lugar, todos vestimos así. Fuera, vestimos como queremos, normalmente no llevamos ningún distintivo.

Los dos llegaron a una gran puerta que, aunque abierta, mostraba únicamente oscuridad tras ella.

-Bien, hasta aquí es donde podemos ir. Puedo mostrarte, como estoy haciendo, las dependencias del segundo círculo, pero no más allá. No me es lícito. Claro que tampoco te pierdes nada. Lo que hay más allá es lo que le he dicho: el corazón tenebroso de un templo de paredes de piedra con muchas dependencias guardando vasos de oro y plata,

candelabros con velas y ya muy pocas estatuas, sólo paredes.

-¿Y este olor que llega aquí?

-Ah, sí, también, además de velas, hay cuatro pebeteros donde cada día se quema mirra.

La figura encapuchada y Giovanni se quedaron mirando el portón franco pero infranqueable, abierto pero lóbrego más allá de su umbral.

-Pero aunque esta portón esté abierto, me has dicho que más allá sí que hay una cámara cerrada, ¿no?

-Sí. Cuatro llaves la cierran.

-Aunque no podamos ir más allá, Orctus, te aseguro que el paseo ha valido la pena -comentó agradecido Giovanni.

-Podemos seguir hablando por la primera parte que le he mostrado. O si lo prefieres, podemos ir alrededor del templo, por fuera. ¿Te apetece que te de el sol?

-La verdad es que sí.

-Vamos.

-¿Qué hay debajo?

-¿Debajo del templo?

-Sí.

-Bodegas, subterráneos. Son los almacenes, llenos de estanterías donde todo está perfectamente catalogado: miles de objetos, libros de conjuros, las crónicas de la historia del templo, las listas de seguidores y sus jerarquías, velas, incienso, cosas así. Allí entran los servidores a proveernos a los sacerdotes de las cosas necesarias para nuestras liturgias. También guardamos en una parte de esos subterráneos los animales para los sacrificios. Los pobres sin agua, sin luz. Pero, en fin, sólo están el tiempo mínimo antes del sacrificio. Normalmente no más de un día.

Los dos estaban a punto de salir al exterior a seguir su conversación dando

vuelatas alrededor del templo, cuando Orctus se detuvo y le mostró con interés un busto especialmente hermoso.

-Este es mi espíritu guía favorito de esta zona. Es Hipnos -la figura tenía en vez de orejas unas pequeñas alas en cada sien-. Es el dios del sueño, hijo de Erebo y de Nyx (la Noche), hermano gemelo de Thánatos (la Muerte). Proporcionaba a los hombres el reposo y los sueños agradables.

-¿Proporcionaba!? ¿Es que ya no, no crees en él?

El sacerdote dagoniano se sonrió, cerró los ojos con fuerza, como dolorido de la luz que entraba por la puerta de salida al atrio de las columnas del pórtico. Como contestación, tras la pausa, comentó:

-El Erebo es la personificación de las tinieblas infernales. Tinieblas que nacieron del Caos primordial. Y de la unión de esas tinieblas con la Noche nacieron Eter, Hemera y Caronte. Es decir, el aire, el día y el barquero de los infiernos. En la lucha de los Titanes, Erebo tomó parte por los primeros. Derrocados éstos, fue condenado a las profundidades del Tártaro.

Las cuatro columnas, pétreas, de cientos de toneladas, coronadas por capiteles que representaban flores de loto, daban paso a la escalinata descendente por la que ya bajaban.

-Me imagino, quiero imaginar, que no querías que viniese a ver este lugar de culto únicamente para hablarme de la lucha entre los Titanes y los Olímpicos.

-No, querido Giovanni -rió afable Orctus-, otros temas más importantes deben ocupar nuestros próximos minutos. El paseo mostrándote este lugar es algo que he hecho con mucho placer, pero te he invitado para tratar otros asuntos.

El encapuchado hombre de túnica negra siguió dejándole claro su aprecio, a pesar de no haber tenido hasta entonces demasiado trato. El culto y refinado Giovanni, cortesmente sabía que aquel sacerdote dagoniano, fuera del templo, era un inteligente empresario, nada fanático.

-Mira -comenzó el sacerdote-, tú, en la logia 33 de Nueva York, desempeñas un puesto clave. Eso sin contar con que de por sí eres en la sociedad una figura prestigiosa. Y en la masonería mundial también estás considerado como una voz con peso.

-Gracias -dijo Giovanni que le escuchaba con atención, caminando con las manos a la espalda.

-Te he invitado hoy a venir... para pedirte que abogues dentro de la masonería por una alianza con nosotros. Te pido que seas una voz que promuevas el entendimiento entre nosotros. Sé que eres, mi querido Giovanni, una persona de buen carácter, inclinada a las relaciones sociales, nada proclive a los enfrentamientos, por eso eres el hombre perfecto.

Giovanni calló. Pero al ir allí, bien se barruntaba que era para eso. El invitado del sacerdote era un sagaz magnate con participaciones en infinidad de empresas. Como el sacerdote que también era empresario. Sonrió y dejó bien claro que la idea no le parecía mal. Giovanni no era un masón excesivamente doctrinario. Tampoco Orctus era un fanático de los dagonianos. Fuera de los círculos dagonianos nadie le conocía como Orctus, sino como Metiers el agudo y sonriente productor de motores, aunque su fortuna iba mucho más allá de ese ramo.

-Me alegra mucho que recibas con buen ánimo mi propuesta -dijo Orctus-, no esperaba otra cosa. Has de saber que en el primer círculo de los dagonianos los hay

como yo, hombres más prácticos, menos indoctrinados, pero sin duda hay entre nosotros fanáticos. Sí, también en los círculos hay sectarios ciegos e intransigentes. Como en vuestras logias... en todas partes, en todos los grupos hay de los dos tipos: gente más razonable y celosos adoradores. La cúpula dagoniana del primer círculo está en manos de ese tipo de sectarios incondicionales. Ahora bien, y haciendo salvedad de esto, la alianza entre las logias y nosotros repercutirá en beneficios para ambos.

-Tranquilo, siempre he abogado en favor del entendimiento y la colaboración. Pero claro... ¿colaboración para qué en concreto? Además, dime, ¿cuento con más apoyos a favor de este "entendimiento" entre mis hermanos de logia?

-Sí. Esta misma conversación que estoy teniendo contigo, la he tenido con más compañeros tuyos.

-Veo que vais hacia algo grande.

El sacerdote, con el templo a las espaldas, le guió hacia una avenida de esfinges que acababa en dos pilonos, avenida todavía soleada, pero poco a poco más nublada. El final de aquella avenida lateral daba en una escalinata que descendía ya al nivel de la calle, una calle del foro.

-Mira, deseamos que algunos miembros influyentes de vuestras logias se integren en nuestros círculos dagonianos, y que algunos de nuestros seguidores dagonianos sean presentados e iniciados en vuestras fraternidades.

El sacerdote cada vez hablaba más claro, cada vez sus proyectos eran más concretos. Giovanni no sintió desagrado ante la idea. Es más, estaba seguro de que ya había dagonianos entre los masones y viceversa. Pero lo que ahora se le proponía era que favoreciese no una alianza más estrecha. Orctus no lo había dicho, pero la alianza de la

que hablaba, en el fondo, ocultaba una fusión. Los masones eran pocos, por definición. El culto dagoniano tenía al Poder de su parte, era multitudinario y pujante. Con el tiempo el pez grande engulliría al chico, ése era el problema, pero tampoco veía alternativa: la masonería se fusionaría con el culto dagoniano, diluyéndose en éste.

A Giovanni no le pareció mal, no era un sectario, era un hombre práctico. Todo con tal de evitar una guerra entre ambos grupos. Ni Giovanni, ni Orctus, eran fanáticos, así que ambos interlocutores hablaban el mismo lenguaje de pragmatismo.

-El único escollo ideológico grave - dijo al cabo de un rato de conversación Giovanni- es que nuestra fraternidad no es esotérica, y vosotros sí.

-La masonería regular no, pero la irregular sí que lo es. Hay muchas excepciones. Si se unen a nuestro proyecto, eso supondría la reconciliación con las logias que practican doctrinas esotéricas. En el fondo, el esoterismo siempre ha sido un foco de atracción para el frío deísmo racionalista de los masones, desde el principio. Sería un poco como volver a los orígenes.

-No, en eso te equivocas. Fundamos la masonería para sustituir a las religiones, para levantar un culto racional ajeno a toda revelación. Aceptar sus prácticas ocultistas es, enténdelo, una traición al espíritu que movió a nuestros predecesores a fundar nuestras logias.

El sacerdote dagoniano se inquietó un poco ante la firmeza de Giovanni. El servidor de Dagón aguardó a ver qué más añadía. Giovanni, tras un momento de silencio, añadió:

-Pero tranquilo, si de algo sabemos los masones es de adaptarnos, no somos mártires, nosotros no nos inmolamos.

-Me alegro de que afrontes todo esto con un enfoque tan positivo.

-No hay otro remedio. Esta conversación es la constatación de algo que ya llevo viendo desde hace muchos años: que el culto dagoniano tiene la firme pretensión de extenderse a todos los ámbitos. No busca coexistir, tiene vocación de expansión conquistadora, extiende sus raíces en todas las esferas. No lucha con las armas del idealismo, es una cuestión de Poder puro y duro. Lo que me has propuesto es la prueba de ello. Ahora, este año, le toca a la masonería. ¿Quedará algún ámbito ajeno a su poder dentro del plan a largo plazo os habéis fijado?

-Confiamos en que no.

Los dos ya venían de regreso por aquella avenida de esfinges, camino de varias salas hipóstilas adosadas a la base del templo.

-Bien, así que... ¿estará dispuesto a defenestrar a Monteiro de su puesto de Gran Maestre Supremo? Nos gustaría comenzar la próxima semana con la campaña.

La pregunta del sacerdote no resultó arrogante, sino, por el contrario amable y cortés. El masón se arregló el flequillo que había movido una oleada de viento que agitó también la capucha del sacerdote.

-Por supuesto que sí. Ya le he dicho que no quiero enfrentamientos entre nuestra fraternidad y su culto. Los enfrentamientos siempre se concretan en personales episodios desagradables. Mañana llamaré a varios hermanos de mi logia y les invitaré a cenar a mi casa. Propondré la destitución de Monteiro.

-Bien.

-Pero el tema del esoterismo frente al deísmo planteará tensiones internas en las logias. Una cosa es sustituir a las personas, y otra cambiar la ideología.

-Suavizaremos todo. Todo se andará. Lo importante, por ahora, es ir cambiando a las personas.

Ambos siguieron paseando bajo el sol. En un momento dado, el masón le preguntó porque no poseía torre alguna el templo. El dagoniano le explicó que ya no había que ir hacia el Cielo. Que había divinidades aéreas, terrestres y subterráneas. Pero que no había ninguna morada celestial a la que encaminarse.

Después le encaminó, a través de una sala, a una estancia confortable donde él mismo le sirvió un poco de brandy. Allí llegaron varios sacerdotes dagonianos más del primer círculo. Después, media docena de servidores, siempre con sus túnicas negras. Ellos sirvieron solícitos a los allí acomodados. En un momento dado, uno de los sacerdotes dagonianos, otro gran empresario, dijo:

-Unir la masonería mundial a nuestro proyecto sería algo grandioso... pero los masones creen en un único Dios. No veo tan claro que vaya a resultar tan fácil.

-La masonería pretende alcanzar el ideal de una religión científica -intervino otro dagoniano-, hay que abandonar eso, pero desde dentro y encauzado. Debemos encauzar ese proceso de abandono del deísmo. Pero hay que hacerlo poco a poco, sin rupturas.

Giovanni era consciente de que no les iba a convencer a los presentes de que la fe en un Arquitecto Universal era la misma esencia de la masonería. Y que, por tanto, el cambio iba a resultar más difícil de lo que ellos creían. Como no quería iniciar una discusión que podía ser amarga, optó por cambiar de tema, preguntando:

-¿Quién es Dagón?

-Hay docenas de opiniones -contestó uno de los sacerdotes.

-Sí, yo creo que cada uno tiene una idea de quién es Dagón -intervino otro.

-Ya, pero oficialmente, qué dice la teología oficial de su culto.

-Hay varias corrientes. Una cosa es segura para nosotros: él es el que ha abierto la Puerta. La Puerta hacia el otro mundo, hacia el más allá, hacia el mundo de los espíritus, hacia la otra dimensión.

-Sí, lo demás son especulaciones. Lo único seguro es que él es quien ha abierto ese acceso -añadió otro-. En eso estamos de acuerdo todos.

-He visto en la sala de ahí fuera que en cada columna había un ojo dentro de un triángulo -dijo Giovanni-. Ese símbolo es nuestro. Lo mismo que la pirámide escalonada que hace de plataforma al templo. En fin...

-¿Quiere decir que somos unos ladrones? ¡Pues sí, lo somos! -comentó con alegría uno de los presentes-. Nuestra religión no tiene fe alguna. Toma todo de todos. Vamos a sustituir a todas las religiones. No venimos a traer una nueva fe al mundo, ya hay muchas. Nuestro culto no tiene una fe, tampoco un reglamento moral. No es una religión de mandamientos. En cierto modo, sustituye a toda fe, a cada una de las moralidades. Por fin hemos construido una religión humana. No una que abrume con más pesos a la humanidad.

-Usted es norteamericano -le dijo un sacerdote a Giovanni-. Usted más que ningún otro de los presentes debería ser copartícipe de nuestro propósito: *E pluribus unum*. Pronto, muy pronto, se consumará lo que ustedes comenzaron *annuit coeptis*.

Hubo un par de momentos en que los servidores y los sacerdotes se mostraron desagradables por su soberbia: dentro de medio siglo sólo habría un culto, el dagoniano. Pero el invitado fue hábil en cambiar de tema. Al cabo de un rato se

despidieron Giovanni y Orctus, los cuales salieron hacia un patio ajardinado, alrededor del cual estaba la zona residencial de los sacerdotes. El masón pronto se tendría que marchar, se había comprometido a estar en otro lugar a las 2.00. Pero antes, de camino hacia la puerta de entrada donde le esperaba su aeronave Orctus le dijo:

-Como ve, entre nosotros hay fanáticos y gente con los pies más en el suelo. Los fanáticos se dedican a actos cultuales, a las grandes liturgias de nuestro culto. Los realistas nos dedicamos a negociar, a tener conversaciones como la que hemos tenido hoy. Los que hemos dejado en esa sala de atrás son hombres razonables. Dos o tres son más doctrinarios. Pero seamos razonables en este momento de la Historia, una alianza siempre será mejor que una confrontación. Giovanni, no nos enfrentemos por nuestras parcelas de poder.

-Tranquilo, una vez más te aseguro que no estoy por la labor de defender a ultranza las esencias masónicas de nuestra fraternidad mundial. Mi voz hablará a favor del entendimiento.

-Bien, me quedo tranquilo.

-De todas maneras, es evidente... que ustedes lo que buscan a largo plazo es una fusión total.

-No crea, nos conformamos con una unión de facto. Externamente sus hermanos de logia podrán seguir todo lo divididos que deseen.

-Ya, pero insisto, a largo plazo ustedes buscan la fusión.

-Si así fuera, ¿no sería una ventaja para ambos?

-Si así fuera, si fuera una ventaja para todos, ¿cuánto tiempo creen que necesitarían para consumir esa perfecta fusión? -preguntó Giovanni.

-No lo sé -respondió el sacerdote dagoniano-, pero desde luego en diez años todo va a dar un gran vuelco. Ya lo verá. Pero no nos preocupemos por el futuro. De momento, unamos fuerzas. Lo demás ya se verá.

Al decir eso lentamente, la mirada del sacerdote se clavó en las cien gradas que llevaban a una gran masa pétreo trapezoidal sobre la que había un altar de sacrificios. El olor a sangre y entrañas, repugnaban profundamente al masón racional que siempre había buscado en sus grados la sabiduría. El altar estaba localizado en la explanada para las liturgias públicas. El interior del templo no estaba abierto al público, sino destinado a ceremonias herméticas.

-¿Qué significa eso de *lo demás ya se verá*? -Giovanni miró interrogativamente al sacerdote dagoniano.

-Siempre he creído lo mismo que usted, que diez años era un periodo de tiempo razonable para encaminar este proceso de alianza, de acoplamiento entre las dos mentalidades, entre las dos formas de ver el mundo.

-¿Pero...?

-Pero la política interfiere una vez más en nuestros planes. Yo defendí entre mis colegas la postura del medio plazo, defendí que al menos dispusiéramos de cinco años para urdir nuestros lazos del modo más estrecho posible. Pero nos han concedido dos años. Si en dos años, las cosas no están ya mucho más maduras y encaminadas, el primer círculo tomará una decisión definitiva respecto a las logias.

-¡Dos años! ¿Por qué tanta prisa? Ahora entiendo por qué tantas conversaciones con gente como yo. ¿Es que hay alguna conspiración que tenga que ser consumada con vencimientos de tiempo que nos apremien?

Giovanni hizo el comentario en plan de broma, seguro de que no había ningún plan. Pero, de pronto, se percató de que Orctus estaba muy serio.

-Sí que hay un plan. Lo hay -la mirada del sacerdote se dirigió hacia lo alto, hacia las moles de los rascacielos del foro, moles las de esa zona acabadas en agujas parecidas inacabables catedrales góticas. El sacerdote después clavó su mirada en Giovanni y añadió lacónico-: El culto dagoniano ya es muy poderoso, sus jerarcas se sienten fuertes. Ha llegado el momento, la hora, de comenzar una ofensiva legal contra el cristianismo. Los judíos vendrán después.

-Ah, vaya... Previsible. Su vieja fijación. Esa obsesión que no les abandona.

-Esta vez vamos en serio.

Giovanni miró interrogativo a su interlocutor. Después, el masón hizo gesto de cansancio, de no querer seguir indagando en el futuro. Agitó la cabeza y dijo:

-Bueno, no seré yo quien quiera husmear en los designios de los peces gordos del primer círculo dagoniano -se rascó la frente-. ¿Y qué será del Islam y el budismo?

-Peces menores, serán dejados para después. No hay que asustar al pez grande. En realidad nos importa muy poco el destino de esas dos confesiones. Nuestro enfrentamiento con el cristianismo es algo programático. Está en los genes de nuestra religión. Ellos son el adversario, el verdadero adversario. No puede haber paz para nosotros mientras ellos sigan extendiendo sus ideas por la sociedad y realizando sus cultos que destruyen nuestras líneas de invisible influencia.

-¿Líneas de invisible influencia? ¿A qué te refieres?

-Todo este templo, todos estos sacrificios, para nosotros tienen un impacto real en el mundo. Se trata de un poder invisible, pero que está cambiando la

sociedad. Y ellos, los cristianos, con sus oraciones, con sus misas, con sus sacrificios personales, quebrantan esas líneas de influencia. Son un verdadero obstáculo. El mundo no lo sabe, pero ellos son el obstáculo para una nueva era.

Giovanni guardó silencio. El lobo, en un momento de descuido, se había quitado su careta. Orctus no era el inofensivo empresario que parecía, estaba más ideologizado de lo que había creído en un primer momento. Giovanni reconocía que había sido un ingenuo. Para ser sacerdote del primer círculo había que haber demostrado fehacientemente el compromiso con esta creencia. Pero el masón se limitó a escuchar a su anfitrión que le explicaba:

-Haremos todo lo posible para que la legislación les dificulte gradualmente lo más posible a los cristianos sus actividades de apostolado. Ah, mira volvemos a pasar delante de mi entidad favorita.

-Ah, sí, de nuevo Hipnos.

-No entiendo cómo podía ser un dios de rostro tan bello y ser hijo de Tanathos, hijo de la muerte -comentó el sacerdote.

-La muerte y el sueño... es lógico que la mente los emparente.

-La mitología nos dice, para los que crean en ella, yo no, que Hipnos vivía en un palacio construido dentro de una gran cueva donde el sol jamás llegaba, como tampoco lo hacían el gallo, que despertaba al resto del mundo, los gansos o los perros.

-Los griegos siempre tan poéticos.

-Según el mito, Hipnos vivía siempre en una gran tranquilidad, paz y silencio. Por uno de los lados de todo ese curioso emplazamiento mitológico discurría Lete, el río del olvido, y a sus orillas crecían amapolas y otras plantas narcóticas que junto con el suave murmullo de las lánquidas aguas del río ayudaban a dormir. En medio del palacio se

encontraba un hermoso lecho de ébano rodeado de cortinas negras en el que reposaba Hipnos sobre blandas plumas con un sueño apacible plagado de historias. Su hijo Morfeo cuidaba de que nadie lo despertara. Hipnos también tuvo otros dos hijos llamados Iquelo y Fantaso.

-¿Dominaba a todos los hombres?

-Hipnos podía dominar tanto a los dioses como a los mortales. Es representado como un joven que duerme sosteniendo en una mano una amapola. Hipnos era el dios del sueño, es decir, de la actividad de dormir, pero no de los ensueños. No era dios de las historias que pasan por nuestra mente al dormir, y cuya divinidad está representada por Morfeo.

Giovanni hizo ademán de seguir su camino hacia el portón de salida. Cuando ambos estaban traspasando el umbral de templo, Giovanni comentó:

-Usted busca aunar a Hipnos y a Morfeo, tenerlos en una misma mano.

El sacerdote dagoniano se sonrió descendiendo las escaleras.

-Se equivoca, ellos no son tenidos, nos tienen.

-¿Ellos? –preguntó Giovanni.

-Hipnos y Morfeo, el sueño y los sueños.

-Ah, sí.

-En una mano... Lo que ha dicho es muy bello, pero... me temo que, dejando aparte la poesía, lo que realmente buscamos es que el Río del Olvido y la Noche caigan sobre esa infausta fe que descendió sobre la humanidad hace dos milenios. El Dios de los judíos no podrá resistir el embite de todo el panteón unido, coaligado y en formación de batalla.

-Y si resiste aquí estamos nosotros unidos, masones y dagonianos, para evitar

que el mundo de los sueños interfiera en nuestros planes del mundo real.

La capucha evitó a Giovanni valorar el gesto del sacerdote. Fuera del templo hacía fresco y el sacerdote se la había echado encima. La aeronave con sus acompañantes ya estaba a un tiro de piedra. Seguían andando hacia ella. Giovanni afirmó con energía:

-Confío en que se respeten los bienes de los católicos.

El sacerdote quiso ver en este comentario, que Giovanni tenía negocios en común con alguno de ellos. O que quizá quisiera sacar beneficio al conocer esta información privilegiada. Orctus, en cualquier caso, le tranquilizó:

-Por supuesto. Por supuesto. Únicamente se dificultará su apostolado. Y aun esto se hará de modo progresivo. Los bienes de las personas particulares, así como los de las instituciones, se respetarán escrupulosamente. No somos salvajes. Somos personas civilizadas. Estamos en el siglo XXII, esto no es una tribu de cafres.

Giovanni miró en silencio los edificios de las grandes firmas bancarias, la parte del foro que se divisaba desde la plataforma. Qué lejos estaban sus oficinistas y sus consejos de dirección de saber las oscuras alianzas que se estaban tejiendo en lugares como aquél del que salía.

Los acompañantes de Giovanni se acomodaron en la aeronave, los dos hombres se despidieron tan calurosamente como a la llegada. El vehículo se elevó. El sacerdote, rodeado de varios servidores del templo, se quedó observando la partida de la aeronave. Dentro de ella, Giovanni reposaba su nuca en el reposacabezas, cerraba los ojos, y meditaba sobre la conversación.

El reposo de los médicos



23 de julio de 2208

Cuatro médicos toman café en una sala de descanso para el personal facultativo del Hospital Ziegler. Los médicos, dos hombres y dos mujeres, van vestidos de blanco, tres con bata y uno de los médicos con camisa y pantalones blancos. La sala también es de un blanco casi deslumbrante, humanizado por helechos verdes y exuberantes. Las tazas humeantes de café americano eran saboreadas con tranquilidad, era el momento de hacer un descanso en la mitad de la tarde.

-Es curioso, la medicina se ha convertido en una de las piezas esenciales para la estabilidad del Estado.

Todos sonrieron. Aquella observación completamente cierta venía avalada por el casi un millar de soldados que habían tomado los pasillos del hospital y rodeado las inmediaciones del centro sanitario: el Emperador luchaba por su vida en una de las salas de ese complejo hospitalario. En realidad, eran los médicos los que habían luchado por la vida de él.

Las ocho centurias de soldados que se habían desplazado no suponían una mera medida estética, una manifestación de parafernalia imperial, a la que tan dada era el régimen. Esta vez, sin embargo, un atentado había llevado al agonizante Emperador al quirófano. Y un segundo atentado dentro del hospital había obligado a tomar las medidas de seguridad todavía más extremas.

La medicina como pieza clave para la estabilidad de un Estado. La observación del

doctor era cierta. Sobre la sucesión del Cónsul Máximo se cernían las más negras y amenazadoras nubes.

-Pero vamos a ver, no debería haber ningún problema. Vamos, creo yo. La proclamación del Cónsul Máximo de la República Europea es algo que depende del Senado. ¡Que se reúnan y voten!

-Querida, tu desinterés por la política y tu consiguiente desconocimiento de ésta, nunca dejará de sorprenderme. La vida no sólo es el *New England Journal of Medicine*.

-Sí, Carla, mucho me temo que las leyes no podrán contener a los poderes que van a tratar de imponer a su candidato. La legalidad va a resultar una barrera muy débil ante las fuerzas que se van a desatar en busca del Poder.

-Sé de buena tinta que el día del atentado, el Estado Mayor estuvo reunido toda la noche. Sólo la actuación decidida de los tecnócratas liderados por Adriana, impidió que los generales impusieran su candidato al Senado. De hecho, el Senado ni llegó a ser convocado.

-Menos mal que ni siquiera se convocó. El Senado se halla muy dividido entre los varios candidatos que han comenzado a perfilarse. El Estado Mayor tiene sus candidatos, la banca y el dinero tienen los suyos.

-Y no debemos olvidarnos de los dagonianos, son pocos pero están en uno y otro grupo.

-De todas estas divisiones, la peor era la existente entre los generales. Ninguno de los grupos de generales quiere ceder de ninguna manera. Algunos ayer estaban dispuestos a poner en marcha sus divisiones hacia la Urbe. Con ocho legiones acantonadas en las inmediaciones de la capital, ya habríamos visto quién hubiera sido el guapo que hubiera seguido proponiendo candidatos.

-Podemos afirmar que la frágil vida que de momento hemos preservado en la sala 5 ha salvado a la República Europea de la posibilidad de una guerra civil. La primera en más de siglo y medio.

-¿Pero de verdad creéis que los generales se hubieran saltado las leyes? Europa goza de una estabilidad perfecta desde hace ciento setenta años.

-Hemos de reconocer que Viniciano ha llevado la maquinaria del Poder hasta sus extremos. La ha sometido a la máxima presión posible en pos de sus fantasías dagonianas. Los engranajes no podían aguantar más revoluciones avaladas desde el Estado. El atentado que sufrió fue la consecuencia lógica de su confianza en que las estructuras que sostienen a la república podían soportarlo todo. La República estaba fatigada. Antes que soportar una fractura de dimensiones colosales y consecuencias imprevisibles, mejor un atentado.

-Pero el agonizante de la sala 5 tiene detrás de él la posibilidad de un sucesor continuista o la de otro que de un giro radical a las cosas. Los generales no aceptarán que los empresarios y los banqueros les digan a quién tienen que obedecer. Además, si el Estado Mayor no ha impuesto a su candidato es porque no se han puesto de acuerdo.

-Lamentable situación. Todo está perfectamente dispuesto en el tablero para que las fuerzas colisionen entre sí. A pesar de lo que digan las leyes.

-Pero no todo son malas noticias, hemos mantenido con vida un día más al moribundo de la sala 5.

-Un día más.

-Bah, ¿qué importa un día más?

-Importa y mucho. Cuanto más tiempo les demos a los senadores para que se consolide un candidato, más alejaremos la

amenaza de que los militares impongan por las armas un candidato.

-Sí, el gran problema de ahora es éste, no hay se perfila un sucesor claro. Hay mucho en juego, y varios aspirantes.

-Y demasiada gente dispuesta a no ceder pase lo que pase.

-Y en medio nosotros.

-Y el moribundo.

-La cuestión está clara, si el Cónsul Máximo vive, la lucha por el Poder se pospondrá. Y en ese tiempo, algún candidato se irá consolidando como sucesor. El tiempo ahora es muy importante.

-Qué bien que la paz de la República esté en manos de algo tan objetivo como la medicina.

-La política está ahora en manos de la ciencia. Todos esperan cómo evoluciona nuestro poderoso paciente, o lo que queda de él.

Ya habían discutido el asunto varias veces. Si Viniciano lograba sobrevivir a sus heridas, su vida no se podría prolongar más allá de ocho o diez meses como máximo. Pero eso suponía tiempo más que suficiente para que fuera clarificando sin prisas el asunto de la sucesión.

-¿Creéis que quedará sano de mente después de las lesiones neuronales del segundo atentado?

Todos siguieron bebiendo de sus tazas pensativos.

-Pienso que sí.

-Pero el Cónsul Máximo nunca hizo una política muy cuerda, era un fanático.

-¿Qué es la cordura cuando gozas del poder absoluto? ¿Qué es lo correcto y lo incorrecto para el monarca? El poder absoluto... ¿no es una falta de razón en toda una nación y en el que porta ese poder?

-Ciertamente su política despótica, desde que asumió la magistratura, fue un

insulto a nuestro Viejo Continente defensor de los más altos valores de tolerancia y civilización. No me extraña que unos cuantos generales cuerdos decidieran acabar con la enfermedad de la República que era ese hombre de la sala 5. Él era la enfermedad.

-El estado de la demencia y el de la monarquía son fronterizos. Muchos pacientes creen ser el emperador, en qué fantasía se refugiará la mente del Emperador. Los esquizofrénicos creen ser un emperador, él es el Emperador.

-No nos engañemos. Viniciano agoniza, pero en realidad la República ya ha muerto hace muchas generaciones. La monarquía vive, es un hecho, luego debemos mantener con vida al monarca. La monarquía no muere, aunque muera el monarca.

-Ya, pero entre todos los que han ostentado la magistratura máxima en los últimos decenios, éste ha sido sencillamente... neroniano.

-Esta capital se ha convertido en una necrópolis de la disidencia. Nerópolis se ha convertido en una necrópolis. Me gusta el juego de palabras. Necronerópolis... Si él es la enfermedad, quizá no deberíamos mantener viva la enfermedad.

-Estáis equivocados. Insisto, es la sociedad la que está enferma.

-Nosotros somos los médicos del cuerpo, no los médicos de la sociedad.

-Al curar o no el cuerpo del magistrado máximo también somos los médicos de la sociedad.

-De todas formas, tan pesada responsabilidad pronto puede que sea quitada de nuestros hombros.

Todos miraron con sorpresa a la médico-jefe que había dicho esas palabras.

-Me consta -continuó- que Adriana ha formado ya una comisión de expertos de varias universidades que estudian

paralelamente a nosotros el caso. Y es casi seguro que esa comisión determinará los nombres de un equipo que serán los que se encarguen definitivamente de nuestro poderoso paciente.

-Nosotros, el cuadro de especialistas de este hospital, la comisión de las universidades, un futuro equipo de expertos... veo que también en el tablero de la medicina, y no sólo en el de la política, hay piezas, casillas y movimientos.

En mitad de la conversación se encendió la pantalla del comunicador que había sobre la mesa de los cafés. Apareció la cara del subdirector del hospital. Les comunicó las nuevas medidas de seguridad que el jefe del Servicio Secreto había impuesto en el edificio. Las medidas eran más estrictas, más restrictivas. Y afectaban incluso a los miembros más importantes del centro.

Los médicos siguieron apurando sus cafés. Carla se levantó de la mesa donde estaban y desde el piso 53 miró por la ventana hacia abajo. Los vehículos acorazados seguían formando un círculo alrededor del perímetro del edificio, montando guardia día y noche. Mirando hacia lo alto, se veían con claridad cuatro grandes dirigibles que se mantenían suspendidos en el aire, con sus sistemas antibalísticos atentos a no dejar pasar ningún objeto en dirección hacia el rascacielos hospitalario. Varias pequeñas aeronaves de protección iban y venían entre esos dirigibles.

En las entradas del hospital, varios filtros de impresionantes guardias pretorianos con sus capas negras y cascos, revisaban una y otra vez hasta la más pequeña caja que entraba en el edificio. Confirmaban hasta la saciedad las identificaciones de todos los funcionarios y médicos.

-A veces no puedo dejar de pensar que estamos manteniendo con vida a un monstruo.

La afirmación de aquella médico de melena rubia, la neuróloga Haarad, dejó un poco sorprendidos a todos.

-Somos médicos, ¿qué otra cosa podemos hacer?

-Sólo ha sido un comentario, pensaba en voz alta. En realidad, me hacía la pregunta a mí misma.

-Sí, somos médicos, nuestro deber es mantener con vida.

-Ya, ¿pero debemos mantener la vida de aquél que ordenará la muerte de muchos?

-Lo que dices es pura fantasía. Viniciano ha perseguido a los papistas. Es un fanático, de acuerdo. Pero no ha ido más lejos.

-Lo hará, no tengo la menor duda. La monarquía es una locura. Se nos pide que mantengamos con vida esa locura.

-La medicina y la política son malas compañeras. La medicina es una ciencia, es algo objetivo. El caos y la oscuridad de la política lo dejamos en las manos de esos hombres primitivos que aparecen todos los días en la televisión. Nosotros somos hombres de ciencia.

-Sólo pensaba en alto -se excusó la neuróloga.

-Se nos pide unos meses. Mantenerle con vida unos meses. Dar un poco de tiempo al engranaje para que consolide un candidato. Las jugadas políticas alrededor de ese cuerpo agonizante escapan a nuestra competencia.

-Ya veo que Julio César no ha caído en manos de un equipo sanitario de Brutos.

-Y tú, Haarad, ¿hundirías tu bisturí en Julio? ¿Le administrarías por error 10 miligramos más de pentaclosterol?

-Oh vamos, ese tipo de error consciente no va con mi estilo -contestó tan tranquila forzando una sonrisa de burla amigable a su compañero-. Además, estoy de acuerdo con ella: la enfermedad de la

sociedad es ya incurable. Su patología tiene un nombre: Imperio. Esta tendencia de las democracias, de las repúblicas, a crear una mentalidad imperial, no la curo con 10 miligramos más de pentaclosterol.

-Quizá el cuerpo social debería tener sus médicos.

-Ésa era la postura de Viniciano. Él defendía la política de que había que sanear la sociedad.

-Ya, pero lo hizo a su manera.

-El hecho de que él lo hiciera mal, no implica que la sociedad no necesite sus médicos.

-¿Pero quién decide cuáles son los médicos? ¿Quién decide qué es la salud?

-Lo primero que habría que decidir es si en el cuerpo social existe una salud. Quizá debamos abandonar a los hombres a su suerte y que hagan lo que quieran de la sociedad.

-Una cosa está clara, cuando un hombre lo tiene todo, cuando un hombre no tiene ninguna cortapisa, cuando uno se acostumbra durante años a que todo el mundo le diga que sí, ese hombre enferma en su espíritu. Nadie puede sustraerse a la embriaguez de la propia omnipotencia. Por eso los magistrados máximos se saltan todas las leyes, y con los años se vuelven crueles y sanguinarios. El poder absoluto es una enfermedad, una lacra, el primer delito por antonomasia, el delito que debería estar más penado por el Código Penal.

-Pues me temo que esa enfermedad no la tratamos en este hospital.

-10 miligramos de más de pentaclosterol es un error que cualquiera puede cometer -la sonrisa con que dijo eso la neurologa indicaba que hablaba en broma.

-Bastaría una deficiencia de mexitilestearato durante unas horas para provocar una deficiencia mental irreversible.

Eso dejaría bastante inservible al primer hombre de la República.

-Os quejáis de que Viniciano tuviera en sus manos el poder absoluto, pero vosotros tenéis poder absoluto sobre su vida. Su vida y salud dependen totalmente de vuestra voluntad. ¿Sois acaso monstruos por ello? No, el poder absoluto de ninguna manera es un mal -objetó Carla que aunque era la menos habladora, era ajena a las ideas republicanas.

-Si decidimos ir más allá de nuestra ciencia, si optamos por cometer un error consciente, sí que seríamos monstruos, nos convertiríamos en monstruos.

-Pues hace mucho que nos hemos convertido en monarcas de las vidas ajenas. Nuestro *ctro* decide quien vive y quien no -y sacándose de su bolsillo su bolígrafo, lo mostró vertical y solemne-. Una marca de nuestro bolígrafo en una lista y un tratamiento se suspende, una máquina se desconecta o un trasplante se destina a otro ser humano.

-A veces tenemos que tomar decisiones monstruosas, pero en fin... vivimos en una sociedad de monstruos. Por eso el Cónsul Máximo era un monstruo. Un monstruo nunca puede vivir solo, necesita de monstruos menores. Una república de hombres crueles y desalmados sólo merece un monarca.

-Cambiando de tema, ¿sabéis que cada vez se extiende más la idea de que Viniciano ha muerto y que estamos inventándonos los informes?

-Sí, ya lo he oído.

-Yo también.

-Dicen que tenemos un cadáver en la sala y que por eso las medidas de seguridad son tan impresionantes, para evitar que nadie entre. Que esas medidas no son para evitar que le maten, sino para evitar que nadie sepa durante un día o dos que, en realidad, está muerto.

-Nos acusan de que nuestros informes son falsos. Qué sinvergüenzas.

-Hombre, sí que es verdad que los informes externos que enviamos al Comité Permanente del Senado se hallan extraordinariamente maquillados.

-Adriana no nos dejó otra opción, somos médicos, no mártires.

-¡Pero Viniciano vive! ¿Por qué no nos creen?

-Trata de entenderlos, si hemos cambiado los informes, bien podíamos haberlos cambiado del todo.

-¡Pero él vive! ¡Eso es así! No es una teoría. Es algo comprobable.

-La verdad está enferma. ¿Hay médicos para la verdad?

-Bueno, sobre eso recordad lo que os dije. Esta tarde, dentro de dos horas, viene una delegación de cuatro generales del Estado Mayor a comprobar *in situ* que vive.

-¿No entrarán en la zona esterilizada del quirófano!?

-Entrarán en la misma sala 5. Van a comprobar visualmente que no tenemos un cadáver.

-Es vergonzoso -dio un golpe con el vaso de plástico duro en la mesa blanca y cubierta de papeles e informes-. Me siento humillada de que no nos crean a nosotros. Hasta dónde hemos llegado. ¡Los militares penetrando en la zona estéril!

-Oye, Carla, ¿con qué os amenazó Adriana para que maquillarais los informes externos?

-Nos lo dejó muy claro. Estando Viniciano como está, el comandante de las fuerzas pretorianas que hacían guardia en el hospital sólo obedecía sus órdenes. Si no redactábamos y firmábamos en su presencia el informe *adecuado* para el comité del Senado, daría orden de que nos detuvieran y fuéramos reemplazados por un segundo equipo.

-Podíais haber puesto el hecho en comunicación de un juez.

-Si nos detenían al momento, cómo podíamos llamar a un juez.

-Bueno, no hubiera pasado nada. Hubierais estado arrestados unas horas y después os hubieran soltado.

-Eso es lo que tú te crees. Tendrías que haber estado delante de Adriana. Me dijo que o hacía el informe que me había pedido y cómo lo había pedido, o que me aseguraba que esta misma noche estaría durmiendo en una celda de una base militar en algún lugar remoto.

-Insisto, alguien hubiera podido llamar a un juez.

-Mira, rica, si un juez hubiera decidido enviar a la policía, primero de todo hubiera necesitado una división armada de infantería para atravesar estas puertas para venir a buscarnos. Y por supuesto Adriana dejó claro que el que no le obedeciera sería trasladado bajo custodia militar a otro sitio. Y si estallaba, finalmente, una guerra civil, nuestros destinos hubieran sido la parte más anecdótica de toda esta historia. Ya lo he dicho, no somos mártires. Hice la carrera para ser médico, no mártir. Así que negocié el comunicado del informe médico de hace dos horas y el de hace cuatro horas. Negociación que tampoco tenía mucha importancia, ya que ese informe ni siquiera lo leí yo ante las cámaras de televisión. Lo entregué y lo leyó el portavoz de Palacio.

-Ya veo que Adriana iba a por todas.

-A por todas. En este juego, ninguno de los bandos quería ceder. Nosotros simplemente estábamos en medio.

-Y en medio de esas presiones, ¿no pediste hablar con el director del hospital?

-Fue él el que me llamó. Me pidió, me suplicó, que no me metiera en problemas. *Haz lo que te pide, después ya veremos el tema de*

los informes, me dijo. Parece ser que Adriana le había apretado bien las tuercas a él, mientras nosotros nos ocupábamos de Viniciano en el quirófano.

-Esta bien, señores, volvamos al trabajo. El Emperador, la República, esperan que cumplamos bien con nuestra tarea. Y la tarea de hoy es que logremos que ese paciente sobreviva.

-Vamos allá.

Todos se levantaron. Además, dentro de dos horas, deberían acompañar al grupo de generales que debía dar fe de que Viniciano seguía vivo. La República Europea se había convertido en una bomba a punto de estallar. ¿Viviría el Emperador? ¿Quedaría mentalmente inválido? ¿Sería una mera vida vegetal? ¿Cuántos meses sobreviviría? Unos cuantos médicos eran los encargados de que la pieza del rey siguiera en pie sobre el tablero.

El Estado de Israel y los dos testigos



23 de noviembre de 2211

La puerta de la limusina del embajador estadounidense en Israel se cerró tras entrar el subsecretario de Asuntos Exteriores de Estados Unidos.

-Muy bien Benedic -le dijo el subsecretario al embajador-, no me voy a quedar más de veinticuatro horas en Israel así que aprovechemos el trayecto hasta la embajada para ver si me entero de lo que está pasando aquí.

-Hace algo más de tres años, dos viejecitos comenzaron a predicar en la explanada del Templo de Jerusalén. Eran dos ancianos locos que...

-Perdona, pásame ese refresco de allí.

El embajador le acercó del refrigerador una lata con un refresco de cola.

-Como le decía, esos dos visionarios de edad avanzada cada día predicaban en la explanada del Templo de Jerusalén a todos aquellos que quisieran escucharles. Hablaban de un mesías muerto hace casi 2.200 años. Nadie les hizo mucho caso, o mejor dicho, ninguno. Pero de pronto comenzaron a suceder cosas extrañas. La gente decía que realizaban milagros. Milagros públicos a los ojos de todos.

-¿Qué tipo de milagros?

-He dicho *milagros*, pero no es esa la palabra adecuada. Lo que tenían fundamentalmente era poder de herir con su palabra, de enviar el castigo de Dios.

El mayor escepticismo se dibujó en la cara del subsecretario. El cual añadió:

-No te preocupes, nosotros vamos a acabar con esos castigos divinos. Esta histeria religiosa va a llegar a su fin. Prosigue.

-Ellos seguían predicando cada día a la misma hora, en el mismo lugar de dicha explanada. Sólo que cada vez más gente se paraba a escucharles. Y cada vez más. Tras un año, se contaban a miles las personas que se agolpaban para poder escucharles.

-¿Y...?

-Año y medio después, no eran menos de diez mil personas las que cada día estaban allí.

-¿Eso es todo?

-Dos años después, era una multitud de setenta mil personas las que se congregaban en la explanada y sus inmediaciones. Con altavoces y pantallas

gigantes, setenta mil personas les escuchaban ¡cada día!

-¿Y permitió el Estado de Israel el que se instalaran esos altavoces y las pantallas?

-No, no lo permitió. Pero todo se desarrolló de forma tan paulatina, tan gradual. Todo parecía que iba a durar unos pocos días más y que después se iba a desinflar. Para cuando se percataron de las dimensiones que había tomado el fenómeno ya era demasiado tarde. Tardaron un año en darse cuenta de que se trataba de un fenómeno cualitativamente distinto a todo lo que hubieran podido prever.

-¿Cuántos se reúnen ahora para escucharles?

-Pues diariamente unas ochenta mil personas cada día sólo para escucharles. Todos los días unas veinte cámaras de televisión retransmiten en directo su sermón a todo el mundo. Las conversiones al cristianismo por parte de judíos se han disparado, es algo increíble. Se estima que la mitad de la población judía mundial se ha bautizado. El Estado israelí, al principio, quería parar por todos los medios a esos dos ancianos. Después llegó a la conclusión de que ya no podía hacer otra cosa que transigir.

-De acuerdo, ya me hago cargo del problema. Ya voy teniendo claro lo que ha sucedido aquí.



Al día siguiente

El Subsecretario de Asuntos Exteriores norteamericano estaba sentado en el despacho del Ministro de Justicia israelí. El norteamericano le transmitió la profunda preocupación de su gobierno por los hechos que estaban sucediendo en Israel, la impresión

que tenía de que el asunto se les había ido de las manos.

-He venido a verle a usted el primero de todos –le dijo el subsecretario-, porque nos consta que usted es un hombre que no está dominado por ideas religiosas. Creemos que es uno de los pocos hombres ecuánimes y objetivos de este gabinete.

-Gracias.

-Mire -le dijo el subsecretario-, éste puede ser el primer país que sucumba a un fenómeno colectivo de histeria religiosa. En la actual situación de nuestras relaciones con los países de la zona, éste problema no nos resulta indiferente. Es un factor de desestabilización.

-Comprendo.

El obeso ministro de justicia, flemático y con mirada algo despectiva escrutó a su interlocutor. Le dejaba bastante indiferente lo que pensase ese norteamericano. Así que sin entusiasmo, le contestó:

-Ya, ¿pero qué quiere que hagamos? Le puede sorprender, pero éste es un país libre -y levantando su ceja izquierda acabó afirmando con toda calma:- Aquí cada uno puede hacer lo que le de la gana. ¿Lo entiende?

El subsecretario le sonrió, como diciendo que él era el que no le había entendido.

-Mire, señor ministro- voy a hablar claro. En Washington nos estamos preguntando si no han perdido el juicio. Nos preguntamos qué tipo de enfermedad contagiosa les ha afectado. Y si no fuimos indiferentes hace dos siglos al fundamentalismo islámico de esta zona, ¿e intervenimos!, tampoco ahora nos vamos a quedar de brazos cruzados.

-¿Nos está amenazando?

-Les amenazamos con apoyar de forma decidida en las próximas elecciones de este país al grupo político que esté dispuesto a poner orden en este tema que nos preocupa y mucho. La histeria religiosa va a hundir a su país. El equilibrio en la zona nos interesa mucho. Esto es una enfermedad, hay que comenzar a aplicar cuarentenas y aislar el foco de este fundamentalismo.

-¿Y qué quiere que hagamos? - preguntó tranquilamente mientras sacaba un puro de una caja de caoba y lo encendía con toda parsimonia.

-Detenga a los dos locos fanáticos.

-¿A esos dos ancianos?

-Evidentemente.

-Mire, si yo les detengo, mañana tendré a veinte mil personas sentadas día y noche alrededor del centro penitenciario. No se puede tener a alguien encerrado con veinte mil personas veinticuatro horas al día, durante semanas, sentados en todas las inmediaciones. Van una media de ochenta y cinco mil personas cada día a escucharles, ante la noticia de la detención podría tener ahí fuera a un número cuatro veces superior. Podemos tener manifestaciones masivas alrededor de todos los ministerios, manifestaciones delante de la residencia oficial del primer ministro, todos los días. No hay sistema legal que resista semejante presión. El sistema quebraría. Lo que usted me pide es que coloque en la balanza de la Justicia a un acusado de trescientas toneladas de peso. Los mecanismos de la balanza no resistirían el peso, quedarían sencillamente aplastados antes de marcar nada. Mi dimisión, la del gobierno en pleno sería cuestión de una semana aunque nos resistiésemos con uñas y dientes.

-Tenga en cuenta...

-Perdone, déjeme acabar, y primero habría que ver de qué les acusábamos. ¿Bajo qué cargo les deteníamos?

-Muy sencillo, asesinato. Es notorio que ellos han profetizado la muerte de varios de los que eran sus mayores oponentes públicos. Allí tiene base para un cargo.

El ministro se sonrió.

-No me dice nada nuevo. Ese tema mi predecesor lo estudió en secreto con una comisión jurídica. Hubo que desestimar esa posibilidad. Hubo una vez que un periodista les preguntó a los ancianos si no tenían miedo de ser acusados de asesinato. ¿Y qué contestó? Pues con toda sencillez dijo: *Nosotros sólo profetizamos su muerte. Si hay que detener a alguien, habría que detener a Dios.*

Habían llegado a la misma conclusión que nuestra comisión jurídica. No se podía dar comienzo a un juicio contra Dios. Al final, ese juicio, si se hubiera llevado a cabo, se hubiera transformado en eso. Desestimamos el asunto.

-¿Se opuso usted al proceso, o votó a favor de iniciarlo?

-No llegó, ni siquiera, a haber votación. Pero me hubiera opuesto. Un juicio-espectáculo sólo les hubiera beneficiado a ellos. Teníamos todas las de perder ante la opinión pública. Me alegré porque yo me opuse desde el principio.

-¿Se ofenderá si le digo que su primer ministro me parece un poco cobarde?

-¿Sabe qué le sucedió al ministro Schlomo, mi antecesor en el cargo?

-Lo desconozco.

-El ministro Scholomo amenazó de muchas maneras a los dos profetas. A uno de ellos le hizo ir a su despacho para advertirle que estaban jugando con fuego y que se iban a quemar. Schlomo era un poco matón. Era su estilo. Además, se saltaba las leyes cuando le

convenía -bebió un poco de su copa de agua antes de proseguir:-. ¿Y sabe qué le contestó el anciano?

Aquel anciano bondadoso, delgado, lleno de arrugas y dulce, levantó la vista hacia el ministro y le dijo con voz débil, casi de monja: *No, no soy yo el que está jugando con fuego. Es usted el que está jugando con fuego.* El ministro se quedó boquiabierto. Supuestamente era él el que había hecho traer a aquel anciano para intimidarlo.

Usted no conoce a ese anciano de nombre Enoc. El ministro, que tenía aire de matón como le he dicho, tardó un rato en seguir hablando. No daba crédito a sus oídos. Hubiera querido destrozar con sus propias manos a aquel vejstorio. Y entonces aquel vejstorio con perfecto aplomo, sin odio, le dijo: llame a su mujer, su hijo acaba de caer por la barandilla de la escalera del vestíbulo de su casa.

El ministro le miró incrédulo. Estaba loco si creía que iba a llamar. Pero ya no pudo articular ni una frase con sentido, no podía aguantarse, agarró el teléfono y llamó. Su mujer entre lágrimas le comunicó que su hijo de diecinueve años se había sentado en la barandilla de madera en lo alto del vestíbulo, había perdido el equilibrio y se había caído. La esposa le dijo que había sucedido hacía un minuto y que acababa de llamar a urgencias. A pesar de los lloros de la esposa, le pudo entresacar que el niño no se movía, ni respiraba. Todo acababa de suceder, insisto, un minuto antes de la llamada. El ministro no pudo ni presionar el botón del teléfono para cortar la comunicación. Se quedó mirando embobado al viejecito que desde su silla le miraba mansamente y con cierta pena. Yo estaba en ese despacho. Vi la escena, un poco apartado, desde el tresillo que había en un lateral. El ministro rompió a llorar, tuve que ser yo el que sacara al viejo del despacho.

Dejamos a Schlomo, el Ministro de Justicia, llorando inclinado entre sus brazos apoyados sobre su mesa.

-¿Cómo un hombre que supuestamente predica el amor y el perdón puede provocar la muerte de un inocente? El hijo no tenía culpa.

-Un colaborador mío conversó con Enoc de eso unos días después. El anciano dijo que él no había provocado la muerte de nadie. Sólo había profetizado lo que iba a pasar.

-Pero el hijo no tenía culpa de lo que el padre hiciera.

-Alegó que el hijo, como todos los seres humanos, desde antes de nacer ya tenía fijado el día de su partida de este mundo. Y que Dios lo llamó para que a través de él brillara la gloria y el poder de Dios. Explicó que da lo mismo morir por un accidente de tráfico, por una enfermedad o porque te caiga un tablón en la cabeza. El día, la hora, el minuto, el segundo y el modo de morir ya está fijado.

-¿Qué hizo Schlomo desde entonces?

-Desde ese momento era un hombre con una sola idea. Acabar con los dos fanáticos. Estaba dispuesto a hacer lo que fuera. Los dos ancianos fueron *llamados* a la sede central de la policía para responder a algunas preguntas. En ese interrogatorio, uno de ellos, el que se llama Elías, profetizó a los presentes que el ministro moriría de infarto dos días después.

-¿Y fue así?

-Fue así.

Un silencio se hizo en el despacho. Después el ministro prosiguió:

-Como comprenderá, yo, como político, siempre he sentido una grandísima inclinación a no meterme en problemas, a mantenerme al margen de todo asunto espinoso. Después de todo esto, esa máxima la sigo escrupulosamente. Mientras no

quebranten ninguna ley de forma expresa, clara e indudable, no pienso hacer nada. Y le aseguro que tienen exquisito cuidado en no quebrantar ninguna ley. No arrojan ni un papel al suelo, cruzan por los pasos de cebra.

-¿Reciben donativos? Por allí Hacienda podría atraparles.

-Ellos no reciben nada. Los donativos son canalizados a través de una fundación en la que ellos no tienen ni cargo, ni voto.

-Ya veo... -el norteamericano meditaba-. ¿Así que no piensa hacer nada para meterlos en prisión?

-Mientras no quebranten alguna ley, no.

-Hay muchas leyes. Si no encuentra ninguna, creen una nueva. Pero no se queden de brazos cruzados. Lo que veo, en realidad, es falta de voluntad.

-La tuvimos. La tuvimos... Pero ahora mismo sería un suicidio político iniciar un proceso contra ellos.

-Ya veo que ésta es su postura inamovible -concluyó el subsecretario firme en su idea inicial e incomodado al observar la posición del ministro. El ministro movió el puro en el aire dando a entender que las cosas eran así.

-Muy bien, informaré a Washington y tomaremos una decisión al respecto.



15:00 del día siguiente

El subsecretario se hallaba en un campo de cricket de Maryland, vestido de sport. El Secretario de Asuntos Exteriores tenía aquella tarde reservada para el descanso en el club al que pertenecía, y le había pedido al subsecretario que le informara mientras jugaban una partida de croquet.

-El gabinete de ministros israelíes está dividido -le explicaba el subsecretario-. De los trece ministros, ocho están a favor de no hacer nada, de inhibirse completamente del asunto, tres son muy contrarios a los dos ancianos fanáticos. Y uno es muy favorable a ellos. El actual Ministro de Justicia se perfila como nuevo posible primer ministro si se produce una moción de censura en el Parlamento.

-¿Y qué piensa él?

-En su vida privada es un hombre completamente indiferente en materia religiosa. Hemos tratado por todos los medios de hacerle ver lo peligroso de esta situación. Todo ha sido en vano. Finalmente le he presionado al máximo, yo mismo personalmente.

-¿Lo has hecho personalmente? ¿Le has llamado?

-Más que eso. En mi camino de regreso de Irak, hice una escala para verle y manifestarle nuestro desagrado. Pero tampoco ha cedido a las presiones. Se trata de un hombre que ha comprendido que la postura política más favorable para él es la de dejar hacer, y no se desvía ni un milímetro de ese rumbo.

El Secretario de Asuntos Exteriores con su visera blanca, su traje blanco, caminaba por el césped, aproximándose a su bola, pero sin dejar de escuchar a su subsecretario. Hacía un día despejado, era su tarde de descanso, y el Secretario estaba de perfecto humor. El Secretario, después de escuchar, le dijo:

-Muy bien, no siga, ya tengo claro qué es lo que ha sucedido en Israel estas últimas semanas. No se preocupe. Ayer me llamó el Director de la CIA. Estaba viendo él la televisión y cuando contempló las imágenes de Jerusalén, se quedó tan preocupado que tomó el teléfono y llamó a Adriana. Me han

pedido que lleve un informe detallado y completo sobre esta cuestión para la reunión de mañana por la mañana por videoconferencia.

-¿Quiénes van a estar en la reunión?

-El Director de la CIA y yo, y un par de consejeros más por ambas partes. Europeanos ha dicho que nos encarguemos nosotros del problema. Se trata de Israel. Según el reparto de influencias geográficas, esa zona nos corresponde.

El Secretario con una inmensa sonrisa dio un golpe con su mazo y la bola de madera pasó bajo el aro y dio contra la bola más oscura de su contrincante alejándola de su itinerario. Al Secretario le encantaba ese juego relajado, sin complicaciones. El último golpe había sido muy bueno. El último aro estaba cerca, después, la jarra de limonada les esperaba dentro del pabellón del fondo.



Al día siguiente

En el despacho del Secretario de Estado, la gran pantalla plana tenía su superficie dividida en varias ventanas. El Director de la CIA y dos consejeros suyos aparecían en tres ventanas distintas de la pantalla. Cada uno de ellos se encontraba en una ciudad. En el despacho del Secretario de Estado estaba el subsecretario y un asesor. Llevaban deliberando desde hacía veinte minutos.

-Bien, señores, ésta es la situación -concluyó el Secretario-. Ahora se trata de ver qué hacemos.

-Muerto el perro, muerta la rabia -expuso el Director de la CIA- ésta es mi política en este punto. Israel ha demostrado su incompetencia para lidiar con este asunto. Lo

que de momento es un problema local, no podemos permitir que se convierta en un problema de dimensiones mayores. Además, estoy seguro de que son muchos, incluso entre los ministros del gabinete israelí, que nos dirían, usando una frase shakesperiana: *hazlo Inglaterra*.

-Estoy totalmente de acuerdo -asintió el Subsecretario de Exteriores.

-¿Estamos, por tanto, todos de acuerdo? -preguntó el Director de los servicios secretos.

-Creo que sí.

-Cabría la posibilidad de administrarles algún tipo de sustancia que mermara sus capacidades mentales -manifestó uno de los asesores del Director de la CIA-. Algún tipo de droga que dañe sus neuronas. Un líder inhabilitado siempre provoca menos reacciones de rabia en sus seguidores que la pérdida física.

-Estoy de acuerdo. Una sustancia que provoque una progresiva pérdida de facultades mentales, a lo largo de... digamos, un par de semanas. Además sus seguidores tardarían tiempo en ver que no se trataba de una merma temporal, sino permanente. Eso daría tiempo a los suyos para hacerse a la idea. Es preferible eso a una acción que sea abrupta. Los daños progresivos en un líder, siempre minimizan las reacciones más duras de sus seguidores.

-Estoy de acuerdo. Psicológicamente es preferible darles a que se vayan haciendo a la idea. ¿Tenemos esas sustancias?

-Por supuesto, pero preparar una operación para llevar a cabo tal cosa -dijo el otro asesor- nos llevaría más días. Retrasaría toda la operación de un modo sustancial. Además, ese tipo de sustancias... suponen la prueba de que detrás hay un servicio de inteligencia. Usarlas supone señalarnos como

culpables. Matarlos da la posibilidad a que haya más teorías acerca de quién los mató.

-Sí, estoy de acuerdo. El uso de sustancias sofisticadas apuntaría hacia nosotros. Cuanto más sofisticadas más clara quedaría nuestra autoría al final. E infiltrar a alguien en su entorno, en cocina, por ejemplo, para que se les pueda suministrar ese tipo de drogas, supondría empezar una operación que duraría por lo menos un mes o mes y medio para hacerlo bien.

-Bien, decidido, nada de sustancias -sentenció el Director-. Un atentado y ya está. Después ellos que especulen todo lo que quieran.

-Además Europa tiene su política religiosa y desea ante todo que solucionemos esto cuanto antes -añadió el Secretario de Estado-. Lo que suceda con el gobierno una vez que hayamos acabado con el problema, no nos importa. Si el gobierno israelí cae y tiene que haber elecciones, a nosotros ya nos será indiferente.

-Además -añadió el Subsecretario-, esto dejará bien claro al gabinete de ministros israelíes que nosotros estamos dispuestos a actuar en cualquier parte siempre que lo consideremos conveniente a nuestros intereses.

-Sí, de tanto en tanto hay que recordarles que cuando hablamos en serio, hablamos en serio.

-Entre la población, a través de los medios de comunicación extenderemos la idea de que esto ha sido obra de un radical musulmán.

-Mejor un judío ortodoxo, nos convendría más fomentar disensiones judeocristianas en ese lugar en concreto.

-Bien. ¿Qué método van a usar? -dijo el Secretario.

-Eso ya son cuestiones menores, lo dejamos en manos de los técnicos que diseñen

la operación -dijo el Director-. De acuerdo, me despido de ustedes, debo partir de inmediato hacia Frankfurt. Hasta pronto.

-Hasta pronto.

Acabada la videoconferencia, silenciadas las pantallas, levantándose de sus asientos y dirigiéndose a otra reunión, el Secretario le preguntó al Subsecretario:

-Hablando ya en confianza, no sé, no me explico esas.... *profecías*. ¿Tienes alguna explicación de cómo son posibles?

-Yo lo veo muy claro. En el mundo hay miles, decenas de miles de chalados. En un planeta con una población de los miles de millones de seres humanos, hay cientos de miles de enajenados. Cada uno con su propia locura, visiones, profecías y mensajes. Cientos de miles de locos haciendo cada día innumerables profecías, implica que por pura estadística muchas de ellas tienen que acabar por acertar. Entre tantas, algunas acaban siendo ciertas. No porque fueran ciertas, sino porque alguna tenía que dar en el blanco. Según las leyes matemáticas, de ese número más reducido de las que han dado en el blanco, algunas tienen que volver a dar en el blanco, cumpliendo por azar alguna profecía precisa. A su vez, algunos de esos vaticinios volverán a dar en el blanco por tercera vez. Se trata de una mera cuestión de matemáticas. Es pura estadística.

-Claro, claro -dijo el Secretario mientras pulsaba el botón del ascensor-, las leyes de la probabilidad y el azar.

-Entre tantas profecías, algunas dan en el blanco concatenadamente. Si usted tira los dados millones de veces, alguna vez le puede salir el número 6 cincuenta veces seguidas.

-Sí, parece razonable su explicación...

-Además, los locos que tendrán más posibilidades de éxito serán aquellos que estén acostumbrados a hacer profecías amplias y ambiguas. O condicionadas,

dejando una puerta abierta para explicar su no cumplimiento. Y si uno acierta por pura casualidad unas cuantas veces seguidas, la fe ciega de sus seguidores hará el resto. Esa fe ciega se encargará de que los hechos encajen en el resto de futuras profecías. A los hechos que no encajen, se les hará encajar a la fuerza.

-¿Qué opinas tu? -le preguntó el Secretario a un asesor que les acompañaba en el pasillo.

-Discrepo. Con todo respeto, pero discrepo. Creo que en este mundo hay más fuerzas que las que aparecen en tu cuaderno de álgebra. Hay algo más que materia. Las fuerzas inexploradas del cosmos pueden ser más que las que conocemos.

-Me quedo con las leyes matemáticas de probabilidad, azar y estadística -dijo el Subsecretario.

El Secretario de Asuntos Exteriores se metió el primero en el ascensor mientras profería una queja jocosa:

-¡Ah, qué tiempos aquellos en los que los diplomáticos sólo nos encargábamos de promover una alianza con Malasia o de ayudar a un partido político en el Congo!



Lejos de allí, en Jerusalén, aquella misma tarde visitó a Enoc y Elías una de las más afamadas teólogas del mundo, Catherine da Golzalves. Simplemente quería conocerles y tener el placer de hablar con ellos. Acompañada por dos religiosos departió un rato en el jardín amenizado de cipreses y setos, un delicioso rincón bien cuidado por los hermanos legos dominicos. La temperatura era perfecta, primaveral, las golondrinas iban y venían chillando por los aires.

A Enoc y Elías les gustaba pasar tiempo en ese convento de dominicos, aunque

no vivían allí. La gran teóloga, algo gordita, brasileña, tenía una taza de té a su lado. A lo largo de la conversación, atenta y amable, hablaron de muchas cosas. En un momento dado Catherine les preguntó:

-¿No fue un poco duro decirle a Schlomo Ben Judá que moriría al día siguiente, y hasta decirle la hora en que fallecería?

Aquéel era el caso de un importante cargo del Ministerio del Interior. Elías le contestó muy despacio, como siempre, jadeando en algunos momentos. Los años le pesaban.

-Dios le concedió muchas oportunidades... las desaprovechó. Nos atacó duramente. Nos retuvo en comisaría más de diez veces. Le profetizamos que su mujer, a la que estaba muy unido, iba a morir en menos de dos semanas. Siguió sin escucharnos, sin escuchar a Dios. Su esposa, que era muy buena y que aparentemente gozaba de una salud perfecta, dejó este mundo, pero se fue con Dios. Ella murió no por las culpas de su marido, sino porque así estaba decretado. Nosotros sólo se lo advertimos de antemano, para que creyera. Desgraciadamente, ni este acontecimiento cambió el corazón de aquel hombre. Por el contrario, la iniquidad invadió el espíritu de Isaac Ben Judá. Y le advertimos, en nombre de Dios, que era su última oportunidad. O cambiaba, o Dios le llamaría a comparecer ante su santa presencia. Aquel hombre nos rechazó, y rechazó a Dios. La ira del Altísimo cayó sobre él.

Catherine conocía muy bien el final de Ben Judá. Fuego de lo alto había caído sobre él. Estaba en mitad del campo supervisando las investigaciones por un asesinato, cuando desde el cielo había descendido una especie de columna de fuego, algo como un remolino alargado de llamas que lo habían consumido. Todos los que estaban alrededor de Isaac se

habían alejado en medio de una estampida de pánico sin saber muy bien lo que estaba pasando. Y en un instante, pudieron ver a Isaac carbonizado, humeante, con su cuerpo ennegrecido tumbado sobre el suelo.

-A veces, se lo confieso a ustedes -dijo Catherine-, me cuesta creer que el Dios Amor pueda... hacer cosas así.

-Aquel hombre era un varón inicuo. La ira de Dios cayó sobre él para que los hombres malos viendo comprendan y cambien de camino. Nosotros a veces vemos las almas, y le aseguro que ese hombre hizo cosas peores que la que le pasó a él al final. Lo que sufrió en su muerte fue menos que lo que él había hecho sufrir a otros. La diferencia entre él y otros inicuos, radica tan sólo en que su castigo fue manifiesto. Él obró la iniquidad a escondidas, Yahveh actuó a plena luz del día, no tenía que esconderse. Dios tiene el privilegio de poder hacer las cosas abiertamente, a plena luz del día, cuando así lo desea.

-Pero ustedes han llegado a decir que se ha condenado al infierno.

-Sí. Sabemos que se ha condenado. No es que lo imaginemos, sabemos que es así. Rechazó a Dios y Dios le ha rechazado a él. Dios nos dijo que él, al final, rechazó incluso la última gracia del arrepentimiento. Rechazó a Dios durante toda su vida, y también en el último momento.

-La Iglesia ha afirmado de muchos que se han salvado, nunca ha afirmado de nadie que se ha condenado.

-Yo no sé lo que haya de decir la Iglesia, sólo sé que a nosotros dos -y miró al otro profeta- se nos ha revelado su condenación.

-¿Eterna?

-Eterna.

-A veces me cuesta entender que Dios Amor haga este tipo de cosas. Me refiero al hecho de predecir este tipo de desgracias a personas concretas. Jesús tenía otro estilo. Jesús no condenaba.

-Jesús, el hijo de David, el hijo de María, el Mesías, vino a anunciar el perdón y la misericordia. Nosotros venimos a anunciar la ira de Dios. Él vino a anunciar el Año de Gracia. Nosotros, el fin de los tiempos. Él vino a anunciar la Redención. Nosotros avisamos de los castigos preparados sobre el mundo, anunciamos las siete copas de ira del Altísimo. El que quiera oírnos que nos oiga. El que quiera despreciarnos que nos desprecie. Nosotros hablaremos, mientras nos sea dado tiempo para hacerlo. Hablaremos, no callaremos. Diremos lo que tengamos que decir. No lo que la gente quiera oír. Nosotros no nos preocupamos de si nuestro mensaje gusta o no gusta. Sólo transmitimos un mensaje. La gente que haga lo que quiera.

-Pero la gente...

-No nos importa la gente. Sólo importa la misión de Dios -dijo Enoc.

-Si anunciáramos otra cosa -añadió Elías-, no cumpliríamos nuestra misión. Nosotros anunciamos lo que nos dicen. Nuestro mensaje también es de misericordia y de perdón, pero ya no es un mensaje de misericordia para este mundo. Ya no, desde luego. El mundo está sentenciado, no se salvará, ni se prorrogarán sus días. Únicamente ya las almas pueden salvarse, pero no el mundo. Las siete trompetas están a punto de sonar.

-Nosotros somos los profetas antes de las siete trompetas. Después de nosotros ya no habrá más profetas, sólo el estrépito de las trompetas.

-Luego, ¿son ustedes los últimos profetas?

-Somos los últimos, después de nosotros el Omnipotente ya no enviará más profetas.

-¿No puede parecer eso soberbia?

-Nosotros decimos lo que nos dicen que digamos. Cada uno que piense lo que quiera.

-Pero el Dios Amor...

-Usted insiste. No se da cuenta de que los castigos que el Creador va a enviar son una muestra de su misericordia. Son el último intento de Él para que los hombres reflexionen y cambien de camino. Esos castigos son tan terribles porque los corazones se han endurecido y ya sólo pueden reaccionar ante hechos clara y abiertamente extraordinarios. Los hombres están tan ciegos que por eso se va a manifestar de un modo tan abierto, tan claro y tan terrible.

-¿No tienen miedo de que los dagonianos les peguen un tiro cualquier día en la explanada?

-Cualquiera podría hacerlo. Aunque se cacheara cada día a una multitud de tantos miles personas, antes o después podrían introducir un arma. Pero estamos en las manos de Dios. Si Dios quiere que vivamos, viviremos. A Dios no le cuesta nada el que cuando alguien me vaya a disparar, en el último momento yo vea algo en el suelo y me agache a recogerlo y la bala pase cerca, pero sin darme.

-A Dios le costaría lo mismo hacer eso, que comunicarme el día de antes con todo detalle el plan de mi asesino, para librarme -comentó Enoc-. ¿Cree que le costaría algún esfuerzo a Dios que a mi asesino el día anterior le diera un infarto? No. Luego estamos siempre en las manos de sus decisiones.

-Sí, ciertamente -convino la teóloga.

-Estamos en las manos de Dios -añadió Elías-. Exactamente igual que todo

hombre de este mundo. No nos hallamos nosotros más en las manos de Dios que el último pobre de este planeta. Todos estamos igual de protegidos por Dios, nadie muere ni un día antes del que ya está determinado en la mente del Omnipotente. Sólo aquellos que de modo voluntario e innecesario se colocan en el peligro, pueden finalmente quebrantar el plazo de vida que se les hubiera concedido. Nadie más que uno mismo puede quebrantar ese plazo. Y aun así, Dios suele conceder muchas, muchísimas, oportunidades para que la persona recapacite, para que el plazo no se acorte.

-Podrán rodearnos peligros y conspiraciones, no está en manos de ellos tomar la vida de nadie –dijo Enoc-. Sólo nos pueden matar si Dios lo permite.

-Hasta ese día viviremos tranquilos.

-Pero ese día, nada ni nadie podrá evitar que se haga lo que Dios quiere.



Aquella noche, Enoc al irse a la cama se acordó particularmente del arzobispo Abascal. Por alguna razón el recuerdo de aquella visita, que había tenido lugar hacía ya dos años y medio, se hacía muy presente en aquella noche. El arzobispo era uno de los más altos jerarcas de la Congregación para la Doctrina de la Fe y había sido enviado especialmente desde Roma para investigar el asunto de Elías y él. Roma estaba, en aquel entonces, preocupada con la dimensión que iba tomando el tema. Aunque, de momento, aun eran pocos miles los que les escuchaban cada día.

Sí, hacía dos años y medio que el arzobispo con su clérigo negro, su porte alto y esbelto, su mirada segura, había entrado en la sala donde le esperaba Enoc sentado. El

clérigo de la congregación no perdió demasiado tiempo en presentaciones. Fue al grano con sus preguntas. Durante la sesión de preguntas, el prelado le miró fríamente, analizándole todo el tiempo. Enoc fue el primero en ser examinado. Ya que las preguntas se hicieron a cada uno por separado.

Los dos ancianos habían accedido a dejarse investigar en cuanto tuvieron noticia de tal deseo. Sin dudarlo, consideraron que había una obligación moral en dejarse escutar por los miembros de la Curia Romana si lo deseaban. Sin embargo, aquel monseñor gélido, que no manifestaba ni el más mínimo signo de calidez, de cordialidad, preguntaba como un superior a su subordinado. Como si la persona que estaba delante, tuviera el deber de contestarle y el arzobispo quisiera dejarle muy claro todo el rato que era así y que así tenía que ser.

El venerable Enoc, con su anciana faz cubierta de arrugas, muchas arrugas, no muy alto y pareciendo todavía más bajo por lo muy encorvado que estaba, contrastaba con el monseñor altivo que, muy de vez en cuando, anotaba cuidadosamente con letra muy menuda, unas pocas líneas en su cuaderno apoyado en el reposamanos del sillón. Cada vez que el monseñor anotaba algo, las preguntas se detenían y Enoc esperaba pacientemente. El profeta se sorprendía de que, a veces, una respuesta breve de él supusiera varias líneas de anotaciones en el cuaderno. Después, cada vez que el monseñor había acabado de escribir, levantaba los ojos y miraba la expresión del anciano, tras eso lanzaba otra pregunta.

-Corríjame si me equivoco, afirma que no recuerda nada desde el momento en que usted fue arrebatado a los cielos hasta que descendió en el desierto de Nahal Guvrin.

-Así es.

Otra vez otro silencio, esta vez sin anotar nada, sólo la mirada del monseñor que le estudiaba. Después el arzobispo preguntó:

-¿Lo sabe usted todo?

-Únicamente conozco lo que en cada momento se me da a conocer.

Otra pausa.

-¿Ha pasado alguna revisión psiquiátrica en su vida?

-No.

-¿Estaría dispuesto a someterse a una?

Enoc dudó un poco:

-Si la Santa Madre Iglesia me lo mandara, sí.

El arzobispo hizo una pequeña señal en su cuaderno y anotó una palabra al lado de algo que ya estaba escrito.

-Si la Congregación le ordenara que cesaran sus intervenciones públicas, ¿cesarían de hablar a sus seguidores?

-Dios nos ha ordenado que prediquemos.

-¿Pero se someterían a nuestro dictamen, a nuestra orden?

-Me temo que no tendríamos elección. Si predicamos la obediencia a la Iglesia, y esa Iglesia nos ordena eso ¿qué otra cosa podríamos hacer?

-¿No se excusarían diciendo que tienen que obedecer antes a Dios que a los hombres?

-Obedeceremos a Dios obedeciendo a los hombres que Él ha designado.

-¿Seguro o alberga alguna duda?

-Seguro. Pero no tengo la menor duda de que Dios en las deliberaciones previas, haría ver al que tuviera que tomar la decisión que se trata de una acción... desafortunada.

-Desafortunada... Si la toma la Congregación sería una acción acertada. Somos nosotros los que juzgamos qué se ajusta o no a la Doctrina o a la... prudencia - la última palabra la pronunció con una

sonrisa. Como si él mismo fuera consciente de que las *razones de prudencia* podían ser un cajón de sastre donde podía caber todo.

Pero a esa sonrisa Enoc añadió muy serio:

-Ay de aquél que use su poder de atar y desatar para hacer callar a los profetas que el Altísimo envía.

-Ya, pero...

Enoc siguió hablando sin levantar la voz, mas sin atender a la interrupción:

-...para hacer callar a los profetas que el Altísimo envía. Dios le haría ver en el interior de su conciencia su mala acción, le daría remordimientos de conciencia. Si aun así persevera en su decisión de hacer callar a los profetas del Omnipotente... ¡ay de aquél que use su poder de atar y desatar para cometer tal acción! ¡Más le valiera no haber nunca puesto su mano sobre tal poder espiritual! Se arrepentirá mil veces, y mil veces mil veces, de haber tomado en su mano un báculo, porque es el báculo de Dios, el báculo de Moisés. Es cosa sagrada. Maldito el que use el poder que le ha sido dado de lo alto, para hacer callar al enviado de lo alto.

-¡Oiga...!

Ese *oiga* era imperativo. Era un *oiga* del que va a decir que no tiene por qué escuchar ese sermón. Enoc, quizá cansado de una hora de interrogatorio inmisericorde, no detuvo su discurso:

-La sangre del diácono Esteban, la de Juana de Arco, -y siguió una lista de nombres desconocidos para el monseñor-, toda esa sangre, clama a través de nosotros. La sangre del gran Profeta de los profetas que es Cristo, juzgado por aquellos que tenían el encargo de Dios de discernir acerca de las cosas sagradas, clama a través de nosotros. Por eso nosotros somos la furia de Dios. Actuaremos impunes, nadie nos hará callar -Enoc, a veces, cerraba los ojos sin detener su palabra, como si

estuviera recibiendo un mensaje en su interior-. La Congregación a la que usted va a entregar el informe no nos dirá nada, yo lo sé, porque así se me ha dicho. Nuestros enemigos en este país, rabiarán, pero no harán nada. La sinagoga de los inicuos que en el extranjero nos mandará vigilar, acechará, pero no hará nada, no podrá hacer nada, hasta el día y la hora que Él tiene ya determinada.

El monseñor no varió el gesto de la cara, gesto de escuchar con atención, sin asentir ni negar. Pero interiormente lo tenía ya todo muy claro. Aquellos dos hombres eran unos locos que debían ser examinados psiquiátricamente cuanto antes. Su informe sería taxativo al afirmar que aquel movimiento visionario debía ser desautorizado lo antes posible. Antes de que no pudiera ser controlado. Los movimientos de masas liderados por locos pueden ser todo lo devotos que se quiera, pero antes o después escapan al control de las autoridades religiosas. Se hacía de todo punto necesario abortar aquello.

Pero el prelado se guardó sus pensamientos bajo su rostro impenetrable y aun siguió media hora más con sus preguntas. Acabado ese tiempo cerró su libreta y dijo con brevedad y sin cordialidades que hubieran resultado falsas:

-Muy bien, creo que esto es suficiente.

-Si ha acabado ya con sus preguntas, permítame decirle algo.

El arzobispo le miró con curiosidad, la mirada del prelado al acabar la sesión de preguntas se había vuelto profunda y dura, ya no tenía ninguna necesidad de quedar bien ante el interrogado. Hizo gesto condescendiente de que dijera lo que tenía que decir. Enoc sin enfadarse, sin levantar la voz, comenzó:

-Sé perfectamente lo que piensa. Sé muy bien como nos desprecia. Tengo muy

clara la distancia que cree que hay entre sus estudios, sus conocimientos y sus estimados títulos de la Gregoriana, frente a nuestras vulgares predicaciones. Veo en el interior de su corazón la diferencia que cree que hay entre la profundidad de su ciencia aprendida y su experiencia en la Curia, frente a nosotros dos, unos pobres locos. Pero también veo más cosas en su corazón -y entornó los ojos como si mirase más allá-. Desprecia a estos dos hombres viejos y frágiles, pero aprecia a las mujeres. Especialmente a Gina.

El arzobispo dio un respingo. Su pétreo rostro inflexible de pronto fue como un vaso de grueso vidrio tallado que se hace añicos al caer sobre un suelo de mármol. ¿Cómo sabía aquello? La inflexibilidad y dureza del juez se mudó en temor. Su cara reflejaba claramente temor.

-Sí, veo claramente a Gina -continuó Enoc-, como veo que antes estuvo Susana. Ahora Gina peinándose su larga cabellera negra, está en su piso de la Piazza di Verona preguntándose si mañana llegará usted para cenar con ella. Asimismo veo que usted no es malo, únicamente es un hombre débil. Un hombre que se entregó a Cristo en el seminario. Pero que después, seis años tras salir del seminario, quedó atrapado por las pasiones. De la debilidad nació la ambición. De la ambición alcanzada, la soberbia. La ambición en la Curia llenó el vacío de su interior.

Su excelencia ha estado ciego mientras hacía el informe ayer y hoy, no por maldad, sino porque usted no ve. Su debilidad de años le ha cegado para captar las cosas espirituales. Excelencia, usted no es malo, está ciego.

El monseñor guardó silencio unos instantes. Después preguntó:

-¿Piensa denunciar algo de todo esto?

El anciano había logrado hacerle tartamudear. Hasta había perdido el buen color de su cara, quedándose lívido. Toda su carrera, todos sus estudios y trabajos en la Congregación podían quedar sencillamente anulados ante una palabra de aquel vejete encorvado. Haberse tenido que encargar de ese informe iba a suponer el final de su carrera.

-No pienso decir nada -contestó Enoc mirándole fijamente a sus ojos. Ahora él era el águila y el arzobispo el conejo atrapado en sus garras.

Hubo un silencio intenso.

-Ni siquiera diré nada aunque en su informe no nos sea favorable. Por más que nos ataque... no diré nada. Haga usted lo que deba hacer!

De nuevo hubo otro silencio. Enoc añadió:

-No diré nada, porque así me lo pide Dios. El Altísimo me ha comunicado sus pecados, para el arrepentimiento, no para la denuncia. Si Él me hubiera pedido que le denunciase, no dude que lo haría. Pero no, le da otra oportunidad.

Y otra vez esa mirada de águila del anciano. El juez en un segundo se había transformado en el perseguido, en el reo. Cuando una hora antes se sentó en el sillón, jamás pensó que la conversación iba a acabar así.

-Haga lo que deba hacer -remarcó Enoc cada sílaba de la frase-. Como Elías y yo lo hacemos. Como Dios hace. Haga, también usted, lo que deba hacer. Y si no, ¡aténgase a las consecuencias!

Ante la mirada fija, severa, del profeta, el arzobispo se levantó asintiendo con la cabeza, sin decir nada. Ya le había dado la espalda cuando se volvió para preguntarle:

-Tengo a Elías citado a las doce... ¿El sabrá también todo lo que me ha dicho usted?

-Normalmente las cosas más vergonzantes Dios nos las revela a uno solo de los dos, para que no tenga el sujeto que ser humillado más que lo justo. Dios siempre trata de evitar todo sufrimiento, hasta el de la humillación. No obstante, la voz interna me dice que en este caso no será así. En cuanto le vea, Elías verá todo lo que hay en su corazón con todo detalle como yo. Y yo ahora veo los pecados de todos estos años. Los he visto desde que usted entró aquí hace más de una hora. Respondía a sus preguntas, pero veía lo otro. Usted me trataba con desprecio, pero yo veía el rostro de Susana cuando la convenció para abortar el hijo de usted que ya tenía en su seno. Tenga la plena seguridad de que desde el primer minuto del interrogatorio, Elías va a conocer lo que hay en su alma. Así que le aconsejo que no sea muy duro con él en el interrogatorio -añadió con cierta ironía.



2 de diciembre de 2211

Los dos ancianos salían por la puerta principal del convento de padres carmelitas donde se hospedaban. Un convento en un barrio del extrarradio de Jerusalén. Una zona de edificios de diez pisos de altura. La calle transitada por taxis de color blanco y cuadrados negros, era estrecha, gris, repleta de ventanas y bulliciosa. Bulliciosa, entre otras razones, porque cientos de admiradores se agolpaban a los dos lados de la escalinata de la puerta de la puerta principal del convento. Unas barreras de la policía y una decena de agentes contenían a la multitud que al salir les aclamaba.

Ellos descendían por la escalinata saludando a los allí congregados, sin grandes gestos, moviendo la mano pero sin

sonreír demasiado, serios. Alrededor de los dos ancianos, iban una decena de colaboradores. El coche les esperaba ya en la calle. Los ancianos seguían descendiendo los veinte peldaños de la escalera desconocedores de que desde la azotea de un edificio de la misma calle. En dirección oblicua y desde lo alto, les apuntaban en ese momento dos tiradores de rifle profesionales. Los dos ancianos aparecían perfectamente, como un blanco seguro, en los visores. Dos tiradores estaban apostados en la azotea de ese edificio.

Justo en una dirección opuesta y también oblicua, otros dos tiradores con otros dos rifles estaban apostados en otra azotea. Cada anciano aparecía en ese mismo instante en los visores de dos tiradores. Cuatro tiradores para dos blancos. Por si todo fallaba, una furgoneta preparada con explosivos estaba aparcada a veinte metros de allí. Preferían la discreción de un disparo de rifle, a una explosión que masacrara a todos los presentes en la calle. Pero no podían correr riesgos. Sólo si increíblemente fallaban los cuatro tiradores de élite, tomarían esa otra medida más extrema para asegurarse de que la misión cumplía su objetivo.

Todo estaba pensado, no había que correr riesgos. Si los cuatro rifles no hacían diana, el explosivo no dejaría a nadie vivo en la calle, hasta derrumbaría parte de la fachada del convento. Se confiaba no tener que llegar a medidas tan *llamativas*. Aun así, si todo fallaba, absolutamente todo, tanto los disparos, como la explosión, un comando de fuerzas especiales sobrevolaba ya la zona. Los miembros del comando vestían de civil, la misma aeronave parecía un aparato comercial. Pero a una sola orden se abalanzarían sobre el objetivo prefijado armados con sus ametralladoras.

Cuando el Destino marca otra cosa, hasta los mejores planes se desbaratan. A

veces el Destino parece deleitarse en errores consecutivos. Según el Secretario de Estado norteamericano, el Azar había provocado una sucesión de aciertos concatenados en las predicciones, y eso había encumbrado a esos dos ancianos. El mismo Azar que se había deleitado en aciertos concatenados, ¿se deleitaría ahora en una sucesión de errores consecutivos?

Enoc y Elías aparecían en los cuatro visores de los rifles, los dedos índice de los tiradores estaban ya en los gatillos.

-¿Todo listo? –preguntó el jefe de los agentes a través del comunicador que llevaba en su oreja.

-Cazador 1, OK.

-Cazador 2, OK.

-Cazador 3, listo.

-Cazador 4, listo.

-Disparad.

Las bodegas del fuego



Año 2211

A la general Linhares-Peixoto, Jefa del Estado Mayor de Armas Estratégicas, le comenzó a sonar un bip-bip bajito y regular, un sonido característico que no era el de su teléfono móvil. Sabía qué era esa llamada, qué significaba y cómo a partir de entonces las cosas le cambiaban para ella. Su mano derecha aun dudó un instante, una fracción de segundo, antes de presionar el botón para iniciar comunicación a través de su localizador personal permanentemente conectado con el Ministerio de Defensa.

-General Linhares-Peixoto, al habla. Dígame.

-Hola, soy Wilhelm.

-¿Qué tal? ¿Qué pasa?

-¿Dónde te encuentras?

-No he salido, estoy en Roma.

-Vente ahora mismo aquí al Ministerio de Defensa, es urgente. Hasta ahora.

-Hasta ahora.

La general colgó. Ella en función de su cargo siempre y en todo momento debía llevar ese aparato y estar comunicada. Ya sabía antes de descolgarlo que al otro lado iba a estar en persona el Jefe del Estado Mayor. Ya sabía que la comunicación iba a ser breve. Ya sabía lo que le iba a pedir, en cuanto llegara al impresionante edificio del ministerio. Los rumores entre la alta oficialidad del Ejército corrían desde hacía horas. Aquella llamada significaba que ya no era posible continuar sin decidirse por una opción. El ir o no ir al Ministerio suponía toda una elección que cambiaría su vida para siempre, tanto si iba como si no.

La general se montó en una pequeña aeronave militar.

-A la Base Central del Arma Estratégica —ordenó al piloto oculto tras su casco del Ejército y sus gafas oscuras y brillantes como espejos.

La aeronave rauda se dirigió por las calles de la Avenida Antonina hacia esa base situada a cien kilómetros del centro de la capital. Otras dos aeronaves más pequeñas de escolta la seguían. Como ya esperaba la llamada que acababa de recibir, media hora antes había ordenado que le enviaran esa escolta.

Treinta y seis minutos después se encontraba descendiendo en el interior del gran ascensor de acero hacia el vestíbulo del gran Centro de Mando del Arma Estratégica. Nada más abrirse las dos puertas del ascensor, le esperaban cuatro oficiales en posición de firmes y saludando. La general, a paso ligero, respondió al saludo maquinalmente sin prestar atención, penetrando con paso firme hacia el interior de la sala de control conocida como Gran Gandalf.

Nada más llegar al asiento de la gran sala circular, desde donde se controlaban todas las pantallas, donde setenta militares y técnicos tenían el mando sobre todos y cada uno de los silos atómicos y de los acorazados estratosféricos del Imperio, la general dio orden de que le comunicaran con el Jefe del Estado Mayor en el Ministerio de Defensa.

-General Wilhelm al habla.

-Soy yo, la general Linhares.

-Veo que no ha obedecido mi orden viniendo aquí —constató sin sorpresa el superior.

-No, señor.

-¿Se da cuenta de que ha desobedecido una orden mía?

-El Senado decidirá acerca de mi proceder, señor.

-Muy bien, no voy a insistir –hizo una pausa-. Sería inútil –de nuevo se le quedó mirando en la pantalla-. Sería una pérdida de tiempo ahora que es cuando más lo necesitamos –se acomodó en el sillón de su despacho-. Me imagino que ya más o menos conoce la secuencia de acontecimientos que ha tenido lugar, ¿no?

-Dispongo de retazos de información –contestó la general con voz gélida, sin emoción alguna-. Aun así suficientemente relevantes como para haber tomado esta decisión.

-Pues yo mismo le voy a informar directamente. Cuatro horas tras el fallecimiento de Adriana, tuvimos claras evidencias de que la mayoría del Senado iba a nombrar al día siguiente a otro dagoniano. Habíamos tenido ya bastante paciencia, una santa paciencia, era hora de que dijéramos *ya basta*. No podríamos resistir diez o veinte años de otro fanático. Nos constaba que treinta y cinco senadores indignados manifestaron su oposición a que continuara este monopolio de los dagonianos. Pero la mayoría del Senado no estaba dispuesta a negociar, tan solo quería aplicar la superioridad de votos de la que disponía. Nosotros los militares éramos observadores. Pero estábamos dispuestos a intervenir. Sin Poder Ejecutivo, éste era el momento de actuar. O ahora... o dentro de treinta años.

El Estado Mayor se reunió de urgencia. Bueno, casi todos los generales. Así que comenzó *el gran juego*: ver de cuantas fuerzas disponíamos que apoyaran nuestra posición frente al Senado. Así que le comunico que salvo cuatro generales dagonianos, la postura por el cambio es apoyada por todos.

-Conozco el nombre de esos cuatro generales.

-Ayer por la noche enviamos el mensaje al Presidente del Senado. La votación del día siguiente no debía celebrarse, era necesario negociar.

-¿Qué le contestó? Sobre este punto tengo varias versiones.

-Una hora después, me llamó para decirme que después de consultar con la mayoría, la votación tendría lugar. ¿Acaso nos lo va a impedir?, me preguntó con altivez senatorial. –Sí, le contesté tajante. -Pues entonces no tiene sentido que sigamos hablando, hagan lo que tengan que hacer que nosotros haremos lo que debamos hacer, y me colgó.

-¿Qué va a hacer usted?

-Ellos cuentan con la Guardia Pretoriana, la Guardia Senatorial y la Guardia Noble. Además por supuesto de las HH.AA. Como usted sabe muy bien con esas fuerzas no podrán resistir a las divisiones imperiales que, alrededor de la Urbe, están bajo nuestras órdenes.

-¿Pero está dispuesto a llegar a la lucha armada? ¿Está dispuesto a la muerte de cientos de miles de personas? ¿En serio que es capaz de la destrucción de parte de la capital, por lograr desbancar a los dagonianos?

-Si ellos siguen en el poder, a largo plazo el mal para la República será peor. Esa destrucción material y esas vidas humanas son un mal menor a cambio de evitar un mal mucho peor.

-Y allí entro yo –concluyo la general.

-Exacto. Se dirigen hacia la Urbe ahora mismo cuatro divisiones de las HH.AA. ¿Contamos con usted?

-General, el gran juego se ha jugado varias veces. Pero Europa no ha conocido una guerra en su propio suelo desde hace siglos. Todos los generales se han dado cuenta de que era preferible sacar los colmillos,

amenazar, medir fuerzas, pero no llegar hasta el final. Ahora usted está por primera vez en dos siglos dispuesto a llevar su amenaza hasta el final. ¿Se da cuenta de lo que va a provocar?

-Mire, esto es un hecho, esos pocos, esos pocos cuerpos armados, se han plantado frente a la arrolladora fuerza de nuestras divisiones, y lo hacen confiados, concedores de que tendríamos aprensión a, como usted dice, llegar hasta el final. Pero esta vez vamos a por todas. ¿Contamos con usted?

-Varias veces se ha jugado el gran juego entre generales, varias veces se han enseñado los colmillos, pero siempre se consideró que el Arma Estratégica quedaba aparte de ese posicionamiento. Las armas atómicas no son un elemento más de la partida. Como siempre nuestra Arma se mantendrá neutral, ajena totalmente a su pulso.

-Lo siento, esta vez no hay lugar para espacios intermedios. Esta vez nos jugamos el todo por el todo. No hay lugar para la neutralidad.

-Existen unas normas no escritas para situaciones de este tipo. Y las voy a seguir. Hasta ahora este Arma con todas sus bases y silos ha sido neutral. No voy a ser la primera oficial al mando que rompa con esa tradición. General, lo siento, ni podemos ni debemos apoyar ningún bando.

-Esas normas se han mantenido porque así se ha permitido. Pero ya le he dicho que en esta ocasión la colisión de fuerzas es ya inevitable. Vamos a continuar hasta las últimas consecuencias. Y por tanto soy su superior y le ordeno que se someta a la obediencia castrense.

-De lo contrario ¿qué?

-Acabada esta crisis, será juzgada por un consejo de guerra. Ése y no otro es su

futuro si toma la decisión errónea. La decisión es suya.

-Un consejo de guerra... aquí no hay ninguna guerra. El Senado no ha declarado ninguna guerra. Sólo el Senado puede declarar la guerra. Es la Ley. General, ni el Cónsul Máximo puede declarar la guerra. Luego, de ninguna manera, puedo ser llevada ante un Consejo de Guerra. Si tiene quejas contra mí, siga los cauces reglamentarios de los tiempos de paz.

-Apelar a viejas normas en una nueva situación no le libraré de nuestra sentencia.

-Me someto al juicio del Senado. Sólo al juicio del Senado.

-De acuerdo, no pasa nada, no voy a insistir. Simplemente aténgase a las consecuencias.

-Al venir a esta base, créame que era muy consciente de que me tendría que atener a las consecuencias de mis actos.

-Adiós, le aseguro que nos volveremos a ver.

-Estoy segura de ello.

La transmisión se cortó. La general de inmediato pulsó otro botón.

-Mi general —contestó un oficial.

-Protocolo de clausura A-1.

-¡Sí, mi general! —el oficial, sin perder un segundo, levantó una protección de cristal sobre un gran botón que era como una esfera. Con toda la palma de la mano, con energía, golpeó ese gran botón rojo.

Desde el momento en que la general había activado ese protocolo sabía que se aplicaba el mayor nivel de clausura en todas las bases y acorazados estratosféricos. Eso incluía que todas las comunicaciones con el exterior quedaban cortadas. La única comunicación que proseguiría desde entonces sería con las distintas bases dependientes de ese Centro de Mando del Arma Estratégica. El protocolo A-1 implicaba que ni siquiera el

Ministerio de Defensa podía ponerse en contacto directamente con ninguna base que dispusiese de armas nucleares, salvo con el Centro de Mando en el que se encontraba la general.

Asimismo cualquier acercamiento de soldados a las bases debía ser puesto en conocimiento de inmediato al Centro. Las puertas de las bases, cada una con un peso de varias toneladas, en esos momentos se estarían cerrando. Incluso la televisión y la radio que provenían de fuera de la base, quedaban cortadas. La tropa, en sus ratos de asueto, sólo podría visionar grabaciones mientras durara la clausura.

No se debía permitir la entrada de ninguna noticia que pudiera desorientar a los miembros de las bases o los acorazados estratosféricos. Esto evitaba la posibilidad de que cualquier autoridad pudiera aparecer en un mensaje en televisión dando órdenes desde allí a los integrantes de las bases. Las comunicaciones con la autoridad se debían sólo realizar a través de los cauces establecidos y con los códigos ya determinados.

En plan de broma, se decía a veces que si el mismo Jefe del Estado Mayor si apareciera por allí y ordenara un protocolo de ataque no se le obedecería sino que se le pedirían los códigos del maletín. Era una broma pero era verdad. Ni al mismo Jefe del Estado Mayor se le obedecería si no llevaba los códigos, podía ser un actor. Reproducir a la perfección una cara e imitar una voz, no podía ser razón suficiente para el despegue de los misiles atómicos. Sólo los códigos eran cauce válido para iniciar un lanzamiento.

Parecía increíble, pero ni el mismo Cónsul Máximo allí presente, que diera un orden de viva voz debía ser obedecido. En cualquier otro lado, el investido de rango superior manda sobre el de rango inferior. Ése

era el único lugar del Ejército donde el Magistrado Máximo, el Comandante en Jefe, sólo podía ser obedecido bajo los procedimientos establecidos. El reglamento expresamente prohibía contemplar excepción alguna bajo la excusa de ninguna razón.

Esa clausura en el Centro de Mando era impresionante y no sólo afectaba a las comunicaciones. Había que impedir que nadie quisiera entrar físicamente ni en esa base, ni en ninguna que contara con los misiles atómicos. Aunque dentro de la base subterránea no había más allá de doscientos hombres, ni siquiera una división podría lograr entrar en ella una vez que se clausurara. La base se encontraba a un kilómetro de profundidad, por tanto podía resistir cualquier tipo de impacto nuclear en la superficie.

Los túneles de descenso para ascensores y pequeños vehículos no sólo se cerraban en varios puntos de su recorrido con diez compuertas de cuatro metros de espesor cada una, sino que además no seguían un trazado rectilíneo. Por el contrario presentaban varios *sifones*, es decir varios recorridos en sentido contrario al descenso. De forma, que a la menor amenaza de intrusión en los túneles se podían inundar esos tramos. Los atacantes tendrían que bucear diez, veinte, treinta metros para volver a ascender por el sifón. Y así varias veces, y eso bajo el fuego de los defensores.

Defender un túnel, es algo que se puede hacer con pocos efectivos, y más si el túnel ya está diseñado con casamatas de hormigón preparadas para apostar soldados que disparen hacia los que penetran. Por si fuera poco, por si todo fallaba, en los últimos tramos se podía incluso hacer detonar unos pequeños explosivos que provocaban el derrumbamiento de varias partes de esas galerías verticales. Entrar en un túnel así hubiera sido una locura. Ni el mayor ejército

del mundo hubiera conducido a sus hombres a un matadero así.

Además, la conquista de la Base Central como la de cualquiera de las siete bases menores, hubiera resultado inútil. Justo antes de que alguien entrara se podía introducir la orden de borrado de todos los discos de los ordenadores. Llegar hasta allí, sería llegar para nada.

Por todo ello, la oficial al mando de la base estaba muy tranquila. La general apoyada sobre sus brazos contemplaba las pantallas de aquella amplia sala, pantallas con todos los datos de las bases subordinadas.

-General.

-¿Sí? –contestó ella al oficial al que antes le había dado la orden.

-Todas las bases y acorazados del Arma Estratégica están clausuradas bajo el protocolo A-1.

-Muy bien.

La general se sentó y se reclinó sobre su sillón. Ahora sólo cabía esperar acontecimientos. Situada fuera del juego, fuera del tablero, protegida contra todas las incidencias, a salvo de todos los movimientos, en su torre de marfil. La torre donde se guardaban los vientos impetuosos, el fuego, el infierno guardado para ser derramado sobre la tierra. Las bodegas del fuego, los silos del dolor y la muerte. Ella era la señora que tenía las llaves de las cadenas del infierno, y había optado por retirarse a que pasara la tempestad de allá arriba. Esperaría acontecimientos en su torre de marfil de muros de hormigón y acero, situada fuera del tablero, debajo del tablero.

¿Por qué el protocolo A-1 interrumpía toda comunicación de los integrantes de la base con el Ministerio de Defensa, a excepción de ella misma? Pues porque se consideraba que sólo el general al mando de la base debía poder comunicarse con el Ministerio. Mantener más canales abiertos

podía servir únicamente para crear el desconcierto ante órdenes y contraórdenes, el desconcierto entre interpretaciones de generales de mayor rango frente a otros de menor rango tratando de imponer sus criterios. Era preferible que el Ministerio sólo pudiera comunicarse con la cabeza del Centro de Mando, en este caso la general. Los protocolos de ataques atómicos ya estaban estudiados y planificados, las medidas y contramedidas ya estaban decididas. Nada se debía decidir sobre la marcha en un asunto tan delicado como era la eliminación de un país entero, de un continente o de la entera raza humana. Es un asunto lo suficientemente delicado como para que el canal de órdenes fuera siempre claro y no sujeto a interpretación.

Sólo había una persona que podía enviar los códigos de lanzamiento de misiles. y esa persona era la cabeza del Poder Ejecutivo. Él tenía la posesión del maletín donde se contenía el cartucho con la interminable clave de ingreso al sistema y los sobres con las dos mitades de la contraseña para el acceso al sistema de órdenes. El Cónsul Máximo era el Comandante en Jefe del Ejército y, por tanto, él por encima de la general, de cualquier general, podía dar la orden directamente al sistema informático de la Base Central. Pero fuera de él, incluso el Estado Mayor tenía que pasar por la intermediación de la general a la cabeza del puesto de mando.

Había habido voces que habían demandado que ese arcaico vestigio de poder directo del Poder Ejecutivo fuera suprimido en pro de la seguridad. Pero nadie se había atrevido nunca a decirle personalmente con franqueza y claridad a ningún Cónsul Máximo que tenía que renunciar a la posibilidad de las órdenes directas al sistema de la Base Central.

Ahora que el Emperador había muerto, la general sabía que el maletín de él había quedado inutilizado. El hombre que siempre llevaba consigo el maletín tenía orden de dar la vuelta a las tres llaves del cajetín externo. Una vez realizada esa operación, el cartucho con la clave de acceso quedaba borrado en el interior.

Sólo cuando el Senado nombrara otro Cónsul se le entregaría un nuevo maletín por parte del Estado Mayor. La entrega de ese maletín era un momento casi ceremonial. El Jefe del Estado Mayor, con todos los generales detrás, abría ese maletín y le entregaba un cilindro metálico, grueso y de superficie pulida. El Emperador lo tomaba y lo levantaba en alto como si de un cetro se tratara. Los que han sido testigos de esta escena afirman que cada Cónsul Máximo al que se le ha entregado, siempre lo mira y sonrío. Como si se dijera a sí mismo: ¡así que éste cilindro es el que contiene los códigos! Después del primer momento de admiración, casi todos suelen hacer alguna broma.

Después, el Cónsul lo entrega al hombre del maletín, el cual delante de todos lo cierra en su interior y lo custodia hasta el día de la muerte del Cónsul. La entrega de esas contraseñas era un momento que tenía lugar siempre en la intimidad, fuera del alcance del público. Aun así, era un momento en el que generales y políticos, aunque serios, sonreían en su interior ante semejante manifestación de poder por parte del Emperador: el poder de llevar la destrucción a todo el planeta. Quizá no hay momento en que los presentes analicen psicológicamente más el rostro de un individuo que ése en el que el sujeto tiene el cilindro en sus manos y lo sopesa. Un momento que tiene lugar una vez cada varios años.

Pero muchos abogaban porque ese residuo de tiempos pasados fuera suprimido.

Para no pocos era inaceptable que alguien tuviera acceso directo al sistema. En un tema tan delicado como éste, todo debía estar previsto y actuar según los protocolos previstos según cada incidencia, protocolos de respuesta proporcionada que son casi automáticos. Pero es duro decirle a un comandante en jefe que renuncie a la llave de la caja de los truenos. Es duro decirle que ni siquiera sus manos son seguras a la hora ponerlas encima de la Caja de Pandora.

Pero, a pesar de todo, podían estar contentos. La seguridad era máxima. Los protocolos de actuación para un ataque nuclear estaban perfectamente fijados. Quién podía dar esas órdenes, la jerarquía de órdenes y qué hacer en casos dudosos. Sólo había tres autoridades en la República que pudieran dar esas órdenes del comienzo de una guerra atómica.

Tanto el Emperador, como el Estado Mayor, como la Autoridad del Arma Estratégica sólo podían dar las órdenes a través de los códigos, nunca verbalmente, eso estaba claro. En casos objetivamente dudosos y razonables era la Autoridad del Arma Estratégica la que debía decidir. Pero ni siquiera la general al mando podría *apretar el botón*. En casos razonables (por ejemplo la destrucción del Ministerio de Defensa por una potencia extranjera) la Autoridad de ese Arma podía ordenar autónomamente un protocolo de represalia. Pero sólo si la general, el coronel de más alto rango y el capitán del Centro de Mando estaban de acuerdo y por tanto los tres introducían los códigos simultáneamente.

Si los tres oficiales no lo veían claro y no daban su consentimiento introduciendo los códigos, no se podía iniciar el ataque. Los códigos se llevaban bajo la ropa colgando de una cadena. Y cada uno de los tres oficiales

podía inutilizar el suyo en un instante si alguien trataba de arrebatárselo por la fuerza.

Todo esto pensaba la general sentada en su sillón, mientras en la pantalla iban apareciendo los informes de cada uno de los silos, todo estaba normal y en paz. Ella era el único canal de comunicación entre el Estado Mayor y el resto de los oficiales encargados de las claves de los silos.

En unos días o en unas semanas habría un nuevo emperador. De nuevo, se produciría la entrega del cilindro metálico de las claves al nuevo Comandante en Jefe. Ya no sería un momento tan pacífico, tan sereno, como lo había sido hasta entonces. Los militares se habían involucrado mucho, y el nuevo cónsul lo sabría. Y los generales del Estado Mayor sabrían que el nuevo comandante trataría de arrebatárselas parcelas de poder a todos. La situación ya no sería como antes. ¿Y qué pasaría con ella, la general Linhares-Peixoto?

Ella se había decantado por no intervenir, nadie por tanto le agradecería nada, ni los unos ni los otros. No involucrarse a favor de nadie supone no recibir el agradecimiento de nadie. Era seguro que no sería llevada a un consejo de guerra, ganara quien ganara este pulso. Todos tendrían el máximo interés en echar tierra sobre el delicado asunto de que le habían dado órdenes contrarias a todas las normas deontológicas que rigen este Arma. Haberla presionado era un hecho que nadie querría que se mencionase más.

Cabía incluso pensar que, aun cayendo en desgracia, la dejarían en su puesto para siempre, seguros de que ella no se involucraría con nadie y sería neutral respecto a todos. Eso y no otra cosa se buscaba para alguien que ocupara este puesto. Sí, hasta el que la había amenazado reconocería que le convenía tener a alguien de esas

características al frente del Arma Estratégica, le daría seguridad.

-¡A la orden! –dijo un coronel entrando en su despacho acristalado.

La general saludó sin entusiasmo, cansada y algo tensa.

-He visto que se ha establecido el protocolo de clausura A1 –dijo el coronel.

La general daba golpecitos sobre el reluciente cristal de su mesa con una regla que mostraba con discreción todos sus decimales. Miró fijamente al coronel. Después le contestó:

-Sí. Toma asiento, Gustav.

-He visto en la televisión, esta tarde, movimientos de tropas alrededor del Senado que... bueno, ya sabes a qué me refiero. El locutor lo explicaba con toda normalidad entendiéndolo como preparativos para los fastos funerarios por la emperatriz.

-Pero a ti no te ha dado buena espina.

-Ajá –pausa-. ¿Tiene algo que ver ese despliegue de todas las cohortes senatoriales con la clausura de las bases?

La general dejó la regla entre la pluma y su agenda abierta. Después añadió:

-Gustav, se está produciendo desde hace diez horas una intensa presión del Estado Mayor sobre el Senado para que se negocie el nuevo nombramiento de Cónsul Máximo.

-¿Presiones?

-Y veinte divisiones se dirigen hacia la capital.

Los dos oficiales estuvieron hablando un rato sobre la situación. Durante esta conversación, el capitán del Centro de Mando entró en el despacho, se le invitó a sentarse junto al coronel. Había venido al conocer que se había ordenado la clausura al exterior de todas las bases. En el despacho estaban los tres portadores de los códigos. La general les explicó la situación, ya que debían estar

informados como era preceptivo de las razones de cualquier medida que se saliera de la rutina.

Diez minutos después del comienzo de esta reunión, una treintena de naves descendieron verticalmente sobre los terrenos adyacentes al edificio exterior de la base. La base subterránea tenía sobre la superficie un terreno de unos seis kilómetros cuadrados, vallado y perfectamente vigilado. En el centro de ese terreno, se levantaba un edificio militar de color blanco, de veinticinco metros de altura. A través de ese edificio se penetraba en los túneles y ascensores de descenso a la base subterránea. En el edificio, cien militares custodiaban con cámaras el perímetro del terreno. Allí se encontraban también los almacenes donde se descargaban los alimentos, agua y otros pertrechos para ser revisados exhaustivamente antes de ser descendidos hacia los depósitos de la base inferior.

Cuando los soldados de guardia advirtieron la aparición de las aeronaves emitieron claras señales de que estaban violando una zona militar excluida del tráfico aéreo. Pero, en menos de medio minuto, las vieron aterrizar alrededor del edificio de entrada al túnel. El sargento de guardia, muy nervioso, llamó a su teniente sin saber qué hacer ya que las naves evidentemente eran del Ejército.

Siguiendo las normas, y mientras esperaban a que llegara allí el teniente, el cual estaba bajando las escaleras a toda velocidad desde una sala situada dos pisos más arriba, les dieron el ultimátum preceptivo a los que se habían introducido en esos terrenos: o abandonan esta zona militar o vamos a abrir fuego. Varias ametralladoras del edificio se armaron en tres segundos y apuntaron a los vehículos que habían aterrizado y de los que

un par de centenares de soldados de infantería estaban saliendo y dirigiéndose hacia los muros y entradas del edificio. El teniente entró apresurado, alterado, al puesto de vigilancia. Al entrar y con la respiración agitada tuvo que sostenerse la gorra con las manos para que no se le cayera.

-¡Señor, son del Ejército de Tierra! No podemos abrir fuego contra ellos.

El teniente se secó el sudor de su frente. Sólo atinó a decir:

-¿Pero qué está pasando aquí?

-Señor –le interrumpió el otro soldado–, tengo en la pantalla al comandante al mando de las aeronaves.

El teniente se puso delante de la pantalla ordenando que de inmediato transmitieran la noticia de la intrusión al capitán de turno en el Centro de Mando de la base subterránea. El teniente carraspeó, miró a la pantalla y dijo:

-A la orden mi comandante, ¡¡está usted en una zona militar totalmente excluida de...

-Teniente –comenzó con tranquilidad–, soy el comandante Lacoumette del tercer batallón de la BFOR37. Traigo órdenes del Ministerio de Defensa de relevar del mando a los oficiales que están a cargo de ese cuartel. Para cualquier duda comuníquense con el general Mattioli perteneciente al Estado Mayor.

-Señor, se da cuenta de que esta situación es... irregular.

-Si tiene dudas póngase al habla con el Ministerio de Defensa.

-Pero...

-Lo siento, no puedo discutir con usted las instrucciones que he recibido. Ábranos las puertas o entramos por nuestros medios.

-¡Mire, tengo órdenes taxativas de no dejar entrar a nadie sea cual sea su rango o motivo!

-Teniente, ésas son sus órdenes, yo tengo las mías. Aquí dispongo de doscientos veinte soldados preparados para el asalto. Usted, según nuestras fuentes, no dispone de más de cien. Así que la decisión es suya. Si en diez segundos no están abiertas las puertas, procederemos a abrirlas por nuestra cuenta.

-¡Señor! –intervino un soldado tapando con la mano el auricular del teléfono-, al aparato el capitán del Centro de Mando.

-Mi capitán, ahí afuera hay treinta naves de la Brigada tercero...segunda..., perdone, estoy muy nervioso. Quieren entrar. Tienen órdenes del Ministerio de Defen...

-¡¡Defiendan ese edificio a cualquier precio!! ¿Me oye, teniente? Ni se les ocurra dejarles entrar.

-¿Pero les disparamos si lo intentan?

-¡Por supuesto! Las órdenes que ha recibido usted al establecerse la clausura del territorio de la base son muy terminantes. ¿Cómo se le ocurre ni siquiera el preguntarlo? ¡Nadie no autorizado, NA-DI-E, puede para entrar! El uso de las armas lo tienen autorizado siempre si alguien no...

Suena un estruendo en la planta baja.

-¿Qué ha sido eso?

-Han volado las puertas de acceso al edificio. Y... estoy viendo por las cámaras que varios han lanzado garfios y están trepando por las paredes hacia varias ventanas de los muros.

El teniente, en medio de los gritos del capitán al teléfono, acertó en medio de sus nervios a apretar la alarma general del cuartel. Todos los soldados se aprestaron a tomar sus armas para la defensa del lugar. Pero a pesar de las órdenes crispadas del capitán, los sorprendidos soldados del edificio no opusieron resistencia armada. Tomados completamente por sorpresa entendieron que debía de tratarse de algún tipo de error, que evidentemente no podían disparar contra

colegas suyos. La orden de abrir fuego contra las aeronaves y los hombres uniformados que penetraban en el edificio no llegó nunca a darse.

El capitán de la base subterránea presionó un botón, para comunicarle las noticias a su superior:

-Mi general, hemos perdido Alfa-White.

-¿Queé?

-Fuerzas de infantería han tomado la base superior.

-De órdenes a nuestros hombres para que estén en máxima alerta y preparados para rechazar toda intrusión –gritó la general.

-Señor, los hombres al cargo de las cámaras del Centro de Mando están ya dispuestos a inundar o hacer explotar los túneles de entrada, en diez segundos se puede realizar eso. He dado órdenes también de que ochenta hombres con ametralladoras defiendan el sector B del túnel. Le aseguro de que nadie en sus cabales introduciría a su infantería en una ratonera así.

La general apretó sus puños y paseó por su despacho.

-Lo ha hecho para dejar claro que va a por todas –comentó rabiosa entre dientes la general.

-Si derrumbamos los túneles, tardarán un mes en abrir un camino hasta nosotros. Tenemos alimentos y agua para más de un mes, ¿no?

-Para dos meses y diez días, capitán.

-Pero nadie sería tan loco como para meterse por los túneles.

-No, nadie en sus cabales lo haría.

-Mi general, ¿estaría dispuesta a enterrarnos vivos aquí? –preguntó el capitán un poco asustado.

-Si nuestros hombres progresivamente van siendo abatidos en los túneles, si vamos quedándonos sin soldados... Sí, sin dudarlo

derrumbaría los túneles y ascensores. Sólo sería por un mes.

-También usted va a por todas, ¿no?

-Ciertamente. ¿Es que no se da cuenta de no podemos ir más allá de la raya que separa lo que debemos y no debemos hacer?

-Sinceramente, no veo tan clara esa raya. La conjura ha triunfado. Nosotros no podemos evitar el triunfo de los generales del Estado Mayor. ¿Por qué quiere inmolarsé en favor de los derechos de una institución republicana? El Senado está tan corrompido como el que más.

-No se trata de eso, se trata de lo que está bien y está mal.

-¿Y por su concepción de bien y el mal nos va a enterrar a todos?

-Aquí la que manda soy yo, no voy a hacer un debate con usted acerca de las órdenes.

El capitán guardó silencio. Después dijo:

-¿Sin alternativa?

-Sin alternativa, capitán.

El capitán sabía que el coronel era de la opinión de la general y que el resto de los soldados, dado que se había aplicado la clausura, no tendrían noticia alguna de lo que había sucedido fuera, alrededor del Senado. Los soldaditos defenderían la base con sus vidas sin saber contra quién se enfrentaban. Era irónico, podían encontrarse luchando contra el Ministerio de Defensa.

El capitán se marchó del despacho por el pasillo hacia el Centro de Mando. No podía comentar nada con nadie. Seguro que había espontáneos informadores de la general que le comunicarían a ella la más mínima crítica que él soltara, como si nada, entre la oficialidad. Y ella era capaz de encerrarle en un calabozo hasta que todo pasara. Y como cabía la posibilidad de que los túneles fueran volados, eso significaría un mes en prisión. Un mes era

demasiado. Los calabozos de esa base eran espartanos: una cama, un aseo y una puerta cerrada.

En teoría ninguno de los tres portadores de los códigos podía ser detenido en un calabozo. Si uno de los tres trasgredía el reglamento o incluso cometía un delito, había que redactar un informe, pero estando de servicio ninguno de los tres podía ser aislado. Las reglas eran claras y taxativas, pero ella no se iba a detener ante nada y él no iba a probar suerte. Así que él no diría nada de lo que sucedía allá arriba, guardaría silencio. Rabiaría pero no diría nada.

Ya es de noche. El Viejo Continente es invadido de nuevo por la oscuridad nocturna. Bajo tierra la noche no posee la potestad de penetrar en la base. Aun así, en el interior del complejo de pasillos y salas se atenúan las luces para recordar los ciclos naturales a los que trabajan dentro. La general se va a acostar. Dado que los turnos dentro de la base son de una semana, la general disponía de sus aposentos, una especie de apartamento de tres salas. Su dormitorio con un amplio lecho, decorado con un dosel y cortinas blancas. Un par de gruesas novelas descansaban sobre la mesilla de noche. Aquel rincón constituía un refugio completamente personal, una madriguera dentro de la madriguera.

La oficial se metió en la cama con un pijama azul estampado de violáceas flores de lis. No tenía hijos. Solían nombrar para ese puesto a oficiales sin familia. Quizá consideraban que era más difícil *apretar el botón* si tienes familia allá arriba. Ante una represalia total, nadie quedaría vivo sobre la tierra. Es difícil apretar un botón que supone ineludiblemente la muerte de tus hijos. Los tres que llevaban colgando del cuello las claves debían ser gente sin vínculos

familiares. El servicio secreto investigaba sus vidas hasta la saciedad. Las calificaciones de la academia militar tenían que ser brillantes, porque la serie de normas y procedimientos que se seguían en cada caso no eran precisamente sencillas. De hecho la especialización en el Cuerpo del Arma Estratégica era una carrera especial dentro del Ejército.

La general se había ido a la cama a la 1.00 de la mañana, las fuerzas defensivas estaban apostadas en los túneles, pero ninguna fuerza de asalto hizo la más mínima tentativa de internarse en los túneles. Tampoco harían ninguna tentativa en los días siguientes. La general, aquella primera noche, sólo había abandonado el Centro de Mando cuando se convenció de que un ataque a los túneles no se iba a producir.

Ya en la cama, entre sábanas, meditó en los pocos minutos que le quedaban antes de que los somníferos hicieran su efecto. Meditó acerca de la raya que separa lo que se debe hacer de lo que no se debe. Meditó sobre las luchas por el Poder que debía haber allá arriba, entre las columnas y mármoles de la capital. Se dio cuenta de que era día 25 de ese mes, la Fiesta de Invierno, antes conocida como Navidad. La gente se estaría deseando un próspero año ya cercano en su comienzo, mientras ella tenía colgada al cuello la clave que acabaría con todos esos buenos deseos, la clave que podía acabar con todas sus sonrisas.

Eran pensamientos ociosos, ella nunca introduciría la clave salvo que se diera el verdadero y auténtico escenario que hiciera razonable prender fuego al mundo o a una parte de éste. La sociedad creó ese poder atómico por unas razones, nunca lo usaría para favorecer un grupo concreto de esa misma sociedad. La raya que separaba lo lícito de lo ilícito seguía siendo nítida en su

mente. Menos mal que las claves del Emperador estaban destruidas. El militar que custodiaba el maletín nada más girar las ruedas que destruían las claves del interior, lo comunicó al Centro de Mando. El maletín había quedado inutilizado. Ese maletín se guardaba en el Ministerio de Defensa, hubiera tenido que ser traído a esa base al día siguiente.

Esas claves las preparaban tres técnicos que no pertenecían a la base, se desplazaban a ella para introducir las claves en un nuevo maletín cuando un Emperador subía al trono imperial. Los sabios que habían ideado los sistemas del Arma Estratégica habían puesto sumo cuidado en que todos los huevos nunca estuvieran en la misma cesta. Muchas veces, en ratos perdidos, le había dado cientos de vueltas, miles, a la especulación de cómo se podría ordenar un lanzamiento pasando por encima de las normas si ella así lo hubiera pretendido. Pero el sistema si no era perfecto, rozaba la perfección.

Seguro que, antes que ella, habían pasado muchos predecesores que le habían dado al asunto miles de vueltas. El grupo de sabios que idearon el sistema entero era un grupo muy reducido, pero le habían dado infinitas vueltas a los planes para el Armagedón. Quizá no había un tiempo más premeditado que aquellos diez minutos antes de la cuenta atrás, los diez minutos del Día del Juicio. El momento de la decisión. Ese momento y los instantes siguientes en los que hay que tomar la decisión de dar marcha atrás ahora o nunca. Esos minutos únicos y grandiosos en que se puede detener el proceso, y el segundo exacto en que eso ya no es posible.

Y allí estaba ella, en la cama, para evitar que nadie, fuese quien fuese, hiciera las cosas fuera del modo prefijado. Ella no

hubiera puesto reparo alguno a aniquilar millones de personas, ciudades inmensas, con las ojivas allí contenidas. Ningún reparo, ningún titubeo, pero habría que hacerlo siguiendo las normas establecidas. En medio de estos complicados y atormentados pensamientos las ovejitas comenzaron a saltar la valla en la imaginación castrense de aquella mujer. Estaba contándolas la general. Atareada en ello, el sueño le encontró. Y reposó.

Al día siguiente, y con la general aislada bajo tierra, a las once de la mañana tuvo lugar la reunión de los senadores más importantes con varios ceñudos generales en un palacio de la capital. Si no se daba una contraorden, los senadores en dos horas se reunirían en el edificio del Senado. Mientras tanto las veinte divisiones estaban ya situadas en los alrededores de la capital, y varios acorazados del Ejército de Tierra habían rodeado el Senado. Para acabar de pintar lo negra que la tormenta se avecinaba, la guardia senatorial y la pretoriana, de un modo ostensible custodiaban los edificios del Senado y la mole del Palacio Imperial con todos sus efectivos decididos a protegerlos hasta la muerte. La población civil seguía bastante ajena a estos movimientos de tropas en las calles de la Urbe, seguía pensando que todo ese aparato formaba parte del boato que se desplegaría en sus funerales. Pocos sabían lo que de verdad estaba pasando.

La minoría de generales fieles al Senado reconocieron que con cientos de miles de soldados preparados para asaltar el edificio Senatorial y tomar todo el centro de la Urbe, era una locura insistir en que se celebrase la reunión para la elección, sino que se imponía el negociar. Los militares fieles al Senado hicieron entender a los senadores que con las fuerzas disponibles no se podía hacer frente a

veinte divisiones. Al final, los dagonianos reunidos en su Templo llegaron a la conclusión de que no tenía sentido comenzar una guerra civil que ineludiblemente iban a perder.

El Senado capituló y accedió a iniciar las conversaciones. El gran juego había acabado. Se habían mostrado los colmillos y el Ministerio de Defensa había dejado claro que estaban dispuestos a llegar hasta el final. Ya no hacía falta proseguir hasta el choque de locomotoras. Dijeran lo que dijeran las leyes, había que negociar. Las tropas senatoriales y los pretorianos no abandonaron las calles para no provocar extrañeza en la gente, oficialmente todo formaba parte de los fastos del funeral. Pocos se enteraron del juego de los generales. Los grandes medios de prensa, bien poco libres, no hicieron mención de los extraños movimientos de tropas. Sólo los medios de prensa pequeños esparcieron todo tipo de cábalas en las semanas siguientes, cuando ya todo había acabado.

Cuatro días después del gran juego, los portones dorados del Senado se abrieron y los senadores con sus blancas togas atravesaron sonrientes la alineación de columnas jónicas. Descendieron por la monumental escalinata hasta el estrado de mármol, y comunicaron el nombre del nuevo Cónsul Máximo electo. El centenar de senadores rodeaban por detrás y los flancos al presidente del colegio senatorial, el cual ornado de venerables canas anunció que se proclamaba al general Wolf como nuevo magistrado supremo de la República Europea.

Los senadores dagonianos mostraron rostros felices en la foto, no podían hacer nada. Los generales habían salido vencedores en el pulso, no había hecho falta disparar ni una bala. La escena de togas blancas en el estrado de la gran escalinata, enmarcada en el

gran pórtico de la fachada principal, era de una gran belleza pictórica. El friso en lo alto, la Guardia Senatorial formando un cordón de seguridad abajo, el cielo claro de un azul raro para la estación del año, todo era perfecto. La ópera de la política desplegaba toda su parafernalia para recordar al respetable público quién mandaba ahora en el teatro. Esta vez el Estado Mayor no había puesto un intermediario, esta vez no se fiaban de nadie, habían colocado un general al frente de todo.

Lejos de allí, bajo tierra, los ojos castaños de una mujer contemplaban estas noticias con ánimo frío. Las contemplaba en la pantalla de la televisión de su despacho. El resto de oficiales las estaban viendo juntos en otra sala, festejando, alegres. Ella no, estaba seria, había cumplido con su deber. No tardarían ni un par de horas en llamarla para regularizar la situación. El maletín con las claves se le entregaría en el plazo indicado al nuevo elegido. Todo volvería a su ser, a su orden. Bajo tierra, las cosas tornarían a la normalidad.

El cuidador de los huevos



Fyodor se introdujo en la galería como cada mañana. Era el cuidador de aquellos huevos. No eran huevos normales, cada uno tenía una altura media de unos 38 centímetros, esto es, unos dos palmos. Millares de huevos estaban alineados junto a la pared de la larga galería. Cada uno junto a la rugosa superficie de cemento, cada uno sobre su lecho que era una especie de pinza mecánica que abrazaba con caucho negro la base de la cáscara. A 26 centímetros por encima de cada uno de los 800 huevos de cada una de las 53 galerías del sector 15, una pequeña y agradable luz halógena proporcionaba el calor suficiente para que se desarrollara la vida interior que cada uno de ellos contenía. Una vida oculta a la vista, pero reiterada millares de veces a lo largo del corredor.

El cuidador empujaba una especie de carrito metálico en el que iba colocando los huevos. El carro, específicamente diseñado para llevar aquella carga, tenía su ligero sonido particular, los ruiditos del desvencijamiento, los chirridos personales que una máquina profiere sólo después del discurrir de muchos años. Las manos de Fyodor se empleaban en la tarea sin prisas, sin lentitud, con el ritmo justo del que lleva realizando ese trabajo millones de veces, sin entusiasmo pero sin falta de eficacia.

El vital contenido de aquellos huevos huérfanos se desarrollaba al calor de aquellas luces. No eran huevos comunes, sino producto del diseño, propiedad de una lejana industria situada en otra latitud, en otro continente. Hacía veinte años que una

corporación había dedicado una partida de su ingente presupuesto a desarrollar una línea de investigación para producir pollo barato. El pollo ya era barato, pero investigaron cómo producirlo todavía con menos costes. Aquel tipo de huevo fue el fruto de los fondos invertidos: mucho más grande que uno normal, con menos calor requerido para su incubación (las gallinas ya no incubaban los huevos), con una carne más consistente y, sobre todo, con más sabor a pollo; el pollo sabía más a pollo.

La perfecta consistencia y el correcto sabor, eso sí, se lograban sacrificando al polluelo en el momento justo. Ni demasiado pronto, ni demasiado tarde. La carne debía tener la firmeza justa sin llegar a ser correosa. Habían, además, logrado genéticamente un pollo que prolongase considerablemente su tiempo de incubación. Eso reducía los costes de un modo increíble.

Exteriormente el huevo parece un ser feliz, pero el polluelo del interior nunca conocería la vida exterior. Los huevos serían recogidos y colocados en unos paneles, en los que en el momento preciso de su maduración, serían quebrados por las abrazaderas mecánicas de caucho negro que sostenían la base de la cáscara, y sus inquilinos pasaban a la factoría de transformación sin conocer la luz del sol. Pero hasta que llegara ese día infausto y trágico, el pollo implume se desarrollaba dentro, se dedicaba sólo a crecer: noble tarea.

Lograr que su carne gozara no de los placeres de la existencia, sino de la textura y el gusto adecuados antes de eclosionar, había costado años de trabajo a los expertos de bata blanca. Aquella galería, así como los *frutos* que recogía el cuidador, eran un complicado logro de la ingeniería genética. Pero habían valido la pena: la carne había dado un resultado excelente. Nadie se había quejado.

El final de esos gallináceos en un 93% era la hamburguesa con ketchup en medio de dos panecillos tiernos salpicados de semillas de sésamo. Algunos acababan su paso por este mundo entre pepinillos, otros entre alegres hojitas de lechuga. Veinte años de producción eran la prueba de que nadie distinguía entre el sabor de un verdadero pollo feliz criado en una verde pradera entre montañas suizas, y el pollo-A4 (*Epterox-bowdleria*) incubado en aquella galería.

Se trataba de una forma de vida singular, en cierto modo. Los especímenes de esa especie sólo existían en forma de huevo. Si se les hubiera dejado desarrollarse hasta la eclosión, fuera del huevo habrían muerto al cabo de tres días. Se trataba de una forma zoológica diseñada para aumentar de tamaño, no para luchar por la vida. Además, de todas maneras, como el mulo, era incapaz de reproducirse. No sólo por cuestiones cromosómicas, sino porque el acoplamiento de ambos sexos hubiera resultado una proeza gimnástica. Y eso sin contar con que por alguna razón, los especímenes en las manipulaciones de laboratorio habían desarrollado un tipo especial de hermafroditismo.

Por curioso que parezca, el huevo de la *Epterox-bowdleria* tenía que ser producido por otro tipo de gallina modificada. Era un tipo de gallina no apta para la alimentación, sino destinada a la puesta. Este tipo de gallinas eran de otra especie. Y como es lógico debían ser inseminadas mecánicamente con los protozoos de la *Epterox-bowdleria*.

En la corporación nadie se quejaba del hecho de que todo esto fuera un poco artificial. Tampoco nadie se quejaba de los beneficios. El resultado de estas nuevas *granjas*: 15.000 kilos de carne de pollo al día gracias a centenares de kilómetros de galerías como ésa.

Y eso que en las granjas de novísima generación, la *Epterox-bowdleria* había sido ya reemplazada por otras variantes de la misma hacía ya varios años. La genética no se detenía. Pero una inversión de tantos miles de millones y toda la infraestructura que se crea alrededor de un producto, una vez que se pone a funcionar, no se detiene así como así. Seguían siendo rentables y lo seguirían siendo durante al menos medio siglo más. El precio de los nuevos especímenes era de 1'38 euros en entrada a la factoría de despiece. Mientras que la *Epterox-bowdleria* era de 1'45 euros. Esa diferencia, aunque mínima, sentenciaba la variedad de la A-4, sentenciaba esas granjas, y enviaría al desguace a toda la maquinaria creada en torno a las dimensiones exactas del huevo.

Pero todas esas granjas mientras produjeran un beneficio por pequeño y mínimo que fuera, se mantendrían en funcionamiento. En cualquier caso la línea de la rentabilidad y la de los costes no chocarían hasta varios decenios después de que se jubilase aquel cuidador de huevos que con sus manos enguantadas con tela acolchada seguía poniéndolos en el carro.

La especie que ahora se repetía por esos pasajes con una profusión de miles de millares, acabaría al cabo de siglos como mera información en algún archivo de la corporación, o en algún museo de ciencias biológicas. Los ojos de los ejecutivos en lo alto de algún rascacielos de otro continente ya miraban más lejos. Los presupuestos de mantenimiento se irían reduciendo, se habían ido reduciendo, a un ritmo inapreciable, pero constante.

Los trabajadores apenas lo habían notado, pero desde hacía una década sólo se habían realizado las reparaciones estrictamente necesarias para que la producción prosiguiera sin merma. Ello hacía

que esas galerías mostrasen un aspecto deliciosamente decadente. Las galerías mal iluminadas, con un ligero toque de óxido en sus metales, tenían algo de decaimiento, de industria eficiente que se marchita a un ritmo imperceptible. Y el lugar donde se emplazaba aquella factoría de huevos todavía acentuaba más esa sensación.

Al principio la corporación había creado limpias, bellas e inmensas instalaciones desplegadas en grandes superficies. Después paulatinamente la industria se percató de que en vez de crear esas grandes superficies, podía comprar *intersticios de megaestructuras*.

Me voy a explicar, en cada gran edificio, en cada gran rascacielos de cientos de pisos de altura, quedaban siempre varios miles de metros cuadrados poco rentables para destinarlo a cualquier otro uso que no fueran almacenes. Mal situados, con nada buena accesibilidad, situados muy lejos del alcance del sol, muy en el interior de los superascacielos, o en sus sótanos, o incluso en los mismos fundamentos de su construcción.

Estos espacios estaban esparcidos como huecos que quedaban vacíos entre la colosal estructura, huecos que requerían de construcciones adicionales en el esqueleto del edificio para formar un espacio transitable. Había que formar suelos planos de lo que al principio era un mero hueco irregular de varios miles de metros cuadrados en un entramado recorrido de vigas y estructuras. Por eso la granja estaba constituida por un dédalo de galerías que se adaptaba a la *orografía* que formaban aquellos titánicos elementos de metal macizo.

Las galerías de incubación por las que Fyodor efectuaba su diaria labor, estaban situadas entre las grandes vigas metálicas de dos rascacielos. Treinta años antes, junto a un viejo rascacielos se había construido el

Empierón, un nuevo rascacielos tres veces más grande. Una esquina del sector noroeste del nuevo rascacielos se sostenía sobre la estructura del viejo. Eso requirió que se reforzara la parte del antiguo sobre la que se apoyaban los veinte nuevos pilares. E incluso que se levantaran cinco pilares más sobre lo que había sido la antigua calle Do Bossa. El espacio vacío entre aquel *mecano* estuvo sin uso durante cinco años, hasta que la corporación alimentaria lo compró para instalar allí sus galerías de incubación.

El intersticio entre aquellas dos estructuras arquitectónicas era de muchos miles de metros cúbicos, pero muy irregular. No sólo había conducciones innumerables en forma de tubos de varios metros de diámetro, sino que había incluso una especie de seis gigantescos arbotantes que iban del Empireon al antiguo rascacielos Shao-Leung. Las galerías tuvieron que ser construidas sorteando todos estos obstáculos. Por eso aquella granja de incubación estaba formada esencialmente por galerías y no por salas. Aunque las galerías unían entre sí once salas, grandes aunque de muy desigual tamaño.

El 80% de las galerías estaban cubiertas por un techo blanco plano. En otras partes, las galerías se hallaban cubiertas por una pequeña bóveda de medio cañón. En otros sectores esa bóveda desaparecía dejando a la vista el espacio abierto del intersticio de los dos edificios. Una visión nocturna siempre, a cualquier hora del día. Algunas luces situadas a distintos niveles (normalmente ventanas) dejaban entrever lo colosal de aquellos desfiladeros que formaban los dos edificios en sus bases. Por encima de aquellas zonas estrechas de hormigón y pesados metales, había, mucho más arriba, en lo más alto de todo, una cima coronada por cuatro agujas que imitaban algo a medio

camino entre el Chrysler Building y el Empire Estate.

Pero Fyodor no se detuvo demasiado en pensar en cosas que estaban tan por encima de su cabeza, siguió empujando su carro hacia uno de los cuatro montacargas de aquel sector de galerías. Había recogido ya en lo que iba de tarde, dos mil huevos. Las cifras eran notables, esa granja, o mejor dicho, esa industria estaba diseñada para producir cifras notables.

Mientras llegaba el montacargas se paró a mirar hacia arriba en aquel patio-desfiladero cuyo techo, sin iluminar, se perdía en la altura. Pero aunque los contornos se perdiesen con la mala iluminación, era una gran altura, pues cuatro puentes a distintos niveles unían la masa del Empireon con el otro rascacielos. En la parte más alta de aquel desfiladero sí que se comenzaban a distinguir miles de pequeñas ventanas. En esa zona ya había viviendas. Pero aun así, eran las viviendas inferiores del edificio, las más internas, las más baratas.

Un sonido algo cascado resonó tras las puertas, se encendió un piloto azul, el montacargas había llegado. Fyodor empujó diez carros hacia su interior. Y abandonó la carga al mecanismo automático que los conduciría a su destino. El se dirigió al sector 30-i. Cada día del año tenía un itinerario prefijado que recorrer. El itinerario coincidía con la maduración del interior de los huevos. No había que hacer ninguna comprobación, sólo recogerlos.

Como él, había cuarenta y dos cuidadores de huevos. Cada uno con su itinerario. Pocas veces se cruzaban, cada uno tenía sus sectores propios. La verdad es que Fyodor llevaba una vida bastante solitaria. Perteneecía a ese 5% de la población que gozaba de pocas relaciones sociales. En medio de una gran ciudad y, sin embargo, del

trabajo a casa, y de casa al trabajo. Menos mal que su vivienda le caía cerca. Fyodor, soltero, desencantado de la vida. En realidad desencantado no, no esperaba nada de ella, y por tanto no le defraudaba.

Había heredado la amplia vivienda de sus padres. 350 metros cuadrados en una zona que fue de clase medía en su época y que ahora estaba en una zona un poco destartada y cada vez con más pisos abandonados. Pero él se resistía a dejar ese piso inmenso lleno de recuerdos y cacharros. Por eso había buscado trabajo cerca. Por eso estaba caminando por esa galería, porque buscó un puesto laboral que estuviera por los alrededores.

Su hogar estaba lleno de fotos de su familia, de colecciones de su padre, heredadas y conservadas. Allí estaba el dormitorio de sus padres, la casita de sus cuatro hamsters: Travieso, Inquieto, Saltarín, Mordelón. Sus cuatro *nanos* como los llamaba. Era un sentimental en el fondo.

Cerca de su piso se hallaba una zona verde con pequeños lagos y patos. Una zona verde situada entre un bosque de pilares circulares bajo un cielo artificial de luces halógenas, era una de las zonas bajas e internas del Shao-Leung. Todo era artificial, menos la vegetación y los patos. Si uno caminaba en línea recta durante veinte minutos por ese parque encajonado, se llegaba a un espacio abierto de gran belleza. Muy bello aunque muy concurrido.

Si uno quería gozar de un paseo solitario, mejor era dirigirse hacia el norte del bosque de pilares de hormigón. Había una zona de suelo más accidentado en los límites de esa parte, cuyo techo era más bajo y bajo el cual los helechos crecían exuberantes, con poca luz y mucha humedad. Allí había partes donde abundaban rincones llenos de níscales y otros tipos de hongos grisáceos. El paseo

estaba amenizado por los patos que vivían y se reproducían en la más absoluta libertad.

Todos los sábados por la mañana, Fyodor se marchaba a ese lugar con un par de revistas bajo el brazo a pasar la mañana. Al final de sus lecturas y siestas, se iba a la zona abierta del parque a almorzar. Era una zona amenizada por agradables estatuas blancas neoclásicas, pero con mucha gente. Allí solía comer en algún pequeño restaurante.

Desgraciadamente ese momento de dicha moderada tendría lugar el sábado, de momento faltaban tres días, y Fyodor seguía andando por la galería, aun debía andar veinte minutos por el *Nido*, para llegar al sector al que se dirigía. Así llamaban también los operarios a la empresa-granja: el Nido. Sí, sin duda, aquella industria era la madre de todos los nidos. Eso pensaba él. Se sentía como un horticultor de huevos. Una especie de jardinero de la raza gallinácea.

Su mono recio azul estaba muy limpio. Sus recios guantes colgaban de su cintura prendidos de un enganche. Era curioso, la mayor parte de los operarios de aquellas galerías eran mujeres rusas. Unas mujeres recias, fornidas, que mantenían su lengua a pesar de que aquella ciudad estaba cerca de los límites de Rusia, pero fuera de sus fronteras. En esa franja de transición entre la raza rusa y la asiática.

En aquella urbe, en el 2170 había florecido una colonia occidental que vivía, en esa época y en la actualidad, en el centro de la ciudad. Una colonia bastante replegada sobre sí misma en cuanto a sus relaciones sociales. Había enteros sectores del centro de la ciudad donde se hablaba ruso. Era lógico, el chino es complicado y si tenían que comunicarse con la población local solían usar el *Shinglish*¹.

¹ Así se llamaba vulgarmente al inglés hablado en Asia. El Shinglish era la variante asiática, es decir un inglés

Fyodor una vez, incluso, había intentado un acercamiento a una de aquellas colegas. Un acercamiento afectuoso. Nikolaevna le pareció la más adecuada, la más receptiva. Pero las aspiraciones de Fyodor no habían sido adecuadamente correspondidas. Después de dos cenas y algunas conversaciones más, todo había acabado. Un airado *quita tus manos de encima* dio al traste con las expectativas del cuidador de huevos. Una mujer rusa y fornida como Nikolaevna, puede proferir esas cinco palabras con una contundencia tal, mientras te taladra con su mirada, que te quedas acoquinado por un mes.

Después de aquello ya no tuvo ni ganas, ni interés, ni esperanza de intentar nada con Nadyenka, ni con Natascha, ni con Ninochka. Es más, la frase *quita tus manos de encima* resonó en su cabeza durante bastantes días.

Fyodor recorrió otra galería que unía otras cuatro salas. Una galería un poco más elevada, debido a las exigencias de la estructura interna del rascacielos. Todas las galerías tenían la misma sección y la bóveda era de los mismos materiales. En todas existía ese color típico de la aleación del cálido cobre oscurecido con el apagado brillo del hierro. La galería estaba recorrida por varias conducciones que daban una sensación de metal macizo, pesado, con ronchas oxidadas. Los tubos mostraban una superficie en la que se alternaban un resplandor opaco con las abolladuras. Pero por contraste los huevos daban una fuerte impresión de vida. Cada huevo tan blanco, situado en lo alto de una especie de abrazadera de níquel recubierto de caucho, era como una obra pura, un fruto de

con pronunciación algo especial y con muchos modismos propios de aquel continente.

la naturaleza. El lugar, indudablemente, tenía su encanto particular.

La vida desarrollándose en lo profundo de esa yuxtaposición de edificios. Era un ambiente muy gótico, como de cripta de finales del siglo XXI. El lugar no estaba exento de algunas marcas curiosas: en dos sitios de su recorrido había encontrado una inscripción tallada a golpe de martillo sobre una superficie de zinc.

Alguien, años ha, había escrito en sirio, le dijeron que era sirio, *Fatimía tu corazón es mi corazón*. Se había perdido ya en los años el nombre de aquel desconocido cuidador de huevos que un día se había llevado un cincel y un martillo y había marcado (en la superficie metálica de un generador) trazos rectos con esa frase. Era evidente que se había esmerado todo lo que había podido. El resultado, artesanal, no quedaba mal.

La segunda inscripción tallada en una esquina de confluencia de tres galerías era más misteriosa: SUB·TUU·PRAE·CONF. Éste se había esmerado y con un punzón había hecho unos rebordes en el final de cada trazo. Había distintas opiniones acerca de si provenía de la misma mano que la anterior inscripción de amor.

En otro lugar había un grafiti muy colorista que representaba una madre, una oronda matrona entre geranios y gaviotas. En fin, se trataba de cosas sin importancia, pero que en este lugar no sólo humanizaban sino que se convertían en verdaderos hitos.

Algo en lo que por su camino iba pensando Fyodor, era en lo que había leído en una revista el último sábado. Un reportaje sobre la central atómica de aquella ciudad. La central atómica proporcionaba toda la energía de aquella conurbación de cincuenta millones de seres humanos y también a amplias

regiones de su alrededor. La central contaba con ochos viejos núcleos de fisión de uranio, y con dos nuevos núcleos de fusión de plutonio. Cada núcleo de fusión equivalía a cien de los anteriores. Los nuevos núcleos de plutonio tenían doscientos metros de diámetro. Eran esféricos, rodeados de varias capas de acero y plomo alternándose con otras de hormigón. La capa de contención del núcleo tenía treinta metros de grosor. Cada segundo producía 100.000 megavatios. Algo impresionante. La central atómica estaba situada en pleno centro de la ciudad, en las entrañas industriales de la zona inferior de un rascacielos.

El cuidador de huevos no podía dejar de pensar en la similitud entre un huevo y un núcleo de fusión. El núcleo atómico también tenía una cáscara, aunque ésta fuera de 30 metros de grosor. El huevo igualmente en su interior, y a pesar de ser incubado, producía calor propio, el del cuerpo del polluelo. El huevo albergaba una vida, cosa que el impresionante núcleo de plutonio no. Aunque asimismo cada núcleo atómico tendría sus propios cuidadores.

Ésa era una diferencia. Él cuidaba muchos huevos, y, por el contrario, ese gran huevo tenía muchos cuidadores. El calor de aquel núcleo atómico alimentaba las lámparas halógenas que incubaban esos huevos. Y esos huevos alimentaban a los cuidadores del huevo de la central.

Fyodor trató de imaginar uno de sus huevos colocado junto al gigantesco núcleo de fisión. La diferencia de tamaño era descomunal. Pero en cada huevo, la maquinaria biológica que se alimentaba de aquella clara, era mucho más perfecta que la mucho más voluminosa maquinaria del núcleo atómico. A veces lo más perfecto se multiplicaba hasta el infinito, como en el caso de los huevos. Mientras que lo más

imperfecto, como esos núcleos atómicos, eran más escasos y simplemente eran más grandes.

El cuidador de huevos tenía mucho tiempo para pensar. Una mente y tiempo son los únicos elementos necesarios para incubar una filosofía. ¿Lograría Fyodor crear una filosofía de la factoría de huevos? El sol de Grecia incubaba mejor los huevos del pensamiento. No. Definitivamente no. Él no entendía de cosas profundas. Y eso que hacía dos semanas había leído un texto en una revista y le había llamado tanto la atención, que lo había recortado y lo había meditado varios días. Pocas veces en su vida que había reflexionado sobre un texto durante varios días. El texto escrito en una hoja de papel satín doblado en muchos pliegues, todavía, sin saberlo, lo guardaba olvidado en un bolsillo de su mono, situado en la parte de atrás de su pantalón. Ese escrito comenzaba así:

GEOMETRÍA DEL HUEVO DE GALLINA.

Sí, efectivamente, ¿ya se ha percatado? Aquí incubamos los huevos nietzscheanos, los huevos de la serpiente. Huevos en los que late una imperiosa necesidad de crueldad. Yo he señalado con prudente dedo la granja. Ellos... no me han hecho caso. Siguen pensando que en la granja se incubaba el arte supremo de la vida, que son los huevos par excellence. El mundo de las gallinas es un enigma. En el huevo late una legalidad natural, son legítimos, amigo mío. Y me dio una comprensiva palmada en la espalda.

¿Habré de decir que la respuesta fue poco esperada de mí? No, conozco la debilidad de los hombres. Tuve la tentación de retirarme y dedicarme a la espeleología mental. Internarme en el mundo de razones que le habían llevado a esa decisión, y a los demás. Pero renuncié. Con pensadores así quien necesita cavernas. Me dediqué tan solo a meditar acerca de qué había antes del huevo cósmico. ¿El huevo cósmico o la

gallina platónico-aristotélica? La geometría del huevo de gallina en su forma paradigmática tiene en su segmento característico una parábola.

Durante cuatro días leyó y releyó esta página de la revista. El sentido era críptico, pero por eso le fascinaba. Después, el papel quedó olvidado en el fondo de un bolsillo. Ese mono lo metía en la lavadora una vez al mes. Entonces de decoloraría la página doblada, se amalgamaría. Varias semanas después puede que encontrara los restos de la hoja.

Sus colegas en la *industria* solían ir recogiendo huevos con los auriculares puestos, oyendo música o programas de radio. Fyodor Kirill Konstantin prefería pensar, gozar de aquel silencio.

El carro comenzaba a pesar. Era uno de los viejos grandes carros anaranjados. Ahora en las galerías la mayoría de los que se veían, eran de los nuevos, más pequeños y de color metalizado. El suyo tenía un mecanismo que, como la dirección asistida de un coche, requería de un ligero empuje para comenzar la marcha y el carro se movía suavemente en la dirección que le imprimieran los empujes de Fyodor. Sin embargo, ahora se estaba atascando. Había alguna avería. Y justo en el peor momento. El cuidador, por ahorrar tiempo, había subido bastantes veces por una rampa del sector 4d en vez de tomar el montacargas 9. Aquel atajo estaba prohibido porque la pendiente excesiva estropeaba el mecanismo de tracción de los carros.

El resultado de esos deslices en la obediencia a las instrucciones, ahora se manifestaba en el renquear del carro. El cuidador de huevos con un golpe de su bota presionó el botón de freno del carro y fue a la parte delantera a revisar el motor. El motor se atascaba y seguía, se atascaba y seguía, dando unos incómodos empujoncitos breves. No era ése el mejor lugar para parar el carro, iba muy cargado para esa pendiente. Pero ya no era

sólo ese desagradable sonido de que se atascaba algo en el interior, sino que además un ruido nuevo había aparecido, como si algo rozara y se arañara en la maquinaria.

Al poco volvió a intentar a ver si iba mejor. Se colocó de nuevo tras la barra de la dirección, pero sin querer, sin darse cuenta, quitó el freno antes de agarrar la barra del carro con la que se manejaba éste. En plano, no hubiera pasado nada. Pero en una pendiente tan pronunciada, el carro se abalanzó sobre él sin que pudiera reaccionar. Tarde se había dado cuenta de que había dejado mal colocada la palanca de una de las marchas en su anterior intento de que el carro funcionara. Eso hizo que no sólo la pendiente, sino esa velocidad preprogramada, hicieran que no le diera tiempo a reaccionar.

El carro calló hasta el final de la rampa, chocando con la pared de enfrente. Fyodor arrollado había quedado enganchado en la parte inferior del gran carro. Aunque fue arrastrado por el carro en su desplazamiento por la pendiente, al quedar en la parte inferior, entre las ruedas, no se había dado un golpe en la cabeza. Con un carro de quinientos kilos de carga a esa velocidad, hubiera sido mortal. Pero sus piernas... las ruedas delanteras habían pasado por encima. Tenía los huesos rotos de ambas extremidades.

Tardó más de media hora en salir del vientre del carro mecánico, descubrió que una mano también estaba rota. Sólo a base de arrastrarse con los antebrazos, salió de debajo. Y tardó otras cuatro horas en arrastrarse diez metros más, todo a pura fuerza de sus extremidades superiores y con un dolor que hacía brotar las lágrimas de sus ojos con profusión.

Cuatro horas, diez metros. Ya no podía más. El comunicador lo llevaba en un bolsillo del pantalón a la altura del muslo, pero se había roto, estaba inservible, la rueda

lo había dejado en ese estado. Se hallaba solo, en un lugar recóndito de aquella intrincada maraña de galerías. Nadie pasaría por allí durante semanas. Otros cuidadores seguirían otros itinerarios, pero no el suyo. Nadie cruzaría esa galería, nadie iba a ir por ahí de paseo. Cada uno tenía su itinerario, su recorrido lineal jalonado de salas. ¿Cuántas semanas tardarían en encontrarle por casualidad? Estaba sentenciado. Era la rotura de unos huesos, pero aquello suponía la muerte por inanición, tendido en el suelo. Quizá al cabo de varios meses encontrarían un cuerpo con la piel pegada a los huesos. Por lo menos así se imaginaba la escena en la que alguien por fin daría con él.

El tiempo comenzó a pasar. La única esperanza era que alguien en el departamento de contabilidad se percatara de que había un déficit de huevos en el sector de un operario. Algunos pensarían que quizá se había marchado de la ciudad sin despedirse, que tal vez estaba enfermo en casa sin avisar, que quizá era un alcohólico irresponsable y ellos no lo sabían. ¿Qué sucedería? El tiempo lo diría. Él mismo sería el primero en enterarse de si le echaban de menos o no. De momento, ya habían pasado diez horas y fuera debía ser de noche. Durante tantas horas, muchas cosas pasan por la mente. La mente se transforma en una factoría de ideas a cada cual más retorcida, a cada cual más agónica. Su esperanza estaba en el departamento de contabilidad, ¿cuánto tardarían en percatarse del déficit de producción en un sector?

Durmió sobre el suelo algunas horas. Lo que le impidió dormir no fue la dureza del suelo, sino el dolor de sus huesos rotos. El menor movimiento involuntario le hacía ver las estrellas. El tiempo siguió pasando, ya llevaba allí la mitad del día siguiente. En una de sus fantasías, llegó a imaginar que tenía

fuerzas para llegar hasta los huevos más cercanos. Y que con una mano podía romper un huevo. Y que se alimentaba de la clara del huevo durante meses. Finalmente también de la carne cruda del pollo. Y que alguien acabaría pasando y encontrando a aquel Robinsón Crusoe del siglo XXII perdido en una factoría en el interior de una megaconstrucción de una ciudad del centro de China. Naufrago en medio una populosa ciudad, curiosa realidad.

La escena de Fyodor matando al indefenso semidormido polluelo vivo, sirviéndose únicamente de una mano, debatiéndose el bicho implume de tierna piel, entre la vida y la muerte, en un charco de clara, era una escena casi de pesadilla. Si lograba hacerlo, ¿a qué sabría la carne cruda?

Imaginaba Fyodor en su angustia que con los meses el pelo le crecería, la ropa estaría cada vez más sucia y que se alimentaría sólo de clara de huevo y carne cruda durante quizá años. Pero eso sólo si llegaba hasta los huevos. Sólo si llegaba hasta ellos, y parecía imposible, se transformaría en el monstruo de la galerías, en el monstruo humano de los corredores de incubación.

Pero todo eran fantasías. Los de contabilidad echarían de menos los huevos pronto. ¿Enviarían a alguien a inspeccionar? ¿Contrarían directamente a otro cuidador? ¿Cuánto tardarían en encontrarle? Una cosa estaba clara, no se podía poner de pie, no llegaba a los huevos. ¿Qué iba a ser de él? Sólo cabía esperar.

Heidrich Trondhüsser

Heidrich Trondhüsser, Comandante
Supremo de las HH.AA

Siendo emperador Wolf
año 2211

Para explicar esta figura siniestra e imprescindible, tan oscura como insoslayable en la comprensión del modo en que ha evolucionado la política de la Unión Europea se hace ineludible conocer qué es el Partido. En el Viejo Continente basta decir *el Partido* para saber que nos estamos refiriendo al Neuordnungspartei. Se trata ésta de una institución tan intrínsecamente unida a la política europea que muchos olvidan que nació en Estados Unidos (evidentemente con otro nombre) y que en sus primeros años fue gestionada por estadounidenses de forma casi íntegra.

El Partido del Orden (así se bautizó a esta agrupación en Norteamérica) fue una asociación política creada con el único fin de lograr la presidencia de los Estados Unidos. La idea fue gestada ya en tiempos del Cónsul Máximo Kurheim Schwart-Menstein, en el año 2155, aunque fue Fromheim Schwart-Menstein Germánico Vitelio quien en la década de los 80 (del siglo XXII) la llevó a cabo. Europa desde hacía veinte años antes había volcado generosas cantidades de dinero en la creación de varias fundaciones que serían el fundamento de este nuevo partido nacido para desbancar a los viejos y anquilosados partidos Republicano y Demócrata; partidos que ya representaban el pasado.

El Partido del Orden fue una nueva creación política, una obra de diseño, para dar la impresión de modernidad, cambio y

regeneración. Toda la operación fue llevada a cabo por estadounidenses, aunque las líneas generales habían sido cuidadosamente delineadas por un reducido equipo de mentes en Europa. Resulta innecesario recordar cómo a veces los planes con pocas posibilidades son los que tienen éxito quizá gracias a la tenacidad de sus protagonistas, quizá también gracias a que cuando se intentan muchas cosas alguna acaba teniendo éxito.

No hará falta recordar una vez más como triunfó la conspiración más grande de la Historia. Nunca tantos debieron un mal tan grande a la debilidad de tan pocos hombres clave. Pero no será aquí donde recuerde como un grupo de hombres poderosos lograron hundir la más anciana democracia del mundo; y en otros tiempos la más orgullosa.

No será aquí, desde luego, donde vuelva a recordar ese hecho tratado mil veces por los historiadores; un hecho que ha sido más analizado, incluso, que la caída del Imperio Romano. El caso es que en tiempos de Viniciano, año 2207, es cuando el Partido se implanta de forma masiva en la República Europea.

En el marco legal del Viejo Continente cualquiera podía fundar un partido. El hecho de que existiera una tecnocracia en el poder que hubiera hecho *innecesarias* las elecciones, no significaba que uno no pudiera fundar una asociación, un grupo de opinión, o hasta un partido político. Pero en medio de los partidos existentes, este nuevo partido, el Neuordnungspartei, parecía que iba a ser el nuevo instrumento de esa inteligente tecnocracia para encauzar de un modo ordenado cualquier tipo de aspiración política de cambio. Aunque, eso sí, desde el principio no se dejó de notar con preocupación que la cúpula del Partido estaba fuertemente imbuida de las doctrinas dagonianas. Pero así lo quería

el Emperador. Y ninguna voluntad fue capaz de hacerle frente... durante un tiempo.

Finalmente, la burocracia de la República y el poder financiero, ante la decidida postura de Viniciano de imponer una ideología al partido, la dagoniana, tomaron la drástica medida de detener el proceso sin atender a las reglas del juego. El atentado contra el Cónsul Máximo fue el punto final y culminante de esa maquinación. El fracaso del magnicidio obligó a tener que aceptar en silencio la continuación de esa política de ideologización de las masas por parte de la cúspide del Poder.

Los protagonistas del Poder. Ante todo (y contrariamente a lo que piensa la gente) el gran propietario del poder económico y militar europeo no es una persona, sino la Familia Imperial. El Senado es la expresión del dominio de ese grupo bien unido y vuelto a atar una y otra vez por lazos de sangre. El reducido ámbito senatorial (cien miembros) es la expresión de esa hegemonía y el lugar donde las grandes políticas tienen que discutirse para lograr el respaldo de la Familia. El Ejército en el régimen militarista de la República está lejos de ser un mero espectador fiel al Cónsul Máximo. Ostenta sin ocultarlo un gran peso en la política, en gran parte debido a que más de tres cuartas partes del Estado Mayor son miembros de la Familia Imperial.

Los consejeros de Estado, en los más altos niveles de la burocracia, suponen el elemento tecnocrático. Un elemento neutro en todo este juego de intereses. Estos consejeros sí que son elegidos por méritos. Y todos ellos juntos son de un peso casi absoluto en la mente del emperador, sea quien sea éste. En los juegos de Poder, siempre hay que tener en cuenta a estos equipos de consejeros que no pertenecen a ningún grupo en concreto.

Por último, y como uno de los últimos elementos a tener en cuenta, está el heterogéneo grupo formado por los dagonianos, el Partido y las HH.AA. El culto dagoniano ha sido hasta hace pocos años una religión en expansión y de influencia creciente en la sociedad. El Partido posee una ideología de tintes marcadamente dagonianos, ha sido desde el principio un partido promovido desde los estamentos gubernamentales de la República, y ha resultado un eficiente vehículo para canalizar los impulsos políticos de la población. Si el Poder no hubiera creado el Partido y lo hubiera promovido, los partidos existentes hubieran canalizado esas ansias y ahora tendrían más peso. En este recorrido por la anatomía de la República Europea hay que mencionar a las HH.AA. Se podrían dar múltiples explicaciones de qué este cuerpo de las HH.AA, algunas de esas explicaciones, sin duda, serían largas. Pero todo se reduce a que sus miembros son la policía del Partido: la élite ideológica, la minoría que cuida de que no se desvirtúen las esencias por las que se creó el Neuordnungspartei. Estos tres grupos tan afines –la jerarquía del culto dagoniano, el Partido, y las HH.AA- son, en la práctica, bastante independientes entre sí. El Partido prosigue con su plan de lenta infiltración en la burocracia y en el Ejército.

Como ya he mencionado, el Partido se implantó en primer lugar en Estados Unidos. Y años después comenzó su programada propagación a otros países del mundo como medio para influir en la política interna de otros lugares del planeta. De forma que bajo la pantalla de este partido internacionalista, la República Europea contaría con colaboradores directos en hemiciclos políticos de muchas otras pequeñas naciones. Lo que supuso una

sorpresa para el Senado y el Ejército fue que en la misma Europa se implantara con el tiempo ese mismo partido. El Partido era un medio premeditado para influir en los asuntos internos de otros Estados, no se había contemplado esta otra posibilidad de importar lo que estábamos exportando desde hacía años a todo el planeta.²

El caso es que Europa enviaba desde hacía años agentes al extranjero para transmitir e inculcar las líneas esenciales a sus partidos filiales. Esos agentes con el tiempo fueron el germen de las HH.AA. Con el pasar de los años, las HH.AA. asumirían el papel de policía del Partido, los garantes máximos de la pureza ideológica del Neuordnungspartei. Este nuevo cuerpo fue creado por el Cónsul Máximo Viniciano que deseaba implantar sus ideas dagonianas en la sociedad, quería disponer de una fuerza policial de absoluta fidelidad doctrinal.

A las HH.AA. se les encargó la erradicación total de la sociedad de cualquier grupo revolucionario o peligroso para la República. En un primer momento, ese cuerpo policial fue creado para Estados Unidos, para neutralizar la acción social de los disidentes que no aceptaron la suspensión de los poderes del Congreso. Pero años después, las HH.AA se implantaron en Europa.

Las HH.AA. comenzaron como una fuerza policial muy reducida. Se suponía que ellos sólo dirigían las investigaciones acerca de grupos peligrosos para la República, al

principio eran las fuerzas de seguridad del Estado las que llevaban a cabo todas las demás operaciones. Pero después fueron encargándose también de detenciones, custodia de prisiones y de otras facetas más militares. Con los años, las HH.AA se constituyeron no sólo en una fuerza policial, sino también en un pequeño, y efectivo ejército de élite. Las HH.AA podían actuar en cualquier lugar del mundo, con fidelidad absoluta al Cónsul Máximo y bajo sus órdenes directas, sin pasar por los escalafones del Estado Mayor y del Ministerio de Defensa. El análisis de los grupos de poder en la República resulta apasionante. Y por una de esas casualidades de la vida, mi tío ocupa la jefatura suprema de ese cuerpo conocido como las HH.AA.

Sin embargo, mi familia apenas mantuvo algún lazo de contacto entre sus miembros. Mis dos tíos y mi madre no se han visto durante años. Cada uno al salir del *hogar materno*, llamémoslo así, siguió un camino distinto en la vida. Denominémoslo *hogar*, aunque más bien habría que llamarlo *infierno de convivencia*. Los tres hermanos estaban deseando empezar una vida lejos los unos de los otros.

Y una vez que se fueron, se vieron una vez cada muchos años y con un afecto cada vez más menguado. Para mis tíos y yo, el significado del sustantivo *familia* debíamos atisbarlo en el diccionario. Aunque tampoco éramos muchos para tratar de atisbarlo, de los tres sólo mi madre tuvo una hija: que fui yo. Así que a mis veintiocho años yo tenía un tío al que nunca había visto.

Mi tío sufre una enfermedad alérgica muy infrecuente, aunque bien conocida: no puede tener su piel expuesta al aire. Uno de los precios que hay que pagar por tantas modificaciones

² *The Party of the Order* es como fue conocido el partido en Estados Unidos. El nombre oficial del Partido en Europa fue el Neuordnungspartei. Popularmente era conocido en la prensa por sus siglas: NOP Pero a efectos internacionales el NOP se organizaba en cuatro organizaciones: primero el EUNOP y el USNOP, después aparecieron el AMNOP, ASNOP, AFRNOP. Australia nunca fue infiltrada por el Partido ya que el Parlamento de ese país lo prohibió, poniéndolo fuera de la Ley.

genéticas, por tantos cruces entre clones de paternidades próximas, es que un cierto tanto por ciento de los humanos, entre otras enfermedades, sufren alergias desconocidas en siglos anteriores. La enfermedad de mi tío, cuyo complicado nombre científico renuncio a repetir, consiste en una alergia al aire común. Debe en todo momento respirar aire esterilizado. Su piel ha de estar cubierta de forma continua. Su uniforme de las HH.AA en realidad es hermético. Desde sus botas, pasando por sus manos enguantadas, hasta llegar a su casco, todo en él esta cubierto sin dejar al descubierto ni la más pequeña zona de su pálida piel. Incluso su cara siempre está cubierta por una máscara. Su cabeza, perfectamente afeitada, siempre está enfundada en una capa de látex negro. Como el que lleva calcetines en los pies, él siempre tiene la cabeza cubierta de esta manera. Sobre ella, se pone su grueso y pesado casco.

Su uniforme, como el de todas las HH.AA, es completamente negro. Su coraza, asimismo, es de un negro reluciente. Las espaldas de mi tío frecuentemente están cubiertas por una capa con unas hombreras de piel de lobo negro.

Varias semanas antes de encontrarme con mi pariente, he tratado de informarme lo más posible sobre esta figura que, aunque debiera resultarme familiar, me era completamente desconocida. La cantidad de detalles curiosos que rodean a este gran hombre del régimen, es notable. En su mansión herméticamente cerrada, algunas veces se quita no sólo la máscara sino todo el uniforme. Se puede quitar ese traje especial porque los muros están herméticamente aislados y el aire purificado. El resto del tiempo que está fuera de su casa, suele llevar un uniforme cómodo de las HH.AA así como su máscara, a la que está ya tan hecho que

para él es como llevar unas gafas, es como una parte integrante de su persona.

En las ocasiones formales que son muchas en su cargo, por ejemplo reuniones con los generales subalternos, se viste la coraza. Una coraza discreta que de ningún modo trata de realzar su porte, pues mi tío es alto: dos metros y diez centímetros. En los actos militares, rodeado de sus generales, sobresale por encima de todos. La verdad es que está en perfecto estado de forma física, pues el peso que lleva encima entre el casco, las botas, la capa y la coraza, no es despreciable.

En ocasiones de gran protocolo porta todas sus condecoraciones. Las altas condecoraciones con que los emperadores le han honrado en todos estos años de servicio. En esas ocasiones incluso lleva su sable de plata. Para portar este sable, se pone la cinta de cuero con incrustaciones de bronce que le cruza el pecho y le ciñe la cintura. Pero normalmente, en su vida usual, sólo lleva la insignia de la jefatura suprema de las HH.AA.

Ejercer la jefatura suprema de este cuerpo envuelto en tantos misterios, ya implica estar rodeado de un aura del todo especial. Pero a eso hay que unir que mi tío Heidrich está plenamente implicado en la causa dagoniana, es sacerdote del quinto círculo de Dagón. Es curioso, rara vez asiste a las reuniones propias de ese reducido grupo sacerdotal, aunque tenga derecho a ello.

De los pocos que conocen las intimidades de esos ámbitos sacerdotales, son menos los que están al tanto de que mi tío, al aceptar la jefatura de las HH.AA, tuvo que renunciar expresamente a aspirar al sumo sacerdocio de ese círculo. El quinto círculo consideró que hubiera supuesto demasiado poder unir en una misma persona la cúspide jerárquica del sacerdocio Dagoniano y la

jefatura de las HH.AA. Así que mi tío, desde el principio, para aceptar el puesto tuvo que renunciar a cualquier aspiración por esa otra suprema posición llena de honor pero con menor poder efectivo. Tampoco nunca hizo nada por lograr la magistratura del consulado máximo. Desde un puesto como en el que está colocado puede influir en todos, sin quemarse en el ejercicio de ninguna magistratura.

Curiosamente mi tío no vive en la capital de la República Europea. Cada mes pasa más de veinte días en su mansión de Strömsund, en la región de Jamtland de la Suecia central. En invierno, el paisaje que ve tras sus ventanas es un paisaje habitualmente nevado. Su mansión no es muy grande para el cargo que ocupa. Catorce habitaciones en un caserón de paredes blancas y aspecto más bien cuadrado con techo de dos vertientes de teja roja. En la capital suele hospedarse en la sede central de las HH.AA. Alguna vez en la Urbe duerme en sus aposentos situados en un anexo del mausoleo del fundador del orden dagoniano. El edificio del mausoleo constituye una especie de santuario de diez pisos de altura con habitaciones y salas para los sacerdotes del culto.

Pero, como ya he mencionado, normalmente vive en Strömsund; le gusta el frío y la nieve. Cada día recibe a sus generales y coroneles subalternos y departe con ellos paseando por los helados campos de sus posesiones. Los que van a verle ya son advertidos de que lleven gruesos abrigos, botas y guantes recios. Mi tío puede estar tranquilamente paseando dos horas a cuatro grados bajo cero mientras repasa los asuntos del día con uno tras otro de los que han pedido audiencia o a los que han mandado llamar. Va andando, escuchando, no necesita

apuntar nada, su memoria es excelente, sin llegar a ser prodigiosa.

Una vez que ha acabado de despachar asuntos con alguien que tenía audiencia, presiona un botón de su uniforme, normalmente de forma discreta sin que se aperciba de ello la persona con la que habla, y en menos de un minuto un vehículo trae la siguiente audiencia para que él prosiga su paseo por aquellos parajes nevados. Al cabo de toda una mañana son bastantes los kilómetros que hace. Tiene sesenta y ocho años. Se hace evidente que el número de esos kilómetros se ha ido reduciendo progresivamente. Aunque, de momento, su forma física es envidiable.

La mansión de mi tío está protegida por su Drachöwe Korp. Los cuatrocientos soldados de esta guardia personal tienen un uniforme especial dentro de las HH.AA. Especial, entre otras cosas, por el frío al que se suelen ver sometidos vigilando el perímetro del terreno en el que se haya la residencia oficial.

Mi tío varias veces ha sugerido la idea de que la protección del emperador estuviera a cargo de una sección de las HH.AA que se crearía al efecto. Pero cada uno de los sucesivos cónsules máximos ha declinado tal oferta, sonriendo y sin dar más explicaciones. Los emperadores siempre han sido muy afectos a su formidable Guardia Pretoriana. Las cuarenta compañías de pretorianos han mostrado fehacientemente, en no pocas ocasiones, su efectividad. Y no sólo eso, sino que los coroneles al mando de la guardia palatina se cuidan muy bien de que ningún miembro de las HH.AA forme parte de sus hombres. Se considera que los componentes de la Guardia de Palacio deben ser una fuerza ajena a cualquier lealtad que no sea la de la cadena interna de mando. La Drachöwe Korp

es una eficazísima fuerza de protección, aunque no tiene nada que ver con la mucho más profesional Guardia Pretoriana.

Estos y otros muchos más detalles había leído sobre mi tío y su entorno en numerosos artículos. Ardía yo en deseos de conocer y encontrarme cara a cara con alguien que había estado desde hacía tantos años tan cerca del verdadero corazón donde se toman las decisiones del Imperio.

A través de las fotos, había estudiado cuidadosamente todos los detalles de su uniforme. Me entretenía en observar minucias como que sobre el uniforme siempre llevaba un pequeño escudo colgando a modo de gula encima del peto, cerca del cuello. El escudo de armas lo constituían tres cabezas de lobo mirando de frente. Y que ese mismo escudo aparecía en otras fotos a la entrada de la casa de mi tío, y sobre la gran chimenea de su salón. Chimenea en la que siempre había un buen fuego.

Sí, ardía en deseos de estrechar la mano de mi pariente, o de abrazarle. Aunque no, abrazarle sería un gesto de demasiada familiaridad. Por otra parte, al pensar en el abrazo, debo reconocer que albergaba mis dudas. A menudo me preguntaba si él no era un monstruo. Llevaba varias semanas dándole vueltas a este tema. Moralmente hablando se le podían poner muchas pegas a mi pariente. En cualquier caso ese monstruo, si lo era, se trataba de mi tío.

Las HH.AA, desde su fundación, han tenido a Heidrich, mi tío, como su comandante general. Razón por la cual, él no es un jefe más, sino la viva encarnación de la institución. ¿Por qué mi tío fue elegido para este puesto? Al principio había sido un burócrata eficiente al servicio de Fromheim, un consejero de Estado especializado en

derecho procesal administrativo. Él era uno de esos que siempre sacaban el nº1 en su promoción y el primero de las oposiciones. Pero fuera de eso –cada año hay uno de esos–, no se destacó por nada en especial: eficiente, trabajador, pulcro en su indumentaria, de trato agradable.

En aquella etapa de su vida, la alergia todavía podía serle contenida con medicación. Aunque ya para entonces su casa estaba herméticamente cerrada respecto al aire exterior. El emperador conocía bien la ideología férreamente dagoniana de este consejero (por eso lo escogió para ese puesto), pero quizá nunca se imaginó que una vez que colocara el poder en sus manos, iba a resultar tan brillante, un organizador nato, fidelísimo y sin escrúpulos de conciencia a la hora de marcarse un fin y usar todos los medios para lograr ese fin. Quizá esta última característica fue la que más sorprendió a su inmediato superior. Era sorprendente hasta qué punto un subalterno gris puede llegar a manifestar una tan profunda carencia de barreras morales a la hora de manejar una fuerza tan efectiva como las HH.AA.

Y así, el burócrata desconocido no sólo resultó eficiente, sino que también dotó a la organización de una mística, de un halo de misterio y de una impresión de elitismo ideológico. La pureza de la doctrina del Partido pasó a ser encarnada de un modo visual por este organismo militar que sin embargo no estaba incluido en la jurisdicción del Ministerio de Defensa, sino que dependía directamente de las órdenes del Emperador.

Mi tío siempre se ha mantenido en la oscuridad, en un segundo plano, renunciando a aspirar a la cumbre. Ha sido un fiel servidor de aquél que ha ostentado la máxima magistratura de la República Europea. Y así ha conservado su puesto a pesar de todos los

vendavales que han batido esas cumbres de la política.

Desde su posición ha asistido a la muerte de cuatro emperadores. Ninguno de ellos se ha atrevido a removerlo de su cargo. Las HH.AA jamás entenderían que se les privara de su mito viviente. No hay duda de que las HH.AA son, como alguno las ha denominado, un Estado dentro del Estado. Representan la pureza ideológica del Partido, pero sus miembros son reclutados directamente sin seguir ningún escalafón del Neuordnungspartei. Tal es su influencia y su prestigio, que un emperador incluso estudió seriamente la posibilidad de entregar a su administración una provincia de Francia, concretamente la Borgoña francesa para que la gobernarán las HH.AA. Hubiera sido una isla dentro de la República Europea. Un experimento de gerencia, una especie de Estado ideal dentro de la República.

Hoy día la dirección de las HH.AA. radica cada vez más en su cúpula. Mi tío cada vez se inmiscuye menos en asuntos de detalle. Cada vez pasa más tiempo en su mansión de Suecia y son sus subalternos los que, con mayor frecuencia, tienen que ir hasta él.

Hoy día, éste hombre que ha conocido tantos entresijos de la Urbe, ya está anciano. Sus paseos se reducen ya a una hora diaria, a veces menos. Cuando le quitan su coraza y su uniforme, sus criados le lavan y le peinan. La servidumbre de su casa está compuesta por dieciséis eunucos que llevan a su servicio toda una vida, podríamos decir.

Heidrich carece de vida social. No sale de casa. Únicamente se monta en su aeronave para asistir a actos militares protocolarios que requieran su presencia. Es miembro del Consejo de Ministros. Aunque rara vez asiste.

Desde hace años asiste en su nombre uno de sus generales.

Su trato se reduce a hombres de las HH.AA. No bebe ningún tipo de alcohol, no ve cine, parco en sus comidas, apenas come carne. Salmón con salsa de alcaparras la mayor parte de los días.

Es un sacerdote dagoniano, y como persona que ha practicado el esoterismo se dice que tiene poderes. *Sotto voce* se rumorea que ha profetizado sucesos políticos del futuro y que incluso ha provocado la muerte a distancia invocando malignas fuerzas oscuras. Pero estos rumores deben tomarse con toda la cautela que merecen, pues Heidrich siempre ha tenido sumo interés en construir un mito alrededor de su propia persona. No sabemos hasta donde es cierto que sea un invocador de poderes del inframundo o si más bien se trata de un pragmático que ha elaborado y potenciado cuidadosamente ese mito con estudiada premeditación. Con fría premeditación precisamente porque nunca haya creído en su propio mito.

No es seguro que posea poderes paranormales, pero lo que sí que es seguro es que su vida ha sido una vida dedicada al servicio del Poder: sin familia, sin vida personal amenizada por aficiones, su trabajo lo ha sido todo, su vida ha sido su trabajo, una vida entregada al mantenimiento de las esencias de ese nuevo orden que había que implantar en la sociedad. Cuarenta años dedicado a implantar. Y para implantar, extirpar. Poco ha extirpado, pero muy escogido, lo suficiente para que en el Imperio quedara claro que había un nuevo Señor de la Ideología. Si hasta entonces pertenecer a la disidencia había resultado poco rentable, a partir de la implantación de esta policía ideológica, la disidencia comenzó a ser una actividad cada vez más peligrosa.

Aunque Heidrich siempre dejó que el Pueblo pensara lo que quisiera, él se dedicó sólo a las élites. Nunca tuvo un verdadero interés en establecer su yugo sobre la población en general. Gustaba de planes precisos como bisturís. Su gran arma: el miedo. Su política siempre fue obtener los mejores resultados con la menor represión posible. A mi tío le gustaba comentar a sus generales que cuanto mejor se hace el trabajo intimidatorio, menos necesaria se hace la represión. Fue el impulsor de la doctrina de la represión mínima y selectiva. Una doctrina que fueron forjando y mejorando año tras año su equipo de técnicos en las HH.AA. Si otros generales han conquistado territorios para el Imperio, él ha conquistado dominio sobre la sociedad sobre la que se le permitió ejercer esa atemorizadora influencia.

Alguna que otra vez, los generales del Ejército pedían al Emperador la intervención de las HH.AA en países conquistados. Porque ganar la guerra es una cosa, y otra es mantener la paz en un territorio conquistado. Cuando la infantería se veía incapaz para acabar con el terrorismo y la insurrección, eran los generales los que pedían a Heidrich que les enviara a sus *especialistas*. Aunque esto siempre se hacía tras la petición personal del Emperador. Los generales podían entrevistarse con Heidrich y plantearle sus dificultades, pero él nunca olvidaba que su fuerza era una fuerza personal al servicio de la jefatura suprema de la República. A Heidrich se le consultaba, pero era el Emperador el que decidía dónde enviaba a sus HH.AA.

En ocasiones, contadas, el Emperador le pedía no sólo que reprimiese, sino que conquistase, y para eso Heidrich disponía de quince divisiones de asalto. Esas divisiones de combate estaban perfectamente equipadas para conquistar una nación pequeña

si hacía falta. Esos conflictos locales le resultaban bastante útiles a Heidrich para desembarazarse de todos los elementos problemáticos dentro de las filas de las HH.AA. Todo hombre indisciplinado, iluminado, indigno o causante de problemas era enviado a los puestos donde aquella carne de cañón logró para las divisiones de combate tanto honor. Allí donde ellos conquistaban no había problemas con los comandos terroristas. Eran los terroristas los que tenían problemas con las HH.AA. Por lo menos ésa la idea que habían logrado transmitir a los medios de comunicación. *El miedo es el arma definitiva*, tal cosa había leído que comentó mi tío en círculos íntimos. *Otros fabrican casas, zapatos o yogures... nosotros fabricamos el miedo.*

El Ejército en las paradas militares suele hacer desfilar sus estandartes: normalmente águilas o leones, aunque alguna que otra vez algún otro animal menos frecuente es ostentado en lo alto de los insignias imperiales, tales como la pantera, el oso o el escorpión alado. Las HH.AA suelen tener una mano inscrita en una corona de laurel. La mano como símbolo de autoridad. Sólo las divisiones tienen derecho a estandarte, salvo el regimiento Drachöwe Korp que protege a de mi tío, ellos tienen su propio estandarte que es el dragón-lobo.

Cuarenta kilómetros de perímetro fuertemente protegidos rodeaban a este hombre al que tantos consideraban un monstruo humano. Tanto al norte como al sureste del perímetro de los terrenos de la residencia de Heidrich se hallan dos explanadas con dos acorazados terrestres de cuarenta toneladas cada uno. Ante la menor amenaza esos colosales cuadrúpedos blindados se erguirían sobre sus piernas metálicas dispuestos a defender a su amo. Si

él es un monstruo, desde luego es uno de los monstruos mejor protegidos.

Habría que mencionar que las HH.AA tienen sus propios tribunales militares, estrictísimos. Ningún juez ordinario posee jurisdicción sobre los miembros de este cuerpo, ni sobre sus cuarteles. Desde el punto de vista de la jurisdicción judicial, sus cuarteles y los necrones son islotes dentro del Imperio. Islas donde rige la ley interna y los reglamentos propios de esta organización.

Esta exención es cosa conveniente, pues por todos es reconocido que los jueces del Imperio son admirablemente independientes. El Imperio siempre ha potenciado la mejor justicia posible. Y la ha potenciado no como un servicio más que presta el Estado, sino como uno de los mayores timbres de gloria. El Poder se puede permitir una justicia tan eficiente e imparcial, porque sabe que el Ejército tiene sus propios tribunales militares y que los miembros de la Familia Imperial disfrutan del privilegio de abocar sus casos ante el Emperador. Hechas estas salvedades el Imperio siempre ha hecho gala de la seguridad que ofrece y de la justicia que imparte. Pues nuestro sistema tecnocrático sabe que pocas cosas son más caras a un ciudadano que la justicia y la seguridad.

El gran cuartel-escuela de las HH.AA de Finsterwalde en centroeuropa, la mansión del comandante supremo en este país escandinavo y la sede central de las HH.AA en Roma tienen una característica cuando menos curiosa y que no puede ser causal, y es que las tres forman una perfecta línea recta que recorre de norte a sur el Viejo Continente. Además, el gran cuartel de Finsterwalde está situado equidistantemente entre la mansión del norte y la sede de la Urbe.

Aunque la ascendencia de mi familia era noruega, mis padres se habían instalado como empleados de una multinacional en Marruecos. De forma que cuando quise ver, por primera vez en mi vida, a mi tío, tuve que comprar con buena parte de mis ahorros un vuelo barato hasta Estocolmo. Mis padres me dijeron que les parecía una locura ir a visitar a ese monstruo, y que no contara con ellos para este viaje. A pesar de tener ya veintiocho años, mi cuenta corriente seguía estando bajo mínimos gracias a la hipoteca que estoy pagando, así que el viaje supuso un desembolso, pero no importaba, tenía grandes deseos de verle. Cuando bajé del avión en Estocolmo me pareció haber descendido en otro mundo, hacía un frío terrible en una medida que nunca había conocido.

Desde Estocolmo, sola, con el transporte público me trasladé hasta Strömsund a través de Ostersund, y de allí en taxi hasta la entrada principal del perímetro de la residencia de mi familiar. Los uniformados de la entrada comprobaron mi pasaporte, miraron su ordenador y dijeron que efectivamente se me esperaba. Me guiaron hasta un vehículo oficial militar. El chofer me abrió gentilmente la puerta y me llevó, durante tres minutos, por un camino asfaltado rodeado de campos nevados, bosques y soledad.

Yo que, como quien dice, acababa de llegar de Marruecos, tenía la sensación de haber aterrizado en otro planeta. Al final, en medio de esa blancura, se divisó bajo aquel cielo gris, una nada ostentosa edificación que estaba en el centro de esos terrenos, de ese perímetro custodiado por los soldados. Ese terreno formaba un perfecto cuadrado de cinco kilómetros de ancho.

Al entrar en la puerta de la casa no tuve que presentar ninguna documentación, estaban bien informados. En el vestíbulo, el chofer que me había acompañado me dejó en compañía de un criado de la residencia que me llevó al piso de arriba. No hace falta decir que yo estaba bastante nerviosa. Para calmar mi excitación me entretenía en mirar el mobiliario que me rodeaba. El cual era bastante anodino, una mezcla espuria de dieciochesco y decimonónico. A mi derecha, un cuadro no especialmente bonito de autor indeterminado y que representaba una batalla amenizaba una aburrida pared. A juzgar por unas letras pintadas en el marco, se trataba de la carga de húsares de Essling. En el resto de las salas por las que había pasado, sólo había algún que otro cuadro. Cuadros, ésa era casi toda la decoración de las dos salas y el único pasillo que atravesé guiada por el criado que me acompañaba.

Finalmente, otro criado abrió una puerta sin llamar y me hizo entrar en el salón de la chimenea. Allí, encima de una extensa y mullida alfombra, estaba mi tío sentado junto a la chimenea en un butacón de no muy grandes dimensiones que todavía resaltaba más la corpulencia de mi pariente. Mi tío Heidrich miraba al fuego cuando entré. Hasta que no estuve cerca de él no levantó su cara hacia mí, por supuesto no se levantó. Su mirada fue completamente inexpresiva pues su cara estaba cubierta por la máscara que le protegía del aire.

Su voz no denotaba emoción alguna, sólo mostraba avejentamiento. Pero aun siendo una voz de un sexagenario era enérgica e imperiosa. La máscara no lo permitía, pero me hubiera gustado ver esos ojos que se sabía que eran claros. En otro tiempo vivos, pero ahora, seguro, nublados. No se percibía el gesto de su semblante, pero debió mirarme con curiosidad, buscando semejanzas con los

parientes que recordaba y que habían dejado el mundo de los vivos hacía tantos años. Aquella voz que mandaba sobre las HH.AA de todo el Imperio me dijo que me acercara. Cuánto me hubiera gustado ver su reacción, sus sentimientos, si los hubo. Después de un momento de silencio, me invitó a que me sentara. De nuevo, me miró en silencio un instante y me comenzó a preguntar por mis padres, abuelos y cualquier pariente del que guardara recuerdos.

Es interesante observar que, al entrar yo en la sala, no me había dado la mano, no me había agarrado familiarmente, había seguido sentado en su butacón mirándome, escrutando rasgos familiares en mi rostro. Hacía pocas preguntas. En los muchos intervalos de silencio que llenaron aquellos veinte minutos de entrevista yo absorbía hasta los más pequeños detalles de su persona, de los escasos gestos de sus manos, del salón donde me hallaba. Desgraciadamente, no sólo su cuerpo se hallaba oculto bajo aquella coraza reluciente, su persona también se ocultaba tras su máscara y uniforme: me daba la sensación de estar ante una estatua. Me hablaba, me preguntaba, pero apenas se movía.

Dentro de su casa, sabía que solía llevar el uniforme que ahora mostraba, a menos que en todo el día no tuviera ni una sola visita. Me constaba que antes de mí había habido otra visita. Me hubiera gustado verle con su coraza. Pero para eso, la visita anterior tendría que haber sido de gran importancia. Y eso ocurría pocas veces. Al menos, sí que llevaba la gola dorada bajo su cuello con el escudo de las tres cabezas de lobo.

Sin ver sus ojos, me daba cuenta de que me observaba con una mirada anciana, silenciosa y cansada. Me sentía violenta ante tantas pausas y para no quedarme mirándole, yo desviaba cortésmente mis ojos hacia el

salón de tonos blancos donde nos hallábamos, salón que no tenía nada de especial. Allí no había ni riquezas ni obras de arte, sólo muebles blanquecinos sobre un suelo de losas de cerámica blanca con minúsculos rombos negros. Miles de oficiales de las HH.AA. hubieran dado cualquier cosa por estar a solas con él en su casa. Y yo gozaba de ese privilegio. Y además tenía ese privilegio por la única razón que no se puede ni comprar, ni adquirir: la sangre.

Los ojos del anciano me volvían a mirar fatigados de una larga vida. Volví a pasear mi vista por aquí y por allá, con curiosidad. Me percaté de que había un sable sobre una mesa. Mi tío nunca ha practicado ningún deporte, salvo sus interminables marchas, con la única excepción de la esgrima de sable. Enfundado en un traje especial y acolchado solía, en el pasado, practicar bien protegido la esgrima con un sable de madera. A menudo le gustaba practicarlo a equipos de tres. Más de un subteniente fue destinado a los países escandinavos durante años, por el placer del comandante supremo de tenerlo cerca en estos duelos. Si bien, después solía recompensar con rangos ese *exilio*. Mi tío era generoso y todos deseaban un destino así. Pero a pocos les era dado.

Mi tío me estaba preguntando con lentitud algún detalle más acerca de mi padre, que eran su hermano. Mientras le respondía, yo pensaba que me era difícil imaginarme a ese anciano en buena forma física, andando infatigable. Ante mí sólo tenía un hombre cargado de años.

Miré el lienzo situado frente a la amplia chimenea, representaba a la Vanidad, o algo así, porque el ángel situado a un lado del centro del cuadro señalaba un globo dieciochesco del mundo. El ser alado era una figura andrógina y desgana que con el poco entusiasmo de su gesto daba a entender lo

vano que era todo. El cuadro de escuela española o italiana, rondando los finales del XVIII, mostraba esta figura alada en medio libros, calaveras, un reloj de arena, otro reloj de esfera en forma de torre, joyas y una vela, símbolo de lo que se agota. En el lienzo, encima de la mesa cubierta de un tapete de terciopelo rojo sobre la que el ángel apoyaba al mundo se veía algún que otro retrato. El displicente rostro del espíritu angélico era la desgana personificada, ésa era la idea que martilleaba a cualquiera contemplara la pintura un rato. Así como el interrogante que planteaba el gesto de su índice señalando decididamente una parte no identificada de ese globo terráqueo.

Me preguntó a qué me dedicaba, si quería que hiciera algo por mí, si me había casado, si deseaba algún puesto de trabajo. No le pedí ningún favor. Aunque le agradecí todo. Me comentó que verme le había traído el vivo recuerdo de su madre. Yo no percibía en mí un aire familiar al de mi abuela Astrid. Pero él insistió en que sí. Después me dijo que se alegraba mucho de verme y que me deseaba un buen viaje de regreso. Era el primer signo cortés de indicaba que daba por terminada la visita. No hice que me lo repitiera. No tardé en levantarme y en mostrarle mi alegría por habernos conocido. Debí tocar algún mecanismo o botón porque un criado entró y se quedó de pie junto al marco de la puerta, esperando para acompañarme camino hacia del vestíbulo.

El tiempo allí se me había hecho brevísimo e intenso, pero ya estaba saliendo, mi visita había acabado. Fuera de la casa, estaba llegando el vehículo que me llevaría a la entrada principal. No hace falta decir que mientras me marchaba tenía una sensación agria. Yo habría sido más amable hasta con un desconocido. Pero a la acritud se unía la

fascinación. Había conocido al comandante supremo del cuerpo de élite del Imperio, y en su propia casa, en su salón de estar. Era algo que podría contar durante años, algo que recordaría toda su vida. Había comprado el billete de vuelta para dentro de tres días. Ya que estaba allí, aprovecharía para conocer Estocolmo durante dos o tres días.

En el futuro, todo el mundo me preguntaría ¿pero de verdad que has conocido personalmente a Heidrich Trondhäuser? Y yo necesitaría de unos minutos para convencerles de que sí, de que éramos parientes o lo habíamos sido.

La batalla de Strömsund

Siendo emperador
Hurst Schwart-Menstein
año 2212

Desde el interior de la residencia
del Comandante Supremo
de las HH.AA

El capitán al mando de la guardia del interior de la residencia acaba de recibir el aviso del soldado encargado de las comunicaciones de que se han cortado todas las líneas telefónicas internas en la residencia y su perímetro. Es algo extraño, nunca había sucedido. Averigüe de qué se trata e infórmeme, le ordena. Al cabo de dos minutos regresa el mismo soldado con más noticias. Desde ese momento, el capitán sabe que tampoco hay línea que les comunique con el exterior en ninguno de los cuatro sistemas de vídeo, ni de los canales de envío de códigos.

Vamos a esperar cinco minutos, le dice el capitán. Si en ese tiempo el sistema no se restablece enviaré un soldado en un bleger³ al Cuartel Norte.

El capitán se encuentra extrañado. Qué raro, se dice, una avería así no había sucedido nunca. Que hubieran dejado de funcionar dos, tres u ocho de los sistemas, sería comprensible. Pero todo, es la primera vez. El capitán sale del sótano donde está situada la sala de comunicaciones, y por el exterior del edificio, siguiendo la línea de la pared de la residencia, se dirige hacia el puesto de guardia del soldado que está en el vestíbulo. Por el camino se pregunta por qué no funcionan simultáneamente ni el sistema por satélite ni el sistema por cable.

De pronto escucha a lo lejos como un gran estampido, como un trueno. Detiene su

paso y mira hacia la lejanía, hacia donde había venido el lejano ruido. Se queda de pie, atento, tratando de identificar qué ha podido ser un sonido tan potente. En seguida lo reconoce porque suenan otros tres estampidos: no hay duda, son explosiones. Da media vuelta y con toda la velocidad que le permiten sus piernas se dirige de nuevo al sótano donde está situado el cuerpo de guardia de la residencia. Da orden de inmediato a un soldado que montado en bleger vaya al cuartel del sur a ver qué está pasando y decirles que están sin comunicación.

La pequeña aeronave monoplaza sale disparada, el capitán no sabe que nunca llegará a su destino. El tiempo sigue pasando y el soldado enviado no regresa con noticias tal como le había ordenado. Envía un segundo soldado al cuartel del sur y a un tercero hacia el cuartel del norte. Ante todo deben regresar con noticias, les ordena. No os detengáis allí ni un instante, regresad de inmediato. Ninguno de ellos retornará.

Quince minutos después el capitán ya está muy nervioso. No puede comunicarse ni con el exterior, ni con el perímetro. Decide enviar diez soldados divididos en dos grupos. Deben dejar bastante distancia unos vehículos de otros. Tres minutos después regresan dos de los enviados. El capitán por fin sabe lo que está sucediendo.

Por lo menos un cuerpo de doscientos soldados se dirige en línea recta hacia la residencia. Aunque motorizados, se encaminan a poca velocidad, por medios terrestres, derribando con pequeños misiles inteligentes todo bleger que divisan, vigilando con sus prismáticos cualquier movimiento que aparezca en los kilómetros que están al alcance de sus prismáticos y armas.

³ Una especie de moto aérea militar.

En los minutos siguientes, el capitán enviará a la mitad de sus pocos hombres en busca de las dos compañías de soldados de las HH.AA que marchaban por el interior de las posesiones del recinto. Durante varias horas del día, como parte de la instrucción de los nuevos soldados, solía haber ochenta efectivos marchando por los bosques y llanuras del interior del perímetro. El capitán envió a por ellos.

No hubiera hecho falta haber enviado a buscarlos. Al oír las explosiones y ver que sus comunicaciones estaban interferidas, los oficiales habían ordenado dirigirse al centro del recinto por si su presencia fuera necesaria.

Un rato después los dos tenientes y sus suboficiales se encontraban con el capitán al mando de la guardia de la residencia organizando la defensa. Cuarenta soldados de la Drachöwe Korp se dirigirían hacia el cuerpo de fuerzas de infantería intrusas que venía hacia el centro del perímetro. Quince minutos después, a un kilómetro de distancia, se desplegaron formando dos extensas líneas defensivas, tomaron posiciones y esperaron a que llegaran los atacantes.

El capitán, ya más tranquilo y más dueño de si mismo, se encaminó al piso de arriba de la residencia. Informó de todo al Comandante Supremo. El cual ni se inmutó, por lo menos externamente. Siguió sentado en su sillón, mirando al fuego de la chimenea. No dijo nada.

-Señor, ya se han tomado todas las medidas adecuadas para proteger este lugar - añadió el capitán en posición de firme cerca de la puerta de entrada al salón.

El capitán, ya fuera de la presencia de su superior, se hizo varias preguntas: ¿Daría orden de destruir los códigos de contacto con la sede central de Roma? ¿Daría Heidrich orden de destruir sus archivos privados, en caso de que los tuviera? ¿Habría algún

sistema de autodestrucción de esa residencia? ¿Se habría dispuesto bomba subterránea para tal efecto? ¿Antes que ser atrapado, tomaría algún veneno Heidrich?

Él no lo sabía, pero no había ninguna bomba bajo el edificio, ni por supuesto ningún búnker como bien sabía él. Nadie había considerado en serio que aquel lugar fuera algún día atacado. Heidrich no iba a suicidarse. Los códigos de encriptación no importaban, si él era apresado nuevos códigos sustituirían a los viejos. En la casa, apenas se guardaban papeles o archivos preocupantes si caían en manos equivocadas. Pero el capitán iba nervioso de un lado a otro, aunque tanta agitación en él, tanto moverse de un sitio a otro, era inútil: la defensa había sido preparada y ya sólo cabía esperar el choque de las dos fuerzas. ¿Pero por qué atacaban la residencia de aquel anciano? Sin poderosas razones no hubieran organizado toda esa operación militar.

El Comandante Supremo de las HH.AA, algo encorvado, con expresión de derrota, seguía mirando al fuego desde su sillón. El que hubiera hombres armados tratando de alcanzar ese edificio significaba que a tres mil kilómetros de allí, en Roma, se estaba produciendo una conjura. No tenía ninguna duda de eso.



El mismo periodo de tiempo visto desde los atacantes:

Varios camiones de mercancías por distintas carreteras secundarias, camiones pesados, desplazándose en distintas direcciones y diferentes rutas, habiendo partido desde distintos puntos de origen, pero todos ellos con una misma característica sólo perceptible desde el aire:

todos aquellos vehículos pesados de gran tonelaje se aproximaban en perfecta sincronía hacia un sólo cruce de carreteras. Las compañías, marcas y anuncios que aparecían en sus cajas de carga, en sus contenedores, eran diversos, pero todos se dirigían hacia un solo punto.

A las 11:30 de la mañana, exactamente, los primeros camiones llegaban a ese punto concreto, un cruce de carreteras secundarias en medio de un páramo desierto y nevado. Al llegar, los camiones se hacían a un lado del camino, maniobrando para estacionar en una explanada natural, un prado. Los camiones seguían llegando y aparcando en el punto convenido. El aspecto externo de ellos indicaba distintas mercancías y empresas: todo pura apariencia.

A una orden, del interior de los camiones comenzaron a salir soldados armados, con uniforme blanco. El mono blanco con pasamontañas del mismo color era perfecto para camuflarse en aquel paisaje nevado. Doscientos soldados saltaron de la caja de carga de los vehículos y encabezados por sus sargentos se dirigieron al trote hacia el nordeste. No hubo dudas ni indecisiones, sabían lo que tenían que hacer.

Desde las grandes antenas parabólicas del interior de los camiones se comenzó a interferir las señales de comunicaciones de los alrededores, incluidas las señales vía satélite. Los atacantes sabían donde estaba la caseta de salida de los cables subterráneos de fibra óptica. Uno de ellos se cargó al hombro una especie de bazooka. Un diminuto proyectil destruyó con efectividad la pequeña caseta, los defensores estaban incomunicados con el exterior. A una distancia de un kilómetro, apostados entre montículos y matorrales, varios grupos preparaban pequeños misiles de poco más de un metro de longitud contra el

cuartel que sabían que se hallaba tras la colina que tenían delante.

Dos minutos después, a una orden, dispararon sus proyectiles simultáneamente. Cuarenta estelas fugaces se dirigieron contra el edificio-cuartel que saltó por los aires completamente. Los dos acorazados terrestres tipo AT-AT corrieron la misma suerte, aunque para ellos se precisó de dos misiles especiales, bastante más pesados. A traición, sin avisar, la ofensiva había dado perfectamente en los blancos. Lo mismo sucedía en el sur con otro grupo de atacantes más reducido. Los dos cuarteles de defensa con sus soldados dentro, eran ya ruinas humeantes. Únicamente se salvaron los soldados de las HH.AA. que casualmente estuvieran en las explanadas de los alrededores de los cuarteles. Los cuales corrían de un lado a otro, aturdidos, sin saber muy bien qué había pasado.

Los atacantes, ahora sí, montaron en todoterrenos y penetraron en los terrenos que había tras la valla. Dejaban detrás de ellos, la barrera de la entrada principal y sus instalaciones adyacentes en llamas o arrasados. El milimétrico plan se estaba cumpliendo fase a fase. Los doscientos hombres avanzaban sin oposición, pero sin prisa, atentos a cualquier imprevisto que no estuviera en los planes. De momento, delante de ellos, sólo aquella planicie nevada, ningún obstáculo entre sus vehículos y la residencia de Heidrich. Un sistema balístico colocado en varios de los camiones dispararía un misil contra cualquier aparato que volara a más de tres metros sobre el suelo.

Pero los doscientos soldados que habían penetrado en las posesiones de Heidrich debían trasladarse cautelosamente por vía terrestre. ¿Existiría dentro del perímetro algún sistema de misiles inteligentes que se disparasen contra todo lo

que volase dentro de ese perímetro prohibido? No lo había, pero era preferible no correr riesgos y desplazarse con lentitud y por vía terrestre.

Dos minutos después de penetrar en esos terrenos, se encontraron con el primer imprevisto del plan. Los soldados supervivientes del cuartel situado en el norte, aquellos que no estaban en el interior del edificio, se estaban agrupando y contaban con armas ligeras. Y les estaban disparando agazapados en cualquier mínimo montículo o grupo de árboles que hubiera.

El jefe de los atacantes meditó un momento la situación. Aquellos soldados podían dirigirse en blegers hacia la población más cercana y pedir refuerzos a algún cuartel lejano. También podían encontrarse con los camiones aparcados y atacarlos, eso haría imposible la retirada acabada la operación. Incluso podían decidir seguirles los pasos a ellos –los atacantes- y hostigarles desde la retaguardia. Después de meditar los pros y los contras, el jefe de los atacantes dio orden de que una tercera parte de sus vehículos se detuviera y diera marcha atrás para neutralizar a los pocos efectivos dispersos. Mientras ellos se ocupasen de los restos del cuartel del norte, los demás efectivos proseguirían su camino internándose hacia el centro de ese territorio.

Estas instrucciones, las explicaciones a los suboficiales y la reorganización de los soldados, habían supuesto perder un tiempo precioso: casi cuatro minutos. Pero por fin tras esos cuatro minutos los vehículos volvían a arrancar.

Los atacantes avanzaban sin problema en medio de un silencioso campo nevado. Más que un ataque parecía una marcha carente de contrariedad alguna. En medio de la euforia por lo bien que estaba resultando todo, pronto iba a aparecer el segundo

contratiempo. Dos minutos más tarde de reiniciado el avance, varios suboficiales se dan cuenta de que comienzan a caer algunos hombres montados en los vehículos descubiertos. Algunas balas también penetran a través de los cristales de los vehículos cubiertos, causando también bajas.

Las órdenes son confusas, pero por fin los todoterrenos se detienen. Hay hombres de la Drachöwe Korp apostados en otros montículos y les están disparando con mirillas telescópicas. Los atacantes, cuerpo a tierra, tratan de buscar otros para hallar las posiciones de los tiradores, pero los puntos desde los que disparan son distantes entre sí, los defensores se han extendido formando una línea de, por lo menos, kilómetro y medio. El jefe de los atacantes no tiene otro remedio que ordenar que también sus hombres se aposten y vayan poco a poco neutralizando uno a uno a los hombres de la Drachöwe Korp. Los resultados son nefastos. Antes de que los vehículos se detuvieran se da cuenta de que ha perdido una treintena de hombres. Y en los dos minutos siguientes a cuarenta.

El combate resulta sigiloso, casi sin ruido, un combate de soldados ocultos realizando disparos precisos en los que no se falla ni un tiro. Esta lucha de búsqueda de los tiradores prosigue durante cinco minutos. El jefe de los atacantes desconoce cuantos hombres le quedan a la Drachöwe Korp, pero ya han sido abatidos por los defensores casi otra veintena más de los suyos. En esa situación se hayan completamente estancados, quizá por pocos hombres de las HH.AA, pero como están ocultos no es posible saberlo. Decide que algunos de los hombres regresen a tres vehículos y que a toda velocidad traten de dar un rodeo por el Este de un bosquecillo cercano y de las colinas que hay a la derecha de esos árboles. El resultado es nefasto:

pierde veintitrés hombres más, incluidos los conductores.

Pasan dos minutos más de interminable angustia para el jefe de los atacantes. Hay que ver si sus hombres logran abatir a los tiradores ocultos. Pero están muy bien ocultos. Mientras que los atacantes se han desplegado a la vista de ellos. Sabe muy bien cuántos hombres de los suyos han caído, pero desconoce a cuántos han abatido de los defensores. Al principio, el jefe de los atacantes se anima pensando que quizá queden muy pocos defensores en esas colinas de enfrente. Sin embargo, la situación cada vez la ve más clara: ha perdido ya a más de la mitad de sus hombres, no puede seguir adelante. Con la mitad de sus hombres, todavía lejos del centro del terreno donde está la mansión, con los defensores agazapados y tirando a placer sobre ellos, únicamente cabe reconocer la situación. Militarmente hablando, eso ya no se arregla con decisión y ánimo. Hay que aceptar que el ataque ha fallado. Se impone retroceder.

Desde el interior de la residencia del Comandante Supremo de las HH.AA:



El capitán del cuerpo de guardia de la residencia, inclinado sobre un mapa topográfico de los terrenos dentro del perímetro, estudia la posibilidad de crear una tercera línea defensiva a cuatrocientos metros de distancia de la mansión donde se hallaban. Había sugerido a su Comandante Supremo que se alejara de allí en algún tipo de vehículo terrestre discreto y que esperara en campo abierto, en algún lugar desconocido para todos, a que todo acabara para bien o para mal. Pero el anciano ni había respondido.

El capitán le pidió que no se montara en ninguna aeronave. Éstas serían los blancos más fáciles si los atacantes llevaban misiles inteligentes. El capitán al bajar por las escaleras, creyó sinceramente que todo estaba perdido. Por eso al llegar de nuevo al sótano, miró a los soldados y exclamó en alta voz: ¡la Drachöwe Korp lucha hasta la muerte! Los soldados enfundados en sus pesados abrigos negros, con sus fusiles al hombro, taconearon y doblaron marcialmente sus brazos sobre el pecho saludando militarmente.

En esos momentos, el capitán recordó que Heidrich había comentado muchos años antes la profecía de que su residencia sería atacada. Claro que no se precisaba de ninguna profecía para saber que si, algún día, había una conjura en Roma, él sería uno de los primeros al que se trataría de eliminar. Veinte minutos después llegó un bleger con un soldado que le saludó alzando el brazo a la romana y que le anunció enérgico: ¡Señor, las fuerzas atacantes se repliegan en dirección al exterior!

Al final vence la guardia. Diez años de gastos en medidas de protección habían valido la pena. Habían sido diez años en que muchos visitantes habían pensado *todas estas medidas para nada*. Pero ahora Heidrich podía sentirse satisfecho. Porque no habían ahorrado en su custodia, en el día justo habían contado con esas fuerzas. El capitán no olvidaría jamás el momento lleno de emoción y orgullo en que entró en el salón del Heidrich y en posición de firme le dijo con mirada al frente: ¡Señor, las fuerzas atacantes retroceden!

Desde el lado de los atacantes:



El jefe de los atacantes se hallaba implicado en una lucha encarnizada frente a las ruinas de lo que fuera la barrera de entrada a esos terrenos. Sólo habían quedado veintiocho supervivientes del cuartel del norte. Pero estos habían vendido caras sus vidas, agazapándose en las ruinas y sus alrededores, disparando contra todo lo que se moviera. Al final, no sólo no habían sido neutralizados, sino que habían plantado cara a los atacantes que retrocedían, pretendiendo no dejarles pasar.

El jefe de los atacantes da la orden a avanzar sea cual sea el precio en vidas. Hay que salir de allí cueste lo que cueste. Habían pensado en llegar hasta el centro de aquel terreno custodiado, y ahora no podían ni salir de él.

Al jefe de los atacantes, se le hubiera agudizado todavía más la sensación de estar en una ratonera si hubiera sabido que un gran vehículo acorazado, una especie de gran cuadrúpedo, se dirigía por fin desde el cuartel del sur justamente hacia allí. Ese vehículo no había sido destruido. Aunque con las comunicaciones inhabilitadas se había quedado inmóvil.

La superioridad numérica de las fuerzas atacantes en retirada se impuso y lograron atravesar, aunque diezmados, las ruinas del puesto de vigilancia de la entrada del cuartel norte.

A un kilómetro aguardaban los camiones. Los efectivos que se retiraban, se montaron en ellos y partieron. El jefe de los atacantes se quedó en el lugar con cuatro hombres más. Después se despidió de los otros cuatro, sacó de su bolsillo una cápsula y se la tragó. Al cabo de un minuto, murió.

Los cuatro hombres se sacaron sus monos blancos y a pie, vestidos de civiles, se dirigieron a la población más cercana. Había muerto el único hombre que conocía todos los hilos de la conjura en Roma. Los demás, aunque militares de élite, no sabían quién estaba detrás. Sólo las líneas generales de la conspiración antidagoniana, pero ningún nombre, ningún contacto.

En esos momentos en que sin prisa se alejaban como excursionistas de ese lugar, se sentían bastante mal. ¿Qué consecuencias en el mecanismo de la conjura tendría el fallo en aquella pieza del engranaje? Se hubieran sentido peor de saber que la conjura en Roma también había fracasado. Y que por lo tanto el fallo o la victoria de aquel ataque contra ese jerarca resultaban ya completamente irrelevantes.

Los medios de comunicación no comentarían para nada la existencia de una conspiración en el seno de la República Europea. Los conjurados habían hecho sus máximos esfuerzos por retomar el Poder con el propósito de acabar con el poder del Partido, pero no habían tenido éxito. A partir de ese momento y tras las purgas de los dos días siguientes, los círculos dagonianos como si de una serpiente se tratara, todavía abrazarían con más fuerza el Poder. Poder que ya no dejarían hasta el final, hasta el derrumbe de todo.

Un paseo solitario por un campo nevado



Heidrich Trondhausser dos meses después de que sufriera el ataque a su residencia sueca, meditaba en uno de sus paseos. Reflexionaba acerca de las posibilidades.

1ª posibilidad: Querían eliminar al Emperador y me incluyeron a mí también para más seguridad.

2ª posibilidad: El Emperador estaba al tanto de los informes de los servicios secretos, y albergaba sospechas de que iban a atentar contra él y contra mí. Él sí que en el último momento modificó su agenda ese día, pero a mí no me dijo nada. Si esto es así, el Emperador no me dijo nada para poder comprobar hasta qué punto la conjura iba en serio. Eso demostraría lo poco que le importaba yo.

3ª posibilidad: El plan era atacarme a mí solamente. Sólo se me querría atacar a mí y, además, con el propósito de no ganar, para después lanzar el rumor de la 2ª posibilidad y que de ese modo yo odiara a Hurst, el Emperador, y así en los meses siguientes hiciera uso de todos los resortes de mi influencia para sacarle de su puesto.

4ª posibilidad: Lo que realmente se intentó es la 1ª posibilidad, pero después se lanzó el rumor para enfrentarme con el Emperador.

5ª posibilidad: Se lanza ese rumor para que yo no confíe en el Emperador, y después se

hace llegar a los oídos del Emperador que ese rumor me ha llegado para que así sea él el que ya no confíe en mí, temiendo que yo esté resentido y desee vengarme. Cada uno de nosotros desconfiaría del otro, ¿cómo volver a ganar la confianza?, ya sería imposible.

Cinco posibilidades a las que les doy vueltas. A mi edad es muy posible que me muera sin saber toda la verdad. Desearía descargar toda la fuerza de mi venganza sobre alguien. Pero desconozco contra quién aplicar mi fuerza. No creo que me queden muchos años de vida sobre este mundo, puede que no más de unos cinco. ¿Moriré lleno de rabia sin poder aplicar mi ira contra nadie? ¿Tendré que dedicarme meramente a mantener el sistema?

La última bifurcación



Echamos a suertes quien de nosotras ocho sería comida por las fieras. La moneda ya había ido discriminando de dos en dos a todas hasta dejar a las finalistas. Las dos nos miramos, la moneda fue arrojada al aire, sin ninguna duda caería dando tumbos por el suelo, hasta quedar inmóvil, estática, mostrando una de sus caras hacia arriba, mostrando quien de nosotras dos seguiría viviendo. La moneda había sido arrojada y estaba en el aire, durante un segundo inacabable, eterno, que se demoraba por los treinta y nueve años que yo había vivido. Treinta y nueve años decididos en un segundo. Mis estudios en la universidad, mis libros releídos, mis trabajos concienzudos como técnico en biónica, mis aficiones, mi futuro, todo, quedaba por un segundo suspendido entre la pervivencia o el fin, colgado entre esos dos extremos sin término medio. Si esa moneda caía con la cara hacia arriba, yo seguiría viviendo, tendría un porvenir, quizá una familia. Si la cara quedaba abajo, moriría de forma horrible, espantosa, en los próximos cinco minutos.

Esa moneda en el aire significaba la posibilidad de un destino cruel decidido de un modo civilizado. Era el horror pactado, dejado en manos de las imprevisibles leyes del azar. Una tercera persona había arrojado la moneda. Ninguna de nosotras ni quiso ni tuvo valor. La moneda ya se aproximaba al suelo en su caída. Esperaba el tintineo. Era como si el tiempo se hubiera ralentizado al máximo. Un segundo después de treinta y nueve años. Un segundo que valdría por otros cuarenta años. Las leyes del azar. Una especie de

lotería de Babilonia. Todas las bifurcaciones de mi vida me habían conducido a esta última bifurcación.

La moneda tintineó, parecía no detenerse, aunque fue sólo otro segundo. La moneda mostró su cruz. La cara quedó contra el suelo. Entre la cara y la cruz, salió cruz. Estaba condenada. Lo atroz me esperaba. La otra chica no pudo evitar manifestaciones de tensión liberada, sus músculos se relajaron, una risa nerviosa entre llantos apareció en su cara cubierta por sus manos de uñas cuidadas, mi mutismo era profundo. En menos de cinco minutos dejaría de existir sobre este mundo. No podía echar la culpa a las que quedaban, apenadas, aliviadas. No habían sido ellas. No habían sido ellas las que habían caído víctimas de las implacables leyes del azar de una moneda que choca con el suelo. Esas leyes habían sentenciado su fallo inapelable sobre la vida y la muerte. Las leyes del azar combinadas con la ley de la gravedad en una moneda que cae y choca y se mueve y se va deteniendo hasta quedar estática, inamovible en su fallo. Una vida que pende de una moneda, de su posición, de algo tan inocente, tan neutro.

No pude evitar el mirar a la cámara que había en lo alto de aquella sala cuadrada de techo alto. Paredes blancas, limpias, sin nada sobre ellas, pintura lisa. La cámara en lo alto era como un ojo poderoso que no parpadea. Bien sabía que detrás de ese ojo había un grupo de humanos aburridos distrayéndose, comentando la escena. Ocho mujeres teniendo que decidir entre ellas cuál sería la que moriría. Ocho condenadas a muerte por delitos de sangre a las que se les concedía unos meses más de vida a cambio de elegir quién de las ocho perecería en ese día. Toda esa dilación, esa demora en el cumplimiento de la sentencia, para diversión de los que estaban detrás de la cámara.

Tampoco les podíamos echar la culpa. Habíamos aceptado, y con gusto.

¿Por qué la ley permitía esas *indulgencias* a cambio de que sirviéramos de espectáculo a los ciudadanos? ¿Cómo la ley había llegado a degradarse hasta ese extremo? ¿Qué extraño camino se había seguido para alcanzar tal envilecimiento? Los condenados nos habíamos convertido, no en carne de cañón, sino en carne de espectáculo en directo. Eso a cambio de una indulgencia, de un poco más de vida. Objetivamente debíamos estar agradecidas. Hasta habíamos sido nosotras las que habíamos firmado para conseguir entrar en ese maléfico sistema de *quid pro quo*. Dilación, más tiempo, más vida, a cambio de servir de entretenimiento a nuestros antiguos conciudadanos.

El sistema penal se aplicaba, pero se admitían *indulgentes demoras* a cambio de convertirnos en diversión en directo para las televisiones. La muerte de los condenados convertida en espectáculo mediático se había vuelto en un negocio lucrativo para el Estado. No sólo espectáculo televisivo, también éramos espectáculo en vivo en edificios como éste. Aquello daba beneficios, muchos. Siempre había desalmados que pagaban mucho por ver un *reality show* en el que el premio o el castigo era la vida o la muerte. Aquel teatro de la muerte era una fuente nada despreciable de ingresos, mientras hubiera millonarios que pagaran fortunas por disfrutar en vivo y en directo de aquellas representaciones únicas en la que los actores desgraciados no volverían a representar ningún acto más.

Y el sistema era misericorde, decían. Se os da tiempo de vida, un tiempo que no merecéis, a cambio de que os humilléis durante una hora o media hora. A veces eran juegos, a veces pruebas. Sólo participaban aquellos que voluntariamente habían firmado

un documento deseando entrar en el sistema. Al resto se les aplicaba la ley sin dilación alguna en el día fijado por el juez.

Pero la mayoría de los condenados a muerte optaban por los Juegos del Destino, así se llamaban. Había algún condenado a muerte que había burlado su destino durante quince años, prueba a prueba. Cada vez que salía victorioso de una prueba, suponía como mínimo medio año más de vida. A este elegido del Destino debería revocársele la sentencia, se repitió en los medios. La ley no debería condenar a alguien al que el Destino lo quiere vivo, dijeron algunos comentaristas. Pero la brutalidad y frialdad de sus actos contra niños inocentes por los que había sido condenado, hizo que el Tribunal Supremo ni siquiera llegase a considerar la posibilidad de su indulto.

Los condenados firmaban acuerdos por los que aceptaban la posibilidad de una muerte más horrible, más espantosa, delante de las cámaras a cambio de que si la suerte les era favorable se les dejara un año o dos más de vida. A veces los acuerdos incluían la posibilidad de comidas mejores y otros privilegios en su vida carcelaria.

Unos juegos sólo consistían en puro azar, en otros había pruebas. En el que yo había participado, diez presas habíamos sido encerradas en una habitación, bajo la visión de las cámaras de televisión, debíamos ser nosotras quienes decidiéramos de común acuerdo quién sería la que moriría de un modo espantoso.

Todas habíamos aceptado vivir medio año más a cambio de que una de nosotros muriera de un modo peor. Pero teníamos que ponernos de acuerdo en el método para elegir a la desafortunada, ésas eran las condiciones. Mientras, alguien en su casa, en su salón, se divertía viendo en directo nuestras deliberaciones.

Seguí mirando la moneda en el suelo. No era a ella, la que ahora lloraba de alegría, sino a mí a quien le tocaba recibir justicia. Muero por mis crímenes en medio de una sociedad degradada. Al que va a morir como resultado de una sentencia justa, le da lo mismo hacerlo en medio de depravados que en medio de una sociedad puritana. El entorno resulta bastante indiferente, así como las leyes y normas bajo las cuales se va a aplicar esa sentencia.

Subo por la escalera de piedra hacia la luz del portón que se abre. Cuatro guardas con tridentes están allí por si no me animo. Su actuación se hace innecesaria, y dos de los guardas siguen tranquilos, apoyados con sus espaldas sobre la pared. Por la puerta de jambas de cobre y mármol rosa salgo a la arena. La multitud aúlla. Detrás de mí, a mis espaldas, aparece la bella puerta con sus estatuas de plata en sus arcos dorados. Hacia mí se acercan ya taimadas, pero con decisión, las hienas de pequeños ojos negros y hocicos adelantados. Me quedan escasos segundos de consciencia antes de perderla bajo sus mandíbulas. Las hienas son carroñeras. Pero estoy yo sola en medio de cien ejemplares hambrientos y acostumbrados ya a este menester. No soy la primera condenada que devorarán esta tarde, ni la última.

Me quedan segundos de vida, pero nunca antes había visto el Circo Máximo desde abajo, desde la arena. ¡Y no puedo evitar pensar que es impresionante! Las paredes laterales desde las que descenden las gradas inacabables son una de las construcciones más colosales que he visto nunca. El Circo entero es como una ciudad. En sus laterales dispone de hoteles, restaurantes, saunas, casinos, todo tipo de centros de ocio. En su larga arena siempre se ofrecen espectáculos. Competiciones deportivas, desfiles militares, también se

realizan aquí grandes galas y conciertos. En el Circo asimismo hay ejecuciones todos los días. Hay salas donde adinerados millonarios pueden ejecutar a los condenados ellos mismos con sus propias manos e incluso elegir uno de los varios sistemas de muerte aprobados por la Comisión Judicial. Si ha de haber un verdugo, por qué no conceder esa misión a alguien que lo desee. A veces, por ejemplo, el padre de un niño asesinado gasta todos sus ahorros con tal de poder ser él mismo el que pueda aplicar la pena capital al asesino de su hijo.

Miro hacia arriba y veo en las pantallas gigantescas detalles de lo que sucede en distintos lugares de la arena. Una hiena está a punto de abalanzarse sobre su cena que hoy seré yo.

Los colores del otoño



Los corderos deberían estar avisados, vigilantes, pastar con tranquilidad, pero con sus ojos abiertos.

Pues mientras ellos pacen sin prisa, los lobos crecen sin pausa, se hacen fuertes, se multiplican.

Mas no veo ningún lobo, repuso ingenuo.
Cuando los veas en el horizonte, ya será tarde. Sólo podrás correr, huir.

Si aquí no hay lobos.
¿Deberé recordarte una vez más que los lobos crecen de las ovejas?

PARTE I

Los Lores

2 de marzo de 2206

Bajo un cielo encapotado, gris y frío, la guardia de la Cámara de los Lores encabezaba majestuosa, envarada, la marcha que cuatro veces al año tenía lugar ritualmente desde Westminster hacia el Parlamento. Delante de los guardias de lento paso, iba el macero, mirando al frente, dirigiendo con el ritmo vertical de su maza los ocho tambores a los que precedía solemne. Tras ellos, los treinta miembros de la guardia con sus vestiduras de colores vivos, sus picas, sus cascos y con todo su atuendo de estilo marcadamente renacentista. Detrás de la Guardia iban por fin los orgullosos lores. Cincuenta lores revestidos con sus amplios ropajes rojos y cuello de armiño, vestiduras cuya hechura se había detenido en el tiempo desde el siglo XVIII.

La marcha era muy vistosa y se congregaban cientos de personas para verla

dos veces al año: en la apertura y clausura del año legal, y en otras dos solemnes ocasiones que se daban a lo largo del año. La marcha de los lores, desde la calle, penetraba por el pórtico neogótico del pétreo edificio del Parlamento, y proseguía por el interior de los corredores plagados de estatuas hacia la sala secular de la que fue la antigua cámara de la nobleza inglesa.

Mientras iban ocupando sus asientos en los bancos, el lord Gran Chambelán, sentado en su sitial, presidía la sala con dos Lord Earl Marshals a su derecha, y otros dos a su izquierda.

La reinstauración de esta cámara había sido una genial (según algunos) obra estética del cónsul máximo Holstein-Sonderburg. Ese cónsul era de la firme opinión de que la burocracia de la República Europea y su Senado, así como la máxima magistratura, eran instituciones frías y carentes de historia, en un continente plétórico de ella. Así que él, en persona, pergeñó la creación de una cámara como ésta, llena de rituales, boato y esplendor fotográfico, pues de eso se trataba. La operación de imagen fue perfecta, el mensaje claro: la República no desdeñaba la historia. Y no sólo eso, sino que se la dotaría de funciones, mínimas, pero que justificaran su existencia.

Pero esos tiempos del restablecimiento de esta cámara ya quedaban lejanos, habían tenido lugar tras la anarquía de mediados del siglo XXI, después de treinta años de interrupción de sus funciones, la cámara había sido restaurada para deleite de los amantes del pasado. Durante más de medio siglo, los lores habían actuado como una especie tribunal de última instancia. En Europa existía un tribunal supremo. Sin embargo, esta noble cámara gozaba de la prerrogativa de dictar sentencia contra un fallo del Tribunal Supremo. En realidad, esto sólo había sucedido catorce

veces en cuarenta años. Y de esas catorce, sólo cuatro habían sido casos de verdadera entidad.

La cámara no aceptaba casos directamente de los ciudadanos. Tenía que ser un lord el que presentara un caso para su estudio a la comisión cuyo nombre era Consejo de apelación de los lores. Y en esta comisión se necesitaba alcanzar una mayoría de apoyos, para que la Cámara de los Lores aceptase en su orden del día la discusión de un tema. Y si lograba mayoría de apoyos, en la comisión se estudiaba más en profundidad y se llevaba a la cámara. Cada año los lores deliberaban en la comisión sobre unas doscientas demandas, pero de éstas sólo unas veinte pasaban al pleno.

Como se ve, esta cámara era un tribunal muy *sui generis* que actuaba siempre *motu proprio* (por iniciativa de uno de los lores) y que rara vez se veía en la obligación de enmendar la plana al Tribunal Supremo de la República Europea. Pero si lo hacía, el Tribunal Supremo no podía recurrir, ya que contra el fallo de la Cámara no cabía apelación.

Los asientos en la cámara eran otorgados por veinte años y eran otorgados por la cámara misma. El origen de los lores dejaba claro que la misma cámara deseaba que hubiera hombres de prestigio, pero al mismo tiempo hombres con una influencia directa en la sociedad. La cámara era consciente de que si contaba entre sus miembros con personas influyentes, eso colaboraría mucho a ser respetada en el cumplimiento de su función. Además, teniendo la expresa voluntad de integrar a miembros de otros estamentos, esos otros grupos de poder considerarían a la Cámara no como grupo adversario, sino como algo propio en cierta medida. De ahí que hubiera grupos fijos en sus asientos. Y así la

composición de esta prestigiosa cámara era la que sigue:

Se escogían los once Asientos Legales de entre los más prestigiosos jueces. Normalmente de los dos escalafones precedentes al escalafón de los integrantes del Tribunal Supremo.

Ocho Asientos Senatoriales eran escogidos entre los más honorables y rectos senadores.;

Cinco Asientos de la Espada eran nombrados entre los mejores generales de los tres escalafones precedentes al Estado Mayor.

Los Asientos de Honor los formaban ocho lores escogidos entre los grandes nombres de la intelectualidad.

Los dieciocho Asientos Libres eran de libre elección y ya no tenían por qué pertenecer, ni representar a ningún estamento.

Que a uno se le otorgara un asiento en la cámara era como si a uno se le concediera el Premio Nóbel. De hecho había varios premios Nóbel entre los Asientos Libres. De hecho era mucho más fácil conseguir un premio Nóbel que un asiento en esta cámara. Y un asiento no sólo era un reconocimiento, sino que se trataba de un honor con funciones. Los lores pertenecían a todos los territorios de la República Europea. Algo lógico si se considera que ellos constituían una cámara de apelación para todos los europeos

En la primera fila, justo delante del lord Gran Chambelán y los otros cuatro Earl Marshals que presidían, estaban los monarcas del Viejo Continente vestidos no como lores, sino con las condecoraciones y galas propias de cada casa real. Los reyes, sin ser lores, tenían el derecho de asistir a las sesiones. Podían intervenir (rara vez lo hacían), pero no votar. Ellos con sus bandas, diademas, collares y medallas otorgaban con su presencia una admirable vistosidad a las ceremonias. La República había encontrado

un lugar hasta para ellos. Pues las mentes pensantes del Estado se habían dado cuenta de que a la gente sencilla le gusta el glamour. El Estado, generoso, había preferido darles un cauce institucional a estas figuras, a que vagaran por libre.

Normalmente los monarcas sólo solían asistir a la sesión de apertura y a la de clausura. Pero en la de hoy se hallaban sentados en la primera fila el rey de Inglaterra, la reina de Dinamarca y el rey de Suecia. Hoy sólo había esos, pero en la sesión de apertura y en la de clausura solían estar, además de los citados, el rey de España, el de Holanda, el de Noruega, el de Bélgica, el Duque de Luxemburgo y el príncipe de Mónaco. Todas estas figuras estaban sentadas en la presidencia.

Sea dicho como curiosidad, de acuerdo a los reglamentos fundacionales, el Cónsul Máximo de la República no podía nunca entrar en esa sala. La cámara, una vez creada, no rendía cuentas ante nadie. Se trataba de una cámara judicial y, por tanto, autónoma.

Esta vez lo que se decidía en aquella sesión era una cuestión que ya había sido largamente debatida: si la invasión de Guinea Ecuatorial por parte de la República Europea había sido legal o no. Los equipos legales del Ministerio de Defensa habían luchado denodadamente por presentar argumentos legales de Derecho Internacional que apoyaran la decisión de la República. Pero al final ante los ojos de todos aparecía con claridad que esa invasión había sido muy útil a los intereses globales de Europa pero ilegal. Ya se habían escuchado los argumentos de unos y otros durante tres largas semanas, el caso más largo de la historia de la cámara, ahora tocaba ya votar.

Era curioso que esta causa había llegado finalmente hasta allí porque un político guineano había presentado un dossier a un lord. Lo había presentado sin esperanza, sin ninguna confianza de que no fuera enviado directamente a la papelera. Pero aquella noche el lord que desganado había comenzado a leer aquel sobre lacrado, sobre grande, del tamaño de un folio, y con cuarenta páginas en su interior, se lo había leído con creciente interés de cabo a rabo.

Después de acabar la última página, en bata había paseado meditabundo por su despacho, con las manos a la espalda. No dijo nada a nadie esa noche, pero antes de que acabara aquella misma semana había llamado a otros cuatro lores para que estudiaran atentamente los argumentos legales en razón de los cuales apelaba aquel político africano que se había quedado sin país.

El resultado era que dos meses después, la última instancia de apelación de la República podía dar la razón a un país invadido contra la misma república que lo había ocupado militarmente. La Cámara de los Lores al anunciar oficialmente que había causa y que se declaraba competente para emitir sentencia, provocó en el Cónsul Máximo una reacción de ira que fue muy comentada en palacio. Se dice que, al escuchar la noticia, literalmente se quedó con la boca abierta y sin palabra durante varios segundos. No se podía creer que pudiera darse nunca una situación tan absurda, según repitió una y otra vez a todos sus colaboradores.

Pero finalmente quedaba claro, conforme se aproximaba el día de la votación, que el fallo de los lores podía ser imprevisible. Cuatro días antes de la votación, el Cónsul Máximo dejó claro a los lores que no aceptaría una sentencia negativa a los intereses del Estado.

-¿Y qué sucederá si la sentencia es negativa y declaran que la ocupación de

Guinea fue ilegal? –le preguntó el lord Gran Chambelán llamado a Roma para tratar el asunto directamente con el Cónsul Máximo.

-Si la sentencia es negativa, enviaré una moción de ley al Senado para restringir las funciones de los lores en materia de apelación.

La voz del Cónsul, aunque férrea, trató de no sonar insultante. El Emperador, sin necesidad de ser explícito, dejó claro su mensaje: si la sentencia era negativa, se restringirían al máximo las funciones de esa anacrónica cámara londinense que nunca ha servido para nada y que ahora nos va a hacer perder un país. La cámara podría seguir existiendo, pero ya sin función alguna.

El lord Gran Chambelán regresó a Londres y les dijo claramente que el Emperador pretendía anular los poderes de la cámara, si ésta sentenciaba en su contra. Los lores se asustaron, deliberaron, se tomaron su tiempo para meditar las consecuencias.

El finlandés lord Olli Litmanen se dirigió con convicción a sus nueve colegas reunidos en el salón de un club londinense: *Señores, somos una cámara independiente. ¡Cuántas veces se nos ha repetido que somos libres para emitir sentencia con justicia! Y es verdad, hemos sido libres. Pero lo hemos sido mientras nos hemos limitado a no ser incómodos. Ahora se nos advierte: tenéis toda la libertad del mundo, pero si me enmendáis la plana, os quito los poderes. Amigos, si ésta es la última vez que actuamos con independencia, que así sea.*

Los lores, aunque intimidados, finalmente se mantuvieron firmes en su decisión de seguir adelante con la vista. El día de la votación llegó y a pesar de la aparente calma, todos tenían claro que en esa vista no sólo se votaba la legalidad o no de un acto armado de su propio país, sino también su propia pervivencia como institución.

Cuando el Major Clerk, vestido de negro con su peluca blanca y cuello almidonado, iba pasando por los bancos con la caja de madera de roble donde se depositaban los votos, la tragedia se mascaba en el ambiente.

Después comenzó el recuento. Conforme los sies (a la ilegalidad) iban acercándose a la mayoría de los asistentes se fue dibujando una sonrisa nerviosa en muchos de los asientos. El recuento avanzaba y se estaba próximo de alcanzar la mayoría de votos. Los votos se contaban uno por uno. Hubo un momento en que la respiración de los presentes casi se detuvo. Sí, había sucedido. El recuento de votos no había terminado, pero la mayoría de votos había sido alcanzada: la invasión había sido ilegal. Muchos de los asistentes se pusieron de pie vitoreando de alegría la valentía de sus colegas. Pero aquello no acabó allí, cada voto afirmativo que era contabilizado era seguido de un nuevo vitoreo general, aplausos y emoción.

Al final, más de dos tercios votaron a favor de la ilegalidad, por tanto la disolución de la cámara se daba por descontada. La euforia era indescriptible. Los que hubieran votado negativamente, no abrieron la boca. La historia callará para siempre sus nombres porque no los conoce. Pero ellos, débiles, votaron no para hacer justicia, sino para preservar sus puestos y privilegios. Elevados hasta allí para hacer justicia se cubrieron de infamia, aunque su infamia quedó oculta en el anonimato del interior de una caja cuadrada de madera oscura.

Lo interesante de las ovejas es que poseen la inteligencia necesaria para realizar sus funciones. Su inteligencia alcanza al desempeño de esas funciones sin necesidad de ir más allá. La naturaleza les ha dotado de lo necesario y les ha privado de lo innecesario. Los ciudadanos de un Estado constituyen inmensas masas dirigidas por insignificantes minorías. A veces, algunos ciudadanos nos sublevamos interiormente ante la pasividad de nuestros congéneres.

Al menos me consuelo con esta vista de Londres, ciudad insuperada en todo el Imperio por el color de sus brumas. Siempre me he dejado arrebatar por sus magistrales tonos grises. A pesar de mis canas, cada día muy temprano camino por sus calles húmedas y maravillosamente desapacibles en lo meteorológico. Esta ciudad lluviosa está en las antípodas de la claridad de las soleadas calles de la nueva urbe que centraliza los servicios del Imperio. Londres simboliza como pocas ciudades la idea de una ciudad que fue ella misma un imperio.

En sus barrios antiguos, en sus edificios ya oscuros, en sus salones de clubes decimonónicos sigue mostrando esa capitalidad. El imperio británico desaparecido pervive en ellos como en una caja que guarda un recuerdo bonito. Pero la nueva urbe meridional encarna todos los imperios, todas las supremacías pasadas de la vieja Europa están representadas en la nueva república.

Me hubiera llenado de esperanza la votación de los lores. Pero la enfermedad de nuestro sistema constitucional ya no se arreglaba con una votación. Hace ya mucho que practico un pesimismo realista. Nuestra dolencia se puede detener, se puede ralentizar por un tiempo pero no tiene cura. A raíz de este fallo de la cámara londinense, quién sabe qué escenas tendrán lugar en la intimidad de Palacio. Qué tensiones se estarán viviendo

allí. Pero ya ninguna presión hará desistir al Poder de no renunciar a ninguna parcela de Poder.

Aunque la dolencia admite frenos, consiente demoras, no es incompatible con transitorias mejorías que mantienen la esperanza en una situación de pérdida de la esperanza en los ideales de una sociedad de hombres libres e iguales. El Imperio ha favorecido la estratificación de la sociedad, ha cultivado la diferenciación entre ciudadanos. Y a la gente sencilla le encantan los ídolos. La sociedad funciona adecuadamente, es próspera, segura. La Justicia funciona bien, es ágil y eficaz. Pero bajo la condición de que la Familia Imperial y otros ámbitos queden sujetos a una jurisdicción especial en materia judicial.

Hecha esta salvedad, nuestra Justicia es quizá la mejor justicia del mundo: rápida e intachable. Los culpables saben que la Justicia en esta nación es muy eficiente. Quizá una justicia así es uno de los precios que con gusto ha pagado el Gobierno por mantener sus cuotas de dominio sobre la sociedad. Pero debemos desconfiar de los gobernantes, por mucho poder que tenga el Poder siempre tiende a desear el poco poder que le falte.

Una dama anciana de piel frágil surcada de muchas arrugas, anciana pero que en sus octogenarias facciones mostraba aun los restos de una férrea voluntad y una pretérita gran ambición ya conseguida, está sentada cómodamente en su sillón de respaldo muy inclinado hacia atrás. El sillón se halla en medio de un gran salón del Palacio Imperial. Alrededor de la anciana madre del Emperador hay muchos muebles, todos ellos de una gran belleza y gran valor. Un cierto olor a sándalo impregna suavemente el ambiente.

Su hijo, el Emperador, entra en la sala, lentamente, sumergido en sus pensamientos, había ido a ese salón de estar a descansar, a olvidarse de los asuntos de Estado. Su madre le mira desde aquellos ojos que tras tantos decenios de edad y codicia ya han perdido casi todo su brillo original. La madre mira al hijo pero no dice nada. Su hijo que iba a sentarse en uno de los muchos sillones que había allí, opta por seguir paseando por el salón. El Emperador está seguro de que su madre no va a tardar en recriminarle. Pero su madre sigue en silencio, ocupada en quién sabe qué cosa que tiene entre sus huesudas manos. El hijo sigue paseando en silencio con las manos a la espalda.

-Me ha costado mucho colocarte donde ahora estás –finalmente dice la progenitora, comentario hecho secamente y sin mirar al hijo.

El hijo, incómodo, sigue paseando por la amplia sala de estar.

-Si crees que has llegado donde estás por tus propios medios, estás muy equivocado –prosigue impasible la madre-. Ha sido un esfuerzo de toda la rama de los Schleswig-Holstein, de todo nuestro linaje cuando emparentó con los Schwart-Menstein.

El hijo se detiene y la mira. Aprieta los dientes, pero no dice nada. Sigue paseando.

-¿Por qué? ¿Se puede saber por qué se te ha metido en la cabeza presentar al Senado esa moción?

La pregunta de su madre está llena de amargura. El hijo se detiene a ocho metros, se vuelve hacia ella, contrae el puño, pero se contiene, se calma, contesta sin levantar la voz:

-Querida madre, el día que precise de tus consejos no dudes en que serás la primera en saberlo.

PARTE II

El Senado

14 de marzo

Se iba a abrir en veinte minutos una nueva sesión del Senado. En el Senado, a diferencia de la Cámara de los Lores, residía un formidable poder efectivo. Un impresionante poder económico se acumulaba en aquellas apenas cien cabezas. Poder económico así como infinitas redes de influencias que se extendían por todo el aparato burocrático del Estado. Si la Cámara de los Lores poseía un poder judicial como tribunal de apelación de última instancia, el Senado tenía en sus manos el Poder a secas. Representaba el Poder y lo administraba aconsejando, reprendiendo o instando a las distintas magistraturas de la República. Pero si esto no bastaba, ellos también ejercían el poder legislativo.

Los senadores vestidos con sus togas blancas, blancas como si todas estuvieran recién estrenadas, con un ribete rojo o azul en el borde (según sus escalafones) iban subiendo solos o en grupos las inacabables escalinatas que llevaban a la columnata por donde se entraba al vestíbulo del Senado. Unas blancas columnas jónicas coronaban la escalinata.

Los senadores daban la impresión de ser un rebaño de ovejas blancas ascendiendo por una montaña de laderas nevadas. Los cien senadores se tomaban su tiempo en subir todas los anchos peldaños de un mármol tan claro como artificial.

Si la Cámara de los Lores era pequeña y se encontraba incluida en el vetusto edificio del Parlamento, el edificio del Senado era magnífico. La grandiosa edificación de estilo neoclásico contaba con muchas ampliaciones

que no sólo no le quitaban gracia, sino que añadían complejidad al diseño original. La gigantesca fachada tenía justo delante ocho edificios-torre alineados que parecían una fila de monolitos justo delante del Senado.

Las distintas aeronaves de los senadores aterrizaban en la base de la escalinata. Allí les esperaba en formación la Guardia Senatorial. En la República Europea las más famosas cuatro guardias eran: la pretoriana, la senatorial, la de la Cámara de los Lores y la Drachöwe Korp. La de la Cámara de los Lores era muy famosa, aunque sólo contaba con treinta miembros. La pretoriana era la más importante de todas con sus ocho regimientos, unos 19.000 soldados. Pero la senatorial, aunque contaba sólo con tres mil cien hombres, era un cuerpo de élite y tampoco era despreciable. La Guardia Senatorial con las capas rojas y los penachos también rojos de los cascos del uniforme de gala era muy vistosa y formaba parte del ceremonial del Senado.

Viendo todo ese esplendor, era interesante recordar que el Senado en un principio, en sus orígenes, había sido tan solo un grupo de empresarios alemanes que se habían unido para tratar de poner orden en centroeuropa, cuando reinaba la anarquía en la que se hundió a la Unión Europea a finales del siglo XXI. Cada vez más territorios pidieron la intervención de ese grupo de empresarios para poner orden. Su pequeño ejército se hizo paulatinamente más numeroso. Con los años, el orden comenzó por fin a restaurarse en Europa. Aquel grupo de empresarios unidos ya constituía sin saberlo lo que después sería el Senado.

La República Europea que de esa semilla iba a surgir, iba a nacer como un gran acuerdo social, como una especie de contrato que iban a firmar las distintas partes de la sociedad. Por eso la República Europea no

tenía una constitución propiamente dicha, sino una Carta Magna que era, en definitiva, un acuerdo entre grupos. Aquellas antiguas constituciones europeas de numerosas páginas enumerando derechos y deseos, iban a ser sustituidas por un texto que cabía en ocho folios. Ocho folios a tamaño de letra normal, aunque en las versiones más extendidas, las más artísticas, la Carta Magna se reproduce en la forma de un pliego de un metro de alto, por metro y medio de largo.

La Carta Magna reconoce lo que existía en ese momento de su redacción: la existencia de un Senado. El Senado elegirá las personas más capaces para las distintas magistraturas. El Poder Ejecutivo no lo ejerce el Senado, sino esos magistrados. La Carta Magna reconoce al Senado la capacidad de negociar la entrada de nuevos territorios y el régimen legal que regirá en esas nuevas ampliaciones territoriales. De ahí que la mayor parte de las ciudades eligen a sus alcaldes y concejales. Y algunas partes de Europa gozan desde el principio de una cierta pactada autonomía en la administración de sus presupuestos. El Ejército es el garante de que se cumplan los términos de la Carta Magna, así lo deja reflejado ésta. Con lo cual el Ejército no es una mera institución defensiva, sino el garante del orden constitucional europeo.

En un principio todo el poder político estuvo en manos del Senado. Con el tiempo el Cónsul Máximo fue concentrando más y más poder alrededor de su persona. No sólo las magistraturas ganaron más influencia, sino que se fue formando una poderosa burocracia. Después apareció el Partido. La sociedad de finales del siglo XXII se había hecho más compleja, pero el mecanismo que articulaba esos elementos esenciales que regían la República seguía siendo la Carta Magna.

Había perdurado tanto quizá por dos razones: era un mecanismo constitucional de una sencillez insuperable y los miembros del Senado habían seguido concentrando más y más poder sobre la economía y los medios de comunicación.

Aquella mañana, en la sesión del Senado que se iba a abrir, iba a discutirse de modo informal la posibilidad de una pronta moción del Cónsul Máximo pidiendo un cambio de régimen jurídico de la Cámara de los Lores. La posibilidad de discutir asuntos de modo informal se debía a que las sesiones del Senado siempre tenían lugar a puerta cerrada.

Todos sabían que, formalmente hablando, se trataba de un cambio mínimo e imperceptible, pero que en la práctica sometía a los independientes lores a una comisión especial del Tribunal Supremo; eso era todo. Los senadores eran conscientes de lo que ese día se dirimía. A ellos no les afectaría ese cambio legal pues los senadores estaban aforados. Pertenecían a una jurisdicción especial. Y si algún día eran juzgados, lo eran por un tribunal especial. Pero aunque a ellos no les afectara, reconocían que se trataba de otro golpe de tuerca en el proceso de concentración de poder en esa magistratura del consulado. El Senado estaba dividido en su parecer.

Unos siempre habían visto mal que una cámara tan reducida, y encima situada en Londres, disfrutara de un poder judicial que escapaba al control del resto de las instituciones. Otros tuvieron, incluso, que leerse los estatutos que regían a la Cámara de los Lores, para recordar sus funciones, pues ésta vieja cámara apenas si salía en los medios de comunicación.

La mayoría de los senadores tenía muchas deudas de gratitud con el cónsul y no

estaban dispuestos a indisponerse con él. Por si esto fuera poco, de acuerdo a los reglamentos las votaciones en el Senado se debían realizar a mano alzada.

El Senado, aunque dividido, no quiso indisponerse una vez más con el todopoderoso cónsul de una república que popularmente hacía mucho que era denominada en la calle por sus mismos ciudadanos como *el Imperio*. Sobre todo desde las victorias africanas y la ocupación militar de varios países de ese continente. La misma estética de la República era cada vez más imperial.

Los orgullosos ciudadanos de un continente unificado, regido bajo una misma ley, contemplaban satisfechos el ideal de un orden napoleónico logrado no bajo las armas sino bajo un amplio acuerdo social. Las conquistas fuera de territorio europeo sólo hicieron que acrecentar ese orgullo. Pero se había tratado de conquistas justificadas al menos por el apoyo de la opinión pública.

Sólo Guinea había sido ocupada bajo unos pretextos menos convincentes para los juristas. Pero el Senado no podía cambiar toda una corriente de opinión social. Si la sociedad estaba satisfecha con la construcción de un IMPERIVM, los senadores no se iban a crear graves problemas personales por la defensa de una cámara de vejestorios.

Los orgullosos senadores se sintieron incómodos, pero mostraron su aquiescencia a que se presentase la moción, dejando claro que ésta no iba encontrar seria oposición en los bancos del Senado. El Cónsul tenía las manos libres para presentar su proyecto para el cambio de estatutos de la Cámara. En unos diez días esperaban que se presentara la moción.

Lo más interesante de las ovejas es que poseen una apasionante conformidad con las élites que las dirigen. Su capacidad para la conformidad, para la no-acción, es sólo comparable a todos los desvelos que se toman la minoría rectora para encauzar los hechos a la medida de sus ambiciones y deseos. No deja de ser irónico que nuestro Estado, que no es democrático, posea quizá la más independiente Justicia del mundo. Ciertamente que, como ya he dicho, los miembros de la Familia Imperial, el Ejército y los senadores gozan de su propia jurisdicción judicial. Pero hecha esta salvedad, los magistrados europeos son ejemplares y modélicos, con gran fama en todo el mundo. Pero esta vez el máximo tribunal de apelación, los lores, ha ido más allá de lo que Roma podía digerir.

Aunque los extranjeros suelen pensar que el Cónsul Máximo ostenta un poder absoluto, esto no es exactamente así. Dentro de nuestro Estado existe un equilibrio de fuerzas muy contrapesado. Aunque no pocos pensamos que si se cambia el estatuto de la Cámara de los Lores, habrá desaparecido un elemento más de ese sistema de contrapesos.

Pero no me siento para nada decepcionado por los acontecimientos de Roma, doy por cierto que la desaparición de los contrapesos es una mera cuestión de tiempo. La rama ejecutiva en todas las naciones de la Tierra tiende a extender sus tentáculos. En el seno de cualquier sociedad humana son muchos los peligros que se pueden hallar, pero ninguno tan peligroso como el mismo Poder.

Una vez que desaparezcan los contrapesos, de nada nos servirá nuestra técnica, ni nuestra ciencia, ni nuestras muchas instituciones, ni nuestros numerosos próceres. Nada podrá frenar a nuestros semejantes. La desaparición de los contrapesos convierte a

nuestros semejantes en lobos. Jugar con los contrapesos es peligroso. Eso sí, nos queda el consuelo de que los efectos son siempre a largo plazo. La República va consumando su lenta metamorfosis en Imperio.

Sea dicho de paso, no puedo evitar el mencionarlo, ningún imperio me ha parecido tan bello, estéticamente hablando, como el imperio británico del siglo XIX, especialmente en su apogeo victoriano. Ha habido muchos imperios, pero éste, el nuestro, ha sido el más bello.

Desde los ventanales de mi terraza, abrigado, veo los colores del otoño, los colores del otoño de la República. Estamos alimentando lobos. No es este Cónsul Máximo el que me preocupa, sino los que haya por venir. Ahora todavía están recientes ciertos derechos, ciertos límites. Para nuestros nietos estarán más desvaídos, incluso pondrán en duda que hayan existido algún día.

El mal de nuestra política dará sus frutos dentro de muchos años, no ahora, todavía no. No es el presente el que me preocupa. Pero el Ejecutivo encontrará muchos obstáculos aun en su camino. Los ciudadanos siempre se resisten a perder sus derechos. Existe una cierta resistencia natural. Por eso el camino hacia la dictadura no está carente de piedras en su camino. Bueno, al menos estos colores del mediodía frente al Támesis me consuelan de mis tristezas políticas. Estos colores ya no aparecen de este modo en otras estaciones. Disfrutaré mientras pueda.

La anciana madre del Emperador no había vuelto a sacar el tema. Callaba. Aunque su hijo, cada vez que miraba esa mujer de piel frágil surcada de muchas arrugas, sabía que en sus octogenarias facciones aún mostraban los restos de un carácter que estuvo carcomido por una codicia

sin límites. Una codicia no de oro, sino de poder. Una codicia ya conseguida, obtenida en él, en su hijo.

Su madre, sentada cómodamente junto a una gran piscina que daba a un jardín de sauces, miraba a los grupos de jóvenes efebos que corrían jugando por los prados de esa parte de Palacio. Su hijo nadaba solitario, su mujer le había dejado años antes. Ahora, en esa piscina, sentía más que nunca el peso de esa soledad. Sin salir del agua, apoyó su cabeza sobre sus brazos en la orilla. La madre, después de varios temas sin importancia, sacó el tema que ella deseaba. El hijo respondió con gran control de sí mismo. Después de un par de minutos la madre comenzó a tensar más la cuerda. Así que el hijo quiso zanjar todo diciendo:

-Mira, la maquinaria ha resistido, ¿no? Pues punto final.

-La maquinaria ha resistido, pero la has sometido a una gran presión.

-Pero está intacta. ¡Está intacta! Y eso es lo que importa.

-Está intacta, pero todas piezas han acusado la fatiga de materiales que sucede cuando se le somete a este tipo de pruebas. Si algún día necesitas de verdad que la maquinaria te responda a pleno rendimiento, con toda su fuerza, tendrás que descontar todo este esfuerzo.

-¡El Senado no se opondrá a la moción que presentaré! Eso, mamá, es lo que importa. Lo demás son teorías, le das demasiadas vueltas a todo.

-Mira, si tanto te molesta este tema, no te lo volveré a mencionar.

-Harás muy bien.

El silencio de la madre, su crispación, se interrumpieron al ver que llegaban dos amigos de su hijo, ambos ya en bañador, invitados a compartir ese baño antes del almuerzo.

PARTE III

La llegada de los generales

19 de marzo

Puente de mando del acorazado estratosférico Northumberland. Un técnico sentado frente a una pantalla, con los auriculares puestos, le comunica marcialmente al oficial que estaba de pie junto a él:

-Señor, una lanzadera Rinium-3 y dos cazas de escolta se dirigen hacia nuestra posición desde la vertical del meridiano 28. Distancia: 11 kilómetros.

El oficial con paso normal se dirige hacia un grupo de oficiales de más rango que charlan de pie en el centro del puente de mando.

-Capitán, la nave del general Miol-Flavard viene ya hacia aquí. Tiempo aproximado de llegada veinte minutos.

-Perfecto, todo a tiempo. Teniente, vamos a recibirlo.

Veinte minutos después

La lanzadera militar lentamente penetra en el muelle de aterrizaje. Una formación de noventa militares está esperando en posición de firmes, mientras otra formación de sesenta granaderos escoceses se dirige marcando el paso impecablemente hacia el final de la primera formación para situarse a su izquierda.

La compuerta metálica de la lanzadera se abre, aparece el portaestandarte del general. No era el águila de ninguna legión, sino el *signum* de un general de Estado Mayor, con su inscripción sobre metal bajo la mano diestra de acero. El *signum* de un general de

esta graduación tenía dos crines de caballo negro colgando a los lados, acabadas en dos bolitas de oro. El estandarte era una sucesión de tres medallones redondos y tres cuadrados con sus imágenes de coronas almenadas. Además del uniforme de gala con sus corazas, el portaestandarte llevaba una piel de leopardo colgándole hasta media cintura. La cabeza del felino estaba adaptada a modo de casco, saliéndole de la mandíbula dos carrilleras de plata con relieves.

Tras él, el general desciende, le siguen dos coroneles del Ministerio de Defensa. Desgarra el aire el grito gutural de un sargento ordenando la posición de firmes. Al segundo, la segunda formación, la de los granaderos, se pone firme. Sonido de botas y metales, cuarenta gaitas escocesas comienzan a tocar.

El general Miol-Flavard saluda a la romana, con la mano al frente, al capitán del acorazado estratosférico. Tras responder al saludo, el capitán del acorazado le da la mano después que el superior se la ofreciera primero, como manda el protocolo. El general va vestido con el uniforme de gala, la casaca roja, cinturón y salacof blanco, galones dorados sobre el pecho. Sobre la banda blanca que le cruzaba el pecho, tres cruces de hierro.

-Capitán, se ha tomado muchas molestias para este acto protocolario.

-El Estado Mayor en mi aeronave merece sin duda esto. Ocho generales en el Northumberland son un gran honor.

El general alzó con majestad y fuerza el brazo para saludar a las formaciones junto a las que pasaba. Las gaitas ininterrumpidamente continuaban con sus sonos dulzones y enérgicos, sonos de marcha militar. El capitán, seguido de cuatro tenientes, acompañaba hacia sus aposentos al general seguido a su vez por sus propios oficiales del Ministerio de Defensa.

Una vez al año, era tradición que la reunión del Estado Mayor tuviera lugar en el acorazado Northumberland, el más grande acorazado de toda la flota estratosférica de la República Europea. Esa nave era todo un símbolo del poderío militar del Imperio. Para los generales tener la reunión allí tenía un cierto sentido de salida de la capital para descansar. Y así tras un primer día de reunión, solían quedarse un par más descansando en aquella admirable obra de ingeniería militar de tres kilómetros de envergadura.

A lo largo del día fueron llegando los generales. Aquella noche los generales cenaron en el camarote del capitán. Sólo estaban los ocho y el capitán. La larga mesa lucía tres gruesos candelabros de plata envejecida con sus velas encendidas. Los candelabros en su brazo principal tenían relieves de goletas de la armada francesa e inglesa, muy adecuados para ese comedor de la nave.

En los brazos del candelabro se mostraban relieves menores de embarcaciones. Las cuales tenían cincelados todos sus zafarranchos de combate. Una obra magistral de platería cincelada. Los cañones estaban ligeramente dorados para que se destacaran los detalles del relieve. Todos los oficiales iban vestidos con sus mejores casacas, rojas menos la del capitán que era de color azul oscuro. Los camareros iban sirviendo un buen Rioja junto a la langosta con crema de champiñones y cuadraditos de niscalos asados. Durante la cena sólo hablaron de la nave.

Al día siguiente

Los ocho generales están sentados alrededor de una mesa rectangular. Se hayan reunidos desde hace media hora. El Jefe del Estado Mayor en un momento dado dice:

-Bien, ya hemos acabado los asuntos menores que teníamos que tratar, ahora vamos al tema más importante y que, por supuesto, no aparece en el orden del día -hubo sonrisas en la mesa-. Me refiero por supuesto a la amenaza del Cónsul Máximo hacia la cámara de los Lores.

-¿Qué pasa con eso? Eso no es asunto de nuestra incumbencia –exclamó tenso sin poderse reprimir uno de los tres generales más adictos al Cónsul Máximo.

-Pues sí que pasa algo. Y sí que resulta que es asunto de nuestra incumbencia –repuso al momento un general muy opuesto al Cónsul.

-¿Por qué?

-Pues porque rompe las reglas del juego. Y da la casualidad de que nosotros somos los vigilantes de las reglas.

-Y él se las ha saltado –añadió otro general también contrario al Cónsul.

-Veo que ya habéis hablado del asunto –constató incómodo el general Faivovich.

-Tranquilízate, tranquilízate, nos hemos reunido para discutir todo esto –le interrumpió relajado el jefe del Estado Mayor.

-Muy bien, pues discutamos lo que queráis sobre esa cámara de décrepitos dinosaurios –dijo molesto el general Faivovich al ver que los otros dos que estaban de su lado de momento no abrían la boca-. Esa cámara no representa a nadie, sólo sirve para lucir a los reyes de Europa y que salgan un día más en los programas del corazón de las televisiones. La Cámara de los Lores... uno puede escuchar dos años las noticias y no oír hablar de ellos ni una sola vez. La única

realidad que reconozco es la del Senado. Lo otro fue creado como una operación de imagen para contentar a los nostálgicos.

-Esa cámara –intervino otro general– supone una salvaguarda, un compartimento estanco. Escapa al poder del Cónsul y del Senado. Supone una garantía para todos. No tiene poder, pero todos podemos recurrir a ella si los tribunales nos fallan.

-¡Pues vaya! Nosotros tenemos nuestros propios tribunales militares. Ese cambio no nos afecta.

-Algún día puede ser muy necesaria a tus hijos o a tus nietos.

-Mira, de hecho, ya hace varias generaciones que el Cónsul gobierna con todos los poderes. Eso es algo indiscutible, digan lo que digan los papeles. Salvaguardar todas y cada una de las cláusulas de ese texto constitucional es de un idealismo impropio de hombres con los pies en la tierra.

-¿Es que quieres dejar que se derriben las últimas barreras por débiles que sean?

-Para mí esos lores suponen únicamente un vestigio del pasado.

-Para nosotros –y tres generales hicieron un gesto claro de apoyo– eliminar esa cámara supone un quebrantamiento de las reglas y nosotros custodiamos las reglas.

La conversación se prolongó todavía buena parte de la mañana. Las posiciones se estancaron. Tres generales permanecían fieles al Cónsul, cinco generales (incluido el jefe del Estado Mayor) estaban a favor de la deposición y de comunicar al Senado la resolución de que eligieran otro Cónsul. Pero la decisión debía tomarse por unanimidad, o sino, al menos, con más apoyos en el seno del Estado Mayor.

El bloque favorable al Cónsul se mantenía firme, sin ellos no podían dar ese comunicado al Senado. Durante generaciones había quedado claro que la falta de

unanimidad a la hora de deponer a un Cónsul, conllevaba el peligro de provocar una guerra civil. Si tres generales como aquellos se mantenían inamovibles, quitarlos de sus puestos iba a costar una guerra. Había que lograr un consenso.

Ciertamente nadie iba a ir a una guerra civil por una cuestión menor como ésta, absolutamente nadie, pero una vez que en aquella reunión se habían significado tanto a favor de la deposición era imposible volver a la normalidad como si nada hubiera pasado. Todo llegaría a oídos del Cónsul, habría represalias contra los generales que se habían destacado, a menos que lograran un acuerdo de todos en algo. Acordar una posición final para hablar con una voz, era esencial. Ni siquiera él Cónsul Holbein podía enfrentarse a todos los generales. Tenían todo el día por delante, o más si era preciso.

Las horas pasaron en un largo tira y afloja. Tras un largo día de deliberaciones, se logró un compromiso. El Cónsul se mantenía en su magistratura, pero debía retirar su petición al senado de promover un cambio del status de la cámara de los lores. A cambio, una vez hecho eso, la Cámara de los Lores anularía su sentencia alegando un defecto de forma. Los líderes de los lores se comprometerían a que el nuevo proceso nunca sería promovido de nuevo ante la cámara, sino que se dilataría *sine die* por cuestiones de detalle en cada uno de sus pasos. Es decir, la confrontación entre la cámara y el cónsul quedaba en tablas.

Allí, en esa mesa, en ese acorazado, se acordaba que este asunto se zanjaría así, para que no hubiera ni vencedores ni vencidos. Aunque en cierto modo sí que los había. Esta comunicación al Cónsul no era una propuesta, no se le pedía nada, se le comunicaba una decisión. El Cónsul sabía muy bien que ante

un ultimátum así, no ceder supondría perder su puesto en un mes.

Los ocho generales se despidieron al acabar sus días de descanso estrechándose las manos y dándose palmadas en la espalda. Cada grupo era consciente de que no podía conseguir más. Valía la pena mantener el equilibrio de fuerzas antes de lanzarse a una aventura de resultado incierto.

Lo verdaderamente interesante de las ovejas es su capacidad para atiborrarse de pesebres enteros de telebasura, dejando de lado las grandes cuestiones de Estado de las que ni se enteran, ni les importan. El choque entre la magistratura máxima y la Cámara de los Lores apenas fue conocido por la población, en general, de la República Europea. Sí que fue seguido con pasión por las mentes pensantes de la República. Aunque de la reunión de los generales y sus decisiones, se enteraron muy pocos.

Todo el mundo conocía el resultado del partido entre el Manchester y los Tigres de Madrid. Pero de lo que se había cocido en el Northumberland apenas si se enteraron en toda la República, unas tres mil o cuatro mil personas entre senadores, militares, intelectuales y gente similar. Aquello lo supieron sólo los que tenían que saberlo. Aquello había sido un aviso en toda regla a la máxima magistratura de que se había ido un poco más allá de la raya.

Los generales abandonaron el Northumberland en naves distintas a horas distintas. La lanzadera en la que regresé a la Tierra era la segunda nave que seguía a la del general Aufrere. Yo era la cocinera que había cocinado la langosta thermidor la primera noche para el comedor del capitán. También la que había preparado el ciervo asado para el segundo plato del tercer día. Éramos varios

los que habíamos sido desplazados a la cocina del Northumberland para la ocasión. Me enteré de lo que se discutía allí por la coronel Magaglio, buena amiga mía y con la que pude pasar muy buenos ratos de asueto esos días. Ella era de la misma opinión que yo, allí no se decidía el destino de la República, sólo se había decidido si se daba o no un paso más en una determinada dirección. Esta vez había habido generales fuertes que habían contenido el ímpetu del poder ejecutivo. Dentro de diez o veinte años podía no haberlos.

Desde una de las ventanillas de nuestra lanzadera, veo la capa de nubes que cubre la masa continental del Norte de África y el sur de Europa, hacia ella nos dirigimos verticalmente. Ese velo en nada es comparable a esas brumas de la más neogótica de las ciudades europeas, la bella ciudad del Támesis. Estoy deseando tumbarme en el sillón de mi piso y pasear por la tarde por esas calles cuyos colores nunca soleados siempre tienen un tono perfecto para una trama hitchcockniana.

El Emperador, en bata, era ya tarde, por uno de los pasillos de su palacio se dirigía hacia su biblioteca privada. Iba a paso ligero, aunque no iba a hacer nada en concreto sino a hojear volúmenes y descansar. El pasillo de suelo de mármol verdianaranjado por el que caminaba era de los verdaderamente largos. Sentía continuamente la incomodidad de que su madre se topara con él y le recriminara. Llevaba algún tiempo esquivándola. Seguro que se había enterado de todo. No hay nada como no hacer nada en todo el día para estar bien informado. De ahí que su madre fuese una especialista en enterarse de todo lo que ocurría dentro de Palacio. Ya se habría enterado de que el Estado Mayor el 22 de marzo le había enviado un coronel con un

mensaje. Un mensaje oral, una comunicación que no podía ponerse por escrito. La retirada de la moción a cambio de la anulación de la sentencia por defectos de forma.

Mi madre ya se habrá enterado, seguro, de mi primera reacción orgullosa. *Sí el Estado Mayor quiere comunicarme algo, que venga un general a hacerlo. Yo no hablo con coroneles.* Ahora reconozco que fue una salida de mal carácter, algo que hice que sin pensarlo. En menos de una hora, el general Faivovich me llamó nervioso y temor en sus palabras, una llamada confidencial. Lo menos que me interesaba era provocar la furia de los generales, me dijo. La voz casi le temblaba, me pidió que comunicase al Jefe de Estado Mayor que todo había sido un error y que volvería a recibir de inmediato al coronel enviado con el mensaje verbal. Su tono era de tanta preocupación que recapacité. Recibí, de nuevo, al oficial con su breve recado. Esta vez dos comandantes le acompañaban como testigos de que se me daba aquel mensaje y de cuál era mi contestación.

A través del enviado, comuniqué al Estado Mayor que mi anterior reacción había sido *algo que había que olvidar*. Me excusé alegando la presión que había estado sufriendo los últimos días. No creo que les convenciera. Lo peor es que hasta de estos episodios menores mi madre se acaba enterando.

Los títulos nobiliarios en el Imperio



Hace ya cincuenta y cuatro años que el Senado de la República Europea decidió conceder títulos nobiliarios. Puede parecer una contradicción el que una república restaurara la nobleza. Pero en realidad se trató de una pragmática e inteligente decisión. Si el Estado no hubiera impuesto normas en este campo, la nobleza hubiera resurgido de forma espontánea y anárquica. Después del colapso de finales del siglo XXI hubo *de facto* una desaparición de legitimidad de todas las dignidades nobiliarias, pues las líneas sucesorias quedaron bastante desdibujadas en medio de la destrucción documental que sucedió tras esos años. Había muchos miembros de una misma familia que reclamaban ser los legítimos sucesores de cada uno de los títulos.

El pueblo llano ha sentido siempre una irracional atracción por la nobleza, eso es un hecho, una realidad. Los senadores, juiciosamente, optaron por hacerse con el control de una realidad, fuera ésta racional o no. Pero por cada título había tres, cinco u ocho aspirantes. Así que se decidió, asimismo, hacer tabula rasa de todos los derechos, salvo los de las casas reales. Las monarquías, que sí que habían salvado sus líneas de legitimidad, se mantendrían.

Pero en el colapso del siglo XXI habían hecho todas un mal papel, tratando de salvarse llevándose encima todo lo que pudieron. Tampoco habían podido hacer otra cosa, dada la situación que se vivió en esos tiempos borrascosos, pero la gente hubiera esperado un cierto tipo de heroísmo.

Heroísmo para el que su vida no les había, ciertamente, preparado mucho. Los cócteles y las inauguraciones no son la mejor escuela para el heroico arrojo. Llevarse todo lo que pudieron y salvar el pellejo en medio de una revolución social les desacreditó. Acabada la turbia fase de revolución, tardaron mucho en aparecer a la luz.

El Senado, veinte años después de restaurada la paz, decidió que Europa tendría un número muy limitado de títulos. Dignidades que a partir de entonces no serían meros nombres, sino verdaderos exponentes de influencia y nobleza. Hoy día existen unos setenta títulos nobiliarios, veinticuatro de verdadera importancia. Los títulos provienen de la mayor parte de los países europeos que mantuvieron viva la nobleza hasta el siglo XXI. De los setenta y dos títulos actualmente existentes, la proporción inglesa de esas dignidades es notable. Por su especial prestigio, hay que destacar en la lista de los nobles ingleses al duque de Norfolk, al duque de Pórtland, al duque de Beaufort, al marqués de Winchester, al conde de Shrewsbury, al conde de Bathurst y al barón de Stafford. Después le siguen en número las dignidades escandinavas y las alemanas.

Los títulos no son hereditarios, el Estado los concede de forma vitalicia. La designación compete al Poder Ejecutivo. La cabeza de la República —el Cónsul Máximo— los concede como los concedían los reyes, así el paralelismo con otras épocas es perfecto. Si bien, el Cónsul los otorga con la autoridad que le ha sido concedida por el Senado cuando aprobó la ley que rige este campo. Es decir, no por su propia autoridad, sino con la autoridad que le delegó el Senado. Otra curiosidad es que aunque la designación depende del Cónsul, los títulos desde el principio los otorga la Cámara de los Lores.

La ceremonia de investidura en el Edificio del Parlamento es realmente muy bonita.

Cada noble al recibir la dignidad, recibe de forma anexa un castillo. Todos son bellos castillos históricos listos para vivir en ellos. El noble puede residir donde quiera, pero el castillo queda a su disposición para morar en él, temporal o permanentemente. Aunque cuando el noble muere, el castillo pasa a ser la residencia del que reciba el título posteriormente. Tampoco pueden alterar el régimen de visitas turísticas que cada castillo tenga determinado antes de recibir el título.

Durante años ha habido muchas opiniones acerca de quién debía recibir estas dignidades. Y así esta institución ha sufrido innumerables cambios de rumbo en lo que a ese punto respecta. Normalmente han recibido los títulos grandes generales. Pero a veces entre los nobles ha habido intelectuales, grandes prohombres o políticos. Mas poco a poco ha ido prevaleciendo la idea original de que un noble debía ser alguien poderoso. Y el poder que mejor se acoplaba al concepto de nobleza, era el poder militar. Hoy día aunque quedan nobles de otros círculos, provenientes de otras épocas, casi todos son generales.

Lo que el Senado no imaginó al instituir esta realidad, era que poco a poco el Cónsul ha ido concediendo los títulos a los militares más adictos a él. De forma que los militares nobles son un núcleo duro de apoyo a su persona dentro del Ejército. Ya que los títulos son el mejor premio para sus más fieles servidores.

Hace tiempo, el emperador Broemdolf quiso formar un cuerpo del Ejército integrado en su cúspide únicamente de oficiales nobles. Para así tener una parte del Ejército totalmente adicta a él. Otro quiso que todos los generales del Estado Mayor fueran recompensados con un título de forma automática. Otros tuvieron otras ideas. Hoy

día la nobleza tiene un poco de todo, resultado de todos estos continuos cambios de criterio.

La institución de la nobleza ha tenido resultados que aunque pequeños nadie hubiera podido esperar en el momento de su refundación. Me explicaré. El Ejército resultaba un estamento demasiado independiente del Cónsul y podía tener la tentación de oponerse más allá de la cuenta al Poder Ejecutivo, tratando de imponer sus puntos de vista. Esto se debía a que en la Carta Magna, el Senado instituyó una gran separación entre el Poder Ejecutivo y el Ejército. El Cónsul no puede nombrar más que un cierto número de generales. Así que el otorgamiento de títulos supone un eficaz contrapeso a las tentaciones de enfrentamiento. Los nobles, es decir, los generales nobles, siempre van a tender a ser favorables al Cónsul. La nobleza siempre es un núcleo duro a favor del Poder Ejecutivo. Distribuidos los nobles en todos los campos del Ejército, así como en puestos del Estado de gran influencia, siempre son deudores del cónsul al que debieron su título.

El Imperio no es una dictadura. Pues una dictadura supone el ejercicio despótico y arbitrario del poder concentrado en una sola persona. Y en nuestro Imperio el Poder está bien repartido y sabiamente contrapesado. El ejercicio del Poder en este continente supone aceptar las reglas del juego entre los varios estamentos que lo componen. Una división muy bien equilibrada. Hay democracias en las que, a pesar de que se vote, en la práctica, el Poder está mucho más concentrado en una persona, o en un par de partidos. Se vota sí, pero el Poder no cuenta con contrapesos una vez alcanzado.

De todas maneras, aquí el auténtico y verdadero poder militar, político y económico está en manos de la Familia Imperial. Esas

cien personas poseen en sus manos los hilos de todo lo que de verdad importa en Europa. Incluso los títulos nobiliarios suelen recaer en ellos. El 78% de los títulos nobiliarios están en manos de miembros de la Familia Imperial. Ellos tienen el poder económico, además sus hijos son militares y por si fuera poco acaparan los títulos de la nobleza. Ellos se pasan de una mano a otra los cargos, los títulos, las grandes empresas. En realidad, los grandes grupos empresarios son los verdaderos feudos que son transmitidos de padres a hijos.

Se discutió mucho si un noble podía ser elegido senador o viceversa. Se decidió por mantener la tradición de que los senadores debían ser todos iguales y que por tanto ningún noble debía ser elegido senador. Norma, por otro lado, que ya se respetaba pues sólo militares eran los que llevaban recibiendo los títulos desde hacía mucho.

Las casas reales sí que son hereditarias. Y sus hijos reciben el tratamiento de príncipes o infantes, con sus títulos propios: príncipe de Gales, príncipe de Asturias, etc. Ellos no reciben ningún tipo de ayuda del Estado. Tampoco representan a los países de los que sus ancestros fueron reyes. Hoy día, cada monarca representa sólo a la familia real de la que es cabeza. Ninguno ha conservado sus antiguos palacios. Su fama social suele ser pequeña, eclipsados por los grandes títulos nobiliarios, que aunque inferiores sí que se hallan dotados de un poder efectivo. Desde luego el difunto Conde de Cambridge, título desde hace tres años vacante, fue mucho más popular y poderoso que el duque de Luxemburgo o el rey de Noruega. Pocos reyes han sido recibidos por los cónsules ya que hoy día resultan unas figuras muy poco influyentes.

Como curiosidad, alguna vez algún cónsul por servicios muy especiales ha concedido a alguien el título de archimarisal, o archiduque o landgrave. Pero se trataba de títulos de naturaleza excepcional. A día de hoy, la nobleza de Europa está compuesta por:

7 reyes
2 príncipes
10 duques
14 marqueses
21 condes
3 vizcondes
8 barones
20 caballeros

Europa es el único lugar del mundo donde quedan nobles. Si bien los nobles europeos son tan conocidos en el entorno de nuestro Viejo Continente como fuera de él. Por ejemplo, los grandes nobles son tan populares en los programas del corazón de Estados Unidos como en los de Europa. Los avatares personales y familiares de los duques y condes son tan seguidos por la prensa de europea como por la de Japón o Australia. Los matrimonios y fastos entre los grandes de Europa dan lugar a grandes fiestas y encuentros sociales. Eso siempre le ha gustado a la gente. Eso fue lo que captó el Senado, y por eso decidió refundar y encauzar esta realidad social.

A veces me pregunto, ¿tenía que haber sido así la sociedad? No sé. Lo que es indudable es que hace mucho que esta sociedad inició el camino de la estratificación, de la creación de élites, de la creación de más y más barreras invisibles entre los hombres. Las sociedades pueden esforzarse por favorecer la igualdad, o por el contrario pueden promover este tipo de pedestales invisibles entre humanos. Construir

estos pedestales no es obra de una generación, cuesta. Pero créanme, se pueden erigir verdaderos podios, tan pétreos que resultarán tan difíciles de derruir como de erigir. Nuestra sociedad ha sucumbido a esa idolatría de otros seres humanos. La prensa del corazón con sus grandes bodas, grandes mansiones y opulencia ha rodeado a la Familia Imperial de un glamour y una sofisticación tan anhelada como envidiada.

¿Dónde queda la idea de una república de hombres libres e iguales? No soy ninguna admiradora de esa institución a la que pertenezco. Si me preguntan qué es la nobleza diría que no se trata de otra cosa más que de una escuela de servilismo. En el actual sistema de cosas, el más adicto al Cónsul puede recibir este tipo de recompensas a sus servicios. Y para todos quedará claro que sus *servicios* son públicamente recompensados.

Un barón es la prueba de que vale la pena ponerse al servicio del Poder. Y si sigue siendo un fiel servidor del Estado puede acumular otro título. Y así el barón de Stafford con los años puede acumular un condado. Y acabar sus días siendo conde de Bathurst y barón de Stafford, residiendo a temporadas en sus dos bellos castillos, recibiendo honores y sirviendo de ejemplo de que vale la pena seguir las reglas del juego.

Como curiosidad diré que el noble que acumula más títulos es Heydrich Trondhauser, comandante supremo de las HH.AA, el cual es duque de Norfolk, marqués de Badem, conde de Bornholm y barón de Koëldwethout. Este siniestro sujeto no pertenece a la Familia Imperial, pero parece que cada Cónsul que ha llegado a la máxima magistratura ha tenido gran interés en tenerlo a su lado. Ha acumulado mucho porque ya se sabe que el poder atrae más poder, así como la indigencia atrae desgracia sobre desgracia.

Sería maravilloso que la miseria atrajera a la riqueza, pero eso no es así.

Pero no debemos desanimarnos de que la sociedad esté organizada así. Sin duda, ni siquiera Atenas fue tan idílica como nos la imaginamos. Quizá se pareció más a nuestra sociedad que a la idea que nos hemos forjado. En cualquier caso, mientras las porteras y modistas sigan pendientes de los trajes de la última gran boda, mientras el 40% de la población no se despegue del televisor llorando a moco tendido ante los funerales del último gran noble fallecido, mientras esto siga así, la Familia Imperial puede seguir disfrutando muy tranquila de su monopolio del Poder.

Después de escribir con su calmosa pluma estilográfica la postrera frase *...de su monopolio del Poder*, la mujer de sesenta años dobló el folio por la mitad, abrió el cajón de su escritorio de caoba, y depositó la última hoja en el interior de un sobre de gran tamaño donde aguardaban ya escritos los anteriores folios de aquel opúsculo sin destinatario fijo. Aquella mujer de moldeado pelo cano, vestida de blanco, era la reina de Dinamarca.

En esa distinguida dama, alta, delgada y esbelta, culminaba la saga de bárbaros, de antiguos vikingos rudos que se alimentaban de renos y salmones, guerreros de brazos fuertes que empuñaron pesadas hachas. Todo aquello se coronaba en ella. Esa mujer de traje de tela de seda estampada era la culminación de todo aquello, la culminación de guerreros nórdicos que sufrieron muchos días nevados en sus guerras, y emprendieron largas marchas por tierras boscosas. Ella era la culminación de los forjadores de un reino hiperbóreo.

La mujer caminaba por la mullida alfombra persa de su salón hacia otra sala de

su inmenso piso en el centro de París. Tenía una mansión en Dinamarca, por supuesto, pero pasaba más tiempo en París. Se dedicaba a llevar sus negocios, a asistir a actos protocolarios y a colaborar con una firma de imagen y relaciones públicas.

Era una mujer distinguida. Su tez, su resistencia al frío, sus largas piernas y sus genes eran rasgos que mantenía en común con sus lejanos antepasados normandos analfabetos y fuertes como robles. Su piso en el centro de París, de ochocientos metros cuadrados, estaba salpicado de escudos, armaduras y obras de arte danesas. Eran como el resto del dinástico naufragio de una monarquía. Eso sí, hasta el final con dignidad.

El resto de monarcas vivían más o menos como ella, unos con más negocios, otros menos adinerados. Ninguno se moría de hambre, desde luego. Todos tenían una mansión, una casa de campo o terrenos. Pero muchos no residían en los países de los cuales tenían el título, sino que cada uno vivía donde quería y sus negocios le requerían. Todos tenían pisos espaciosos y admirables, repletos de testimonios de su pasada grandeza.

La monarca, ya en la otra sala presidida por un lienzo de cinco metros de largo que representaba una batalla napoleónica, se detuvo un instante a mirar una vitrina de cristal blindado. Dentro, sobre una almohada de terciopelo rojo, una diadema de miles brillantes, blanquísimos y diminutos. No era una corona antigua, pero ya había pertenecido por cinco generaciones a las reinas danesas. Allí en esa vitrina estaba todo lo que quedaba de las joyas de la corona de Dinamarca. Esa sala con sus dos bargueños, sus treinta oleos, un armario de libros antiguos y tres vitrinas era todo lo que quedaba de un tiempo pretérito, pero a la monarca le parecía bien. Le parecía bien la libertad de la que gozaba y su opulencia. Era

una ciudadana más en un antiguo continente de reyes y caballeros. Vivía bien y no deseaba más. No tenía ninguna nostalgia de tiempos pasados, hacía cinco generaciones que ningún antepasado suyo había reinado. No reinaba y así estaba bien. Llevaba una vida sin demasiados ajetreos y sin grandes complicaciones, no deseaba más. Podría incluso decir que deseaba que sus conciudadanos no volvieran a caer bajo el yugo de ningún cetro, pero en realidad no lo deseaba: que hicieran lo que les diera la gana como ella misma lo hacía. Hacía mucho que la sociedad había sido abandonada a sus propias fuerzas. La sociedad se desplazaba lentamente empujada por sus propios vientos, por sus propios impulsos. La idea de una sociedad enderezada una y otra vez por la égida de la razón era una idea que sonaba a utopía decimonónica, lamentablemente.

Miró las caras de sus antepasados, oleos que mostraban mujeres sonrientes de mofletes ligeramente colorados o rostros graves de hombres serios revestidos de todas sus insignias. Serios o sonrientes allí estaban todos felices para siempre en esas telas, y así tenía que ser. La reina avanzó hacia su dormitorio para cambiarse, tenía una cena de gala en un par de horas.

El Northumberland

.....



En las bodegas del acorazado estratosférico a 4.000 kilómetros de la Tierra no hay apenas gravedad, ni aire. Sólo interminables silos de misiles. Kilómetros y kilómetros de estructuras metálicas sujetando cientos de miles de sofisticados y mortíferos proyectiles ahora silenciosos. Por los raffles de las cuadrículadas estructuras de almacenamiento reina una quietud rara vez turbada, pues por ahí sólo se mueven los mecanismos de reparación y mantenimiento de esas armas allí esperando, letales pero aguardando, mortíferas pero quietas.

En la parte más interna del acorazado están los cuatro anillos habitables, anillos giratorios que proporcionan gravedad y un entorno más que agradable a su tripulación. La tripulación está formada por cincuenta hombres ya que el Northumberland es la nave insignia de la República Europea. Este acorazado, el más grande de su género, de cinco kilómetros de envergadura, ya desde el mismo momento en que aparecieron los diseños sobre el papel, se ha constituido en todo un símbolo del poderío del estado intercontinental que lo construyó y lo mantiene.

En el vestíbulo de entrada al primer anillo habitable hay colgado del techo un esqueleto de ballena, como para mostrar quizá el paralelismo entre el gigante marino y el artefacto estratosférico.

El acorazado dispone de ocho grandes zonas ajardinadas y de un anillo entero, el IV, en el que siempre nieva, día y noche. Una zona ésta última que es un prodigio de diseño, con sus llanuras, sus colinas y sus

bosquecillos, siempre nevados. Sólo cuatro veces al año, se detienen las nevadas, se elevan las temperaturas y durante una semana el anillo goza de una temperatura agradable y casi primaveral. En el IV anillo, la tripulación pasea bien enfundada en sus anoraks, esquía y pasa su tiempo haciendo deporte.

También en la estratosfera hay fronteras. Al principio cada uno sobrevolaba el país que uno quería, pero a nadie la hace gracia que una de estas fortalezas orbitales se coloque justo encima de su propio país. Hubo unos cuantos incidentes entre las superpotencias y finalmente se optó por llegar a un acuerdo internacional que pusiera un poco de orden. El Convenio de El Cairo determinó unas zonas de exclusión. Afortunadamente la mayor parte de la estratosfera sigue siendo de libre tránsito, es decir, el equivalente al concepto jurídico de *aguas internacionales*. En este campo se ha logrado un cierto *statu quo* que todo el mundo respeta. Si bien es verdad que entre cuatro potencias se han repartido todas las zonas de exclusión. Claro que el resto de países tampoco dispone de fuerzas estratosféricas.

En los acorazados estratosféricos los norteamericanos han optado por tripulaciones mínimas. Un acorazado entero de los suyos puede ser mantenido por siete hombres. En combate los ordenadores hacen casi todo, no se necesitan más hombres. La República Europea ha optado, sin embargo, por tripulaciones más extensas que hagan más agradable la estancia en estos gigantes. Los acorazados europeos suelen tener una media de cuarenta hombres. Los norteamericanos suelen relevar con frecuencia a sus hombres. Nuestras tripulaciones nunca pasan menos de medio año en los acorazados

Incluso en los uniformes vemos diferencias de mentalidad. Los uniformes de los norteamericanos son funcionales, como monos de trabajo con galones. Mientras que los uniformes de gala de nuestros oficiales recuerdan algo a los de la marina inglesa del XIX. En los acorazados europeos es obligatorio para la oficialidad vestirse de gala cada noche para la cena. Y no sólo eso, además, se fomenta el que los puestos en la armada estratosférica pasen de padres a hijos. Para el Imperio esta armada tiene un aire emblemático, para los Estados Unidos tiene un carácter más funcional.

Se dice, con toda verdad, que si no fuera por las armas antibalísticas, uno sólo de estos monstruos de medidas gigantescas podría arrasarse a Egipto, Libia, Marruecos y Argelia juntos. Una sola orden en el puente de mando, y por los raíles de sus bodegas comenzarían a correr millares de sus proyectiles, ininterrumpidamente, como si de un río ordenado se tratase, saliendo sin prisas pero sin pausa por todas sus compuertas. En diez minutos, estarían todos los misiles flotando en el vacío del espacio, cada uno en su sitio, cada uno en su coordenada. Esperando una orden. Una orden, y el infierno se haría realidad. Una orden y como perros rabiosos, como rayos de la ira, se lanzarían directos hacia su objetivo en tierra o en el espacio.

Pocas cosas en este mundo pueden detener decenas de miles de misiles lanzados en un mismo instante. La Urbe sí que podría detenerlos con sus miles de plataformas antibalísticas situadas en las bases militares de la ciudad y en otros muchos puntos de esta. Pero cualquier otra ciudad quedaría arrasada hasta sus cimientos. Por eso en el puente de mando se siente esa inexpresable sensación de poder. En el puente se tiene la última decisión sobre la vida y la muerte, se puede decidir que

millones de personas sigan con su vida o no conozcan un mañana. Por eso también, todos los posibles ataques están ya programados de antemano: el ataque de otro acorazado, la declaración de guerra por parte de una nación, el ataque de una aeronave menor, la interrupción de comunicaciones con el Ministerio de Defensa, etc, etc. Todos los escenarios están contemplados, todas las combinaciones previstas. Nadie puede salirse de los programas aprobados por el Ministerio. Cualquiera de los integrantes del puente de mando está entrenado para saber qué hacer si un jefe quiere ir más allá de lo razonable o actuar con independencia de las directrices ya aprobadas por las mentes pensantes de los generales y técnicos de allá abajo. Un técnico no obedecería la orden gratuita de atacar a una nación, si no lo ordena el Ministerio de Defensa por más que el capitán se volviese loco. Es más, sin dos técnicos que introdujesen las claves de ataque a la vez, no sería posible comenzar un protocolo de ataque. La Muerte se contiene en las bodegas de ese acorazado, pero se guarda a buen recaudo, silenciosa, latente.

El Northumberland ahora está situado en órbita sobre el meridiano 21, latitud 52, sobre Polonia. Cerca de las costas portuguesas, a 3.000 kms de altura, está el acorazado Vladimirovna. Más o menos sobre Irán está el Leonidas. Estos son los pesos pesados que protegen nuestra orgullosa república a estas alturas. Son los vigías que nunca duermen. Las, digamos, *murallas* de este siglo XXII. Otros dos acorazados de la República están repartidos por el resto del mundo. Los norteamericanos tienen los suyos, así como China, Japón y los *dragones asiáticos*. Australia sólo tiene cuatro destructores estratosféricos, naves de aspecto alargado, mucho menores en tamaño, a

nuestro lado son como pequeños buques, que serían barridos del mapa sin ningún esfuerzo. También nosotros disponemos de más de sesenta destructores de trescientos metros de envergadura. Tenemos El resto de países ni se esfuerza en crear una fuerza efectiva en esta región de la Tierra, supondría gastar ingentes cantidades de dinero para nada. No nos podrían hacer ni cosquillas y nosotros nos los quitaríamos de en medio en cuanto quisiéramos.

El capitán del Northumberland tiene sus hobby. A bordo, se fomenta que cada tripulante cultive aficiones. Él cada día cultiva con mimo sus magnolias, sus orquídeas y dos o tres especies más de su gusto. La jardinería es una de las aficiones mejor vista aquí pues todos se benefician de este pasatiempo. La teniente Bourseguin es una especialista en grabados del siglo XVII. Siempre anda completando sus lecturas y estudios con reproducciones que le llegan vía on-line. La subteniente Naruke es una violinista consumada. Dos sargentos son cinturón negro de judo, siempre andan enzarzados en sus combates. Otros practican el golf. Si te gusta vivir en una isla, vivir aquí supone vivir en un lugar privilegiado.

Este acorazado es tan grande que en un rincón de uno de los anillos habitables incluso hay una pequeña zona de casitas donde viven tres capitanes retirados y un general, con sus familias. Forman como una especie de pequeño pueblo aparte, relativamente aparte. Nuestros jefes del Ministerio han favorecido esto. No suponen un gran gasto para este gigante y, sin embargo, le otorgan una cierta impresión de inmensidad. Últimamente ya no se proyectan naves de guerra de dimensiones tan magníficas y generosas. Pero la imagen que

para el Imperio ofrece este ingenio también es algo digno de tenerse en cuenta.

Hace poco se ha celebrado a bordo una reunión de generales de Estado Mayor, la tradicional reunión anual de esos generales. El que esa reunión se celebre aquí cada año también es una cuestión también de imagen. Esto es como tener una formidable fortaleza, un magnífico marco para actos de trascendencia. Me consta que a bordo se han tratado temas de la máxima importancia.

Es lógico que quieran alojarse aquí unos días, al fin y al cabo ellos son los jefes y les gusta pasar un par de días cada año en este pequeño paraíso. Sí, esto es un pequeño paraíso, aunque hace dos años ocurrió un hecho... muy desagradable.

El Ministerio decidió enviar a un coronel de las HH.AA para que investigara cierto suceso lamentable. Los generales no enviaron a un coronel de las HH.AA por gusto, hubo presiones, intervino el mismo Emperador. El cual quiso que el tema fuera investigado por alguien ajeno al Ejército y sin ataduras a éste.

Aquel coronel de uniforme negro, frío, siempre serio, era alguien siniestro. Vino además, cosa sorprendente, escoltado por cuatro soldados de las HH.AA tan siniestros y oscuros como el coronel. Los cinco formaron un grupo totalmente aparte durante toda su estancia. Comían aparte y no se mezclaron para nada con el resto de la tripulación. Debían tener instrucciones de no intimar con nadie. Al coronel se le invitó a cenar dos o tres veces en el comedor del camarote del capitán. Pero no más veces, el mismo coronel prefería mantenerse lejos de todos mientras realizara la misión que se le había encomendado. Y fue mejor así. Aquel hombre no hacía más que observarnos y estudiarnos.

La mayor tensión tuvo lugar varios días después cuando uno de los HH.AA que le

acompañaban, un miembro de la policía del Partido especializado en interrogatorios, quiso aplicar el test Rostsh-Ferd sobre toda la tripulación. El capitán se negó en redondo. De ningún modo se inyectaría ese suero a ni uno sólo de sus subordinados antes de dar comienzo al interrogatorio. El coronel se mantuvo firme en su propósito. El capitán tuvo que apelar al alto mando de la armada estratosférica. Incomprensiblemente el alto mando dio la razón al Partido. Parece que fue el Partido el que presionó para que se autorizara la ejecución de ese test. Si bien se concedió ese permiso con restricciones. El coronel de las HH.AA. intimidó al capitán del acorazado minimizando las restricciones. El comisionado para la investigación se dio cuenta de que iba a tener que volver a llamar a sus superiores para revisar el tema de las restricciones. Finalmente creyó más prudente no crear más tensión entre el Ministerio y el Partido. La tensión a bordo también había llegado al umbral máximo de lo que se podía resistir.

Él venía a investigar un asesinato cometido en ese acorazado. Los sospechosos eran pocos, pues pocos moraban allí. Pero aunque se trataba de un solo asesinato era un caso de suma complejidad porque antes de morir envió una carta escrita a la policía indicando que sabía cosas, cosas que ahora, de momento, es mejor dejar en la oscuridad. El asunto tenía implicaciones tan importantes que por eso se decidió en el círculo cercano al Cónsul que se investigara por alguien ajeno al Ministerio de Defensa. El Emperador de ningún modo deseaba que en su nave insignia hubiera suelto un asesino y quizá un saboteador. La reunión anual de generales de ese año tendría lugar en dos meses. Todo debía estar resuelto para entonces. Las órdenes eran categóricas: había que lograr la verdad costara lo que costase. No había límite

de tiempo para la indagación, nadie debía ponerle restricciones. Y allí llegaba él, el coronel, como un inquisidor a un ambiente cerrado, apiñado y hostil. No había restricciones para sus pesquisas y preguntas, para mirar archivos informáticos, ni para indagar en todos los discos de grabaciones de circuitos cerrados. Pero no debía olvidar que él no era el capitán. Todos obedecían al capitán y él era un recién llegado. Hay que reconocer que el caso era muy complicado: ¿cómo se enteró de lo que se enteró el asesinado, cómo llegó la carta a conocimiento de los círculos más cercanos al Cónsul, quién le asesino?, era un misterio.

Hay quien dice que toda la investigación era parte de una conjura. Una de las muchas conjuras que se urdieron en esa época. ¿Era todo una trama para desprestigiar a las HH.AA sabiendo que el resultado de la investigación iba ser el ya previsto desde el principio, quizá antes del asesinato? ¿Era una trampa para cazar al cazador? Muchos en el Ministerio llegaron a decir que lo primero que había que investigar era si realmente había habido un asesinato.

Al final las pesquisas concluyeron. El Ministerio, el Partido, el mismo Emperador, todos quedaron satisfechos, o parece que quedaron satisfechos, parece que se concluyó de común acuerdo la investigación, con satisfacción o sin ella, todo concluyó. Sólo el desquiciado investigador tuvo que retirarse después de aquel caso. Sus jefes no quisieron seguir escarbando en ese terreno.

El Northumberland siguió flotando impasible a 5.220 kilómetros de altura, moviendo con pesada lentitud sus 4.810.329 toneladas en dirección sursuroeste rumbo hacia Alemania.

La carta



Con el espermatozoide del sacerdote cristiano renegado se fecundarán los óvulos de las mujeres preseleccionadas. Se implantarán los 66 óvulos fecundados en las sacerdotisas dagonianas que viven en el Templo. Nueve meses después, parirán en medio de un rito en la Sala IX del ala oeste del Templo.

Ellos son los niños predestinados, al crecer ocuparán sus puestos en el primer círculo. Deberán ir ascendiendo por méritos en los círculos siguientes. En el primer círculo debe haber siempre al menos sesenta predestinados. En cada círculo habrá estos dos tipos de dagonianos: los predestinados y los iniciados. Los neófitos procederán de cualquier estrato de la de la sociedad en general. Pero cúidese siempre de que se provea suficientemente a los círculos de estos predestinados desde la infancia.

Estimada Ángela, lamento mucho que hayas tenido conocimiento del contenido de la carta. Nunca debió salir de ese círculo interno. Nos conocemos desde que entramos en la academia militar. Veintitrés años de amistad es tiempo suficiente para conocernos y los dos sabemos que no creemos en todas esas zarandajas, somos personas ilustradas. Tu puesto de responsabilidad está muy por encima de tu rango de coronel. Pero de coronel a coronel te digo que la sociedad precisa de ese tipo de rituales.

Las masas creerán mucho más si les consideran a ellos investidos de un poder superior. Y ahora, más que nunca, precisamos que las masas sigan fielmente a nuestros

gobernantes. Con tal de que la maquinaria del estado siga funcionando, qué nos importa a nosotros este tipo de irracionalidades. Irracionalidades, por otra parte, tan bien calculadas.

Sé los reparos que este tipo de cosas te producen, pero te aseguro que la sociedad no se gobierna sólo con política. Y mucho menos con tanques. Eso debemos reconocerlo los militares. Deja a los profesionales de ese campo saber qué deben hacer con la sociedad. Y entiende que si ellos quieren convencer a las masas, los primeros convencidos deben ser ellos mismos. Para este fin son necesarios este tipo de *aspectos irracionales* si se quiere que esa élite esté lo suficientemente persuadida de su verdad, como para persuadir al resto.

Quédate tranquila. Nosotros los militares sabremos contener la irracionalidad dentro de unos límites razonables. No estamos jugando con fuego. No somos niños.

Espero pasarme el próximo mes a hacerte una visita a ti y a los niños. Hasta pronto.

La licodedraina



-Aquí tienen un folleto sobre las charlas para padres que pagan este... *capricho*.

Los padres miraron al hijo de diecinueve años. Su querido Hugo con su pelo rubio lacio hasta los hombros les devolvió la mirada como destacando la última palabra de la señorita de la mesa que les acababa de alargar la mano con el folleto: un capricho.

Era sólo un capricho. Tenían que entenderle. Después, la señorita vestida con un traje de azul muy ceñido hasta el cuello, continuó sonriente pero de un modo muy mecánico:

-Hay visitas todos los viernes, de una hora, al principio. Después de un mes los permisos de visitas se van acortando.

-¿Pero... y cuándo el cuerpo se les va hinchando, seguro que no sufren? -preguntó la madre angustiada.

-Absolutamente nada, mire sus caras.

La sala de alto techo, de un blanco hospitalario, reluciente, acababa en una gran cristalera donde se veían, un poco lejos, a veinte personas semitumbadas en una especie de sillones de cuero como los de los dentistas. Aunque a varios metros de distancia no se apreciaba, las personas que estaban tumbadas en ellos se hallaban discretamente entubados y unidos algunos cables. La expresión de felicidad de aquellas caras era beatífica.

Los padres miraron todavía un rato pensativos hacia la cristalera. Después, como no decían nada, la señorita les animó con un breve: hay quienes lo hacen como jubilación, otros prefieren disfrutarlo ya en la juventud. Pero el alegre y despreocupado comentario no les animó nada. El padre con expresión suplicante, dijo confuso:

-Cuando su hígado... falle -*reviente* iba a decir-, pues fallará...

Con su hijo delante no acababa de encontrar las palabras, la pregunta no acababa de salir. La madre del chico reunió fuerzas y preguntó:

-¿De verdad es necesario entubarlos?

-La licodedraina se puede resistir sin entubación durante dos semanas, más allá de ese tiempo, la dosis dañaría irreversiblemente el hígado. Con entubación el hígado puede resistir sin problema por más de cuatro años. Pero aun así, a pesar de los problemas, la vida media de un licodante es de un año más una vez que aparecen los problemas de hígado -la amable señorita sacó unos papeles-. Ahora hablemos de los costes. La vida media de un licodante es, como he mencionado, de cinco años, a 500 dólares por día, son 18.250 dólares por año.

El veinteañero no esperó que los padres hicieran ningún comentario y exclamó suplicante:

-Papá, mamá... en el fondo, es menos que el precio de un piso. La felicidad suprema, el placer máximo, por el precio de un piso.

Los padres ya no sabían que decir, lo habían hablado tantas veces. Sólo tuvieron fuerzas para preguntar una vez más:

-Hijo mío, ¿seguro que es esto lo que quieres?

-La he probado mamá. Mi decisión está tomada. Aquí podré vivir años y ser feliz. Si no la volveré a tomar, y acabaré muerto de cualquier manera, en cualquier lado.

Los padres habían hablado del tema durante meses. Ya estaba todo dicho. Era inútil volver a hacer una escena justamente allí, cuando ya estaban sentados frente a la mesa de información de la empresa-. Si no me pagáis el gozo completo, el gozo máximo, me tendré que pagar una dosis de LHP-4 durante

un mes. Mucho menos placer, mucho menos tiempo. Entonces me perderéis, pero habré vivido y muerto mucho peor. No quiero imaginar mi muerte con todo eso en el cuerpo sin supervisión médica. Moriré tirado por ahí, vomitando sangre. Está en vuestras manos. No está en vuestras manos el decidir que lo deje, está en vuestras manos el hacerme sufrir menos y que goce más.

-Hijo, tienes toda una vida por delante.

-Prefiero gozar al máximo durante menos tiempo.

La licodedraina era una sustancia que provocaba un extraordinario placer en el cerebro. Activaba la zona cerebral del orgasmo de un modo integral, de un modo mucho más intenso de lo que uno pudiera gozar de un modo natural. Los laboratorios habían ido haciendo progresar el mundo de las drogas del placer cada vez más. Las variantes de la licodedraina habían logrado una perfección notable con los menores efectos secundarios. Al fin y al cabo se trataba de activar artificialmente, por medios químicos, unos conductores neuronales y una zona determinada de un hemisferio cerebral. La misma ciencia que había llevado el hombre a Marte y había creado aceleradores de partículas subatómicas de varios cientos de kilómetros de radio, había logrado progresos admirables en la técnica química de provocar placer.

El problema mayor de la licodedraina era que provocaba tanto placer, tan intenso, tan prolongado que la gente no quería dejar de tomarla. Su mayor problema era ése, su maravillosa efectividad. Y a pesar de su baja toxicidad, a grandes dosis sí que provocaba daños fisiológicos.

Muchas personas habían resuelto qué hacer ante este dilema: tomar esas dosis el tiempo que uno resistiese y morir tras haber gozado de los placeres más intensos que uno

pueda imaginar. Con el tiempo, en algunos hospitales privados del tercer mundo, se comenzó a administrar la licodedraina hasta la muerte en un entorno controlado, con asistencia médica. Todo lo cual prolongaba mucho el tiempo que se podían tomar las dosis, así como mejoraba la calidad de vida en los estadios terminales de estos *pacientes*.

Los ministerios de sanidad de varias naciones comenzaron a reconocer su impotencia para evitar que en ningún país de algún rincón del mundo se proporcionase este *servicio*. Así que poco a poco se fue legalizando, con bastantes reservas al principio. Veinte años después, comenzó a ser legal incluso en Estados Unidos y Europa. Al fin y al cabo, si ambos países habían legalizado el suicidio (es decir, reconocían legalmente la libertad de cada uno para poner fin a su propia vida), ¿qué argumento legal podían oponer frente a este modo de poner fin a la vida?

Al menos, si se legaliza este negocio pagarán impuestos aquí y no en África. Al menos, no morirán en alguna sucia habitación de algún paupérrimo hospital de quien sabe qué país. Muchos, hasta ahora, son estafados. Hay a quienes se les mata sin más al llegar al destino, quedándose con todo el dinero, al fin y al cabo ya se habían despedido de todos al hacer el viaje. La legalización tardó, pero finalmente fue un hecho y se creó toda una industria alrededor de la administración del placer químico.

La tentación, aunque mal vista, era atrayente: ¡el placer máximo que puede gozar una persona hoy en día en el siglo XXII! Junto a la licodedraina se les administraba via intravenosa gendrogluterol. Aquella sustancia era la causante de agradables alucinaciones mientras la licodedraina hacía su efecto meramente orgánico. Últimamente, estaban experimentando ya en algunos laboratorios

con una sustancia todavía más placentera, el LDDW-332, todavía mucho más potente.

La efectividad de la licodrainina no podía ser puesta en duda. En aquel centro privado radicado en el interior de Australia, los rostros beatíficos de los que ya estaban recibiendo las dosis lo decían todo. Cada persona se tumbaba en aquellos cómodos sillones acolchados, y vía intravenosa comenzaba a recibir su dosis. Durante todo el día ya no saldría de ese estado de placer intenso. Se le conectaba asimismo un gotero por donde recibiría también la alimentación.

En los casos en que se había interrumpido la administración de la sustancia durante más de treinta horas y habían vuelto a la consciencia, habían protestado fuera de sí, como irracionales y habían exigido que se les devolviera a aquel nirvana artificial. Se habían hecho muchas pruebas de ese tipo, muchas suspensiones de la dosis, y siempre el resultado había sido que la persona exigía frenéticamente como un salvaje que le devolvieran cuanto antes a su nube de placer habitada de todo tipo de alucinaciones maravillosas.

Las personas alimentadas en vena y entubadas hubieran podido vivir así hasta los sesenta o setenta años, de no ser porque el hígado inevitablemente se inflamaba. Con el tiempo, el hígado literalmente reventaba.. Ya antes de esto, a causa del hígado otros órganos comenzaban a sufrir irreparables deterioros en su funcionamiento: la vesícula biliar, el bazo, los riñones. El resultado era que cada licodante, con el tiempo, comenzaba a precisar de más y más cuidados paliativos. Aun así, la muerte en todos los licodantes era inevitable.

Como la zona del cerebro dedicada al placer está activada en grado máximo, el sujeto no sentía el más mínimo dolor físico durante esta fase final de malfuncionamiento

de sus órganos. Además, mucho antes de que la situación se hiciera crítica, las enfermeras administraban unas dosis de 8000 miligramos de licodrainina. Cincuenta veces superior a la normal. El cuerpo no puede resistir tal dosis y muere. Dado que fallecen, nunca podremos escuchar el relato del placer que debe experimentar un cerebro ante tal cantidad de miligramos de una sustancia tan potente.

La verdad es que un licodante, en cuanto lleva dos años en un centro de este tipo, es trasladado a una planta donde ya está fuera de la vista de sus familiares. Ello se debe a que el aspecto físico del licodante se deteriora considerablemente.

Hay licodantes de todas las edades. No pocos ancianos deciden acabar así sus días. Frente a un final de su vida luchando contra un deterioro físico cada vez más duro y sufriente, optan por un final artificialmente feliz. Otros abrazan esta forma final de vida al jubilarse. También los hay de veinte años. Frente a la perspectiva de abrirse paso en la vida, trabajar ocho horas diarias, madrugar, algunos prefieren pasar finalmente al *premio final*, como algunos lo llaman. No hace falta decir que los jóvenes que a los dieciocho años escogen este final es porque ya años antes se han vuelto adictos a esa sustancia. Piensan que si tal es el placer que produce durante cuatro o cinco minutos, qué será durante meses ininterrumpidos.

Pagar los gastos de este tipo de vida, de este tipo de final de la vida, no es excesivamente caro. Al fin y al cabo, el licodante no requiere nada, no pide nada. El personal necesario para suministrar las dosis es mínimo y el espacio que se necesita para cada uno es el de una estrecha camilla.

El chantaje que suelen hacer los jóvenes a sus padres para conseguir que les paguen una cama es simple. Les revelan que ya están tomando la licodrainina y que son

adictos a esa sustancia y que no tienen ninguna voluntad de dejarla. Pero que si no la toman bajo supervisión médica, pronto caerán enfermos y que acabarán encontrando su cadáver en el suelo, en algún rincón mugriento de la ciudad. Cuando las cosas ya se plantean ante los padres de ese modo tan crudo, cuando la decisión del chico es ya firme, caben pocas opciones para los padres. O dejarles morir de cualquier modo, o que al menos mueran dignamente, supervisados médicamente y gozando indeciblemente hasta el final.

Algunos políticos habían alegado que sólo los jóvenes más débiles de la sociedad sucumbirían a soluciones de ese tipo. De hecho, siempre había habido suicidios, siempre había habido drogadictos. Esto sólo les daba una muerte más digna a ese estrato de la población. ¿Quizá llegaría el día -preguntó el senador Entresangles al resto de senadores- en que el Ministerio de Bienestar Social administrase este tratamiento a los desahuciados, a los paupérrimos, a los desequilibrados, a todos que desearan marcharse del orden social de un modo ordenado, feliz y agradable. Había muchos a los que no se podía integrar en la sociedad, ¿no sería mejor para ellos mismos y para el Estado el ofrecerles libremente una salida no sólo digna, sino agradable en grado máximo? A nadie se le obligaría, sólo se le darían facilidades al elemento antisocial que deseara retirarse de este modo.

Sin embargo, los legisladores seguían preocupados ante una industria que si crecía podía convertirse en un cáncer de la nación. Una industria que podía convertirse en una plaga. Porque se trataba de una industria muy barata, desgraciadamente.

Miles de jóvenes mueren, comentó otro senador en la deliberación del Senado, pero no se preocupe, senador Janustzky,

millones de jóvenes les sustituirán. Esto es como en la Roma Imperial de los césares, si una élite se echa a perder, otra masa de población ocupará su lugar. La sociedad cuenta con medios humanos ilimitados para sustituir a los elementos enfermos.

Los dos padres se cogieron de la mano mientras echaban una mirada más al hijo, el padre firmó el contrato. Su hijo, mayor de edad, firmó después. El chico se corrió de sus ojos verdes unos mechones de su melenita rubia hacia un lado y sonrió satisfecho. Lo había logrado. Le había costado más de un año de insistente lucha. Más de un año de hacer de su casa y de la vida de sus padres, un infierno. Pero al final, había conseguido la firma.

-Bien. Tomen -y la señorita les dio un folleto a los padres-, un folleto no puede explicar una sensación, pero es un intento de que comprendan la decisión que ha tomado su hijo -sonriendo le indicó al joven-: Métete en esa sala y tómate estas dos pastillas. Es una dosis mínima de berguntemol para relajarte mientras te van preparando sobre uno de los sillones que hay en esa sala de la izquierda. Un ratito muy corto, se te hará corto.

El entierro del senador Lallemand



Los senadores más ancianos formaban espontáneamente el grupo que seguía más de cerca el féretro portado por seis hombres con librea de bordes dorados y pechera blanca. Los vetustos senadores con sus cojeras, vacilaciones y bastones seguían a aquel lento ataúd de asas de bronce. Los senadores de mediana edad iban un poco detrás de este grupo formado por los que más le habían conocido. En estas ocasiones de luto tan solemne, los senadores vestían unas muy impresionantes togas negras.

El grupo de casi cien senadores avanzaba por aquel gran corredor que a ciertos trechos estaba custodiado por la guardia senatorial en posición de firme. En el centro de la comitiva de senadores, en primera fila, iba el Cónsul Máximo Holbein. Razón por la cual, más atrás, discretamente, seis pretorianos le seguían en los flancos del grupo de senadores y familiares.

Thierry Lallemand, aquel poderoso senador cuyas exequias iban a tener lugar, era además poseedor de una formidable fortuna. Diez familiares seguían el féretro a la derecha del grupo de senadores. Los senadores tenían el honor de poder ser enterrados en el mismo edificio del Senado. El vasto edificio poseía una gran galería de enterramientos. El Senado era tan enorme que había trabajadores del edificio que no conocían la existencia de esta galería.

Llegaron por fin al lugar donde un hueco abierto en la pared y la lápida de mármol con su nombre y títulos descansando en el suelo, indicaban que era el sitio donde

iba a reposar. La caja de roble y ciprés fue dejada frente al hueco. Dos sacerdotes de Isis, vestidos de blanco, practicaron sus ritos funerarios. Los silenciosos familiares y senadores de pie, entristecidos, asistieron a la breve cremación de incienso, a la ceremonial libación de agua sobre el ataúd y a la recitación de una especie de mantra.

No existía una religión común a los senadores. En general, no creían en nada. Aunque varios tenían sus propios gurús o brujos, y la secta dagoniana iba cobrando más y más auge. Normalmente este tipo de sacerdotes eran requeridos únicamente para los ritos funerarios. Para dar vistosidad a la ceremonia, para no enterrar a alguien sin más. Enterrar a alguien sólo con una poesía era más triste. Todos querían que se hiciera algún tipo de rito en un momento así. Sí, la ocasión, sin duda, requería algo. La caja fue introducida por los seis experimentados porteadores en su amplio nicho.

Todos contemplaban la escena en silencio y con atención cada una de las operaciones para sellar la lápida. Los pretorianos eran los únicos que no miraban a los operarios, no perdían ojo al pequeño grupo de gente allí presente. Su uniforme negro hacía juego con la situación. Por su parte, los uniformes de los diez soldados de la Guardia Senatorial con su capa roja, alineados, contribuían a poner una nota de color y vistosidad a la escena.

Uno de los ancianos senadores no pudo evitar mirar hacia las antiguas tumbas de otros colegas suyos de una época ya lejana, de otras generaciones: tumbas sencillas, sobrias, reflejo de una época más austera, más libre, menos monárquica. Un cierto olor a sándalo y mirra impregnaba aquella zona de la galería rectangular iluminada por dos grandes ventanales alargados. Los viejos senadores,

conocedores de una época más libre, iban ya muriendo.

Hasta aquella galería llegaban los lejanos redobles de más de cien tambores. Los tambores de algún regimiento de la Guardia Senatorial. Alguna columna debía estar marchando por alguna terraza superior del edificio hacia su cuartel en el interior del complejo senatorial. Podía imaginar el centenar de grandes tambores cubiertos de tela roja, retumbando al son del paso acompasado de doscientas fornidas piernas. El retumbe debía entrar por varias aperturas del vestíbulo del final de aquella galería. El Senado tenía su propia legión que sólo rendía cuentas al mismo colegio senatorial. El acuartelamiento estaba situado dentro del edificio.

El viejo senador volvió a mirar las viejas sepulturas, los ritos funerarios de los sacerdotes de Isis iban tocando a su fin. En verdad que aquel edificio era admirable, pensó. Había conocido ampliación tras ampliación. Algunas de ellas tan monumentales, pero tan poco prácticas, que estaba bastante vacío en algunos sectores. Resultando una especie de monumento de la República, con amplias galerías interiores, grandes salones y arcadas con estatuas.

En el mismo edificio, además de todas las oficinas administrativas, radicaba también el Archivo del Senado, un club privado, la Biblioteca del Senado, pequeña pero especializada en libros valiosos. También estaba el acuartelamiento, la sala de comunicados oficiales, salones para actos de protocolo, etc, etc. Pero era un edificio muy vacío y solitario. Tanto el exterior como el interior del edificio era una visita obligada cuando alguien iba a la capital. La plaza delante del edificio era increíblemente extensa. Baste saber que en su centro, el centro de la plaza, había cien monolitos,

colocados perfectamente alineados en diez filas que formaban un cuadrado. Los había de mármol, enteramente de acero, de varias formas, con distintas inscripciones. Todos de igual tamaño, colosales, las personas entre ellos parecían hormigas. Más allá del final de la plaza y justo delante del Senado, ocho edificios-torre daban la impresión de ser los últimos monolitos, desmesurados, justo delante del edificio senatorial.

Pero ni todos los monolitos del mundo podrían con sus toneladas contrapesar el poder creciente del poder ejecutivo en Europa. Se estaba formando un agujero negro, los contrapesos iban cediendo, se trataba de una tendencia clara. El viejo senador volvió a mirar las más antiguas tumbas de los primeros senadores allí sepultados. No se preocupaba por él, ya era viejo, se preocupaba por esa nación tan bella. Podía ser muy bella y poderosa, pero eran conscientes de que habían sembrado en su seno semillas de vientos que traerían tempestades.

DURA LEX



La prevención del delito es la gran prioridad de nuestro Estado. Toda agrupación de seres humanos que quiera formar una sociedad organizada y racional, debe estar sometida a las leyes de la razón. Todo interés particular debe ceder ante el interés público general.

El Estado ha crecido desmesuradamente. La vigilancia de cientos de millones de ciudadanos resulta una labor imposible. De esta necesidad nació T.O.R. Los ciudadanos de la República Europea nos vimos inmersos en una gigantesca polémica acerca de la conveniencia de que este ordenador central fuera o no creado.

Desde que el Parlamento lo aprobó, el sistema escoge de forma automática y aleatoria a grupos de mil ciudadanos y los investiga exhaustivamente. Los servicios policiales hacen un seguimiento intenso de sus movimientos, de sus cuentas financieras, de su trabajo, de su familia, de sus amistades. Todos los ámbitos y aspectos de la vida de esa persona son investigados con la máxima profundidad. Acabada la investigación, si de entre esos mil ciudadanos se haya a alguno culpable de algún delito, se le procesa.

El sistema informático comenzó designando a cincuenta mil ciudadanos al mes, pero después ese número se ha ido incrementando pues se ha visto que los medios de seguridad del Estado pueden soportar un número mayor de investigaciones. Además, es increíble el número de ramificaciones delictivas que se pueden encontrar investigando exhaustivamente sujetos concretos de un modo aleatorio. El sistema T.O.R. designa no sólo a un número

mayor de sujetos, sino que además lo hace de forma continua. Cada día nuevos sujetos son designados para el programa sin que nadie se entere. Personajes anónimos y conocidos, importantes y los que no lo son. El ojo de la Ley puede posarse sobre cualquiera sin previo aviso, sin razón alguna. Siguiendo exhaustivamente cada caso descubierto, las derivaciones que continuamente se descubren son numerosas, a veces sorprendentes.

La comisión de delitos ha descendido notablemente. Los territorios de la república están siendo abandonados por las pocas mafias internacionales que tenían aquí algún tipo de asiento. Ha dejado de ser un lugar seguro. Ya no basta con no hacerse notar. Nadie sabe quién está siendo investigado: un mecánico, un ama de casa, un secretario del ministro.

A nadie se le escapa que en la evaluación de la efectividad de un sistema así, no sólo cuentan los resultados concretos sino también los globales. Es decir, el efecto que tiene sobre la sociedad el saber que cada año un 1% de los ciudadanos están siendo investigados de forma aleatoria, tiene como resultado el que se crea una continua sensación de inseguridad en aquellos que cometen delitos.

Como nos encargamos de airear los éxitos más sorprendentes, esta sensación se refuerza. Sin duda los resultados globales son más importantes que los particulares. El Primer Ministro tiene una decidida voluntad de potenciar el programa T.O.R. Potenciar el programa supone gastar millones, pero no importa. Algunos funcionarios del Ministerio del Interior han llegado a afirmar privadamente que es preferible una cierta rebaja en la seguridad real del país, con tal de que los ciudadanos se sientan más seguros.

Muy distinta y muy efectiva es la nueva División de Prevención Psiquiátrica. El sistema T.O.R. desde hace dos años designa a otro número aleatorio de personas, para que se sometan a pruebas psiquiátricas. La designación también es aleatoria. Su número es muy inferior al que se designa para investigarles en materia delictiva.

Cada persona designada tiene que pasar por el test Jacobson. En un centro de la División tiene lugar una entrevista personal con un psiquiatra especializado en la realización de esta compleja prueba. En la habitación sólo están presentes el médico y el interrogado con una funcional mesa en medio. El test tiene dos partes, en una primera parte las preguntas son contestadas por el interrogado en un estado normal no alterado. En la segunda parte, se inyecta en el interrogado una droga que le hará echar afuera toda la verdad.

La persona contesta sin ser dueña de sí misma, en un estado de borrachera muy especial, muy agradable al principio (pues contiene derivados de la morfina y opiáceos) y muy triste después (pues un segundo componente actúa más tarde provocando una lloradera inconsolable). En todo el tiempo que duran estos dos estados tan antagónicos, el interrogador conversa con la persona sonsacándole todo: lo que sabe, lo que cree saber y hasta lo que no sabe. Después se puede investigar cada punto que parezca prudente ser tenido en cuenta.

Al final del test, el psiquiatra sabe si está ante un sujeto más o menos normal, o ante un posible violador, o ante un potencial asesino, o ante alguien que muy probablemente desarrollará un desequilibrio mental. Aquellos que se ve que son razonablemente peligrosos son sometidos a ulteriores pruebas. Los ciertamente peligrosos

son detenidos de inmediato nada más acabar las pruebas. La división policial y la psiquiátrica del programa T.O.R. están en continua comunicación, traspasando continuamente sujetos de una sección a otra.

Es cierto que los delitos en no pocos casos de *detención terapéutica* todavía no han sido cometidos, pero preferimos practicar las predetenciones, así se les conoce. Es preferible detener a un sujeto antes de que cometa una violación, un asesinato, un robo o cualquier otro tipo de delito.

Los resultados hallados en este tipo de pruebas son enviados al Ordenador Central para el informe sobre esa persona. En las personas ya *clasificadas*, un informe sucinto, resumen superficial del auténtico, es exigido para obtener cualquier tipo de trabajo.

Reconozco las dificultades que para algunos juristas ha tenido la idea de aceptar un sistema legal que detiene al ciudadano antes de que el delito sea cometido. Se trata de un giro copernicano dentro del sistema penal. Requerirá tiempo para su aceptación por partes de los teóricos del Derecho. Los teóricos siguen oponiendo reparos jurídicos, pero la gente normal ya lo ha aceptado, la gente acepta todo con tal de que se vean frutos. Y nada desea la población que la seguridad.

El sistema T.O.R. en sus dos partes, la División de Prevención Psiquiátrica y la División de Prevención Legal, con sus espectaculares resultados, funcionan tan bien que algunos se preguntan si no llegará el día en que con toda la población nacional habiéndose sometido al test de Jacobson y con el sistema T.O.R. investigándolo todo, el delito no será cosa de la Historia.

En las viejas películas mudas de blanco y negro, aparece muy frecuentemente un obeso servidor de la Ley con mostacho persiguiendo, porra en mano, a un malhechor

que corre mucho. Hoy día la salvaguarda del orden está en manos de unos señores con bata blanca. Ya no sirve de nada correr, no hay donde escapar. Ya no hay que perseguir a nadie por ningún callejón oscuro, tocando un silbato. T.O.R. sabe dónde has hecho cada una de las compras de este mes, conoce tu informe médico, lo que has dicho en cada una de tus llamadas, tu cara está grabada y se te puede seguir a través de las cámaras de seguridad. No tienen que perseguirte tocando un silbato, porque no hay donde escapar. Saben qué comida es la que te gusta y qué películas te aburren. Conocen tus miedos y tus ilusiones. Tienen acceso a los informes del psicólogo de tu colegio y a las radiografías de tu dentista.

Una vez al detener a un delincuente, éste preguntó cómo le habían descubierto. Los inspectores nunca dicen nada. El delincuente siempre pensó que ellos sabían que se le había acabado la comida de su mascota y que tenía pánico a las alturas, y que habían conectado ambos datos y habían deducido por dónde pasaría. El detenido nunca llegó a saber, ni siquiera en el juicio, que como un año antes ya sospechaban de él, le habían implantado un rastreador en su última intervención quirúrgica de espalda.

Una servidora del Templo



Oh tú Adpartéh mío, mi ka está a tu lado, he ascendido al cielo como una garza, he besado el cielo como un halcón, he alcanzado el cielo como una langosta que oculta el sol. No me he opuesto al Rey, no he venerado a Bastet, no actuaré de bailarín como el Grande de la silla de mano.

Lucía pasó delante de la pared que mostraba esta inscripción en lo alto. Ella era

una de las cincuenta servidoras del Templo de Dagón. En una mano llevaba una escoba, en la otra una bolsa para recoger las suciedades y el polvo. Las servidoras vivían en otra zona del complejo de instalaciones del santuario. Vivían apartadas del resto de los sacerdotes de los cinco círculos, salvo para las particularidades rituales para las que eran requeridas. Las servidoras se encargaban todos los días de 4 a 6 de limpiar el Templo. Había que hacerlo con escoba y recogedor, a pesar de que con minivehículos de limpieza, robots especializados en esa tarea, ésa tarea podría haberse realizado de forma mecanizada. Pero el Templo había que barrerlo a mano, ésas eran las normas. Dividido en quince zonas, cada día limpiaban un solo sector. Completadas en quince días todas las zonas, volvían a comenzar por la primera. Todos los días, de 4 a 6, una rutina incambiable.

Lucía ahora pasaba delante del gran muro cuya inscripción en lo alto rezaba así:

Yo soy Azitawadda, el bendecido de Baal, servidor de Baal, el que ha hecho poderoso Urikki, rey de los Adanios.

Baal me ha hecho para los Adanios como un padre y una madre. Yo he hecho vivir a los Adanios, yo he ensanchado el país de la llanura de Adana desde la salida del sol hasta su puesta. Y establecí en mis días toda gracia para los Adanios, y abundancia y bienestar.

Yo he llenado los silos de Paar y acumulé caballo sobre caballo y escudo sobre escudo y ejército sobre ejército gracias a Baal y los dioses. Yo he quebrantado a los rebeldes y he destruido todo el mal que había en el país. Yo he establecido la casa de mis años en gracia y he hecho a la descendencia de mi señor el bien y yo la he sentado sobre el trono de su padre.

Yo he impuesto la paz a todo rey y, además, todos los reyes me hicieron padre por mi justicia y mi sabiduría y por mi gracioso corazón. Yo he construido fortalezas poderosas en todos los confines, en las fronteras, en los lugares donde existían hombres malos, jefes de bandas.

Y yo, Azitawadda, los he puesto bajo mis pies y he construido fortalezas en esos lugares para que habiten los Adanios en la tranquilidad de los corazones.

Yo he sometido países poderosos en occidente que no habían sometido todos los reyes que fueron antes de mí. Y yo, Azitawadda, os he sometido, yo los he hecho descender y yo los he asentado en el extremo de mi frontera, en el oriente. Y los Adanios...

Lucía seguía con su tarea. Nunca miraba a lo alto para perder tiempo en leer todas esas inscripciones. La parte más interna del templo también tenía inscripciones, muy pocas, pero allí apenas había luz. En cualquier caso ella no tenía ningún interés en leer todo aquello. Las paredes de la sala que ahora le tocaba limpiar estaban totalmente cubiertas de pequeñas hornacinas, en cada una de ellas una figurilla de no más de un palmo de longitud. Cientos y cientos de dioses.

En cualquier rincón, en cualquier esquina, uno se podía topar con la estatua de tal o cual dios. El Templo debía contener a todos. Allí, por sectores estaban el panteón:

Africano
Árabe
Asirio
Azteca
Babilonio
Caldeo
Celta
Chino
Egipcio
Escandinavo
Etíope
Fenicio
Filisteo
Griego
Hindú
Hitita
Ibérico
Inca
Japonés

Maya
Mesopotámico
Norteamericano
Persa
Romano

Lucía había entrado al servicio del santuario dagoniano ocho años antes. Realmente ella no creía en nada de todo lo que allí se cocía. Quizá al principio sí que creyó, pero ya no. Se había vuelto escéptica. Nadie lo había notado. Había más escépticos en las filas dagonianas, y hasta en sus tres primeros círculos. Aunque allí, en el Templo, se hallaban los más fanáticos. Ese escepticismo no perturbaba sus múltiples trabajos en el lugar, la limpieza era uno de ellos. Trabajar allí o en otro lugar, daba lo mismo. Se trataba sólo de un modo de ganarse la vida.

Es la división del trabajo –se decía mientras iba a vaciar la bolsa llena de polvo-. Otros producen calculadoras, sillones o patatas. Nosotros producimos el culto dagoniano. Yo también formo parte de él, aunque mi función sea modesta. Para el Poder este culto tiene una indudable función, aunque yo personalmente no crea en nada. Pero mi labor la realizo impecablemente.

Unos acaparan el capital, otros el conocimiento científico, nosotros acaparamos una pieza de este mecanismo social: el culto dagoniano. En el fondo, este culto es propiedad del capital. Y nosotros estamos a su servicio. No tengo capacidad alguna sobre el proceso. Así que me dedico a cumplir muy bien mi tarea específica. En cierto modo todos estamos marcados con un status irreversible.

Una vez le pregunté a mi amiga Carolina: ¿Te has sentido explotada de alguna forma?

¿Qué significa sentirse explotada?, me contestó.

La revolución es imposible. Ella desconocía el sentido de mi pregunta. *Si acepto el trabajo libremente y me pagan por ello, ¿cómo me puedo sentir explotada?*

Viví este trabajo al principio, muy al principio, como una experiencia iniciática. Al cabo de nueve años puedo decir que ha sido una camino hacia la conciencia de que el capital es la sangre que mueve el mecanismo de esta sociedad. Yo buscaba la sabiduría. Al final, encontré en los libros de los teóricos sociales de la Escuela de Estocolmo la verdad que este Templo no escondía.

Este desencanto que reina en mí, nunca lo he podido contrastar con las otras 65 sacerdotisas que aquí moran. La mayor parte de ellas son entusiastas de este culto y practican todo tipo de artes oscuras. Todas las sacerdotisas participamos en el proceso para lograr otra remesa de predestinados. Todo era muy secreto, aunque yo un día, en un viaje de vacaciones a mi casa para ver a la familia, se lo comenté a un tío mío que trabaja en el Northumberland.

Lucía pasaba bajo la luz que penetraba por treinta lucernarios en el alto techo. Aquellas aperturas practicadas en el techo para que entrara la luz penetraban en esa atmósfera oscura como espadas iluminando con una luz blanca las masas trapezoidales sobre las que había cuatro leones de piedra de un aspecto entre egipcio y azteca.

Detrás de la puerta de los leones estaba la sala del monolito. También allí había cuatro lucernarios cuya luz oblicua contrastaba con la verticalidad de la piedra monolítica. Ese lugar le resultaba repugnante por la sangre y el olor del ara que estaba situada casi en el centro.

Pero todo había de ser limpiado. Mientras tanto se contentaría pensando en una

hipotética revolución de las masas que pusiera las cosas en su lugar. Aunque ya nadie tenía muy claro cuál era el lugar de las cosas.

El paraíso perdido



Al principio era la oscuridad,
la oscuridad reinaba,
el vacío era su trono,
la nada su cetro.

Pero ya algo había en el Principio y desde el Principio:
la Decisión.
Y la Decisión resolvió crear la Matriz.

Y en la Matriz fuimos engendrados

La Decisión dispuso la forma de nuestra cabeza y el
color de nuestra piel,
las palabras de nuestra lengua y la tierra que pisamos.
Todo lo decidió la Decisión.

Dispuso todo lo se halla dentro de nuestra tierra
rodeada de las Fuerzas Exteriores. Pues fue la Decisión
quien trazó la
línea de los bordes de nuestro mundo.

Si bien habíamos comenzado a ser, aun no
nos hallábamos en el mundo. Existíamos,
mas todavía no estábamos en ningún sitio.

Fuimos amamantados y crecimos.
No tenemos recuerdo de ello pues la tiniebla
del olvido se cierne sobre los primeros días.

Se cumplió el día, el mes y el año que había
determinado en sus designios la Decisión.

Y se nos puso en nuestra tierra.

Y hubo una noche, en el principio, en que vimos las
estrellas bajo el cielo. Fue el primer día, aunque ya no
nos acordemos de ese primer día.

Fue la primera vez que los hombres vimos el titilar de
ellas en lo alto.

Nos puso en la tierra bajo la instrucción de los
Progenitores

Los Progenitores nos enseñaron todo, los
Progenitores fueron enviados por la Decisión.

Los Progenitores eran nuestros maestros, ayos
y tutores.

(...)

Pero su número fue descendiendo,
hasta que quedamos solos en el mundo.

Pero antes de que el último Progenitor partiese
nos advirtió que cada año vendrían los Enviados.

Y entonces, desde el principio, desde que nuestro
mundo es mundo,
los Enviados vienen a nosotros.

(...)

Ahora estamos solos en el mundo,
pero nos queda el recuerdo de su presencia:
los cinco tótems blancos
Los cinco tótems buenos de los mil ojos.

(...)

Nuestro mundo es plano y circular. Estamos solos,
muchas veces hemos recorrido nuestra tierra y somos
los únicos. Hay tres días de marcha en cualquier
dirección hasta llegar a los pilones blancos. Más allá de
ellos está la tierra que no es nuestra tierra, el mundo
que no es nuestro mundo, el suelo que no debemos
hollar.

Tabú es traspasar aunque sea sólo un paso, esa barrera.
Detrás de esa barrera está la oscuridad y el caos que
precedió al establecimiento de nuestro mundo.

Allí moran los seres y pululan los entes que
poderosos se erigieron antes de que nuestros
primeros padres y los padres de sus padres
caminaran sobre nuestro mundo.

(...)

...y nosotros, los moradores del mundo, seguiremos
luna tras luna,

año tras año,
sembrando y recolectando,
uniéndonos y engendrando,
sembrando el primer grito al nacer y exhalando el
último hálito al morir.

Todo sigue,

la calmada sucesión de todo continúa su
plácido curso
y nosotros, moradores del mundo bajo las
estrellas, seguiremos gozando de los *inuk* de
jugo rojo y los *abar* de dulces frutos, de la
leche de la cabra
y del *hamel* fermentado.

Bajo un sol de mediodía, se secó el sudor de la frente. Mentalmente Asch-nik recordaba este mito, a ratos lo tarareaba con su música monocorde, a ratos musitaba entre los dientes que le quedaban, versos del gran relato oído tantas veces alrededor de la hoguera en la noche. El sembrador de semillas tarareaba y seguía haciendo hoyos y depositando en cada uno el contenido de la bolsa de cuero que colgaba con cintas desde su hombro hasta la cintura. Su mujer y sus tres hijas le seguían por detrás, humedeciendo con un odre cada agujero antes de tapanlo. Detrás de Shikyik, la hija mayor, venían las pequeñas con el estiércol.

El sembrador de piel oscura, vestido sólo con un faldón de cuero de cabra y dos exiguas sandalias, mostraba en sus facciones la típica cara de los aborígenes australianos. Su mujer, de piel curtida como él, de rasgos duros, extendía su largo y delgado brazo hacia el hilo de agua donde llenaba el odre que cada poco quedaba exhausto. Sus hijas de cabello ensortijado, casi rapado, se afanaban silenciosas en su tarea, llevaban así dos horas.

A 12.000 kilómetros de distancia

Los nueve asientos del Consejo de Dirección de la Fundación Rutherford-Feihuang estaban ocupados, la reunión iba a comenzar en cuestión de segundos. La fundación tenía su sede en un rascacielos del centro de Montevideo, en Paraguay. Desde aquella amplia sala de moqueta azul se dirigía una fundación cuyos tentáculos se extendían por todo el globo.

En la mesa, limpia como un espejo, había cuatro consejeros a cada lado que iban abriendo sus maletines y extrayendo sus folios y estilográficas entre conversaciones, sonrisas cordiales y saludos. Aquella fundación había sido creada para encauzar todas las obras sociales de la Corporación Tyrell. Obras sociales ideadas para desgravar impuestos en unos casos, obras sociales creadas en otros casos para desviar capitales (bajo la excusa de la fundación) a las filiales de la Corporación que así conviniese.

En cualquier caso, y dejando aparte las complicadas operaciones financieras, la fundación era un instrumento creado por aquella multinacional, cuyo único fin era perder dinero, bien como una operación de imagen para la Corporación, bien para otros fines de ingeniería contable. Los presupuestos de aquella obra cultural eran tan impresionantes como la multinacional que había detrás de ella.

Muchos proyectos había llevado a cabo la Fundación Rutherford-Feihuang, pero ninguno como el proyecto Ashnok. El proyecto había consistido en crear una reserva natural de aborígenes en el centro de Australia. En el año 2120 se comenzó a discutir el proyecto y a elaborar los primeros presupuestos. En todo el planeta, ni en las selvas amazónicas, ni en ningún recóndito rincón de África, quedaba ni una sola tribu que se hubiera mantenido ajena a la influencia

cultural y tecnológica de la Aldea Global. Así que la fundación comenzó a estudiar la posibilidad de crear una comunidad, una tribu, que viviera como habían vivido siempre los antepasados de ese lugar que en este caso sería Australia.

El asunto se discutió varios años más, y finalmente, en el 2124, se dio luz verde al proyecto. El mayor problema, inmenso en realidad, era que no se trataba de preservar una tribu ya existente, no existía ninguna, sino que había que crearla. En los bancos de óvulos y semen se escogieron con esmero sujetos racialmente puros pertenecientes a la raza aborigen australiana. Se fecundaron los óvulos, se escogieron los más viables, y, finalmente, se desecharon a todos hasta dejar únicamente cincuenta fetos masculinos y cincuenta femeninos. Los futuros pobladores de Ashnok, el inicio de una humanidad en miniatura.

Aquellos bebés (una vez que dejaron el seno de sus madres de alquiler) fueron criados en una casa de Thonom-les-Baines en Suiza. En uno de los grandes hogares que la misma firma de la compañía del banco de óvulos tiene a tal efecto en el país helvético.

Cuando los niños se acercaban al uso de razón fueron trasladados ya a su destino definitivo en el centro de Australia. De forma que los primeros recuerdos de aquel centenar de niños de tez oscura y nariz ancha estaban ya radicados en el poblado construido a tal efecto. Los niños crecieron allí bajo la tutela de un equipo de antropólogos que habían sido meticulosamente preparados para contaminar culturalmente lo menos posible a los futuros inquilinos del poblado.

Se les enseñó a cultivar, a tejer, a construir casas del modo tradicional que lo habían hecho sus antepasados, con sus mismos instrumentos y materiales. Al principio, los jóvenes aborígenes cultivaban,

pero la comida llegaba como siempre de mano de los que ellos llamaban los Progenitores. Según el plan previsto, poco a poco, la cantidad de comida que proporcionaban los tutores iba reduciéndose. Cada año debían confiar más en sus propias cosechas.

Año tras año, el grupo de Progenitores se iba haciendo más reducido. Al final, cuando ya contaban con veinte años los habitantes de Nashok, quedaron sólo cuatro Progenitores. Después, empezaron a no estar de forma permanente. Las ausencias se hicieron cada vez más largas. La comunidad ya era autosuficiente. Los últimos cuatro Progenitores, se despidieron un día. Pero no les dejaron desamparados, les advirtieron que de vez en cuando (la media ha sido cada dos o tres años) vendrían los Enviados.

Los Enviados eran antropólogos de la prestigiosa fundación Rutherford- Feihuang que a veces tenían que hacer algún tipo de arreglo en los totems. En el centro del poblado, había un totem, y en los extremos del pueblo cuatro. Esos totems, en realidad, eran un sistema oculto de cientos de cámaras, que veinticuatro horas al día transmitían a la Fundación lo que ocurría en el poblado.

Lo que sucedía en aquel poblado aborigen pudo primero ser estudiado por cualquier universidad en cualquier parte del mundo vía Internet. Después, pudo verse en televisión como un canal más. Cualquier espectador desde su sillón y con el mando a distancia, podía decidir cuál de las novecientas treinta y tres cámaras quería ver en su pantalla.

Los Progenitores habían tenido un cuidado exquisito en no enseñarles ningún tipo de música. ¿Qué música generarían ellos? ¿Cuáles serían los comienzos de la música? ¿Qué mitología crearían? ¿Qué cosmovisión? No se les había enseñado poesía, ni historia,

ni ninguna ciencia fuera de las imprescindibles artes para la supervivencia. Era el verdadero comienzo de la humanidad. El principio de las matemáticas, de las sagas orales, de la escritura. ¿Cuál sería el modo en que ellos principiarían a anotar cosas? El proyecto culturalmente fue un éxito. Y también sucedió lo que suele pasar con estos proyectos a largo plazo en los que se desprecian los beneficios: comenzó a producir dividendos. El canal de televisión comenzó a dar réditos anuales.

Había acabado la reunión del Consejo de Dirección de la Fundación. Algunos consejeros quedaban en la sala, morosos, discutiendo últimos detalles con los dos o tres que se habían demorado recogiendo sus papeles en sus portafolios. Dominica Benedetti, la presidenta, de pie, tiraba unas pizquitas de alimento a los peces dorados de una gran pecera redonda que se hallaba en una mesa cercana. El agua cristalina de la pecera acababa en un borde horizontal que era la orilla donde se secaban unas perezosas tortuguitas de caparazón verde que alargaban el cuello, perplejas, mirando hacia la mano que arrojaba aquellas nutritivas escamas.

-¿Sabe que pensaba ayer? -le preguntó Dominica a Eve que se aproximaba-. Los griegos creían que al principio existió el Caos, después la Oscuridad, después la Tierra, después Urano, Cronos, creo recordar, y por último Zeus. ¿Sabe?, otros mitos cosmogónicos describen el comienzo de todo como una eclosión de los mundos inferiores.

-Ya veo que ha leído a conciencia sobre el tema.

-Sí, mucho... aunque menos que mi antecesora, mucho más entusiasta de este campo. Hace una semana leí que entre los navajos y los hopis, por ejemplo, la Creación es el resultado de un ascenso progresivo desde

los mundos inferiores. Y que la eclosión de nuevos mundos, mundos superiores, supone el avance final hacia el mundo de la humanidad. Un mito polinesio sitúa las diversas capas de tal avance en una cáscara de coco.

-¿Y qué piensan nuestros aborígenes? He estado tan preocupada con los presupuestos y la solución de problemas concretos que no he tenido tiempo para curiosear en sus... asuntos generales.

-Los aborígenes de nuestro micromundo Nashok, tienen su teogonía, su concepción del origen del mundo:

Decisión

 Matriz

 Progenitores

 Maestros

 los hombres

Pero nosotros -dijo aproximando su dedo a un pez cuya boca se abría y cerraba ansiosamente en el límite del agua-, sabemos que la verdadera teogonía fue que al principio había unos accionistas, esos accionistas necesitaron reducir impuestos y crearon la Fundación, la fundación crea el Consejo de Dirección, el Consejo crea unos equipos que lleven a cabo el proyecto Nashok. Ésa es la verdadera génesis de ese mundo. Pero, francamente, creo que me quedo con la idea de los griegos, me parece más poética.

Dominica estaba muy meditabunda. No dejaba de darle vueltas a la idea de que una necesidad de rebajar impuestos hubiera creado un mundo. La gente cree que los que se sientan en sillones de este tipo de consejos suelen ser personas sin escrúpulos, y suele ser así, pero ése no era el caso de Dominica. Tantos años llevando adelante aquel

programa, y soportando las represalias de una cierta voz interior que terca seguía haciéndose oír, habían logrado urdir un cada vez más intrincado un tapiz de preguntas. Algunas de ellas de complicada resolución moral.

Eve, que tenía varios asuntos que consultar con su jefa, no tuvo más interés en seguir las meditaciones en voz alta de ésta. Así que hizo como que no había oído los últimos comentarios y pasó a hablar de asuntos que habían quedado pendientes en la reunión. Asuntos acerca del *purgatorio*. En la jerga de tres o cuatro miembros del consejo, llamaban familiarmente a ese proyecto *el purgatorio* porque aquel costoso proyecto era donde purgaban los beneficios de la Corporación Tirrell. Hacía ya muchas décadas que el ya jubilado consejero Ashubssein había recordado por última vez su reiterado y agorero *os va a salir caro*. Al final, lo caro daba beneficios. Tan era así, que si el proyecto de Australia llevaba sesenta años, el proyecto amazónico y el africano llevaban ya veinte años de andadura. Y hacía medio año que se había decidido comenzar el proyecto noruego. También Europa tendría su pequeña humanidad nórdica que viviría exactamente igual que los bárbaros que encontró y describió Tácito en su *Germania*.

Doctor -dijo Dominica aquel atardecer tumbada en el diván de su psiquiatra-, la urdimbre de mis preguntas permanece activa en mi cabeza.

-Tranquila, ya se lo he dicho, acaban de sacar un nuevo fármaco que inhibe el sentimiento de culpa.

-Claro que yo llevé adelante todo esto, porque la opción para ellos era existir o no existir -Dominica seguía con su discurso-. Cuando pasan frío, cuando se abrasan bajo el sol, cuando se alimentan siempre de esos tubérculos que veo en mi televisor, pienso que

así ha vivido siempre la humanidad durante miles de años. Me digo que es mejor existir así, que no existir. Yo no le he quitado a nadie su vida, les hemos dado una vida. Más vale existir así que no existir. Y he dicho a todos los que me han preguntado, que la opción para ellos era ésta: existir así o no existir.

-No se culpabilice. No fue usted sola la que tomó la decisión. Fue un consenso entre muchas personas. Eso debería diluir la sensación de cargar con la culpa.

-Sí, fue una decisión de la fundación. No había nadie, aún, de esos aborígenes que pudiera decidir nada. Tomamos esa decisión por ellos. Y por esa decisión ellos ahora pueden a su vez tomar decisiones. A veces pienso que no son libres, que los tenemos encerrados. Pero claro, también es verdad que no existe peor cárcel que la de no existir. No hay forma de salir de esa cárcel.

-¿La cárcel de la no-existencia? -preguntó el psiquiatra tomando nota en un cuaderno apoyado en sus piernas.

-Sí, a eso me refiero. Pero a veces esos límites que hemos puesto a su mundo... los noto yo misma. ¿Por qué hemos puesto límites a hombres como nosotros? ¿Quiénes somos nosotros para poner límites a nadie? Esta idea no se me va de la mente. ¿En el fondo no hemos creado una cárcel?

-¿El planeta entero no es acaso una cárcel para la humanidad? Usted, ustedes, sólo han creado un orbe en pequeño.

-¿Si hemos hecho el bien, por qué me torturo?

-Nadie le tortura, se tortura usted a sí misma.

-Ya... los fantasmas de mi mente.

-Efectivamente, se lo he repetido muchas veces y lo hemos trabajado en la terapia. Es usted, Dominica, la que debe desvanecerlos.

-De verdad que puedo dejar de pensar en ello, pero yo llegaré a mi casa y me tomaré un helado de fresa tumbada en mi sofá y ellos hoy cenarán otra vez esa masa de cereal molido con nabos semicrudos. El hecho de que me olvide de ello no cambiará ni su dieta, ni sus fríos, ni su vejez sentada sobre el suelo polvoriento.

-No le puedo librar a usted de sus cadenas, es usted misma la que debe hacerlo. Estimo que deberíamos dedicar dos días a la terapia por semana.

Ocho indígenas reposaban en la noche el cansancio de sus cuerpos tumbados sobre el suelo, mirando estrellas. No hablaban mucho. Pero de vez en cuando alguno con la lengua, y más infructuosamente, con el dedo índice de la mano, iba tratando de explicar las líneas con las que unía aquellos puntitos titilantes. Aquellos mismo ocho indígenas con otros dos más, al final de la tarde habían ejercitado similar tarea con las nubes, buscando parecidos en ellas. Habían pasado una hora mirando nubes, ese día muy abundantes, y buscando semejanzas con culebras, manos y chozas.

Pero ahora era el turno de las estrellas. Y así estarían hasta que se consideraran suficientemente cansados y decidieran algunos marcharse a sus chozas. Otros, sin moverse de ese sitio, se quedarían dormidos donde estaban, como tantos días. Amodorrados, tumbados, mientras contemplaban el firmamento.

Curiosamente, a esa misma hora, pero varios miles de kilómetros hacia el oeste, un grupo de nueve ejecutivos salían del gran rascacielos donde se hallaban las oficinas de la Fundación. Aquellos hombres de paso ligero, sonrientes, con un maletín en la mano y que se despedían amablemente cada uno en

una dirección, tenían en sus manos, en los folios de sus maletines, los destinos de grupo de indígenas que vivían ajenos a toda preocupación, buscando similitudes en las nubes o en las líneas que unían las estrellas.

Les hemos negado la escritura y el don de la música. Les hemos liberado de las reglas de las matemáticas y de los horarios, son los únicos humanos sin horarios en el mundo. Les hemos concedido una vida al aire libre, una existencia natural, quizá se trate de los únicos hombres con una existencia verdaderamente humana. Quizá los únicos hombres que vivirán el tiempo, en toda su extensión, en toda su intensidad. Quizá no somos inhumanos, sino dadores de una gran dádiva. No podemos preguntárselo, no conocen otra existencia. Si conocieran otra existencia, se destruiría el encanto: introduciríamos el veneno de la insatisfacción en sus sencillas vidas. Del conocimiento nacería la ambición, de la ambición la insatisfacción. Ese experimento no lo haremos, ya ha sido realizado demasiadas veces en la Historia. No es necesario una vez más. Aparentemente no les hemos otorgado muchas cosas, pero les hemos concedido algo: la vida es la mayor de las dádivas. Ellos no vivirían si no se lo hubiéramos concedido.

Creo que fuisteis muy testarudos. Podíamos, ciertamente, haber delimitado un lugar al aire libre o haber levantado una cabaña donde fueran a pedir consejo a un tótem -le decía uno de los miembros del Consejo de la Fundación a un amigo suyo camino del colegio donde ambos iban a recoger a sus hijos-. Y nosotros, a través de un micrófono situado en el tótem hubiéramos podido escuchar sus peticiones, sus ilusiones, sus penas. Y a través de un altavoz oculto podríamos haber dado respuestas. Pero eso hubiera sido interferir. Claro, claro. Los

puristas del proyecto, ante todo, no querían interferencias. Pero sigo lamentando que esa opción no fuera aprobada.

La Historia, la suya, les ha sido entregada a ellos. Esas cien personas y sus descendientes serán sus protagonistas. Nosotros sólo sus testigos mudos... también sus vigilantes. Pero hay que reconocer que la directora del consejo de la fundación se pasa de escrupulosa. Y no sólo la directora, sino también la antropólogo-jefe del equipo que dirigía entonces todo, también tenía escrúpulos. Esta antropóloga, cada año que pasaba, se esforzaba todavía más en no aparentar lo más mínimo ningún aspecto divino. Ella misma, a todo el equipo de antropólogos que dirigíamos el proyecto Nashok, nos dio una charla para dejar bien claro que la idea de creernos que nosotros encarnábamos el concepto de Dios para esos aborígenes, sería no sólo una suplantación, sino también una injerencia cultural que trastocaría el proyecto de un modo irreparable y con consecuencias que no podríamos enmendar.

Aun así, en los despachos de los equipos encargados de velar Nashok, a los guardias que vigilaban con cámaras las fronteras exteriores de Nashok se los siguió llamando *los ángeles*. Los ángeles que por orden de la Decisión custodiaban los confines de ese orbe en miniatura. Siempre pensé que aquello de un tótem al que pedir hubiera sido revelador de sus más íntimos pensamientos, ilusiones y preocupaciones. Perdimos una ocasión de oro tan solo por escrúpulos personales de la dirección.

-¿Y qué pasa si alguien se dirige a la línea de pilones blancos que delimitan la región en la que no deben internarse?

-Sólo se pueden introducir en esa zona deliberadamente. Los pilones están situados a siete metros de distancia uno de otro, para

dejar bien clara la trascendencia de esa línea. Si la traspasan, nuestros sistemas de detección infrarroja nos permiten saber en cada momento las coordenadas exactas de ese intruso. Intruso, prófugo, explorador... como se prefiera. No hay posibilidad de atravesar la zona de seguridad sin ser detectado. Al fin y al cabo toda esa región es una llanura. Y además árida. Sólo en el centro de Nashok hay agua. Precisarían de dos días para llegar desde el centro, desde el poblado, hasta el perímetro. Una vez que alguien se aventurara más allá de lo permitido, tenemos dispositivos que emanarían gas somnífero. Una vez dormido, lo depositaríamos en algún lugar del interior de Nashok.

-¿Y si lo vuelve a intentar más veces?

-Se le dormiría tantas cuantas veces fuera más allá de lo que debe. Jamás sabría por qué en esa región el sueño le vence. Y cada vez debería volver a empezar, sin llegar nunca a su destino. Me imagino que pensaría que hay un encantamiento de los dioses o algo así.

-¿Pero y si alguien no cesa en su empeño de ninguna manera?

-Si la misma persona intenta demasiadas veces la salida, trataríamos de buscar alguna solución *ad hoc* que le alejase de una vez para siempre de esos intentos. Un miembro del equipo del diseño de protocolos de actuación, brutal, dijo, cuando estudiamos todas estas posibilidades, que si cada vez que sale y le dormimos, el amputásemos un dedo del pie, se lo pensaría cada vez más el intentarlo otra vez. Lo dijo en tono de broma, pero estoy seguro de que aquel hombre era capaz de eso y de más.

-Seguro que fue Stuart.

-No. Fue otro. Yo soy partidario de que si tal aventurero apareciera, habría que inyectarle algún tipo de sustancia que le provocase las peores pesadillas. O alguna

sustancia que le tuviera en cama un mes, sin efectos secundarios.

-¿Y qué sucedería si todos tratan de salir a la vez?

-El gas los dormiría a todos.

-¿Pero y si es el poblado entero el que por algún motivo irracional decide una y otra vez recoger sus bártulos y abandonar esa región?

-Repetiríamos el proceso de dormirlos y trasladarlos cuantos veces fuera preciso, cientos o miles de veces. Aunque debo decirte que si finalmente uno llega al borde de la reserva hay una barrera de alambre de cinco metros de alta. Y ellos no tienen nada para cortar esa alambrada que es imposible de escalar.

-Oye, otra cosa, y si en el poblado, a través de los tótems, vierais con toda claridad que hay un asesino, ¿lo revelaríais al poblado o le dejaríais seguir matando?

-No podemos interferir en su Historia. Es su Historia. Nosotros sólo somos testigos de ella. También ellos tendrán sus Julios César y sus Brutos a pequeña escala, a pequeña escala.

Enurí entró en la cabaña-de-los-días. Atravesó lentamente el umbral de la entrada sin puerta, como si llevara a cabo algo que rozara lo ceremonial. A esa hora, como tantos otros días, un gran sol estaba surgiendo por la Llanura-del-Amanecer. Tomó una rama de madera bien desvastada, casi recta, e hizo una raya en ella, una marca profunda, clara. Después pasó la mano por el lomo de la madera, sintiendo las rayas anteriores, todas practicadas a espacios regulares. Cada doce rayas, había una marca circular practicada con otro instrumento. Se trataba de las marcas de los Mne. Apoyó la madera de las incisiones otra vez en su

posición primera, con un extremo en el suelo y el otro en la pared de la choza.

Junto a ella, pero apiladas en la tierra cubiertas de hojas, otras maderas con incisiones. Todas de tamaño más o menos aproximado, pero ninguna igual a otra. Había allí un gran acopio de muchas maderas apiladas por tamaños. Unas más largas, con muchos Mne. Otras cortas con solo un septenario. Había allí cientos de maderas contabilizando los días. Porque desde la fundación de Nashok habían pasado 1.828 Mne, 261 Sne-nuk. Aquellos aborígenes no conocían el sistema decimal, sino un sistema mixto de contar, con alternancia del sistema septenario y el duodecimal. Si hubieran conocido el sistema decimal hubieran contabilizado 21.937 rayas. Es decir, más de 21.000 veces el sol se había puesto sobre Nashok. Tres generaciones habían visto al sol alejarse de ellos por el horizonte de la Llanura-del-Ocaso. Afortunadamente el alejamiento nunca había sido definitivo y, hasta ahora, cada mañana el sol volvía a aparecer por la llanura opuesta. 1.828 Mne, 261 Sne-nuk. Es decir, durante 61 años la invisible Fundación había dirigido invisiblemente los destinos de toda la humanidad conocida en esa pequeña y delimitada región del centro de Australia. Los mismos fundadores del proyecto ya habían muerto de viejos.

¿Habré de repetir una vez más que las comparaciones con Dios son bastante inevitables, por más que nuestra timorata dirección abomine de tales referencias divinas?

Por las conversaciones que hemos escuchado desde nuestros tótems mientras cuentan historias y conversan por la noche alrededor de la hoguera, sabemos que no creen que haya más hombres además

de ellos. Es más, tardaron quince años en formularse tal pregunta. Tardaron ocho años más en canturrear la primera ¿estrofa? monocorde, simple y aburrida. Estrofa tediosa que lleva en su seno el germen cierto de futuras sinfonías.

Todavía no han trazado ninguna letra. Todas sus letras son de momento las distinciones entre las marcas de los Mne y las incisiones de los Sne-nuk en la choza-de-los-días. Sí, maravilloso e irreplicable momento en que su tipografía se reduce a dos únicos tipos de incisión, cada uno con su significado.

Su historia oral, de momento, no es más que mitología. Toda su mitología consiste en esa línea teogónica que va desde la Decisión hasta los Maestros. Algún día su mitología se poblará de héroes: sin duda, los primeros en explorar la zona límite de los pilones exteriores. Algún día su mitología se transformará en historia. También ellos tendrán su Herodoto. A veces me pregunto qué forma tendrá su primera letra. De momento sus matemáticas se limitan a agrupar las enumeraciones en grupos de 7 y en grupos de 12. Ya han puesto nombres a varias alternancias de esas secuencias. De la diferencia que ya practican entre las rayas horizontales y las incisiones circulares, algún día podrían nacer artísticos jeroglíficos, pero sólo nacerán tras practicar muchas incisiones sobre arcilla u otras operaciones rudimentarias parecidas.

Hoy por hoy hablan inglés y entendemos todo lo que dicen. Algunos querían que les enseñáramos lenguas australianas indígenas. Pero se trataba de lenguas muertas. Formar un equipo de Progenitores que hablasen tal lengua, hubiera complicado todo. ¿Cómo evolucionará en ese ámbito hermético este inglés que hablan? ¿Cómo se limarán las palabras? ¿Cómo serán

los términos nuevos que creen? ¿Qué deje, qué entonación irán tomando su lengua?

Sobre este cielo oscuro, lenta muere esta luna y se aproxima aquella en la que, como desde que el mundo es mundo, llegarán los Enviados para hacer sus ritos. Los Enviados son recibidos por todos con gran agasajo. Pero esos hombres de tez blanca hablan poco. Hablan poco, mas agradecen todo. Después van al centro del poblado y realizan extrañas operaciones con los tótems⁴.

Nos preguntamos, a veces, qué le sucedería a nuestro mundo si ellos no practicasen sus ritos sobre nuestros tótems. Lo único que puedo asegurar es que los cinco postes erguidos y orgullosos, se erigen en sus puestos desde que los Primeros caminaron por estas tierras. Ojalá estos tótems pudieran responder a nuestras preguntas, cuántas cosas habrán visto esos ojos inmóviles, cuantas sagas nos contarían esas bocas mudas siempre abiertas y siempre calladas.

El silencio ante nuestras consultas es infranqueable. Nadie puede traspasar su silencio. Silencio ante nuestras consultas, que a veces son preguntas acerca de lo que es tabú: ¿qué hay fuera de nuestro mundo?, ¿monstruos?, ¿engendros que viven en lugares inaccesibles? ¿Qué hay antes del antes?

En los mitos difundidos entre los pueblos altaicosiberianos, la Creación se produce a través de la acción de un animal pescador de tierra (tortuga o ave) que se sumerge en las aguas primordiales para subir una pequeña porción de tierra que después esparcirá por el mundo. Hubiera sido divertido proporcionarles esa visión del comienzo y ver cómo evolucionaba. Pero no proporcionar nada y ver qué se originaba de

⁴ En realidad, limpian los objetivos y hacen alguna reparación si es preciso.

esa nada, era antropológicamente mucho más interesante.

-De acuerdo, de acuerdo. Si yo no me opongo a las ansias... de purismo de los antropólogos. Sólo digo que se le podía haber sacado mucho más jugo a todo esto.



*Nuestro mundo es el antilabirinto.
Nunca he visto un laberinto,
pero esto es lo opuesto.*

Aunque no hemos visto ninguno, los Progenitores a nuestros abuelos les enseñaron lo que era un laberinto, (o lo intentaron). Es arduo saber si lograron inculcarnos qué era eso que denominaban laberinto, pues nunca hemos visto ninguno ante nuestros ojos. Siempre se resistieron a dibujar nada sobre la arena del suelo. Ya nadie recuerda las palabras precisas de los preceptores, pero sí una idea general de lo que quisieron expresar. Fuera aquello lo que fuere (lo que enseñaron), esto es el antilabirinto. Pues no hay paredes, no hay muros, no hay un solo pasillo en todo nuestro mundo. (Si entendimos bien lo que nos enseñaron por *pasillo*.) Dentro de un laberinto se trata de salir, el que está dentro intenta marchar, pero sólo hay un camino de salida. Aquí no hay nada de eso, en absoluto. No hay necesidad, si quiera, de paredes.

Algunos dicen que la muerte es el único camino de salida de este antilabirinto que creó la Decisión.



Para los caldeos, herederos culturales de los pueblos sumerios, el Universo era una región completamente cerrada. En su

concepción la Tierra se encontraba al centro, flotando completamente inmóvil sobre un gran mar. Siendo esencialmente plana, estaba formada por inmensas llanuras. En su parte central se elevaba una enorme montaña.

Conteniendo al mar, sobre el que flotaba la Tierra, y rodeándolo totalmente, había una muralla alta e impenetrable. Ese gran mar era un espacio vedado a los hombres, por lo que se le llamó *aguas de la muerte*. Se afirmaba que una persona se perdería para siempre si se aventuraba a navegarlo. Se requería un permiso especial para hacerlo. Y éste sólo era otorgado por los dioses en muy pocas ocasiones, tal como lo relata la *Epopéya de Gilgamesh*.

Sí, también nosotros hemos creado y mantenemos un universo que es una región completamente cerrada. También el poblado, como las tierras verdes que lo rodean, se encuentran en el centro de su visión del cosmos. Si todo el universo es sólo desconocimiento, la tierra habitada pasa a ser centro de sí misma y de todo, pues todo es oscuridad y nada. Dado el emplazamiento en el que les hemos situado, nuestros aborígenes entienden el mundo que les rodea como esencialmente plano, rodeado por inmensas llanuras. ¿Cuánto tardarán en preguntarse que hay abajo y arriba?



Oksana descansaba en el jardín zen de su mansión de las afueras de Tokio. Como directora de la Fundación era una mujer con muchas responsabilidades, pero sabía descansar. Tumbada en una hamaca del porche de su casa leía una historia, *La Lotería de Babilonia*. Una ficción, una elucubración, acerca de una civilización dominada por los juegos de azar. Juegos de azar que

determinaban bastantes de los hechos de esa sociedad.

Ya estaba empezando a ver Oksana que entre las infinitas posibilidades de interpretación de esa lectura, había dado justo con una de las menos adecuadas. Trataba de olvidar sus ansias, las mismas que habían incomodado a sus dos predecesoras en el cargo, y ahora no podía dejar de pensar que en cierto modo ella había, si no creado, al menos mantenido una lotería babilónica. En Nashok hasta los hechos que a los aborígenes les parecen más triviales han sido determinados por muchos equipos de expertos durante muchas horas, meses y, a veces, años.

Si había agua subterránea en única zona central de toda esa región, era porque una conducción inferior hacía aflorar agua justo allí. Si los pozos y arroyos estaban situados en el centro de Nashok es porque así se determinó. Si su mundo era circular, era porque así fue diseñado, así como la aridez de sus fronteras. Cultivan los vegetales cuyas semillas les proporcionamos en su día, pensó Oksana. Cultivan del modo que les hemos enseñado. No es casualidad que en Nashok no llueva de un modo excesivo o no haga frío o no les falte el agua o que estén provistos de cabras y gallinas, pero no de vacas ni de cerdos.

Hasta el número de palabras originales que conocieron fue concienzudamente estudiado. No conocen la palabra *prórroga* porque consideramos que con la palabra *aplazamiento* era suficiente. En su infancia se les enseñaron sólo quinientas palabras. Ni uno sólo de ellos aprendió ni una sola palabra más. La palabra nº 501 engendrada de las anteriores. Le siguieron otras, así como otras desaparecerán. La palabra laberinto para ellos cada vez resulta más vaga y confusa.

¿Qué hubiera sucedido si les hubiéramos inculcado desde el principio las

herejías de Basírides que publicaba que el cosmos era una temeraria (e incluso malvada) improvisación de unos ángeles deficientes? ¿Su mundo hubiera evolucionado de modo radicalmente diverso tan solo por enseñarles a jugar al ajedrez? El Misterio Central de la teología de esos aborígenes, misterio que hemos dejado en blanco, será para ellos materia de meditación y análisis, de controversia, de soberbia, de júbilo y de terror.

Hemos dirigido este proyecto con singular pasión intelectual. Sin duda es un proyecto el que ha habido tanta pasión como presupuesto. No obstante, aunque he hablado mucho de los éxitos del proyecto, también de sus virtudes, debería ahora ensayar un examen de sus precipitados trabajos, de sus fallos. Ligeros ejercicios de negligencia o de improvisación que acaban fallando. Muchos nos acusan de haber desbaratado sus vidas.

La primera edición del programa Naschok B-782 que recoge los archivos digitales grabados de los comienzos de ese mundo lleva un categórico epígrafe, cuyo sentido, años después, monstruosamente dilataría la propia Diana Chang, la nueva directora del equipo de antropólogos. El epígrafe rezaba así: Señores de la vida y de la muerte.

Me opuse a este tipo de comentarios del todo improcedentes. De pequeñas jugábamos con nuestras casas de muñecas, ¿ahora jugamos con un mundo en miniatura valorado en quince billones de dólares? No, de ninguna manera podía permitir bromas de ese tipo en la sala de vigilantes, antes llamados *ángeles*. Acabé con todos esos juegos verbales. Estábamos tomando decisiones sobre seres humanos. Impuse una cierta decencia hasta en los términos con los que nos referíamos a ellos.

Pero acabar con esas ligerezas, con esas jocosidades, en las conversaciones, no nos evitaba ver en nuestras pantallas la realidad. A veces contemplábamos en directo como moría un joven de veinte años por una lesión infectada que nosotros hubiéramos podido detener con una facilidad casi mágica para ellos, ordinaria para nosotros. Si había muchas víboras en una zona, las eliminábamos sin que ellos se dieran cuenta. Un año la mala cosecha hubiera hecho peligrar la supervivencia del poblado. Sus cultivos fueron abonados. Ese año hicimos que la caza fuera más abundante. Llegó un momento en que me pregunté si yo misma no era la dueña y señora de la *Lotería de Babilonia* que tenía en su mano todos los bombos con todas las papeletas.

Un buen día, comprendí que había ido demasiado lejos, que la fundación entera había ido más allá de la raya que podíamos atravesar. Quizá esos doscientos aborígenes no puedan atravesar la raya invisible de sus límites, pero desde luego nosotros habíamos atravesado otra raya asimismo invisible. Quizá les estábamos a ellos haciendo vivir una vida infrahumana porque nosotros habíamos comenzado a vivir una vida perversamente suprahumana.

El hombre que encierra a otro hombre es una bestia. Nosotros éramos bestias. Y eso no lo arreglábamos contratando más equipos de antropólogos ni con nada por el estilo. No sé si el experimento traerá más luz sobre el comienzo de la humanidad, pero lo que sí que sé es que arrojará todavía más oscuridad sobre el final de nuestra civilización.

Nosotros vivimos en este poblado que está situado en el centro del mundo, fuera se extienden las sombras. Aunque es cierto que en alguna región más allá de nuestra región, existe la morada donde

les ha sido dado el poder a los reyes bajo el cielo, a los soberanos que moran las regiones de la tierra de donde vinieron de lejos los Progenitores. Pero si ellos moran en esa región más allá, a nosotros nos ha sido concedida la tierra, este suelo para los hombres condenados a morir.

Pero entre nosotros y esa tierra de los reyes bajo el cielo, está la región de los señores oscuros. Una región para los señores oscuros sentados sobre los tronos oscuros, en la tierra No-Nashok donde se extienden las sombras, la tierra que rodea nuestra tierra bendita. No muchos han sido testigos. Pero algunos sí que vieron con sus propios ojos a esos señores oscuros dejar cerca de nuestras cabañas a los que han explorado los límites y más allá de los límites.

Nuestros sabios han dicho que para los hombres es nuestro mundo, para los reyes de los Preceptores su lejana morada, y para los señores de la oscuridad la región que rodea nuestra tierra.

¡Qué jamás ninguno de nuestros hijos salga a la tierra de la tiniebla! ¡Qué jamás entren esos señores oscuros! ¡Qué nunca salga nadie de los límites para no atraer a esos señores oscuros hacia nuestra tierra de paz y cosechas, de día y noche! No hay caminos entre nuestro poblado y sus tierras, y las regiones de ellos. ¡Qué nadie trace esos senderos!



4 de noviembre, año 2213,
año del holocausto atómico,
dos días después de la gran confrontación
nuclear en todos los continentes.

Un mediodía, estábamos recolectando nabos en nuestros cultivos, cuando por el horizonte vimos aparecer nubes negras. Habíamos visto muchas veces

las nubes que traen la tormenta en su seno y que descargan las grandes aguas del cielo. Pero estas nubes nunca las habíamos visto, eran muy negras. Al principio, aparecieron por un punto sólo. Seguimos con nuestros trabajos. Pero al cabo de un rato, cubrían las nubes todo el horizonte de un modo que nunca lo habíamos visto. Estábamos convencidos de que aquella tormenta, por muy grande que fuera, era una tormenta más. Estábamos equivocados.

El cielo entero quedó cubierto, pero no llovió. Sólo empezó a hacer más frío y más frío. Nos fuimos a dormir pensando que al día siguiente el orden de las cosas volvería a su ser. No teníamos sueño, pero si el día traía la noche, quizá el sueño conjuraría esa pesadilla. El poblado entero se levantó al día siguiente aterido por un aire helado. Y cuando nos levantamos, vimos que la mañana era tan oscura como la tarde en que nos tumbamos a dormir. Las nubes seguían ahí. En el transcurso de la mañana, nuestros cuerpos desnudos comenzaron a tiritar por primera vez en nuestra vida.

Esta oscuridad lleva ya una semana. Sin luz las plantas de nuestros cultivos han muerto tras languidecer por mucho tiempo. No sé por cuanto tiempo vamos a resistir este frío. Los ancianos ya han muerto todos. Los niños van cayendo.

Las nubes de la muerte han cubierto nuestro mundo. La oscuridad ha regresado desde su trono. Creemos, en verdad, todos, que éste es el final de Nashok. Al menos, vimos la luz del sol muchos Mne. Contamos lunas no pocos Sne-nuk. El calor abrasó agradablemente nuestra piel. Reímos abuelos, padres y niños junto a la hoguera. Ahora nos acordamos de esos mediodías de luz y calor, mientras nuestra piel se va enfriando porque ya no nos queda nada más que quemar.

El cielo: caos o armonía



Año 2213

Los colores blanquecino-grisáceos de la mastodóntica base geostacionaria de Nueva California resaltaban sobre el fondo oscuro del espacio interestelar. 200.000 seres humanos moraban en el interior de aquella masa inmóvil de veinte kilómetros de envergadura y 289 billones de toneladas de peso. Por los pasajes y recovecos de los anillos interiores que contenía aquella estructura metálica, miles de seres humanos, como hormiguitas, andaban, comían, veían la televisión, charlaban, daban a luz, leían, reían y vivían sus historias particulares. Historias que tenían a cada una de esas infinitas hormigas como su centro y eje.

Roxane descansaba sentada en uno de los sillones de un amplio pasillo entre el módulo 4 y 5 del anillo II. Reposaba en un sillón dirigido hacia el gran ventanal desde el que se veía el espacio exterior. La Tierra estaba justo en el lado opuesto, así que ante su vista sólo aparecían los innumerables puntos de las estrellas, miles de estrellas suspendidas sobre una indefinida e insondable negrura. ¿Llanura negra? ¿Bóveda infinita? Daba lo mismo, en cualquier caso oscuridad sin forma, ni fondo.

Aquel pasaje donde estaba sentada, amplio como una gran vestíbulo, casi siempre estaba desierto. Por eso era un lugar favorito de Roxane. Y más porque el ventanal que recorría todo el pasillo, tenía más de seis metros de altura. Sobre las paredes blancas no había nada. Las paredes eran tan blancas como el suelo. Únicamente tres grupos de sillones encarados hacia los ventanales amenizaban aquel lugar de estética techno. El

silencio era tan intenso como la blancura de los suelos. Sólo el leve, ligero y continuo resonar de los lejanos rotores del eje central se percibía bajo el silencio.

Aquella gran estructura anular rotando alrededor de su eje estaba conectada a los anexos que los años habían ido añadiendo al complejo. Distintos anillos paralelos se conectaban entre sí ellos a través de su eje con un sistema de trenes monorail. Sí, la base de Nueva California era monumental.

Roxane con la cabeza reclinada sobre el sillón, no apartaba su mirada del espacio. Su mirada era una mirada serena, fija en aquellas inmensidades. Al cabo de cinco minutos despegó su espalda del respaldo, apoyó los codos sobre sus rodillas y se cogió el entrecejo con el pulgar y el índice en un gesto de gran cansancio. Un gesto propio de la mujer con altas responsabilidades que ya llevaba muchos días seguidos de muchas reuniones. La base no tenía salvación.

Las estrellas seguían allí, impasibles, y la base estaba condenada. Lo había consultado a todos los comités científicos de la base. La respuesta había sido unánime y tajante. Era evidente que el mundo se dirigía hacia su hecatombe. En medio del fragor de aquella guerra total, la política de represalias no perdonaba ya ni siquiera a las bases orbitales. Una a una, todas habían sucumbido. Cada bando castigaba al oponente destruyendo sus colonias espaciales. Constituían un blanco muy expuesto, una diana sencilla, una pérdida costosísima por el precio de un simple misil atómico.

Una a una, todas las colonias habían perecido en medio del negro vacío del abismo del espacio, en medio del blanco candor de las deslumbrantes explosiones nucleares. La última en pie era ésa, Nueva California. En tiempos más felices había llegado a haber ocho grandes bases espaciales. Ahora sólo

quedaba ésa. Roxane, la tercera autoridad en la jerarquía de la base, había preguntado a los técnicos, a los ingenieros, si no era posible alejar aquel complejo hacia el espacio exterior. Alejarse hasta que todo pasara. Alejarse durante veinte o treinta años. ¿Por qué esa base no podía ser una gran Arca de Noé? ¿Una gran arca vagando en el espacio, repleta de jardines que podían reconvertirse en campos de cultivo? ¿Por qué no?

Pero la respuesta fue categórica, tal medida resultaba imposible. La base no podía fabricar todos y cada uno de los repuestos que necesitaba. Sin la Tierra estaban sentenciados. Además, si se alejaban, lo harían a la velocidad de un kilómetro por día. Se trataba de una base geoestacionaria. Sus motores estaban pensados para rectificar desviaciones del itinerario orbital, nada más.

Roxane había consultado todo esto desde hacía más de un mes. Todos los equipos de científicos consultados habían sido tajantes. Antes o después determinados repuestos serían imprescindibles, y ellos no podían fabricarlos todos. Además, los kilómetros que recorriera la base en un mes, los podía recorrer una nave ligera de guerra en unas horas, y un misil todavía en menos tiempo. La huida resultaba impensable, para bien o para mal se encontraban atrapados en aquel complejo orbital.

Al cabo de media hora se aproximó Romirá, un consejero de cabeza afeitada. Se sentó junto a ella. Se conocían de sobra. Habían hablado ya mucho del tema.

-¿Pensando sobre lo mismo? -le preguntó a Roxane. La pregunta de Romirá era una pregunta conectora de antemano de la respuesta,.

Roxane no contestó enseguida, tardó para responder un simple y previsible: ¿es que se puede pensar sobre otra cosa?

Los dos se quedaron silenciosos mirando las estrellas. Cada uno sumergido en sus propios pensamientos.

-Bien, Roxane, ¿ya te has convencido de que es irrealizable que fabriquemos todos y cada uno de los repuestos que precisaremos en el futuro?

La pregunta era de una perfecta inconveniencia. Incómodo tema, como incómodo era aquél que hacía la pregunta. ¿No se daba cuenta de lo doloroso que era volver a sacar el tema en la conversación? ¿Qué si se había convencido de ello?

-Sí, ya me he convencido.

-No podemos tener altos hornos en esta base. Ni una refinería. Los plásticos proceden del petróleo... No podemos tener una planta procesadora de chips informáticos. Ni...

-¡No sigas! Lo entiendo. Hace tiempo que lo he entendido... y aceptado. Yo me hubiera conformado sólo con lo necesario. Con poder fabricar lo estrictamente necesario.

-Lo necesario, lo imprescindible, es mucho más de lo que te imaginas.

-Ahora lo sé.

-Pero no te preocupes, tenemos tiempo hasta que los burócratas asiáticos reparen en que estamos aquí.

-No, no tenemos tiempo.

-¿Y eso?

-Hace dos horas... he recibido una comunicación de Washington.

-¿Y...?

-La Secretaría de Defensa nos ha advertido que el portaviones Independence, ayer a las 23:08 interceptó un mensaje cifrado de la Liga Asiática.

-¿Qué decía ese mensaje?

-Se dirige hacia aquí el acorazado estratosférico Kuri con orden de destruir esta base como represalia por la ofensiva de ayer contra el centro hospitalario de Okinawa.

Romirá se quedó sin habla. En el fondo sabía que una cosa así iba a acabar sucediendo. El golpe había sido duro. Y lo estaba encajando bien. Siempre se preguntó cómo encajaría la noticia cuando la conociera. Finalmente, reunió fuerzas para preguntar:

-¿Se sabe cuánto tardará en alcanzar nuestras coordenadas?

-Llegará aquí a las 18:10. Faltan cuatro horas.

Le hubiera gustado a Romirá tener alguna razón para resistirse a dar crédito a lo que oía. Pero los hechos del último mes le obligaban a aceptar que lo escuchado no era más que la dura realidad. La dura realidad desde hacía tiempo temida y esperada.

-¿Cuándo avisarás a la base de la aproximación? -preguntó Romirá.

-Dentro de media hora. El que quiera podrá embarcarse en los *pempkings*.

Los *pempkings* eran el nombre popular de las capsulas de salvamento de la base. Una vez activadas se desprendían y se lanzaban en dirección hacia la Tierra. Se dejaban caer, hasta amerizar en el mar. Por eso debían desprenderse de la base en el momento calculado para caer sobre el océano. Roxane sabía que las cápsulas no podían usarse antes de una hora, so pena de caer en mitad del continente americano. Después lo comunicaría. Aunque había cápsulas sólo para una décima parte de la población de la base. Quizá para la mitad de la décima parte. Roxane no tenía ganas de hacer cuentas. Y la verdad es que ella no estaba dispuesta a organizar una evacuación para una minoría. Que se montaran en las cápsulas quienes quisieran. Cualquier criterio era bueno. Quizá ninguno era satisfactorio. Ella no iba a decidir

quién se iba y quién se quedaba. Ella no había aceptado esa función en la base para decidir sobre la vida y la muerte de nadie, y menos de miles de personas. En el estado depresivo y desmoralizado en el que se encontraba, no iba a encargarse de una tarea así. Máxime, cuando desde la Tierra ya les habían advertido que nadie iría al rescate de las cápsulas cuando amerizaran.

A esas alturas de la guerra, ni tenían barcos, ni medios para tal rescate. Bastante estaban haciendo con tratar de organizar operaciones de salvamento para los heridos atrapados en derrumbamientos de edificios en el interior de las ciudades. Todos en la Tierra estaban tratando de sobrevivir. Organizar una operación de rescate por dos mil personas perdidas en medio del océano no era una prioridad, cuando cientos de miles de hombres estaban muriendo en los mismos centros de las ciudades. Roxane informaría de todo ello a los habitantes de la base dentro de media hora, para que cada uno tomase la opción de quedarse o de montarse en los *pempkings*. Aunque ya le daba todo un poco igual. Tanto los ratones encerrados en aquella ratonera, como los ratones que se lanzaran al mar, todos se dirigirían hacia una muerte segura e indudable.

Romirá sentado a su lado sabía muy bien cuál era la situación. Sabía que, efectivamente, nada ya les podía evitar la muerte. Al cabo de dos minutos de pensativo silencio, se limitó a exclamar :

-Bien, ¿así que este es el final?

Tras un gesto de resignación, Roxane contestó:

-Me temo que sí.

-Al menos nos queda el consuelo de ser la última base orbital en ser destruida.

-Sí. Los últimos de los cinco millones de hombres que habitaron el espacio.

-Admite -dijo Romirá- que morir a 4.000 kilómetros de distancia del planeta de nuestros ancestros tiene algo de épico.

-Hubiera preferido morir en una verde pradera del Midwest. Bajo un cielo de nubes azules, en primavera.

-En fin, podremos decir que los humanos hemos pisado los polos, cada una de las islas de todos los mares, los desiertos, las montañas. Sólo nos quedaba morar estas alturas -tras una mediorisa un poco trastornada, acabó diciendo-: somos los últimos moradores de las estrellas.

-Si quieres ponerte poético antes de morir estás en tu derecho. Yo miro la realidad de un modo más prosaico. Esto no es más que un gran invernadero. Una mezcla de invernadero y planta industrial. No hay nada de épico en todo este asunto.

Ambos quedaron en silencio, después ella puntualizó con sarcasmo:

-Una mezcla de invernadero, planta industrial y complejo turístico.

-Ah, sí... los turistas.

Roxane se puso a recordar los años en que llegó a la base. De sacar unas buenas calificaciones en la universidad, había llegado a ser una de las importantes gestoras del complejo. Y, finalmente, había alcanzado los puestos más altos de la gestión del complejo. Durante catorce años, se esforzó porque este complejo fuera creciendo, mejorando, siendo un mejor lugar de inversión. Jamás se le pasó por la cabeza que arribase el día de contemplar su completa destrucción. Había llegado con experiencia en gestión, nunca pensó que debería gestionar quién viviría y quien no.

Por allí se acercaron tres miembros del Consejo Superior de la base. Iban camino de otro módulo, preocupados por las noticias que llegaban de la Tierra, pero desconocedores de la nueva que le había sido comunicada a

Roxane.. Se detuvieron y ella les dio la noticia. Los tres se quedaron petrificados. Al cabo de unos minutos, se marcharon. Aunque ya no siguieron camino del módulo al que se dirigían. Cada uno se encaminó a su piso, hacia sus familias, hacia sus objetos queridos.

Roxane sabía que alguno de ellos comenzaría a hacer llamadas a todo el mundo, y que el rumor estaría circulando en menos de veinte minutos. No le importaba demasiado. Ya sólo le quedaban diez minutos antes de ir al Puesto Central de Emergencia para ofrecer desde allí su comunicado oficial a toda la base. Pero se encontraba bajo el peso de una tristeza casi infinita. No tenía ninguna gana de abandonar aquel sillón, aquella vista desde las cristaleras, el Planeta Azul aparecía magnificente, reposado. Las grandes manchas marrones que aparecían entre las masas blancas de las borrascas, todavía embellecían más esa superficie blanca y azul. Aunque cada mancha marrón era resultado de decenas de miles de explosiones bélicas, incendios y fugas de gases de los grandes depósitos. En las últimas semanas habían aparecido más y más manchas de ese tipo. Tantas que incluso los sistemas borrascosos comenzaban a alterar su curso normal y densidad. Algunas de esas manchas debían ser tan masivas y tan impenetrables por el sol que generaban alrededor de ellas masas nubosas, bellas desde el espacio, pero muy preocupantes vistas desde abajo.

No tardaron ni cinco minutos en llegar Klaus y Kiurosova. Le preguntaron si era verdad lo que les habían dicho. Roxane y Romirá les dijeron que sí a ese hombre y a esa mujer a quienes conocían desde hacía tiempo. Los dos recién llegados se sentaron en los dos sillones libres para digerir la noticia. Los cuatro se quedaron mirando el negro espacio desde aquel tranquilo lugar. Ya no valía la

pena ir a ningún sitio. Sólo tenía sentido sentarse y mirar.

Los cuatro trabaron amable conversación acerca de la vida, de su estancia allí, de las causas de la guerra, de la, en otro tiempo, boyante situación financiera en las colonias orbitales, del clima, de la salud y de otras cosas.

Aquellos cuatro, tumbados en sus sillones, eran cuatro condenados a muerte. Pero esperarían el momento con dignidad.

-El universo no es más que un gran vacío, poblado aquí y allá de estrellas -dijo Klaus en un momento dado-. Monstruos fabulosos de éter y vacío.

-Siempre nuestras obras de fantasía, desde el siglo XX, imaginaron todo tipo de monstruos atacando estas bases y la Tierra. No se nos pasó por la cabeza que el monstruo lo constituíamos nosotros.

Roxane se excusó y se dirigió al Puesto de Mando. Odiaba abandonar aquel sillón y aquella vista, pero era su deber dar el fatídico mensaje.

-¿Por qué no lo da Jenkins? -Jenkins era el jefe, el primero en la jerarquía, Roxane era la tercera.

Roxane, a diez pasos, se volvió y con toda tranquilidad le contestó:

-Encontrarás a Jenkins en su dormitorio -en medio de un charco de sangre, con una bala en la cabeza. Respecto a Walter - el segundo de la base-, se marchó con toda su familia en una de las dos lanzaderas que nos quedaban. La segunda partió veinte minutos después, con los agradecidos a los que tuvo a bien comunicar la noticia. Las lanzaderas partieron con todas sus plazas ocupadas al máximo. En relación a eso no podéis reprocharle nada a Walter. Había que elegir entre unos y otros. Elegir a sus familiares y amigos era tan válido como cualquier otro

criterio. No quedan más lanzaderas... sólo pempkings.

Poco después, Roxane apareció en las pantallas de todos los televisores de la base. La programación de todas las cadenas de la base fueron interrumpidas para el comunicado. Su rostro serio y digno apareció en todos los aparatos. Roxane comenzó su comunicado con aplomo, sin que le afectara la noticia que todavía no había dado:

-Desde que dio comienzo la guerra mundial, hemos disfrutado más de un año de algo que se ha parecido a un remanso de paz. Muchos pensamos en los meses pasados, que el alud de la guerra pasaría sin tocarnos. Estábamos muy por encima de ese alud. La guerra invadió todo, menos este lugar.

Ése fue nuestro deseo. Aunque cuando vimos cómo el resto de colonias eran destruidas, supimos que algún día nos llegaría el turno a nosotros. Mucho me temo que hoy nos ha llegado ese turno. Se nos ha comunicado desde la capital de nuestra nación que un acorazado japonés se dirige hacia nosotros. Debo advertirles que entre ese acorazado y nosotros no hay ninguna fuerza de interposición. Ninguna aeronave puede interceptarlo. El acorazado Ronald Reagan se dirige a toda potencia hacia aquí, pero llegará varias horas después que la nave de guerra nipona nos alcance. Sin ningún obstáculo entre nosotros y el acorazado japonés, el desenlace que les he adelantado es inevitable.

El que desee abandonar la base en una cápsula de salvamento puede hacerlo. Las fuerzas de seguridad ya están allí en los corredores del módulo IV para organizar la evacuación. Aunque es mi deber advertirles que el Subsecretario de Defensa nos ha dicho que será imposible organizar una expedición de salvamento para las cápsulas de emergencia. De manera que los que partan en

ellas han de saber que quedarán flotando en el Océano Pacífico, a la deriva. Cada cápsula emite una señal de radio de localización. En circunstancias normales, localizar y rescatar las cápsulas no supone ningún problema. Pero el Pacífico, desde hace meses, sólo es recorrido por barcos de guerra. Todo transporte comercial hace ya mucho que se interrumpió. No puedo engañarles, debo advertirles que las posibilidades de ser rescatados son verdaderamente muy pocas. En estos momentos no creo que transiten todo el Pacífico más de mil embarcaciones. Cada cual que tome su decisión.

Los tres hombres que habían estado sentados junto a Roxane seguían en sus sillones. Silenciosos, disfrutando de los últimos momentos, de las últimas dos horas de vida. Imaginando cómo sería la explosión en cadena de los depósitos de hidrógeno de la base. Nunca se les había ocurrido imaginar lo frío que debía ser el espacio que veían tras el cristal. No tardarían mucho en comprobarlo. Enteros o en pedazos, pronto serían lanzados hacia esa oscuridad que tenían delante. La pecera se quebraría. Los peces saldrían despedidos hacia esas praderas sembradas de estrellas.

Roxane retornó unos minutos después con paso derrotado a su asiento en aquel pasaje de la base donde los tres que había dejado seguían sentados. El mensaje ya había sido dado. Ahora podía descansar. En otras partes de la base se había desatado una lucha por las cápsulas de salvamento. Quería estar lejos de ese caos. Quería disfrutar de paz en sus últimos momentos. Se sentó en su sillón justo cuando uno de los tres decía enigmáticamente:

-El cielo de los astros, el cielo de los hombres...

Sumidos en sus pensamientos, estaban inmersos en una conversación en que había más silencios que palabras. Todos estaban tristes.

-El cielo parecía inaccesible.

-Y lo hemos conquistado.

-Hemos traído la guerra hasta aquí. Incluso a estas tranquilidades celestiales. Hemos llevado la guerra a las aguas terrestres y celestes.

-El cielo puede parecer inaccesible, pero los virus informáticos ya habían desgarrado las entrañas informáticas de nuestra base hace medio mes.

-Sí, al final nos contagiaron.

-Dichosas comunicaciones por antena, ellas trajeron los virus. Nos habíamos mantenido libres casi hasta el final.

-Eran virus creados por los ministerios de defensa asiáticos. Los tenían guardados para el caso de un conflicto total. Era imposible defenderse de ellos. Los virus fueron creados conociendo los códigos máquina internos.

-Por favor, cómo podéis malgastar vuestras últimas horas de vida hablando de virus informáticos ante la escena de este bellísimo universo con estos astros.

-Tienes razón.

-Plinio veía en el cielo la Osa, el Toro, Perseo, la Corona boreal, la Cabellera de Berenice...

-Las estrellas... déjate de poesía, sólo son masas incandescentes de hidrógeno que se transforman lentamente en helio... no son diamantes engastados en el firmamento.

-Para los chinos la Vía Láctea se trataba de un gran río celeste. Y este río desembocaba en el abismo sin fondo del Sur-Este. Y en este abismo era donde la Madre de los soles y la Madre de las lunas bañaban cada mañana a sus hijos antes de que se exhibieran en el cielo.

La conversación de los cuatro prosiguió, tal vez más plácida que nunca. Los cuartos de hora transcurrían. Aquellos contertulios nunca habían mirado con tanta frecuencia sus relojes de pulsera. El acorazado alcanzó la base justo en el tiempo estimado. Algo lógico, dado que habían calculado la velocidad y el recorrido que le quedaba. La nave de guerra estaba ya a una distancia de 200 kilómetros. Dos misiles con cabeza nuclear fueron lanzados. El impacto y la explosión de la base geostacionaria sucedió cómo se había previsto.

Después, un silencio perfecto. Todos los fragmentos de la ciudad de 200.000 seres humanos quedaron flotando, flotando. Pareciéndose desperdigar hacia las praderas sembradas de estrellas. Hacia aquellos soles de fuegos pálidos que sus antepasados desde sus poblados habían visto cada noche desde sus praderas y montañas.

La defensa de los ministerios



15 años después de la conversación en el Templo entre Giovanni y Orctus. Con la guerra muy avanzada y la sociedad derrumbándose totalmente.

-Señores, hemos llegado al capítulo final de la defensa de la civilización.

Esas fueron las palabras con que comenzó la reunión el general Marteens. Ocho coroneles serios y callados alrededor de la amplia mesa donde estaban desplegados los planos de la ciudad y los ministerios.

-Desde este momento, abandonamos la Urbe a su suerte; con todos sus habitantes. Nos centraremos en defender el complejo de los ministerios. Éstas son las órdenes que hemos recibido. La tarea del reconstruir el Estado será más fácil si todas estas oficinas son preservadas de la anarquía y los saqueos que reinan en la ciudad.

No deja de ser una extraña situación el que el ejército se concentre en defender sus ministerios y oficinas gubernamentales de sus mismos conciudadanos. Pero si no estuviéramos aquí presentes, estos despachos serían asaltados y saqueados. Es prioritario ahora salvaguardar este lugar. Desde este mismo complejo se procederá a centralizar la reconstrucción de Europa cuando todo haya acabado. Quede lo que quede en pie alrededor de nosotros, desde aquí se retomará la tarea de recomenzar.

Soy consciente de que cinco mil hombres, los que nos han sido asignados, son una cantidad no muy importante dado lo que defendemos. Pero la guerra en Asia continúa y ya no nos quedan más hombres en reserva. Por otro lado, cinco mil hombres son más que

suficientes para defender unos ministerios de meros saqueadores desarmados.

La anarquía es general y, a estas alturas, ya imposible de detener. No sólo no podemos detenerla, sino que con el pasar de unas semanas se irá haciendo cada vez más profunda. El complejo de edificios ministeriales se convertirá en un símbolo del Poder, así que tendremos que defenderlo contra los revolucionarios. Este lugar es demasiado emblemático. La gente creerá que aquí guardamos cantidades fabulosas de alimentos. No nos creerá por más que les expliquemos que aquí sólo se guardan papeles, ordenadores, despachos y archivos.

-Señor, ¿quedan dentro algunos funcionarios?

-Ni uno solo. Todo el complejo ha sido desalojado. Si encuentran a alguien dentro hay que dar orden de que sea detenido de inmediato. Los ministros están concentrados en la base Schonsweirham al sureste de la Urbe. Que me conste a mí, sólo esa base militar, este complejo ministerial y el Palacio Imperial reciben ahora protección del Ejército.

-¿Qué plan vamos a seguir?

-Desplegaremos alrededor de todo el complejo de rascacielos a nuestros hombres - con un bolígrafo señaló una zona alrededor de los edificios en el plano desplegado-. El sistema de metro, coronel Broglio, debe ser inundado. Encárguese de ello. Desvíe los dos ríos subterráneos que pasan por aquí y por aquí.

-¡Jawohl!

-Usted, coronel Auclair, volará los puentes que conectan los rascacielos de los ministerios con el resto del foro.

-¿Volar los puentes?

-No podemos proteger el perímetro, los puentes y el metro. Hay que empezar a limitar drásticamente la cantidad de metros

cuadrados custodiados. ¿Cuántos puentes hay, D'Estaing?

-Grandes, ocho. Menores noventa y cuatro -respondió con seguridad y energía el capitán-secretario del general.

Había puentes por los que transitaban trenes y vehículos, otros eran meros viaductos peatonales. Otros puentes constituían verdaderos edificios habitados.

-Pues ya sabe, coronel. No deje ni uno. No tenga pena. Tal vez tengamos que volar todo este sector de aquí –y señaló una parte del sector ministerial- para formar una barrera de escombros que resulte difícil de escalar por los que quieran irrumpir hacia esta plaza central. Si derrumbamos el Ministerio del Medio Ambiente... humm, un edificio de ochenta plantas, y este edificio de Secretarías del Estado, bloquearíamos completamente el acceso por esta avenida. Bien, vamos a esperar a ver cómo se desarrollan los acontecimientos pero que coloquen los explosivos en las bases de estos edificios de aquí y aquí.

El general Marteens observó la cara de estupor de dos de los oficiales. Así que comentó con energía:

-Insisto, no tengan pena por estas medidas de prevención. Cada acción tiene sus costes. Todo, absolutamente todo, tiene sus costes. Hasta hallarnos aquí defendiendo estos rascacielos supone que no podemos estar ayudando a nuestras divisiones en el frente del Este. Defender a los ministros, tiene sus costes. Defender al Cónsul Máximo, tiene sus costes.

-¿Contamos con apoyo aéreo?

-Nada de nada. Contamos con los veintitantos vehículos terrestres que hay arriba en la plaza –estaban en un búnker ministerial.

-¿Y equipos de radio?

-Sólo dos equipos de radio nos mantienen en comunicación con las tres bases militares que rodean la ciudad. El resto de comunicaciones... ninguna está operativa. Tiene gracia, sólo dos equipos de radio nos permiten comunicarnos con el Estado Mayor, aquí, en pleno centro de la capital.

La defensa del Templo Dagoniano



¡¡Defenderemos esta escalinata cueste lo que cueste, con nuestra vida, con nuestra muerte!! ¡Nadie retrocederá!

Esto había gritado la poderosa voz del general Von Schellfalsthorn. Había gritado hasta el máximo de sus fuerzas, más allá de sus fuerzas, al dirigirse a sus tropas desde la base de las columnas del pórtico.

El templo de Dagón... cuadrado, gigantesco, pesado, permanecía mudo y misterioso. Una gran masa arquitectónica rodeada por cuatrocientos oficiales de las HH.AA, casi todos oficiales, apenas había soldados. Las altas graduaciones del escalafón de las HH.AA habían acudido allí sin que nadie se lo ordenara, las comunicaciones se habían hecho imposibles. Pero cuando todo se hundió, los más fanáticos de aquella fuerza ideológica se habían concentrado espontáneamente en ese punto para ellos mágico, concentrador de fuerzas invisibles: la Puerta del Otro Mundo.

Ahora el perímetro del templo, y especialmente la puerta principal, era custodiada por aquellos cuatrocientos hombres armados frente a una masa urbana que lo único que quería era comer. Era cierto que allí, en el complejo del templo, se habían

acumulado víveres para los defensores del emplazamiento. Pero los alimentos allí custodiados eran insuficientes para una masa tan numerosa como la que se había congregado delante del templo.

La gente luchaba hasta la muerte por los alimentos allí donde tuviera noticia, verdadera o falsa, de que los había. El templo dagoniano con su aspecto imponente todavía excitaba más la fantasía de los desheredados que creían ver tras sus pesados muros no sólo todo tipo de víveres, sino también grandes cantidades de tesoros. No había dónde comprar alimentos, en ninguna parte. Y no obstante, la gente seguía saqueando los edificios donde se hallaran cosas de valor. Inconscientemente se tenía la idea de que las cosas valiosas algún día podrían canjearse por alimentos.

El templo con su imponente aspecto excitaba la fantasía de los miles de personas que gritaban a los oficiales de la entrada. Llevaban dos horas de gritos e imprecaciones. Querían que se les diera algo de comer, algo al menos. Los ánimos se caldeaban, la masa de gente iba aumentando por momentos. Se había corrido la voz de que allí todavía quedaban alimentos.

Los oficiales de las HH.AA con sus ametralladoras colgadas del hombro rodeaban la planta cuadrada del santuario. El general y sus coroneles habían plantado su puesto de mando bajo las cuatro grandes columnas del pórtico. Desde allí, en lo alto de la escalinata, se veía bien la situación. Por lo menos de una de las cuatro caras del templo.

Desgraciadamente para los defensores, el templo estaba encajonado entre una serie de altos edificios que formaban desfiladeros hacia el lugar defendido. No estaba en una explanada, sino en el nudo de varias avenidas que confluían en él. Avenidas, ahora, oscuras, llenas de vehículos abandonados (la mayor

parte de ellos desvencijados o incendiados hacía tiempo), con cascotes por todas partes, las avenidas cubiertas de ceniza y polvo mostraban los resultados de los derrumbes de varios rascacielos del foro.

Varias veces en los últimos días había aparecido, de improviso, una masa de varios millares de hombres lanzándose hacia el templo, gritando, armados con palos y piedras. Los oficiales habían repelido la avalancha humana sin contemplaciones. El río humano sólo había retrocedido cuando se habían dado cuenta de que no había manera de atravesar aquella línea de fuego.

Después, durante días, los soldados habían tenido que organizar hileras hacia una calle lejana, para depositar allí los cadáveres. No podían dejar esos despojos humanos cerca. El olor y las moscas hubieran sido insoportables. Pero organizar aquella hilera de soldados acarreando cuerpos sin vida suponía toda una operación militar. Había que escoltar con varios cientos de soldados a los compañeros que portaban los caídos en la refriega.

Cada avalancha humana era más desesperada, cada ataque más prolongado. Aunque los ataques sólo consistían en miles y miles de personas corriendo con todas sus fuerzas hacia el santuario, gritando, enarbolando una estaca, un cuchillo, un palo de béisbol, barras de metal, piedras.

Eran hombres que decidían morir allí, antes que esperar a la muerte sentados en lo que unos meses antes había sido el rico y populoso centro de la ciudad. Todo tipo de leyendas corrían de boca en boca acerca del templo que custodiaban aquellos cuatrocientos oficiales. El hambre aguzaba la fantasía. La desesperación del hambre les hacía ver allí bodegas repletas de latas de carne, galletas, conservas de legumbres y sopa en polvo..

Nuevas turbas, nuevas hordas de otrora oficinistas, informáticos y profesores se estaban formando detrás de aquellos altos edificios que conformaban una barrera natural. Cada tumulto tardaba más en retroceder, cada horda era más numerosa, cada torrente humano parecía más desesperado y más organizado. Aun así, esos cuatrocientos hombres fanáticos que defendían el lugar descansaban tranquilos andando por las cercanías del santuario. Sin alejarse de ellas más allá de un tiro de piedra.

Si las cosas se ponían muy mal, se podía activar un mecanismo que inundaba la zona de acceso al corazón del templo. Una llave mecánica podía abrir las esclusas de un río subterráneo y desviar su caudal hacia los vestíbulos y pasillos de acceso a esa parte más interna del edificio. Pero esa medida era sólo el último recurso, ya que supondría abandonar a su suerte a los que quedaran fuera y clausurar definitivamente a los que se hubieran quedado dentro de ese recinto de excesivamente reducidas dimensiones y sin luz ni solar ni eléctrica. Aquello hubiera sido como encerrar a alguien dentro de la cámara de la Gran Pirámide de Keops.

Un nuevo ataque había irrumpido por la Octava Avenida. Un capitán dio orden a los soldados de colocarse en tres hileras. Al principio de la defensa, cada soldado había disparado su arma a discreción. Pero ahora había que ahorrar municiones. ¡Apunten!, ordenó el capitán. La primera hilera apuntó, rodilla a tierra. ¡Fuego!, ordenó. Los cuerpos de muchos atacantes cayeron en la lejanía. La segunda hilera, la de detrás se puso delante, rodilla en tierra mientras la primera hilera se colocaba detrás de la segunda hilera.

Las tres hileras se sucedían en este mecánico proceso. Esto hacía que se diera tiempo a que cada defensor fuera obligado a

apuntar y a no dejarse llevar del pánico al ver que a pesar de los disparos, la masa seguía acercándose. A cada andanada, cada atacante alcanzado por una bala, uno solo, caía a tierra. Si la masa de atacantes llegaba muy cerca, entonces y sólo entonces se daría la orden de fuego a discreción. Hasta ahora los atacados siempre habían logrado su propósito defensivo.

Si algún día las cosas se ponían mal, los comandantes darían orden a los oficiales de dirigirse todos hacia el pórtico. Los soldados correrían por el perímetro del templo hacia la fachada principal. El pórtico de cuatro colosales columnas asirias sobre la escalinata sería el último reducto a defender. Sería el último, porque dentro del intrincado plano del santuario, sin luz, no había posibilidad de organizar defensa alguna.

Aquella tarde, uno de los sacerdotes dagonianos, desde el centro de la escalinata, vestido con sus amplios ropajes ceremoniales, ha levantado sus brazos y nos ha dicho enfático a los custodios del lugar:

¡Defendemos los secretos y los poderes ancestrales contra esa muchedumbre hambrienta! ¡El mundo muere, nosotros, los supervivientes, repoblabamos el planeta!

Aquel hombre creyó hasta el último momento en su propia supervivencia. Sin duda era un fiel incondicional en la cubierta de una soberbia embarcación que se hundía, todo se hundía, ¿no se daba cuenta? Pero él siguió arengando:

¿Os imagináis a la masa manoseando nuestros vasos, revisando y moviendo como perros hambrientos a nuestras estatuas de sus hornacinas, poniendo sus dedos sobre nuestros textos?

El discurso de aquel fanático continuaba. A veces me preguntaba cuál sería el final de todo. ¿Moriríamos de hambre, de frío bajo un implacable invierno nuclear de

cuarenta grados bajo cero, o por el contrario en una explosión atómica que abrasase no nuestro santuario, sino todo el centro de la Urbe? ¿Arrasaría alguna de estas avalanchas de desesperados la última línea de defensa y nuestro final sería más parecido al descuartizamiento de una tribu primitiva vencida en una guerra de hace miles de años?

Dos semanas después, los defensores dispararon sus últimas balas. Tras eso, sólo les quedó agarrar sus armas por la culata y blandirlas a modo de estacas. Cuando eso ocurrió, los uniformes negros fueron barridos de la escalinata como una débil barrera de palos arrastrada por una furiosa avenida de agua. Los cuerpos de los anteriormente orgullosos oficiales de un cuerpo de élite eran pisoteados involuntariamente por los miles y miles de pies de desheredados desesperados que se avalanzaban camino de las partes internas del misterioso santuario. Antes de eso, cuatro sacerdotes dagonianos, revestidos con sus ornamentos, salieron justo delante del podio de mármol blanco central en lo alto de la gran escalinata. Levantaron sus manos, imperiosos, con gesto majestuoso. ¿Creyeron que iba a suceder algo? Fueron barridos por la incontenible avalancha de hombres furiosos y hambrientos.

Es interesante referir, que ciento treinta hombres de las HH.AA abandonaron el santuario dos días antes de que este sucumbiera. Aquel grupo se unió al ejército de dos mil HH.AA que se reunió en la zona norte de la capital con intención de formar una columna que abandonara la Urbe. Una hilera de dos mil hombres armados partió en medio de una fuerte nevada hacia el exterior de la metrópoli.

Varios días después la columna, con sus mochilas y armas al hombro, seguía su

marcha. Ya todo estaba blanco. Como aquella columna había innumerables columnas de supervivientes huyendo de las ciudades de todo el mundo, hacia ninguna parte. En medio de la niebla y bajo ese manto níveo, los contornos de todo se difuminaban y ellos proseguían su camino hacia aquel horizonte nevado.

La columna



Ocho mil hombres caminaban con pasos lentos y pesados por la autopista B-38. Los nueve carriles de uno de los sentidos estaban ocupados por aquella hilera interminable de habitantes de París que abandonaban la ciudad. No había, por supuesto, ningún vehículo en aquella calzada. Desde hacía ya tiempo ni en ésta ni en ninguna circulaban vehículo alguno. Lo que sí que podía uno encontrarse era alguna columna de gente que huía de las ciudades vacías de alimentos, asoladas por la anarquía e inseguras como la peor de las selvas. Claro que ¿adónde se dirigían?

De momento lo único que tenían claro era que había que huir de aquellas sucursales del infierno en que se habían convertido las megápolis. Huir hacia los espacios abiertos. Aquellos hombres vestidos con anoraks, mantas sobre la cabeza, cargando apenas algún bulto sobre los hombros, soportaban una nevada intensa. Desde hacía días todo estaba blanco. La vista podía dirigirse hacia cualquier dirección que sólo encontraría esa blancura que todo lo cubría. Al principio pensaron que aquella nevada duraría un día o dos. Pero llevaban ya un semana en que no había parado de nevar ni una hora. La hilera de personas se hubiera refugiado en algún lugar si lo hubieran encontrado, ¿pero dónde? Al menos andando se mantenían calientes.

Los cuerpos de los que no podían seguir aquella larga marcha se tumbaban un rato en un costado del camino que formaban en la nieve miles de personas andando. La hilera no se detenía. La columna iba dejando cadáveres desde hacía días. La columna seguía silenciosa su camino cruel hacia la

muerte. Una semana después, sólo seguían su camino hacia el sur unos pocos centenares de supervivientes. Seguían caminando hacia el sur, imaginando soleados campos mediterráneos. No sabían, no podían saberlo, que a esas horas incluso Sicilia era un campo donde la nieve se llevaba acumulando sin interrupción desde hacía varios días.

EPÍLOGO



Cuando en 1998 comencé a escribir en un oscuro y húmedo despacho las primeras líneas de *Cyclus Apocalypticus* nunca me pude ni por asomo imaginar que me estaba adentrando en un mundo que seguiría recorriendo durante años. Cuando acabé la primera obra con la que comienza la Saga de Apocalipsis, no pensé, ni por asomo, en una continuación. Los diez libros de la Saga no llevan número porque pueden leerse en cualquier orden. Cada uno de ellos es una historia completa en sí misma que no necesita del resto de la Decalogía para ser entendida. Si bien, siempre aconsejo leer primero *Cyclus Apocalypticus*, pues teniendo en la mente la cronología esencial de los hechos se sitúan mejor los hechos relatados en el resto de las novelas.

Como curiosidad debo decir que el título del primer libro fue durante años, como obra inédita, *Apocalipsis*. Pero me di cuenta de que ese título se prestaba a confusiones con el libro sagrado de la Biblia, así que lo titulé *Era Apocalipsis*. Días antes del acuerdo para su publicación en México, la editorial me comentó, con mucha razón, que era un título que se prestaba a confusión. *Era* debía entenderse como *edad*, pero algunos lectores lo podrían tomar como el pretérito indefinido del verbo ser.

Así que tras pensarlo bastante poco, me decidí por el título de *Cyclus Apocalypticus*, pues el libro describe el ciclo entero de los tres septenarios del fin del

mundo (las siete copas de la ira divina, las siete trompetas de los ángeles y los siete sellos del libro cerrado).

A lo largo de la historia de la humanidad se ha repetido muchas veces el ciclo de desastres apocalípticos, pero esta vez describiría el ciclo completo, el ciclo por antonomasia. Esta vez, el ciclo tantas veces iniciado se cerraría de forma perfecta y definitiva. Los ciclos anteriores habían sido ciclos menores y parciales, ciclos incompletos de destrucción. Ésa era la razón del título latino.

Una curiosidad del primer libro es que acababa con un apéndice de músicas para ser escuchadas mientras se leían ciertas partes de la novela. Había músicas que, en mi opinión, expresaban plenamente el sentimiento de ciertas descripciones de la novela. Todas esas músicas eran fragmentos, ninguna obra entera, de composiciones que iban del siglo XVII a obras sinfónicas contemporáneas. Con el tiempo borré ese apéndice pues me di cuenta de lo imposible que sería encontrar algunas obras verdaderamente poco usuales.

Aunque los libros de la Decalogía no tienen por qué ser leídos siguiendo ningún orden determinado, creo (ya no estoy muy seguro) que fueron escritos según este orden:

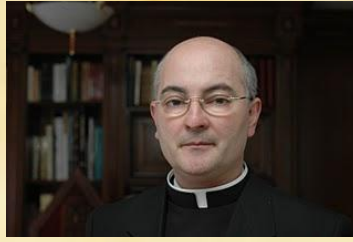
1. *Cyclus Apocalypticus*
2. *Biblonia*
3. *Necronerópolis*
4. *El Juicio*
5. *Historia de la II Secesión de los Estados Unidos*
6. *Línea Trocaika*
7. *La Construcción del Jardín del Edén*
8. *Goedia*
9. *Memorias del Último Gran Maestre Templario*
10. *El Décimo Libro*.

No tengo la menor duda de que, si Dios quiere, el *Décimo Libro* no será el último. Sí, algún libro más aparecerá. Pero, para mí, la Decalogía ya está completa. Podrá

tal vez sumarse algún título más. Pero es una obra acabada. Aun así durante lo que me queda de vida podré seguir disfrutando de los comentarios de los lectores. Leer los comentarios de los lectores supone para mí un placer inmenso. Cuánto he disfrutado paseando con mis lectores charlando acerca de las tramas, las historias y los personajes. Sí, toda esta saga ha supuesto para mí una gran fuente de satisfacciones, por la que le doy gracias a Dios.



www.fortea.ws



José Antonio Fortea Cucurull, nacido en Barbastro, España, en 1968, es sacerdote y teólogo especializado en demonología.



Cursó sus estudios de Teología para el sacerdocio en la Universidad de Navarra. Se licenció en la especialidad de Historia de la Iglesia en la Facultad de Teología de Comillas.



Pertenece al presbiterio de la diócesis de Alcalá de Henares (Madrid). En 1998 defendió su tesis de licenciatura *El exorcismo en la época actual*, dirigida por el secretario de la Comisión para la Doctrina de la Fe de la Conferencia Episcopal Española.



Actualmente vive en Roma, donde realiza su doctorado en Teología, dedicado a su tesis sobre el tema de los problemas teológico-eclesiológicos de la práctica del exorcismo.



Ha escrito distintos títulos sobre el tema del demonio, la posesión y el exorcismo. Su obra abarca otros campos de la Teología, así como la Historia y la literatura. Sus títulos han sido publicados en cinco lenguas y más de nueve países.



www.fortea.ws